

ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

NI UN PASO ATRAS 22 AÑOS DE LUCHA



MASSERA

El genocida



ASOCIACIÓN MADRES DE PLAZA DE
MAYO

MASSERA

El genocida

EL VERDUGO MAYOR DE NUESTRA HISTORIA

Por Osvaldo Bayer

El escritor Robert Arlt lo hubiera calificado como “un turrítico”; los porteños de la década del treinta lo hubiesen llamado simplemente “caralisa”; algún tanguero que hubiera conocido sus aprestos exteriores tal vez le habría puesto el apodo de “cachafaz”. Pero la Historia es siempre mucho más justa y precisa en su devenir que esos calificativos: sin ninguna duda el almirante Eduardo Emilio Massera pasará a ser en la galería de los argentinos el más grande de los asesinos de toda la vida de la República, hasta el presente.

El coronel Ramón Falcón, con total impunidad, ordenó el ataque a tiro limpio y a sable de caballería contra los obreros reunidos en Plaza Lorea que luchaban por las ocho horas de trabajo, en aquel 1909; el gobierno radical de Yrigoyen carga sobre su conciencia la responsabilidad por la matanza de la Semana Trágica; el teniente coronel Várela ordenó el fusilamiento de centenares de peones patagónicos haciéndolos azotar previamente y permitiendo que se les robaran los pocos pesitos que tenían en el bolsillo y los certificados de sus caballos; Aramburu y Rojas ordenaron fusilar a mansalva sin juicio previo. Pero el almirante Massera no sólo es el autor de la desaparición de miles de jóvenes sino también de la tortura previa a que fueron sometidos, del robo de sus pertenencias, de ordenar que las prisioneras parturientas tuvieran sus hijos en las peores condiciones para luego quitárselos, y de arrojar los cuerpos con vida de sus víctimas desde aviones al Río de la Plata o al mar. No hay perversidad que pueda superar esos trágicos hechos de nuestra historia reciente.

Es el asesino que más se distinguió por su depravación de toda la pléyade uniformada que se apoderó de la Argentina en 1976. Massera y sus compinches llegaron al poder traicionando su propia palabra y juramento realizado ante la presidenta Isabel Perón. De ahí en más, el dúo uniformado Videla-Massera fue capaz de transgredir absolutamente todas las normas democráticas, de convivencia y de la ética entre los seres humanos.

Fueron como el dúo de Laurel y Hardy, pero no del humor y el candor infantil, sino de la deshumanización patibularia con rasgos de sanguinaria comedia de salón. Mientras ese ridículo Laurel de Videla haciendo la venia como un monigote era el nefasto comevelas y

trataba de aparecer como un buen padre de familia, para lo cual comulgaba y se confesaba ante sus acólitos de sotana, mientras daba carta blanca a que sus asesinos uniformados cometieran los crímenes más aviesos y deleznable, el Hardy con uniforme de marino iba a ver a sus víctimas, se solazaba ante esa monstruosa catedral del exterminio llamada Escuela de Mecánica de la Armada, de allí concurría a la boite Mau-Mau para aparecer de macho ante estrellitas de la televisión y se miraba al espejo todos los días creyéndose presidenciable. Pero aún más, dividía el botín, ordenaba a sus súbditos de picana y capucha perseguir y matar a aquellos que podrían hacerle sombra en su carrera política y hasta bajó el pulgar caligulesco ante el marido de su amante, y ordenó matar y tirar al río a una diplomática que había descubierto su juego en París, en la embajada argentina.

Allí ocurrió un episodio más que siniestro: un grupo de tareas trabajaba para mantener contactos políticos en previsión de su carrera al estrellato final: llegar desde la dictadura a la presidencia de la Nación a través de un partido político.

Es una especie de figura neroniana pero a la vez muy argentina. Todo para él. El país íntegro para él: El prototipo del piola. Creído además que eso era posible. ¿Por qué no? Cuando uno sigue los pasos del almirante Massera y de sus compinches principales llega a la comprobación de lo que tal vez nadie alguna vez pudo imaginar que de esa Escuela Naval de Río Santiago, a la que concurrieron como cadetes, pudiera salir tanto asesino, ladrón, tanto traidor a la palabra dada. Alguna vez algún investigador histórico se meterá a estudiar quiénes fueron maestros en esa escuela de personajes tan increíblemente villanos. Del Ejército es más fácil comprenderlo, porque los militares se creyeron prusianos e hicieron creer que asimilaban toda la filosofía del militarismo de esas latitudes. Llegaron a ser prusianos de cuarta y pronazis disimulados de segunda clase. Pero de la Marina de Guerra se decía que en la escuela naval aprendían a ser gentlemen a la inglesa. Se decían señor y no necesitaban gritar el grado de su superior. Trascendía que eran educados como caballerosa la antigua. Aunque las primeras sospechas nacieron cuando ningún marino se jugó por la democracia oponiéndose a los golpes del Ejército. Siempre se acomodaban y ligaban algún puesto en el reparto de vicepresidencias y ministerios. Además, ya antes de Massera la Marina había dado a luz dos productos en los cuales se mezclan la crueldad, la cobardía, la traición. Uno es el almirante Rojas, que había recibido hacía poco la medalla a la lealtad peronista y poco después, a cañonazo limpio -los cañones no eran de él, y el crucero donde se escondía, tampoco- llegaba al poder secundando a Aramburu. Después participará como uno de los más decididos en el fusilamiento de civiles y militares, en el 56, asesinatos a mansalva. El otro personaje nefasto salido de la Marina fue el almirante Teissaire, vicepresidente de Perón, quien ante el golpe militar del 55 abandonó a su presidente, a su partido y a toda la gente que decía representar, para decir que se arrepentía de todo y

pidió perdón a los golpistas triunfantes. Uno de los espectáculos más bochornosos que tuvo que presenciar la República. Para pedir ese perdón se disfrazó de vicealmirante.

Pero Massera superaría en todo a esos almirantes. Basta ver la gente con que se rodeó, todos de su arma, para ya definir su catadura. Los nombraremos, porque son todos productos de la Escuela Naval Militar. Jorge Eduardo Acosta ("El Tigre"); Alfredo Astiz ("Cuervo"); Miguel Ángel Benazzi Berisso ("Salomón"); Miguel Ángel Cavallo ("Sérpico"); Rubén Jacinto Chamorro ("Delfín"); Luis D'Imperio ("Abdala"); José Dunda ("Jerónimo"); Horacio Pedro Estrada ("Humberto"); Alberto González Menotti ("Gato"); Jorge Omar Mayol ("Reja"); Sal vio Menéndez ("El Capitán"); Antonio Pernía ("Rata"); Jorge Perrén ("Inglés"); Femando Enrique Peyón ("Everready"); Gabriel Radice ("Ruger"); Mariano Schiller ("Pingüino"); Jorge Suárez ("Loco Antonio"); José M. Suppicich ("Cantaloro"); Gastón Vildoza ("Petardo"); Armando Lambruschini ("Segundo"). Todos oficiales, desde el grado de almirante al de teniente de corbeta. Esta fue la patota del almirante alias "Cero", alias "el Negro": Eduardo Emilio Massera. La lista de la patota podría agrandarse hasta abarcar todos los que usaron en ese entonces uniforme azul marino, porque no hubo inocentes, todos supieron lo que ocurría, desde el guardiamarina recién recibido al almirante ya retirado. Pero todos se callaron la boca. Salvo uno. En el juicio a Los comandantes el capitán de fragata Jorge Búsico, jefe de la división Estudios de la Escuela de Mecánica de la Armada lo dijo con toda la letra: "En la ESMA se hablaba mucho de la máquina (la picana) pero a mí se me hizo increíble que oficiales de la Armada hicieran eso. Había una nueva jerga. Se hablaba de "chupar" (secuestrar), "tabicar" (mantener encapuchado) o "mandar para arriba", lo que hacía evidente la ejecución de alguien. Y agregó esto que lo dice todo: "Yo me siento cómplice de todo eso. Creo que colaboré con mi silencio. No tuve el valor necesario para hacer las denuncias. El clima que se vivía era como para no arriesgar opiniones francas. Allí adentro la vida no terna ningún valor".

Después Scilingo ratificará toda la vileza de los crímenes, después de haberlos cometido.

En cambio Massera declaró ante los tribunales nunca haber visto nada. Cree recordar haber visto un solo detenido. Patricia Derian, ex secretaria de Derechos Humanos del gobierno de EE.UU. durante el presidente Carter, relató la entrevista que tuvo con el almirante Massera a quien visitó en 1978 para pedirle por los desaparecidos. Esta anécdota lo describe de cuerpo entero. Declaró así la funcionaria norteamericana, textualmente: "El 10 de agosto de 1977, a las 11, me reuní con el almirante Massera en la Escuela de Mecánica de la Armada. Le pregunté si allí se torturaba. El almirante Massera me respondió que la Armada no torturaba a nadie, que lo hacían el Ejército y la Fuerza Aérea. Le dije que teníamos cientos de informes de personas torturadas por oficiales navales y que algunos de esos informes provenían de gente de la Armada y en otros

casos del Ejército y de la Fuerza Aérea. Él negó tener participación en torturas y me habló de los esfuerzos hechos por él a favor de dirigentes sindicales que estaban detenidos a bordo de un barco. Volví a llevar la discusión al tema de las torturas y le dije que yo había visto un esquema del piso que estaba justamente debajo de donde estábamos. Y le dije: "Es posible que mientras estamos hablando en el piso de abajo se torture a una persona". Entonces sucedió lo que realmente fue asombroso: me sonrió con una amplia sonrisa, hizo el gesto de lavarse las manos y me dijo: ¿Usted recuerda la figura de Poncio Pilatos?'.

Aquí ya no era el turrítico, se había convertido en un sombrero chanta. Pero, el almirante no tuvo en cuenta que la historia condenó a Poncio Pilatos como el oportunista máximo. Massera no podrá ocupar ese papel porque ya ha superado a Herodes y hasta el mismísimo Judas.

El hombre que torturó, mató y robó para ser presidente, no llegó a serlo. Hasta un diario fundó y se rodeó de todos los caraduras de ese tiempo. Uno de ellos, el peronista Sobrino Aranda, personaje salido de las letrinas y basurales de la villanía y el asco. El caralisa y los caraduras. Pero no pudo ser. Sus mismos camaradas de uniformes y crímenes le hicieron una zancadilla. Era demasiado, se había pasado de vivo; de turrítico había pasado a ser el verdugo mayor de la historia argentina su asesino más bajo, más cobarde.

Su forma de reaccionar ante la justicia lo coloca en el cuadro de los pusilánimes. Apenas un tembloroso energúmeno comparable en su psiquis con los verdugos de segunda clase, esos que pegaban a las víctimas en tiro en la nuca, o abrían la llave del gas en Auschwitz.

Hoy, el antes condecorado almirante es nada más que un montoncito de miseria. Un histriónico payaso de la raza de los padrinos y los asesinos a sueldo.

Torturador de embarazadas. Quiso borrar el rostro de los niños con su picana al cinto. Apenas un matasiete. Un prevaricador barato, vestido en uniforme azul marino.

Al todopoderoso señor de los calabozos de la ESMA lo derrotaron las Madres de Plaza de Mayo. Lo derrotaron nada más que mostrando su dignidad, su coraje, su altruismo, su nobleza sin fronteras. Frente a ellas no pudo ni su poder, ni su picana, ni sus vuelos de la muerte, ni su Astiz.

Las Madres le dijeron: asesino alevoso, secuestrador, torturador, ladrón. Después vendría la Justicia y oficializaría esos adjetivos. Hoy todo argentino puede gritarle en la cara: asesino alevoso, secuestrador, torturador, ladrón. Son sus medallas legales.

Cuando se muera sobre su tumba caerán los salivazos de la indignación pública como

una lluvia intermitente. Las Madres estarán cubiertas de flores, siempre. Las Luchadoras por la Vida contra un energúmeno uniformado agente de la muerte. Vencedoras para siempre. Encabezando la marcha de sus hijos.

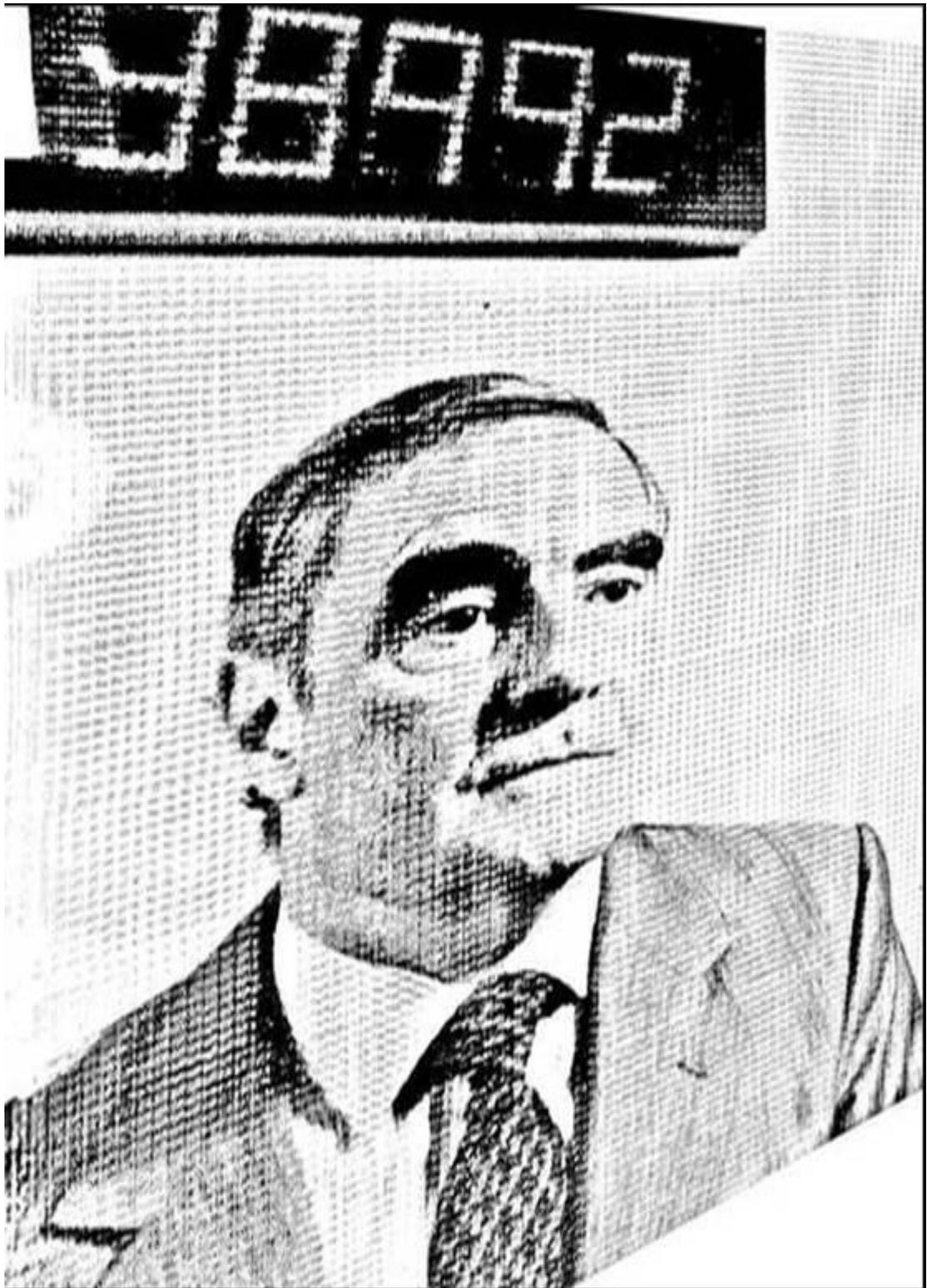
Oswaldo Bayer

PD: Querida Hebe: perdón por la demora en entregar el prólogo, pero es que la semana pasada estuve volando muy bajito. Te deseo a vos y a todas las Madres el vigor y la salud indispensables para proseguir la epopeya más admirable.

Besos de Marlies, de mis cuatro hijos y diez nietos. Y MÍOS!

Salud!

Oswaldo



El pasado del monstruo

Infancia y adolescencia.

Trabajo y familia.

La oportunidad.



Libro I

Capítulo I

El protagonista de este libro nació en Paraná, Entre Ríos, el 19 de octubre de 1925. Su padre, Emilio Massera, era un ingeniero, hijo de inmigrantes suizos. Su madre, Emilia Padula, un ama de casa. El ingeniero era un hombre parco, que sólo hablaba para mandar. La madre era una mujer sumisa, que no hablaba por miedo a equivocarse. Siendo ambos tan silenciosos, nadie en Paraná sabía mucho de ellos. Nadie conocía ese hogar en que se formaba, poco a poco, uno de los peores criminales de la historia argentina.

Los Massera no eran ricos. Pero el ingeniero tenía la manía de hacer más y más dinero. Nunca se conformaba con lo que ganaba de su trabajo y de una chacra que había heredado de su padre. Pasaba el tiempo tramando miles de negocios, entre ellos una fábrica de cocinas que fue a la quiebra al poco tiempo. Un ofrecimiento oficial lo salvó del hambre: entró a trabajar en un Ministerio de la Provincia de Buenos Aires y la familia se mudó a la ciudad de La Plata. El ingeniero estaba muy feliz. La Plata le parecía “una altísima obra de ingeniería moderna”; cada día se cruzaba por la calle con celebridades de la ciencia, de la política, de la burguesía. Su esposa, en cambio, extrañaba locamente Paraná. Se hundía en la nostalgia, en la depresión. Era una de esas mujeres resignadas a no decidir ningún aspecto de sus vidas.

En cuestiones políticas, el ingeniero era un conservador. Decía que la mayor virtud de un país debe ser el orden. Admiraba por sobre todo a los militares. Los militares imaginaban la sociedad como una inmensa colmena, en donde cada uno ocupaba el lugar que le correspondía por naturaleza. El ingeniero amaba las dictaduras militares, que sabían imponer orden costara lo que costase. El hogar, para el ingeniero Massera, era un pequeño país. Y el deber de un padre es imponer el orden. Al ingeniero le gustaba sembrar terror entre mujer e hijos y casi siempre lo conseguía.

Emilio Massera tenía un hermano mayor y tres hermanas mujeres. Estos cuatro hermanos de Emilio -según el ingeniero-, eran “los hijos ideales”. Las mujeres eran *compañía y consuelo de la madre*. Eran tímidas y tenían terror de los varones. Se imaginaban que todos los hombres del mundo serían como su padre y, sobre todo, como la bestia de Emilio. Eso las hacía temblar de terror. El hermano mayor era el preferido del padre. Era

un chico sin muchas luces, pero obediente y obsesivo del orden. A los pocos meses de llegar a La Plata, hizo brotar lágrimas de los ojos del ingeniero cuando dijo que quería ser marino. Se decepcionó cuando supo que debía esperar todavía algunos años para entrar a la Escuela Naval. Ingresó en el Colegio Nacional de La Plata. Tenía notas mediocres: mientras los profesores hablaban, él se distraía pensando en cómo le quedaría el uniforme de cadete.

Las Madres de Plaza de Mayo deseamos expresar nuestro más profundo agradecimiento a quienes hicieron posible la realización de este documento.

Le agradecemos a Sergio Schoklender y a Leopoldo Brizuela por su trabajo incansable en el archivo de nuestra Asociación, seleccionando el material periodístico, los documentos, los testimonios y redactándola biografía de este siniestro personaje.

También agradecemos a los compañeros de Página 12 que se atrevieron a llevar adelante este emprendimiento editorial, a total beneficio de las Madres de Plaza de Mayo.

Pero fundamentalmente agradecemos a todos aquellos que desde hace más de 22 años nos acompañan en silencio y nos permiten continuar luchando en defensa de la vida, la justicia y la dignidad.

Hebe de Bonafini

Pero Emilio, en cambio, era un chico extraño que sólo le daba disgustos a su padre. El ingeniero había elaborado un Largo reglamento que la familia debía cumplir. Emilio era incapaz de aprender una sola de sus reglas. No era rebelde: era bruto como un animal de carga y, al mismo tiempo, indomesticable como un lobo feroz. El aseo personal, los horarios y las reglas de convivencia le importaban un cuerno. El Padre lo castigaba, pero los castigos sólo conseguían enfurecerlo y volverlo más y más resentido. Emilio no se atrevía a devolverle las trompadas a su padre. En lugar de ello se desquitaba con su hermano. Dormían en la misma habitación y por una prenda en el suelo o una luz encendida a destiempo podían armarse bataholas tremendas. El hermano tenía cuatro años más y era mucho más fuerte. Pero no podía con Emilio. Emilio, puesto a combatir, era literalmente capaz de cualquier cosa. Y como Emilio era un niño aún, el mayor no se decidía a castigarlo, por temor a excederse y a que el padre lo castigara.

Al fin, la madre se había resignado a cubrirle la dejadez y la falta de consideración, a ocultar sus desastres a ojos del padre. Estaba harta de oírlos pelear. Cuando el hermano mayor entró en la Escuela Naval, todos respiraron. Emilio y su hermano se veían sólo una vez por semana y ya no se hablaban. El hermano había aprendido a despreciar a los civiles. Y Emilio lo despreciaba todavía más que antes porque era un marinero.

Emilio no soñaba con ser marino. No soñaba, en realidad, con nada. También había ingresado en el Colegio Nacional. Era el bachillerato más importante de La Plata y uno de los más importantes de Sudamérica. Tenía profesores célebres: grandes escritores, científicos eminentes y hasta un Premio Nobel. Sus alumnos pertenecían a familias de buena posición económica.

Muchos de los profesores recordaban al hijo mayor de los Massera: un muchacho recto, obediente, casi excesivamente prolijo. En cambio, para recordar a Emilio tenían que hacer un gran esfuerzo. Aunque en casa Emilio era por lo general muy movedido y gritón, en el colegio era hosco y silencioso, como si quisiera pasar desapercibido. Le daba vergüenza ser morocho, le daba vergüenza ser petiso, le daba vergüenza su acento de provinciano y se cuidaba muy bien de mostrarlo. Emilio detestaba a sus compañeros pero deseaba, igual que su padre, pertenecer a esa clase social.

Emilio no era un mal alumno y hasta se había interesado en una que otra materia. Pero todo interés en él terminaba pronto. Su problema era el sistema de calificaciones. Odiaba no ser el mejor y odiaba a los mejores. Si éstos se sacaban una nota más alta o lo aventajaban en algo concreto, Emilio buscaba cualquier excusa para pelearse con ellos. Y entonces era tan cruel como con su hermano. Varias veces estuvieron por expulsarlo debido a sus estallidos de violencia. Sus compañeros lo recordaban. Lo tenían en cuenta como uno tiene en cuenta a un perro rabioso que ladra a lo lejos, al fondo de la calle. Le temían y nadie se le acercaba. Por lo demás, la adolescencia lo había puesto tan feo que las mujeres nunca lo encontraban atractivo y él no veía por qué tenía que interesarse en las mujeres.

En tercer año, después de alguna travesura, el padre decidió cortar por lo sano. Emilio era demasiado grande como para que le pegara. Como castigo, lo obligó a entrar en la Escuela Naval para que allí lo corrigieran a fuerza de golpes. -“Para que lo hagan hombre a este mocoso malcriado”.

Emilio ni pensó en rebelarse. Su padre lo mantenía y era demasiado cobarde e inútil para valerse por sí mismo.

La Escuela Naval quedaba en una isla, cerca del puerto de La Plata. Un edificio blanco,

enorme. Desde sus cien ventanitas se veía el río ancho, marrón, siempre igual. Y nunca la otra orilla. Era verano y la vida de los alumnos transcurría según una rutina invariable: estudio por la mañana, deportes por la tarde, nuevamente estudio y muy temprano a dormir.

Desde el primer día, Massera detestó aquella infinita serie de obligaciones. Gruñía y bufaba sin una palabra, como un perro enjaulado. Detrás de la Escuela estaba el Taller Naval y los ruidos de las máquinas y los gritos de los obreros cruzaban constantemente el silencio de la isla. Detrás del taller había otra isla, la isla Paulino, adonde un montón de chicos como él hacían picnics, cantaban y jugaban al fútbol. Massera hubiera querido matarlos. Le daba envidia la libertad de los civiles y la envidia se le volvía odio. Un oficial, una noche, le preguntó si acaso no tenía vocación de marino. Emilio no contestó nada. No podía entender a qué se referían con eso de *vocación*.

El primer fin de semana de la Escuela Naval lo pasó encarcelado. Fue el primero de una larga serie de castigos. AL igual que en su casa, lo retaban porque era incapaz de cumplir las mínimas reglas de la disciplina. El hermano mayor se avergonzaba de la conducta de Emilio y temía que lo desprestigiara ante alumnos y profesores. La madre y las hermanas se angustiaban por él. El padre, en cambio, gozaba al enterarse de que castigaban a su hijo: -así va a aprender ese desgraciado.- Sin embargo, Massera no aprendía nada. Sólo maldecía y se volvía más salvaje.

Por fin, a fines de marzo, la monotonía se rompió. Los alumnos de años superiores comenzaron a entrar por la noche a los dormitorios de los novatos y a castigarlos sin piedad. Era su "bautismo de fuego". Los novatos -entre los que estaba Massera- empezaron a reunirse cada madrugada para vengarse de ellos. Fundaron, como ellos decían, una "logia", una sociedad secreta con reglamentos, leyes y cláusulas, destinada a defenderse y a vengarse de los mayores. A Massera estas reglas le importaban muy poco y no las cumplía. No tenía ningún sentido de la lealtad. Integraba la logia para no quedarse solo frente al enemigo. Pero no había como él al momento de pelear. Massera no terna miedo. No era valiente, sencillamente era incapaz de ver el futuro y las desgracias que podría acarrearle su insaciable hambre de castigar. Poco a poco, Massera dejó de estar triste. Había aprendido que, así como los superiores lo castigaban, él podría castigar a los subordinados. Fue aprendiendo una de las lecciones más importantes en la formación militar, quien más castiga, más poder puede lograr.

Testimonio de Graciela Daleo

EL PRIMER DÍA EN LA ESMA

Entonces me dijeron que bueno, yo estaba en sus manos, que si yo no quería hablar rae toan a aplicar la picana eléctrica, en realidad según sus palabras fueron: Te vamos a dar máquina y acá vas a hablar, entonces vas a contar todo, quiénes son tus compañeros, qué hacés (...) Entonces, como yo dije que no tenía nada que decir, empiezan a torturarme (...) PERNIA empezó a aplicarme descargas eléctricas, empezó por las rodillas, digamos, empezó fundamentalmente por la parte del cuerpo entre las rodillas y el pecho insistiendo mucho en la entrepierna, en la vagina, en los pechos. (...)

El interrogatorio se hacía estando yo encapuchada en parte, y en parte la capucha se me salía cuando las descargas eléctricas eran tan fuertes que mi cuerpo se contorsionaba, yo especialmente trataba de hacer lo posible para que se me cayera la capucha. Porque digamos la tortura y las descargas eléctricas son espantosas cuando uno no sabe dónde se las van a aplicar, yo sentía que era todavía más dolorosa. Y esto a PERNIA, que era el que me estaba aplicando la picana, lo ponía especialmente mal.

-Hija de puta -perdón, pero éstas eran sus palabras- no te saqués la capucha.

Otra cosa que lo enfurecía mucho era que yo rezaba Yo rezaba a los gritos un Avemaría tras otro y él me decía:

-No recés, hija de puta, no recés,

O sea como detalle contradictorio con esto recuerdo por las veces que se me cayó la capucha que PERNIA tenía en el cuello una o dos cadenas -no recuerdo cuántas- de donde colgaba un crucifijo, una medalla de la Virgen Milagrosa.

Una de las cosas que recuerdo que me decía es: *acá no vas a venir a hablar de que estamos violando los derechos humanos, no te vas a venir a quejar de esto.*

Otra cosa que me decía era:

Acá leñemos todo el tiempo del mundo, el tiempo no existe.

Y era muy terrible, porque uno sabía que era así, que estaba en manos de ellos, mientras estaba en este proceso de interrogatorio paró varias veces, salía a la puerta, le pedía al guardia que estaba afuera que le trajera agua; el guardia le traía agua, me la echaba sobre el cuerpo y seguía aplicando las descargas eléctricas.

(...) Al fin PERNIA me dijo. *Bueno, entonces, te vamos a fusilar.* Me vistieron, me desataron los brazos y las piernas, eso digamos me quedaba muy lastimado porque en las contorsiones las sogas me entraron bastante en la carne, me pusieron el saco que yo tenía cuando me secuestraron, me esposaron a la espalda y me sacaron. Me encapucharon nuevamente, perdón, no me encapucharon, en esa circunstancia me pusieron un anteojito-porque lo llamaban anteojito al tabique, o antifaz-, me sacaron del edificio donde estaba, me subieron a un coche. Mientras me subían al coche yo sentía ruido de armas y ellos comentaban entre sí:

-Sueno, levamos a pegar con ésta, le vamos a pegar con ésta.

El coche yo estimo que dio unas vueltas dentro del predio de la ESMA, no puedo precisar a qué lugar me levaron pe re después de dar unas vueltas, me bajaron y entonces ahí PERNIA me volvió a decir

-Bueno, ya que no querés hablar te vamos a matar. ¿Cuál es tu última voluntad?

Entonces yo pedí que me sacaran la venda de los ojos. Una persona que yo no sé quién es hizo un gesto como de sacarla, lo sentí en el pelo y PERNIA, cuya voz yo reconocía, dijo no, que no me la sacara.

(...) *-¿y porqué te querés sacar la venda, vos?*

Entonces yo dije: *porque quiero ver cómo me matan,* y el dijo que no, que no me iban a sacar la venda, que dijera otro deseo: yo dije, *bueno quiero que avisen a mi familia que estoy muerta para que mi familia no se desespere buscándome.*

-Bueno, acá se acabó todo- dijo Pernía. Dispararon. Entonces, después de disparar la primera vez hacían bromas entre ellos diciendo: *uy, qué mala puntería...*

Una de estas personas que intervenían en el simulacro de fusilamiento en

un momento empezó a tocar mi saco y decía:

-¿Por qué no se lo sacamos? Yo se lo quiero llevar a mi mujer, que es de buena calidad, es una lástima, se va a romper.

Bueno, tres veces dispararon y me dijeron: *arrodíllate*. Me hicieron arrodillar en el piso: el piso era césped, eso yo lo había visto por la parte de abajo del tabique y aparte porque al arrodillarme me di cuenta; me pusieron un arma en la sien y volvieron a disparar. Ahí me hicieron levantar.

Después de eso me dijeron: vamos: me volvieron a subir a un coche, me volvieron a llevar el lugar donde había estado antes, me volvieron a llevar a la habitación esa que después identifiqué como la número 13 y ahí siguió el interrogatorio. Pero ya en esta circunstancia no volvieron a aplicarme descargas eléctricas, sino algunos golpes, y calculo yo sería la medianoche. Esa noción del tiempo la había perdido.

Me llevaron al tercer piso. Para llevarme al tercer piso sí me pusieron capucha. Me llevaron al tercer piso y me arrojaron en un cubículo, lo que llaman cucas, que tenía dos tabiques a los costados y un pedazo de gomaespuma en el piso y ahí bueno, ahí acosta te. Yo me quedé ahí, después me sacaron, al rato me llevaron ahí dentro de este mismo ámbito. Me dijeron: *-Tu número va a ser ahora el 008.*

A Massera nada le interesaba más que tener poder. Nadie le interesa tanto como los poderosos. En el Colegio Nacional se avergonzaba de su aspecto. Se sentía un *cabecita negra*. Las mujeres no se fijaban en él y eso le parecía lógico. Pero ahora que era un cadete, cuando regresaba a su casa, comprobaba que muchas chicas de mejor condición social se enamoraban de su uniforme. A Massera no le atraían las mujeres y, ante la obligación de tener novia, se alegró de saber que el uniforme facilitaba las cosas. En un baile del Jockey Club de La Plata, cuando estaba a punto de egresar de la Escuela Naval, conoció a Delia Esther Vieyra, la hija del escribano Vieyra, el mismísimo presidente del Club. Delia, a la que llamaban *Lily*, era tan miope como para distinguir a lo lejos sólo el blanco del uniforme con el gorrito y el sable. Delia era -según todos los conocidos- tan estúpida como para no entender que el Negro era aún más bruto y más ridículo que ella.

Lily le habló del *peronismo* que le parecía el colmo de lo ordinario y de la Marina que era el enemigo más claro de Perón. Massera cambió de tema porque no entendía nada de política. Lily le dijo que pertenecía a la aristocracia de La Plata y él la miró con admiración. Emilio estaba convencido de que en La Plata había *aristocracia*. La palabra *aristocracia* lo llenaba de envidia. La invitó a salir y dos meses después le proponía matrimonio. Nunca más se los vio juntos ni en el Jockey Club ni en ningún otro salón de fiestas.

El Negro detestaba a los civiles que se burlaban de los cadetes y empezó a exigirle a su mujer que ya no viera a sus amigas. Ella seguía presumiendo de su origen aristocrático frente a los padres de Massera. Pero entre sus amistades se burlaba de ellos por ser tan arribistas. También se pavoneaba de su origen con las mujeres de los marinos. Pero ellas no veían de qué tenía que enorgullecerse Lily teniendo -como decían que tenía-, una bestia por marido. Quizá algunas fueran injustas con ella. Pero otras, tal vez habían comprendido quién era Massera. A Lily las ansias de ascender socialmente la obligaban a dormir con su propio verdugo.

Del testimonio de Sara Solarz de Osatinsky, Ana María Martí y María A. Pirles

EL DESTINO FINAL

Los días miércoles, excepcionalmente los jueves, se realizaban los traslados. En un principio se nos decía que a los secuestrados se los llevaba a otras dependencias o a los campos de trabajo que decían tener cerca del penal de Rawson. Nos costó convencernos de la realidad. (...)

El día del traslado reinaba un clima muy tenso. Los secuestrados no sabíamos si ese día nos iba a tocar o no. Los guardias tomaban medidas mucho más severas que de costumbre. No podíamos ir al baño. Cada uno de nosotros debía permanecer rigurosamente en su sitio, encapuchado y con los grilletes puestos, sin hacer ningún gesto para mirar lo que pasaba.

El sótano era desalojado totalmente alrededor de las 15.30. Si algún secuestrado estaba siendo torturado allí, se le subía al tercer piso. Aproximadamente a las 17 en Capucha se comenzaba a llamar a los detenidos por el número del caso. Se los formaba en fila india tomados uno del otro por los hombros, ya que iban encapuchados y con grilletes. Los bajaban de a uno. Sentíamos el mido que hacían los grilletes al caminar acercándose a la puerta, que se abría e inmediatamente se volvía a cerrar. Cada uno llevaba consigo sólo la ropa que tenía puesta.

Eran llevados a la enfermería del sótano, donde los esperaba el enfermero que les aplicaba una inyección para adormecerlos, pero que no los mataba. Así, vivos, eran sacados por la puerta lateral del sótano e introducidos en un camión. (...) A veces, durante los traslados, se oía constantemente sobrevolar helicópteros.

El capitán Acosta prohibió en principio toda referencia al tema de los traslados. Pero en momentos de histeria hacía informaciones como la siguiente: 'Aquí el que moleste se le pone un pentonaval y se va para arriba.' La palabra naval agregada al nombre del medicamento es un giro

usual en la Marina. La expresión se va para arriba significa se lo mata.

A fines de febrero de 1977 hubo un caso de traslado equivocado. [A *un prisionero llamado Tincho*] lo bajan a la enfermería del sótano, donde le dicen que lo van a llevar a un lugar que reúne mejores condiciones, pero que le pondrían una vacuna para evitar contagios. El enfermero le aplica una inyección en el brazo, que tarda en hacerle efecto. Pasados unos minutos, Tincho comienza a sentirse como si sus brazos y piernas no le respondiesen, y que las mueve como en cámara lenta. Se siente muy débil pero sin llegar a dormirse. A otros prisioneros les hacen lo mismo que a él. Algunos vomitan mientras eran sentados en los bancos del corredor del pasillo del sótano. En algunos traslados iban desvanecidos y los sacaban arrastrándolos.

A Tincho lo sacan por la puerta del sótano y lo suben a un camión que lo conduce a un lugar de Aeroparque. Comienzan a subirlo a un avión Fokker. Estando arriba, [un guardia] le pregunta su nombre. Al responderle que era Tincho, el guardia le dice te salvaste pibe, y lo lleva de vuelta a la ESMA. Tincho duerme toda la noche y el día siguiente.

Uno de los guardias, apodado Bolita, estuvo presente en casi todos los traslados, aun en aquellos días en los cuales le correspondía franco. Otro guardia siempre presente era el apodado la Bruja. Se lo vio regresar en una oportunidad, después de un traslado, en una camioneta de la marina, con lona verde atrás, de la cual bajó al sótano una caja de metal alargada, llena de grilletes. Por los oficiales también obtuvimos algunos datos sobre los traslados. En momentos de debilidad se les escapaba infamación. El oficial de Prefectura Gonzalo Sánchez, alias Chispa, dijo que los cuerpos eran tirados al mar en el sur, en zonas cercanas a dependencias de la Marina.

La Familia Massera

Massera tuvo cinco hijos: dos mujeres, tres varones. Durante la represión, permanecieron relativamente ajenos a la actividad de su padre. Pero a partir del retiro de Massera, en 1978, pasaron a trabajar activamente junto a él, tanto en sus proyectos políticos como en las empresas familiares. Hoy constituyen un clan de inmenso poder, decidido a continuar la historia de sangre y negociados que su padre inició.

Susana Massera, nacida en La Plata el 3 de setiembre de 1949, vive en Soldado de la Independencia 1045, Capital Federal. Está casada con Rubén Diego, un ingeniero agrónomo salteño, tres años menor que ella y residente en Salta. El matrimonio Diego tiene dos hijos: Elvira y Pedro Eugenio. Rubén Diego estuvo detenido y luego preso en la penitenciaría de Salta, después que se le secuestraran 2 kilos de cocaína que llevaba en su auto en compañía de un tal Gregorio Oviedo. Cuando viaja a Buenos Aires se hospeda en casa de Emilio Massera (h).

Eduardo Enrique Massera, nacido en La Plata el 18 de octubre de 1950, se matriculó como abogado en diciembre de 1972. A partir de 1978 empezó a trabajar como secretario privado de su padre, tanto en sus negociados como en su actividad política. Podemos afirmar que Eduardo estaba también al tanto de lo que ocurría, por lo menos, en el campo de concentración de la ESMA. La señora Sarah Brodsky, madre de un desaparecido, se entrevistó con el ex almirante Massera en 1979, gracias a la mediación del político peronista Ángel Robledo. El ex almirante, en presencia de Eduardo, le aseguró "su hijo Fernando está, está protegido, pero si alguien me lo pregunta le voy a decir que no sé nada". Al salir, Sarah Brodsky le regaló a Eduardo Massera una estatuilla con el tema las manos de Dios, para que recordara la cruz que llevaban los familiares de los presos. Según testimonios de los sobrevivientes, Fernando Brodsky fue *trasladado* de la ESMA cinco meses después. Hoy integra junto a su padre y a su hermano menor Emilio el actual *staff* de las empresas familiares (ver capítulo 5 de este libro). Se domicilia en Figueroa Alcorta 3584- Piso 16, Capital.

Alicia Massera, nacida en La Plata el 18 de abril de 1952, es abogada, pero no ejerce. Vive en un lujosísimo piso sito en Vidal 2152, 3* piso, Capital Federal. Posee un chalet en Maldonado, Punta del Este, valuado en 300.000 dólares; una casa quinta en el Country *Tortugas*, valuada en 100.000 dólares, al que llamó *Las tormentas*-, un automóvil Mercedes Benz y otro Renault, y una lancha en el puerto de San Fernando. Como su hermana y su

padre viajó en los últimos 8 años 11 veces a Estados Unidos. Descartado el turismo como motivo de tantos viajes, nos preguntamos cuál será la verdadera razón de los mismos. Téngase en cuenta que las empresas del clan Massera no tienen relación alguna con empresas norteamericanas. Puede suponerse que los Massera tienen dinero en bancos estadounidenses.

Carlos Massera, nacido en Buenos Aires el 13 de noviembre de 1954. Estudió Derecho y se recibió, pero no figura en los registros del Colegio de Abogados Capitalino ya que nunca pagó ni matrícula ni cuota. Desempeña tareas en el mismo domicilio de las empresas de sus hermanos. Tiene una chacra de 14 hectáreas en San Pedro, con producción de frutales, una casa en Mar del Plata en la zona de Playa Grande, varios autos y una embarcación en el puerto de San Isidro.

Emilio Esteban Massera nació en Buenos Aires el 7 de julio de 1961. Vivió con su padre hasta 1983. Es abogado. Integra junto al ex almirante y a su hermano Eduardo Massera el *staff* de las empresas familiares, de las que es, además, uno de los principales accionistas. Según declaración jurada, cuenta con un patrimonio estimado en 700.000 dólares. Posee un piso en avenida del Libertador 2423, un lote en el cementerio de la Recoleta valuado en treinta mil dólares, dos automóviles último modelo.

Capítulo II

CON LA COLABORACIÓN DE LOS MÉDICOS

Del testimonio de Víctor Basterra

Entonces, como hacían con todos, luego de estar totalmente desnudo me ataron los tobillos y las muñecas a una cama, y un cablecito a un dedo del pie derecho, y ahí comenzaron a aplicarme lo que ellos llamaban la máquina, picana eléctrica. Eso era permanente: me lo hadan con preguntas y sin preguntas. (...)

Bueno, esto se hacía continuamente. Hasta que al final fue tanto tiempo que tuve un paro cardíaco. (...) En ese momento, en ese paro cardíaco me atendió una persona, me auscultó, me golpearon mucho el pecho para que reaccionara y dijo que dada mi condición podían seguir efectuando la tortura. (...)

Entonces me la traen a mi señora para que yo accediera a lo que buscaban. Me hicieron sacar la capucha para que la viera. Me hicieron vestir, sentar en la cama donde estaba, me dijeron 'levanté un brazo', yo estaba muy, muy entumecido, y apenas si podía levantar el brazo. "Levantó la pierna", y mi señora estaba sentada delante de mí, entonces yo vi que había sido picaneada, golpeada. Ella tenía una parte del rostro morado... (...) En la ESMA también estaba mi niñita. No la trajeron, pero ellos me decían que me iban a poner a mi hija en el pecho mientras me daban máquina. (...)

Bueno, comienzan a torturarme de nuevo ya que no accedo a lo que ellos piden. Y una de las características nuevas de la tortura es que comienzan a torturarme permanentemente, me hacían abrir la mano y me ponían la picana ahí. Inmediatamente la mano se cerraba y ellos se iban, se iban y me dejaban ahí con la picana en la mano, y también me daban en la boca, en la nariz y en los ojos, entonces era realmente terrible, pasado ese tiempo me suben al tercer piso... Esta persona estaba fuera de sí, porque esposado como estaba yo y con las manos a la espalda y en muy, muy mal estado me

tiraba al piso y se paraba encima mío. Ahí estoy 15 minutos y me bajan de nuevo y comienzan de nuevo a picanearme. (..)

Bueno, me bajan de nuevo al mismo lugar y entonces tengo el otro paro cardíaco y me atiende otro médico. A éste sí posteriormente lo reconocí como un médico naval, era un teniente de navío o capitán de corbeta, de apellido CAPDEVILA, le decían Tommy. Este señor dijo que había que ser más prudente porque yo estaba en muy mal estado. A todo esto ya eran como... era la mañana ya, o sea prácticamente habían sido 20 horas de tortura continua...

Y, entre un examen médico y otro habrán pasado, a ver... Había una radio permanentemente prendida afuera, y cuando la puerta quedaba abierta escuchaba a veces la hora, a las 3 de la mañana habrá sido uno y a las 7 u 8 de la mañana habrá sido el otro, el otro paro cardíaco. En este Ínterin habían traído a mi señora, como le digo, y me habían amenazado con traerme a la nena. (...)

El matrimonio de Massera fue desde un principio sólido como una cárcel. Massera nunca pareció enamorado de Lily. La había atendido durante el noviazgo como se cuida un terreno que después se ha de cultivar y la olvidó al día siguiente de la boda. Lily padecía de unos celos enfermizos. Persecutorios. No tenía tantos celos de las mujeres que Massera pudiera conocer, porque sabía que a éste no le atraían demasiado. Tema celos de todo lo que él sí deseaba: dinero, posesiones, poder. Massera respondía con fastidio y violencia a cada uno de los reclamos. No podía entenderla. Todos los marinos eran igualmente despectivos con sus mujeres, todas las mujeres de los marinos sabían ser discretamente infieles. Lily, en cambio, vivía haciéndole escenas. Le reprochaba que él fuera lo único que ella tenía en el mundo y él la miraba como diciéndole “no es asunto mío...”. Cuando Lily quedó embarazada, agradeció al cielo. Pensó que cada hijo era como un rehén para retener a ese hombre que no podía amar verdaderamente a nadie.

Durante los primeros años de su carrera, Massera cumplió los destinos habituales de cualquier marino. Para sorpresa de todos, Massera empezó a ser considerado un hombre eficiente. No le gustaba hacer esfuerzos, pero era capaz de cualquier cosa con tal de agradar a los superiores y ascender dentro de la Armada, incluso trabajar. Si veía que no podía hacer algo, encontraba un subordinado a quien obligara que lo hiciera. Entre sus subordinados, como entre sus hijos, Massera imponía el terror. Los castigos que imponía Massera eran siempre exagerados y siempre imprevistos. Gozaba inventando métodos más crueles para castigar. Como había querido su padre, Massera se convertía en uno de los principales defensores del orden aunque, para imponerlo, violara la propia ley. Esta capacidad para la crueldad que lo hizo famoso llegó a oídos del Ministro de Marina que lo nombró su *segundo*. Después del derrocamiento de Perón, el nuevo ministro Clement lo mantuvo en el puesto. Para ser precisos, Massera nunca fue mucho más que un perro guardián, tan sádico que hasta el propio dueño le desconfiaba. Pero Massera nunca traicionó a aquellos jefes: estaba contento de haber encontrado un trabajo distinto del que tenía el resto de los marinos y de haber conocido el mundo de los políticos. Seguía sin entender nada de política. No tenía más vocación que enriquecerse pero, junto al Ministro, había comprobado que los marinos pedían llenarse de dinero derrocando a los civiles.

Poco tiempo después, Massera pasó a ser la mano derecha del jefe del SIN, la central de inteligencia de la Marina. Massera mismo se sorprendió con la designación: nadie había usado nunca la palabra *inteligencia* refiriéndose a él. A lo sumo sabía algo de negociados, algo de intrigas. Tenía algunos datos con los que podría mandar a la cárcel a varios jefes, pero no se le ocurría que eso pudiera darle poder. Lo destinaron simplemente a hacer trabajos sucios: reprimir, amenazar o sembrar cizaña. El Servicio de Inteligencia de la Marina no sólo tenía en la mira a peronistas y comunistas. Perseguía, muchas veces, a

miembros del ejército. El ejército era, por aquel tiempo, muchísimo más poderoso que la Marina. Tenía casi el doble de efectivos en todo el país. Pero a diferencia de la Marina, el Ejército estaba dividido en corrientes internas, algunas más próximas a Perón, otras más próximas al antiperonismo y la Marina. La Marina se preocupaba por alimentar sus peleas internas, para debilitar el Ejército y auspiciar el día en que un marino pudiera ser presidente. Massera, en su oficina del SIN, todavía no soñaba con el sillón presidencial. Su voraz deseo de poder se calmaba, por el momento, con las sobras del banquete de sus jefes. Sobornos y coimas, extorsiones y robos eran moneda corriente en ese tipo de intrigas. De ellas empezó a crecer, muy lentamente, la fortuna que hoy tiene Massera. Claro que estas sobras, precisamente por ser pequeñas, lo dejaban cada vez más hambriento.

De tales componendas y negocios sucios, nacieron también sus nuevas amistades con civiles. Muchos de los nuevos amigos de Massera eran periodistas. La sociedad vivía tan pendiente de los vaivenes de la política militar que cada diario destinaba un corresponsal permanente en los principales edificios de las tres fuerzas armadas. Massera era el encargado de tratar con los periodistas destacados en la Marina, y de suministrarles información. La información era casi siempre falsa calumnias destinadas a mejorar la imagen de la Armada o a desprestigiar al Ejército. Uno de estos periodistas se llamaba Buby Stalshmit. No sabemos qué interés puede haber despertado Massera en Stalshmit. (Salvo quizás la esperanza de que alguna vez Massera ganara en el hipódromo, cosa que el marino intentaba casi diariamente). Pero lo cierto es que se hicieron inseparables. Tan amigos, que la figura retacona e histérica de Massera, enfundada ostentadamente en el uniforme, empezó a ser habitual en *Crítica*, diario al que Stalshmit pertenecía.

Los periodistas de *Crítica*, aunque veneraban a la Marina porque había derrocado a Perón, miraban con desconfianza a Massera. Massera era adulón y burdamente ventajero. Si convenía, hablaba mal de sus propios jefes, a los gritos y en público. Y cada vez que veía entrar en la redacción a un rico o a un famoso, los miraba con tanta avidéz que muchos lo creían un perverso. Para confirmar esta fama de perverso, Massera comenzó también a frecuentar lo que él llamaba "el mundo del arte y de la cultura.". Y que de arte y de cultura tenía, en realidad, muy poco.

El interés de Massera por la farándula (eso que suele llamarse, entre nosotros, *cholulismo*) era quizás su única ingenuidad. Como cuando era chico, seguía creyendo que Hollywood era más poderoso y más real que el presidente Kennedy, y que cualquier cómico de varieté era tan influyente como el General Onganía. En sus noches de juerga, era capaz de acercarse a pedir un autógrafo a cualquier vedette con el rubor y la ambición de un adolescente. Transcurrían los años sesenta y el gran movimiento político y cultural que agitaba el mundo comenzaba a gestarse también en los sótanos de Buenos

Aires. Pero Massera ni se enteraba. Sus compañeros de vida cultural no eran nunca verdaderos artistas o poetas, sino fantoches solemnes que comenzaban a perorar en el Café Tortoni, seguían emborrachándose en La Academia y terminaban en antros en donde se codeaban con chicas de la noche y con políticos desocupados. Uno de los miembros más destacados de aquella barra se llamaba Hugo Ezequiel Lezama. Era un hombre con veleidades de novelista, que había participado activamente de un movimiento terrorista de extrema derecha, comparable al Ku Klux Klan. Lezama hartaba a Massera hablándole de política y poesía y otras cosas incomprensibles, pero tenía una virtud única: lo admiraba. Podía pasarse horas junto a Massera, viéndolo tomar whisky con trocitos de salami y divagar sobre fútbol y tango. Solían terminar las noches en *El viejo almacén*, una tanguería para turistas que regenteaba Edmundo Rivero, un cantor altísimo con aspecto de funebrero que había sido muchos años cabo de la Policía Federal. En *El viejo almacén*, Massera conoció a varios políticos peronistas, a los que no prestaba atención, porque el peronismo estaba proscripto y no tenía posibilidades de acceder al poder. Uno puede suponer que Lily ahora tendría nuevos motivos para preocuparse. Porque a los casi cuarenta años, Massera estaba convirtiéndose en un monigote grotesco, lo más parecido a un viejo verde, totalmente alejado de los hábitos de su generación.

Quizá para rescatarlo de esa decadencia, a fines de los sesenta la Marina lo comisionó a ciertos destinos más típicos de un militar. Estuvo destacado, durante un tiempo, en la Base Naval de Puerto Belgrano. Pero Massera no mejoró demasiado. Sus compañeros de entonces lo recuerdan por su patoterismo constante, como si siempre estuviera un poco borracho. Tenía, al hablar, un dejo de Gardel en sus peores actuaciones y solían llamarlo *el compadrito*. Al vicio de *los burros* Massera acababa de agregar una pasión cada vez más grotesca y obsesiva: la astrología, las ciencias ocultas. En una ocasión, cuando ya era capitán de navío, debió acompañar a la Fragata Libertad en su viaje alrededor del mundo. Los guardiamarinas recién recibidos se reían de él: Massera les parecía un viejo reblandecido que quería ganarse su simpatía contando conquistas amorosas entre vedettes o criticando a sus superiores. Pero un día, la Fragata ancló en el puerto africano de Mombassa, luego de días y días de navegación. Y mientras los guardiamarinas se perdían en los cafetines y en los prostíbulos, Massera sólo se preocupó por investigar los rituales mágicos de los nativos del país, sus santones y sus ritos. El resto de los oficiales se reía de él sin darle demasiada importancia: porque la Marina era por naturaleza antirreligiosa. Sus familiares lo habrán visto, sin embargo, como el síntoma infalible de una locura que lo llevaría, dentro de poco, quién sabe a qué abismos y qué derrotas.

TREINTA AÑOS DE CRÍMENES

Particularmente desde 1955, la Marina se convirtió en la más impopular de las Fuerzas Armadas. En 1945 eran los altos mandos de la Armada los que se oponían al entonces coronel Juan Perón. Y fueron marinos la mayor parte de los conspiradores de 1955, indignados porque Perón había dicho ante una multitud en Plaza de Mayo: *'A la Marina la corro con los bomberos'*.

En junio de 1955 la Aviación Naval bombardeó el centro de Buenos Aires en un intento de asesinar a Perón en su despacho de la Casa Rosada. Se estima que hubo unos 2.000 muertos. Miguel Ángel Zavala Ortiz, dirigente de la UCR, fue uno de los civiles que participó en este brutal acto terrorista. Logró escapar en un avión naval y se exilió en Uruguay. Sin embargo, nunca fue juzgado por tamaña responsabilidad.

Como consecuencia del bombardeo, Perón ordenó que se retiraran las espoletas de la munición asignada a la Armada y se le racionara el combustible. En ese turbulento invierno de 1955, Oscar Allende, entonces diputado radical, denunció que tenía pruebas -cintas grabadas entre buques- de la existencia de naves extranjeras frente a las costas del sur, cuyo propósito era aprovisionar a la Marina. Pese a ello, la tarea fue cumplida por una flota de Gran Bretaña. En setiembre de 1955 la Armada bombardeó Mar del Plata y amenazó hacer lo mismo con la destilería de YPF en La Plata. Uno de sus jefes, el almirante Isaac Rojas -que poco tiempo antes había sido distinguido con la medalla de la Lealtad Peronista, en una ceremonia realizada en Puerto Belgrano- fue designado vicepresidente del nuevo gobierno militar, acompañando a los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu, que se sucedieron como "presidentes".

Entre 1955 y 1962 la Armada presionó, con el apoyo desembozado de la derecha liberal y conservadora, para imponer una política francamente antipopular y antinacional. En setiembre de 1962 y en abril de 1963 -punto culminante de las luchas internas de las Fuerzas Armadas- la Marina intentó tomar el control del poder pero fue batida por los sectores mayoritarios del Ejército, que respondían al general Juan Carlos Onganía, futuro dictador entre 1966 y 1970. La derrota naval recortó su presupuesto a favor del Ejército que ya se preparaba para actuar como fuerza de ocupación, según la doctrina de la seguridad nacional que exportaba el Pentágono.

Pese a todo, la Armada consiguió reequiparse en Estados Unidos, República Federal Alemana y Gran Bretaña. Además, el Almirantazgo -antiguo aliado del imperialismo inglés- comprendió los vientos que soplaban y comenzó a participar con mayores recursos y empeño en los operativos Unitas, maniobras que Estados Unidos realiza todos los años para disciplinar las fuerzas navales latinoamericanas de acuerdo a los intereses de su defensa nacional. Cuando Lanusse desalojó del poder a Onganía y designó a Levingston, el equipamiento naval comenzó a acelerarse: compraron un portaaviones, destructores, aviones y misiles teleguiados. Todo el equipo de la Armada, empero, es de producción extranjera. El acopio de munición sólo alcanza para dos días de combate. La dependencia tecnológica, política y económica de la Marina quedó en evidencia durante la guerra de las Malvinas.

Es muy probable que por esta época Massera pensara ya en su retiro. La Marina no parecía brindarle demasiadas posibilidades de seguir medrando. Si se retiraba, en cambio, podría dedicarse de lleno al robo y la estafa. Pero un día, en su despacho del Edificio Libertad, Massera recibió la visita de Licio Gelli, un personaje que acababa de llegar de Italia dispuesto a abrirle las puertas del gran mundo. Este Licio Gelli era el jefe de una logia internacional, secreta por supuesto, a la que pertenecían grandes hombres, como el mismo Perón. La *Logia Propaganda Due*, y estaba financiada por el Vaticano. La Logia estaba en expansión y consideraba que era urgente instalarse en Sudamérica. Sus jefes habían estudiado las condiciones durante meses y uno de los integrantes más notorios había señalado que Massera era la persona ideal para desempeñar el papel de Gran Maestro de la Logia.

Por supuesto, Massera aceptó la propuesta de Gelli y, con ella, el regalo de algunos miles de dólares. Massera tenía una inclinación natural por las confabulaciones y desde la época de la Escuela Naval amaba la idea de las sociedades secretas. La P2, con sus ritos y su origen vaticano, avivaba su inclinación religiosa. Pero en el fondo, Massera todavía no creía que la P2 pudiera serle demasiado útil. Hasta que un día el Almirante Gnani, que lo conocía muy bien, le dio imprevistamente *una oportunidad*. Y entonces todo eso que en Massera había estado oculto y disperso se unió. Y nació el monstruo.

Capítulo III

El Almirante Gnavi lo convocaba a formar parte de una Comisión de Asuntos Políticos. La comisión la integraban un representante del Ejército, otro de la Aviación y otro de la Marina. Tenían que elaborar un plan para ceder el paso a un gobierno civil. “Ceder el paso”, le dijo Gnavi al Negro, “sin perder el poder”. Y sonrió. Pero Massera no parecía muy convencido. Tenía ya casi cincuenta años, dijo. Había estado pensando en dedicarse a otra cosa, dijo. Y dijo que lo pensaría.

Gnavi había elegido al Negro por muchas razones. El Negro Massera era más que amigo suyo. Era un discípulo suyo. Massera había aprendido a robar. Por otro lado, Massera era el único marino que disponía de contactos en el partido peronista, que seguramente ganaría las elecciones. Pero sobre todo, Gnavi sabía que Massera tenía una ambición desenfrenada y que le bastaría sentarse en medio de los otros para lanzarse como una bestia en busca del poder.

Así fue. Tan pronto se sentó aquella noche entre los tres representantes, tan pronto oyó la frase *los destinos de la Nación*, los ojos relampaguearon, se le hizo agua la boca, se echó ávidamente hacia delante. Cuando empezó a hablar el representante del Ejército Massera se echó a bostezar, puso los pies sobre el escritorio. En un momento, cuando habló el representante de la Aviación, el Negro soltó una carcajada. Le preguntaron porqué se reía: dijo que porque todo esto le parecía una estupidez. Pero su secretario, que lo conocía, sabía que estaba mintiendo. El Negro reía de excitación y felicidad.

Desde aquella noche, el Negro no habló de otra cosa. Lily al escucharlo resurgió como de un antiguo letargo. Hacía años que el Negro no estaba tan entusiasmado con algo y que no le ofrecía participar a ella. Lily no entendía nada de política y quizá tampoco Massera sabía muy bien de qué estaba hablando. Pero repetía continuamente *los destinos de la nación*, con una sonrisa. Se la pasaba hablando por teléfono, convocando a viejos amigos suyos para que lo ayudaran.

Massera concurría a las reuniones de la Comisión con un secretario privado. Para él, cada sesión era una nueva tortura y una vergüenza. Por primera vez, los integrantes de las otras fuerzas estaban conociendo de cerca a Massera y comprendían que sólo un loco o un masoquista podría trabajar con él. Como correspondía a una misión así, los representantes del Ejército y la Aviación eran cautos, solemnes. Massera era patotero y

malhablado. Los provocaba constantemente, sabiendo que ellos nunca se animarían a responder una provocación, que no valía romper relaciones con la Marina por culpa de semejante bestia.

Las noticias de los entredichos en la Comisión se corrieron en la Marina. Gnavi se encargó de hacerlas correr: la alta oficialidad empezó a apreciarlo, porque sabía que Massera estaba tratando de conquistar para la Marina *el poder que ésta merecía*. No era un trabajo fácil. En teoría, las tres armas temen igual representación. Pero en la práctica temen muy diferente poder. La Marina terna la mitad de efectivos que el Ejército y su influencia territorial estaba restringida a la costa. La Marina, apreciada por la clase alta, era despreciada hondamente por el pueblo. Por eso Massera empezó dar batalla también fuera de la Comisión.

Lo que queda

Massera sólo ve muy de vez en cuando a sus hermanas Sara y Laura, que viven en La Plata, y mucho menos a Alicia, que vive en Gualeguaychú. La enemistad con su hermano, que llegó a capitán de Fragata y pasó a trabajar en Elma, una empresa de la Marina Mercante, parece haber durado toda la vida. Su cuñada Zaira Vieyra, en cambio, visita habitualmente al ex almirante y su esposa, acompañada de su concubino Roberto de la Lastra. Los Massera le retribuyen frecuentemente las visitas, compartiendo largas cenas en el departamento que Zaira posee en Ayacucho 1570, dto. C. De sus compañeros de juventud, Massera tampoco ve a ninguno. En La Plata, por ejemplo, el que no lo odia se avergüenza de haberlo conocido o prefiere olvidarlo como se olvida una pesadilla.

Una de las primeras tácticas de Massera fue reforzar sus contactos con el perón ismo. A través de Licio Gelli se preocupó por hacerle saber a Perón, que estaba en España, que contaba con un aliado dentro de la Comisión. Secretamente (aunque sabía que no existían secretos para los servicios de inteligencia del Ejército), convocó a Matera, a Sobrino Aranda, a Ángel Federico Robledo, sus más recientes amistades.

Lily que había soñado siempre con ser Primera Dama, se enorgulleció. En la peluquería decía que anoche había tenido a comer a *toda la aristocracia*. La aristocracia eran el sindicalista Lorenzo Miguel, Raúl Lastiri y Norma López Rega, íntimos allegados al líder exiliado. Cuando Perón volvió, fue Massera el único militar al que el líder saludó efusivamente. Fue en Puerto Belgrano, durante un acto militar. De tanto en tanto, el líder

se volvía: “Qué Masserita éste...” decía. A su lado, Lily creía haber llegado a Iacina. No sabía que la cima y los sueños del Negro no habían hecho más que empezar.

‘Y es que el Negro, en verdad, es un megalómano, un loco moral’, dijo un día el doctor Matera, al cabo de una de aquellas reuniones. Alguien le aconsejó que no lo dijera. Si no quería que la *Bestia* los borrara del mapa.

LOS MÁRTIRES DE TRELEW: OTRO CRIMEN DE LA MARINA

“A mediados de agosto de 1972 un grupo de veinticinco jefes guerrilleros del ERP y de los Montoneros (entre ellos dirigentes de primer nivel como Roberto Mario Santucho, Roberto Quieto y Ricardo Vaca Narvaja), se fugaron de una prisión de Rawson. Seis de ellos lograron tomar en Trelew un avión que los llevó a Chile, gobernado en ese momento por el socialista Salvador Allende, desde donde pudieron emprender viaje a Cuba. Los diecinueve restantes llegaron tarde a la ciudad y se rindieron a la Marina tras pactar que jueces, médicos y periodistas verificaran su estado físico, para minimizar la posibilidad de torturas. El 22 de agosto, en la base aeronaval Vicealmirante Marcos Zar, un grupo de oficiales fusiló a quemarropa a los diecinueve, pretextando un intento de fuga. Sin embargo, tres de los fusilados (Alberto Camps, María Antonia Berger y Ricardo Heidar) sólo habían sido heridos, escaparon y revelaron los hechos. El caso desató una enorme crisis política para un gobierno militar en descomposición, que preparaba su propia retirada de la escena política y que claramente no se hallaba en condiciones de lanzar una escalada represiva. La simpatía popular se volcó hacia Tos mártires de Trelew". (...) Se hicieron manifestaciones, se publicaron libros y solicitadas y se emitieron condenas de todo tipo”.

Claudio Uriarte. Almirante Cero

EL ALMIRANTE

Massera Almirante.

Cerco sobre Isabel.

Preparando el golpe.



Libro II

Capítulo I

UN POCO DE HISTORIA

A partir de 1960, los industriales italianos comenzaron a alarmarse por el crecimiento electoral del Partido Comunista. (...) Gianni Agnelli, el poderoso dueño de la FIAT, era uno de esos industriales preocupados. Pero el más obsesionado de todos era Licio Gelli, un francmasón fabricante de muebles cuyo pasado también era fascista y que había estado exiliado en la Argentina en la época posterior a la caída de Mussolini. Gelli, un delirante, tenía en su residencia retratos de Franco, Hitler y Perón, y organizaba elaborados ritos de iniciación para la logia masónica P2, de la que se convertiría en Gran Maestro.

La P2 (el enigmático nombre significa sólo Propaganda Política) existía desde mucho antes, y tiene ciertos vínculos de origen con las sociedades carbonarias del siglo XIX. Aun así fue Gelli quien la organizó con el sentido específicamente anticomunista que se le conocería más tarde. (...) La primera estrategia de Gelli ante el avance del Partido Comunista Italiano consistía en promover el derrocamiento del gobierno constitucional y la instauración de una dictadura. La segunda era una estrategia de escape, que podía usarse si la primera fallaba y que serviría de refuerzo internacional si tenía éxito. La primera estrategia incluía el reclutamiento de políticos, militares, banqueros y hombres de empresa en Italia, y la segunda requería lo mismo pero en el exterior.

Gelli se detuvo a pensar qué países podían ser ideales para consolidar una influencia externa y al mismo tiempo aptos para radicar capitales y empresarios si pasaba lo peor y el comunismo llegaba al poder. Tenían que ser naciones básicamente blancas, con una cultura y política occidentalistas y cuyas economías pudieran ser desarrolladas conforme

a los modelos italianos (...). El jefe de la P2 se decidió finalmente por Argentina y Uruguay. (...) La entrada de la P2 a la Argentina coincidió con la entrada masiva de la FIAT y otros importantes capitales italianos, y con una etapa de nueva industrialización que reflejaba los excedentes de posguerra de las principales democracias industrializadas. Sin embargo los planes de la P2 iban mucho más allá de la mera apertura de filiales de empresas italiana; aspiraba, nada menos, a la creación de una burguesía propia y fiel. Se hicieron fortunas de la nada; se inflaron financieramente empresas por las que nadie hubiera dado un centavo como las de los Bulgheroni y los Macri. (...)

Massera, distraído masón, vio en la P2 un modo de enriquecer todavía más su aparato de relaciones. Y no lo desaprovechó. Cuando llegó a comandante de la Marina, hacía tiempo que ya era algo más importante que un simple miembro de la francmasonería argentina.

Claudio Uriarte, Almirante Cero

De los testimonios de Nilda Orazi y Sara Solarz de Osatinsky

OTROS MÉTODOS DE TORTURA UTILIZADOS EN LA ESMA

1. Picana eléctrica con kerosene en las fosas nasales. Se acuesta al prisionero desnudo en una cama a la que le falta el colchón y luego de atarle las manos y los pies a los ángulos de la misma con correas de cuero o de goma, se le vierte el kerosene en las fosas nasales y se lo comienza a picanear. Esto produce un doble efecto. Por un lado la electricidad que recorre todo el cuerpo y por otro la asfixia a causa del kerosene.
2. Picana doble. Se utiliza el mismo método que el procedimiento anterior pero con la variante de que en lugar de una sola picana se utilizan dos.
3. Picana marina o "Carolina". Inventada por un ingeniero electrónico de la ESMA, amigo del capitán Acosta. Su creador afirmaba que producía efectos distintos de la utilizada por la Policía Federal, ya que se accionaba sobre distintos centros nerviosos y de dolor. Las testimoniadas ignoran si esto es cierto, pero dan fe del intenso dolor que provoca y de más de un pozo producido por la Carolina en la carne de los torturados y las quemaduras que producen.
4. Submarino. Consistía en sumergir la cabeza del prisionero en una pileta de agua y retirarlo sólo cuando se estaba al borde de la asfixia.
5. Apaleamiento. Se golpeaba al prisionero con palos de goma hasta que éste perdía el conocimiento; las consecuencias de este tratamiento eran costillas quebradas, hemorragias Internas, etcétera.
6. Colgadura. Se hace que el secuestrado cruce los brazos por sobre el pecho de modo que las manos queden hacia atrás (como con chaleco de fuerza) y en esta posición se le atan las manos a la espalda y se lo cuelga del techo. Debido a la presión que ejercen los brazos sobre el pecho por efecto del peso del cuerpo, no se puede llenar de aire los pulmones, con lo cual se va produciendo una asfixia progresiva, con delirios y visiones. Esto se combina con la aplicación de choques eléctricos y golpes, con lo cual la

necesidad de oxigenación es mucho mayor.

7. Golpes rítmicos. Son golpes dados con un palo en una sola parte del cuerpo hasta que éste pierde por completo la sensibilidad.

8. Chorros de agua helada. Estos chorros eran aplicados con una manguera de alta presión y mucho caudal, con lo cual el prisionero era constantemente tirado al suelo debido a su fuerza. Este procedimiento era efectuado con la gente desnuda.

9. Violadores.

10. Dardos paralizantes. Hubo dentro de las torturas una macabra investigación acerca de la eficacia de unos dardos usados para caza mayor. El "cerebro" de esta "tarea científica" fue el teniente de navío Antonio Pernía (trueno*, 'Martin', "Rata").

Pernía trajo los mencionados dardos de los Estados Unidos y quería utilizarlos para secuestrar a los militantes populares. Provisos de veneno, éste, en grandes dosis, mataba. Rebajando dicha dosis se conseguía el desvanecimiento.

La 'investigación' perseguía descubrir la dosis exacta que inmovilizara a la víctima por no más de una hora, a fin de evitar que ésta se resistiera al ser secuestrada, y a la vez que estuviera dispuesta para la 'sesión de interrogatorio' en forma rápida, que garantizara "eficacia".

Antonio Pernía tenía a su disposición cientos de conejillos de Indias para su experimento: los secuestrados que se hacinaban en "Capucha" y 'Capuchita", mientras esperaban la muerte.

No sabemos por qué razón, pero el elegido fue Daniel Schapira, herido en un brazo en el momento de su detención, a raíz de lo cual llevaba un yeso. Daniel estaba en 'Capucha' y había empezado a reponerse de la tortura a que lo sometieron con la picana eléctrica, cuando Pernía lo hizo bajar.

Allí lo puso contra una pared y disparó con una pequeña pistola uno de los dardos. Después de esta "experiencia", Schapira durmió más de un día. Cuando despertó, nos contó lo sucedido y el mismo Pernía repitió el relato.

Las sesiones se repitieron varias veces. No sabemos en qué concluyó el

experimento. Al compañero Schapira se lo llevaron en un traslado individual a Coordinación Federal y nunca más volvió ni supimos de él.

Pernía opinaba que estos dardos eran apropiados para el asesinato de los militantes y dirigentes de movimientos populares en el exterior, ya que no era difícil introducirlos como elementos deportivos para caza.

11. Tortura psicológica.

. Impedir que el prisionero duerma de cualquier manera y acompañado de lecturas fascistas.

. Amenaza de tortura permanente, para lo cual entraban en la celda a cualquier hora del día o de la noche profiriendo gritos o dando golpes.

- Amenaza de torturas a familiares, especialmente si se tenía hijos de corta edad.

. Escuchar constantemente los gritos de los demás prisioneros que estaban siendo torturados.

-Amenazas de muerte constantes.

Del testimonio de Lisandro Raúl Cubas AL BORDE DE LA LOCURA

Para el día de mi secuestro y posterior desaparición, el 20 de octubre de 1976, militaba en la Juventud Peronista del Partido de La Matanza, zona oeste del Gran Buenos Aires.

Eran las 8 AM, en momentos en que me dirigía a tomar el colectivo de la línea 49, en la Avenida San Martín en La Tablada, Pella, de Buenos Aires. De cinco carros bajaron más de diez hombres, uno de los cuales me puso su pistola sobre la frente obligándome a tirarme al suelo, lo mismo hacían con otras dos personas, un hombre y una mujer que caminaban por la zona. Estando los tres tirados en el suelo, aprovechando un momento de distracción de mis secuestradores, introduje una pastilla de cianuro en mi boca con el objeto de suicidarme. Inmediatamente proceden a pegarme patadas en el estómago y en la cabeza, luego de lo cual me esposan las manos detrás de la espalda y me ponen una capucha de tela gris, cubriéndome la cabeza.

El cianuro comienza a hacer su efecto, produciéndome asfixia y momentos antes de perder el conocimiento, que para mí era la muerte, me introducen en el baúl de un carro. En ese momento recuerdo que pensé en mi familia, en mi compañera quien la noche anterior me había comunicado que estaba esperando un hijo, en mis compañeros que quedarían protegidos por mi muerte y en Dios, a quien le agradecía haberme dado el valor de suicidarme y así no sufrir las torturas que los militares acostumbran a hacer con sus víctimas.

Cuál no sería mi sorpresa cuando vuelvo en mí, acostado sobre cuerpos de personas que estaban muertas. Mi primera intención fue no respirar, para que no se dieran cuenta de que estaba vivo, no sé cuánto tiempo pasé en esa situación. En un momento escuché una voz que dijo: "este hijo de puta está vivo". Pidieron un vomitivo y antes de administrármelo, me cayeron a golpes con palos de goma: intentaron darme el vomitivo el que escupí reiteradas veces. Por ello utilizaron éter, para poder dormirme y poder darme el vomitivo.

La próxima vez que me desperté estoy atado a una cama, sobre sus elásticos, de metal, con grilletes en los pies, esposadas las manos a los barrotes de la cama, con la capucha atada al cuello que apenas dejaba respirar y una sonda con suero en las venas del brazo y quedo así, según cálculos hechos por mí, hasta el día 22 ya que el día 23 empezaron a interrogarme y quienes lo hacían me decían que si suministraba información 'como regalo de cumpleaños te dejaremos libre'. [Cumplí años el 24 de octubre]

(...) Durante estos interrogatorios no pudieron sacarme datos sobre ningún compañero. Después de la última sesión me adjudicaron el número 571, con el cual me identificaron, trasladándome a Capucha, sector ubicado en el altílo del Casino de Oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada. Comienza allí para mí y para todos los detenidos-desaparecidos que pasaron por la ESMA la más terrible de las torturas. Empieza en este caso una tensa angustia ante la posibilidad de nuevas torturas y la Incertidumbre aún mayor de no saber si en esta ocasión serían resistidas. La tortura psicológica de la capucha es tanto o más terrible que la física, aunque sean dos cosas que no se pueden comparar ya que una procura llegar a los umbrales del dolor, y la capucha procura la desesperación, la angustia y la locura. Este tipo de bata miento consistía en mantener al prisionero todo el tiempo de su permanencia en el campo, encapuchado, engrilletado, con las manos esposadas a la espalda sin hablar, sentado sin moverse desde las 6 AM a las 8 PM, es decir 14 horas seguidas. Como complemento de esto pasaban música a altísimos niveles de intensidad las 24 horas del día, lo que hacía que ni en la noche se podía descansar y lo hacíamos sólo cuando las fuerzas nos abandonaban. Permanecí en esas condiciones durante tres meses seguidos hasta mediados de enero de 1977. En ese período debo haber bajado entre 10 y 12 kilos de peso, vestido con un camisón de mujer, pues mi ropa la destrozaron en las primeras sesiones de tortura.

(...) En 'Capucha' tomo plena conciencia de que el contacto con el mundo exterior no existe. Nada te protege, la soledad es total. Esa sensación de desprotección, aislamiento y miedo es muy difícil de describir. El solo hecho de no poder ver te va socavando la moral, disminuyendo la resistencia. A diferencia de la represión a que uno estaba preparado o conocía, o sea la legal del Estado de Derecho, donde se tenía conciencia de que el tiempo corría a favor del preso, en el campo de concentración clandestino ocurre todo lo contrario: el tiempo favorece a los torturadores.

Ellos afirman: tenemos todo el tiempo del mundo. En esa situación de aislamiento total, con el agravante de estar escuchando gritos de otros torturados y la música infernal que pretende ocultados hace que uno vaya encerrándose en sí mismo, penetrando en lo más oculto de su conciencia. En ese marco de vida y muerte, cualquier concesión que hicieran (un cigarrillo, un poco más de comida en la ración) buscaba como objetivo corromperme y ahondar un proceso de quiebra moral que se ahonda en ese vaivén de darle y de sacarte.

Para fines de noviembre aparece en este proceso el Teniente de Navío Antonio Pernía, alias "Trueno", que me hace bajar a los cuartos de interrogatorio. (...) Me dijo que admiraba mi convicción por tomarme la pastilla de cianuro y porque no había entregado a nadie. A continuación, riéndose, me dijo: "Yo en tu caso había cantado hasta La Cumparsita. ¿De qué te sirve tu silencio? Mirá en las condiciones en que estás. Nosotros queremos darte la oportunidad de que seas un buen ciudadano, luego te vamos a pasar al PEN (a disposición del Poder Ejecutivo Nacional)". Mi conducta fue de no contestar. Me hizo poner la capucha nuevamente y me dijo: "A tus hermanos los tenemos ubicados, sólo es cuestión de tiempo. Si los matamos al apresarlos la culpa será soto tuya".

(...) Por esos días me bajan al sótano y me dicen "preparate 571 que vamos a dar un paseo". Yo entendí que era el final, que me matarían y me arrojarían a un basural. Además de los grilletes, las esposas y la capucha, me adosaron a los grilletes una bala de acero de 25 kg de peso y me introdujeron en un Ford Falcon gris manteniéndome agachado por 15 minutos. En ese momento me incorporan y me sacan la capucha y veo a mi lado al teniente de navío Pernía, y me dicen, "Queremos a tus hermanos o, en su defecto, a Mana Antonia Berger (sobreviviente de la Masacre de Trelew en 1972), a quien yo conocía. Les dije que ni lo pensarán. En ese momento, en la zona del Club DAOM, en Flores Sur, me bajan del carro y me dicen que aquí se acabó todo, yo atino a cerrar los ojos y Pernía me ordena: "cagá 571" como yo no entiendo me repite: "hacé tus necesidades 571 que el médico dijo que no vas de cuerpo". Imagínense la situación: en la calle transitaba gente (es una zona populosa de la Capital Federal) que miraba azorada cómo un engrilletado, esposado y con un camisón como vestimenta hacía sus necesidades primarias rodeado por dos hombres armados. El objetivo era doble: intimidar a la población y rebajar mi dignidad humana.

Luego de esto me vuelven a llevar a la ESMA, a Capucha, donde se olvidan

de mí hasta Navidad. Yo estaba muy conflictuado y la Capucha se me hacía insoportable. Tanto es así que un miércoles de traslado pido a gritos que se me traslade:

-¡A mí, a mí, 571...!

Sólo recibí una golpiza infernal por haber hablado.

De acuerdo con el Plan Político de aquella comisión que integraba Massera, hubo elecciones en marzo del 73. Ganó el FREJULI, un partido que incluía al movimiento peronista y a otras agrupaciones menores. Héctor J. Cámpora, un odontólogo peronista, fue el nuevo presidente y Vicente Solano Lima, un conservador, el vice. La primera medida de Cámpora fue liberar a los presos políticos: cientos de militantes de la resistencia a la dictadura ganaron de nuevo las calles. La medida fue bien vista por la mayoría, pero pésimamente vista por la oligarquía y las Fuerzas Armadas. Muchos de los liberados eran líderes de la guerrilla. Las Fuerzas Armadas temían que sus enemigos llegaran al poder.

Otra medida de Cámpora fue anunciar que renunciaría a la Presidencia para que se volviera a convocar a elecciones y el pueblo pudiera elegir a Perón. Raúl Lastiri, que era presidente de la Cámara de Diputados, asumió el poder interinamente. Massera, viejo amigo de Lastiri, vio la oportunidad de medrar. Fue a verlo. Le dijo que la oficialidad de la Marina, profundamente antiperonista, le quería mover el piso. Y que, si lo pasaban a retiro, Perón se quedaría sin aliados en la Marina. El presidente optó por una solución radical: destituyó a todos los marinos superiores a Massera y a él lo nombró Almirante. Después telegrafió a Perón: las cosas cambian, General. Ahora hasta la Marina es nuestra. El día que Perón asumió el poder-unos meses después-, salió al balcón de la Plaza de Mayo a saludar a la multitud. Massera estaba detrás del viejo líder, sonriendo. Terminado su discurso, Perón lo llevó aparte y lo invitó para que esa misma tarde fuera a comer un asado con ellos en la Quinta de Olivos. Cuando llegó de vuelta a su casa, Massera le dijo a Lily -que había quedado con gripe en cama-: "Prepárate". Lily se estremeció. Massera le pedía que se preparase no sólo para ir a comer con el presidente y su mujer, sino para ser la mujer del próximo presidente.

La amistad con Perón se estrechó rápidamente. Para la época en que Perón comenzó a enfermarse, los Massera lo visitaban seguido. Lily se jactaba de ser la única visita a la que los caniches del General reconocían y hacían fiestas. El propio López Rega, siempre tan celoso de la privacidad presidencial, parecía tenerles simpatía. Así, sin quererlo, los Massera se convertían en testigos de una intimidad extraña, sobre la que el país entero se preguntaba.

Es una Corte de los Milagros, confiaba Lily a las mujeres de los marinos. Las amigas se divertían. Para éstas, Isabelita era el colmo de lo mersa, de lo caché. Para las mujeres de la Armada, era ¡aún peor que Eva Perón...! Su nombre real, contaba Lily, era María Estela. Isabel era su seudónimo artístico. Isabel, nacida en La Rioja, había sido bailarina de un conjunto folklórico, después corista de un teatro de revistas y luego bailarina de un night club de Panamá, donde Perón la había conocido. Había sido, -Con toda seguridad-

prostituta, y ahora quiere ocultarlo vistiéndose como si fuera una monja sin hábito. Con esos trajecitos sastre que parecen una armadura, con esos peinados como tortas de bodas.

-¡Y pensar, -decía Lily-, que ésa es una vicepresidenta...! ¡Cuántas más luces, sin ir más lejos, tenía ella misma para su cargo...! Isabelita no había terminado la primaria, se tragaba todas las eses y además ¡era tan supersticiosa...! No podía dar un paso sin que López Rega, su asistente espiritual, le diera su aprobación. El Negro hablaba sólo con Perón, que lo miraba cordialmente y con desconfianza. Massera miraba a Perón cortándole las arrugas, los temblores, calculando cuántos días le faltaban para la tumba, comparando la decrepitud del viejo con su propia vitalidad, y sonreía. Perón miraba a la bestia que Licio Gelli le había puesto al lado y podía imaginar muy bien el futuro de la Argentina cuando él ya no estuviese. Una sensación de victoria y al mismo tiempo de derrota le agriaba el ánimo, y a pesar del humor invariable con que enfrentaba a los periodistas, se volvía secretamente apocalíptico. Mirándolos de lejos, Lily los veía como maestro y discípulo, o como padre y heredero. Sólo que había otro aspirante a la herencia de Perón. Se llamaba José López Rega.

Este López Rega, decía Lily, era un cabo de policía que había integrado la custodia de Eva Perón. Un nadie como Isabelita, y al que Perón acababa de ascender a la más alta jerarquía para que cobrase una suculenta jubilación. También había conocido a Perón en el exilio, en el mismo cabaret donde trabajaba Isabelita. Lopecito regía el boliche por las noches y por las tardes introducía a las chicas en las ciencias ocultas. Las chicas lo llamaban el Maestro. Perón lo había tratado con distancia al principio aunque lo contrató como custodio. Pero el Maestro había terminado por envolver al líder con sus conjuros o con alguna patraña de magia negra, quién sabe.

Y ahora era tan poderoso y misterioso como en otras épocas lo eran los confesores de los reyes. Una noche, en una cena, Massera le sacó el tema de la brujería. Massera comentó que, de paso por Mombasa con la Fragata Libertad, había aprendido mucho de la brujería swahili. López Rega mordió el anzuelo. A Massera ya no le interesaban esos temas: sólo quería conocer a López Rega, que con ellos era siempre silencioso, ver cómo trabajaba esa mente al mismo tiempo primitiva y envolvente. Con el correr de la noche y el vino, el Brujo habló más. López Rega odiaba, ante todo, al comunismo, que era el Anticristo encamado. Isabelita, al oírlos dialogar, repetía sonriendo: ¡pero ustedes son dos almas gemelas...! Lily no sonreía. Ella sabía que un igual, para el Negro, nunca era un hermano, ni siquiera un compañero, sino un competidor. Y en efecto, Massera desde ese día no hizo más que calcular el momento en que debía liquidarlo.

Por aquellos días, Massera tenía un nuevo despacho en el Edificio Libertad. El edificio era una construcción gigantesca. Al subir sus escalinatas cada mañana o al bajarlas ya

entrada la noche, Massera ponía un rostro de estatua, de faraón embalsamado. En los pasillos, la gente hablaba muy mal de él: se sabía de sus simpatías con Perón, se rumoreaba sobre su proximidad a Isabelita, se decía que López Rega obligaba a Lily a participar de extrañas orgías satánicas. Pero Massera imponía el terror entre sus subordinados y nadie hablaba si lo tenía cerca.

Massera hacía cumplir a los gritos un reglamento de trabajo agotador y ante el menor incumplimiento llamaba al infractor a su despacho y lo castigaba de un modo cruel, secreto, siempre imprevisto. Brisas de terror recorrían el edificio y su fama de sádico llegó a todos los ámbitos del gobierno. Un día fue tanto el rigor con que castigó a un guardiamarina que un viejo almirante lo llamó por teléfono. Lo llamaba para protestar por el maltrato que Massera había dado a un guardiamarina que era un sobrino suyo. Y que nadie había tratado así a un Rojas. Massera lo trató de imbécil y le preguntó: ¿no se da cuenta de que estamos en guerra? El almirante le cortó y concluyó que Massera estaba loco. Mucho tiempo después comprendió lo que Massera le había querido decir: estaban en guerra contra el comunismo.

Para los militares de la época, todos los opositores políticos eran comunistas. Todos los movimientos de resistencia a la dictadura o al peronismo eran subversivos. Y sus simpatizantes. Y los simpatizantes de los simpatizantes.

En las pesadillas de los militares, los empresarios y los terratenientes revoloteaba el fantasma de la Revolución Cubana. El Che Guevara -decían- había querido exportar la Revolución Cubana a Bolivia y luego a la Argentina. Para los militares, estos comunistas y subversivos eran los que ahora querían importarla. Sin embargo, a pesar de lo que esos militares temían, ni comunistas ni subversivos habían alcanzado el poder en mayo del 73. Por lo contrario, el gobierno de Perón había empezado a combatirlos a muerte con la policía, el Ejército, o con las bandas mañosas creadas por López Rega.

Uno de los movimientos guerrilleros, el Ejército Revolucionario del Pueblo, decidió continuar con la lucha armada exactamente del mismo modo que lo había hecho durante las dictaduras de los otros generales.

En mayo de 1974, cuando Perón decidió echar a la Juventud Peronista "Montoneros" de la Plaza de Mayo, Massera estaba detrás del líder y sonreía. Al día siguiente, Montoneros decidía pasar a la clandestinidad y continuar la lucha armada. El viejo Almirante Rojas veía en ello una tragedia nacional. El nuevo Almirante Massera, en cambio, se refregaba las manos satisfecho. Le gustaban mucho las películas de guerra que pasaban por televisión y allí había aprendido que la guerra es el mejor espacio para conseguir poder salvajemente. En la guerra -sostenía el Negro-, todo es posible.

Una noche de junio de 1974, durante una cena, Massera dijo que el país estaba en sus manos. Los otros comensales eran también marinos que éste había conocido en su reciente paso por el Edificio Libertad. Eran un tal Chamorro, un tal Acosta, un tal Radice: gente de tan mal aspecto, que parecían inventadas por Massera. El Negro aclaró que el viejo líder estaba a punto de morir y que el gobierno de Isabelita debía acudir a la Marina si quería librarse de la subversión.

Lo que Massera no reveló esa noche ni nunca, fueron sus planes para con la vicepresidenta. Pero Lily debe de haber sospechado algo el día del funeral de Perón. Detrás del ataúd, el Almirante tomó la mano de la viuda y la besó larga, larguísima, con el pretexto de posar para las fotos. Lo malo es que no sólo Lily lo intuyó. Detrás del féretro del líder, el Maestro López Rega frunció el ceño. Silenciosamente, la guerra por la sucesión del líder había comenzado. Massera y López Rega ya eran enemigos mortales. Y, por primera vez, Lily no se animó a hacer un escándalo.

ESCUELA DE ASESINOS Y TORTURADORES

Según los investigadores, la Marina se preparó para la represión ilegal desde fines de la década del setenta. El asesino Scilingo, que integró el grupo de tareas de la ESMA, reveló recientemente que a fines de 1975 dos oficiales de la Marina viajaron a Estados Unidos a perfeccionar las teorías de Massera sobre cómo implementar el genocidio en la denominada Escuela de las Américas. Además de esta preparación “técnica”, Estados Unidos brindó un notorio soporte a las dictaduras latinoamericanas con su teoría de la “Seguridad Nacional”.

Capítulo II

LA CLANDESTINIDAD DEL GENOCIDIO

El periodista Fernando Mas, corresponsal en Madrid del diario *La Nación*, escribe el 31 de octubre de 1997: "Según Emilio Fermín Mignone, en una reunión de generales, almirantes y brigadieres llevada a cabo a mediados de 1975, se decidió dar un golpe en no más de seis meses y ejercer una represión totalmente clandestina".

"En mis innumerables reuniones con Massera -relata el doctor Mignone- con quien estuve tres veces, con generales como Olivera Rovére y otros, me insistieron en que no querían incurrir en el error de Franco o Pinochet de firmar sentencias de muerte o realizar procesos porque el Papa iba a pedirles que no fusilaran y los países centrales iban a limitar las inversiones en el país. De modo que diseñaron un sistema que concluyó con el genocidio, la tortura y la eliminación clandestina de muchos miles de argentinos que, en su inmensa mayoría, no habían tenido nunca una actividad que pudiera llamarse combatiente."

Cabe señalar que el doctor Mignone, padre de una desaparecida y actual presidente del Centro de Estudios Legales y Sociales, había desempeñado cargos en gobiernos de tacho, entre ellos el de viceministro de Educación durante la dictadura de Lanusse y luego fue funcionario del gobierno menemista.

STAFF Y MINI STAFF

Del testimonio de Miriam Lewin

En la misma habitación donde había estado, me entrevistó entonces el subprefecto Favre (alias Daniel o Salva), quien preparó una ficha y me adjudicó el número de caso 090. Esa noche me llevaron por primera vez a dormir a "Capucha", en una colchoneta entre tabiques de madera. Pude observar que estaba en un extremo de un gran corredor en L al que daban pequeñísimas "habitaciones" ocupadas por detenidos. Además, había una larga fila de camas de metal. Hacia el vértice de la L se veían otros tabiques y colchonetas, y en ellos postrados otros secuestrados.

Por la noche, bien tarde, luí despertada por un tal Pedro (suboficial al mando de los guardias verdes, alumnos de la Escuela), quien me comunicó que "Mariano" (Teniente Schelling, alias "Pinguino" y "Miranda") quería charlar conmigo. Me llevó al otro extremo del piso (el tercero del Casino de Oficiales), a la "pecera" -serie de oficinas donde de día trabajaba parte de los prisioneros-. Allí me esperaba el oficial, que me explicó que me encontraba en un campo de "recuperación", de donde saldría en libertad en un futuro, y me reintegraría como parte útil a la sociedad. Según me dijo, la idea había surgido de un grupo de oficiales moderados de la Marina, que lamentaba profundamente que en la guerra hubiera muerto "lo mejor de la juventud argentina" y que pensaban que algunos eran rescatables. Luego recalcó que ésa no era la filosofía del conjunto de las Fuerzas Armadas y ni siquiera del conjunto de la Marina, ya que la tónica general era no dejar a nadie vivo. Me puso como ejemplo la Fuerza Aérea y me dijo que yo era probablemente la única sobreviviente (*)

Me preguntó sobre mis estudios. Me informó que sabía que yo podía traducir del francés y el inglés, y me pidió más detalles sobre mis conocimientos. Me asignó a trabajar en el laboratorio de audiovisuales, en el sótano, donde se producía material 'antisubversivo' para utilización por el Centro Piloto de París en la campaña para "mejorar la imagen argentina en el exterior.

Por medio de mi relación con los otros detenidos y con los oficiales, me fui enterando de las características y funcionamiento del campo. Existían tres clases de detenidos:

¹⁾ Los que trabajaban en diferentes tipos de tareas, desde construcción, impresión, archivo, hasta elaboración política, etc. y que conformaban el "STAFF".

²⁾ El "MINI STAFF", que constituía el núcleo de mayor confianza, que se había constituido en mano derecha del Capitán Jorge Acosta, jefe del grupo de Tareas. (...)

³⁾ Los detenidos que después de ser interrogados y torturados y de permanecer durante tiempo en "Capucha" eran trasladados. De éstos nunca más volvía a saberse. Por diversas fuentes se sabe que eran inyectados con Pentonaval y arrojados al agua desde aviones. (...)

A través de la observación de las actividades diarias llegué también a la conclusión de que lo que existía allí era diferente a lo que me había explicado Mariano. Se pretendía utilizar la capacidad política y técnica de algunos detenidos para formar una unidad de apoyo al grupo político del Almirante Massera, además del mero apoyo logístico a la represión ilegal.

(...) En el tercer piso, además de los dormitorios de detenidos ("camarotes") en Capucha y la entrada a Capuchita o altillo se encontraba la "Pecera". Allí funcionaba una biblioteca formada por textos robados en allanamientos, un archivo de publicaciones, una oficina de prensa y varias oficinas de "producción política" donde algunos detenidos trabajaban en informes y análisis políticos que luego eran entregados a Massera o fingían trabajar en proyectos de mayor envergadura, como la Historia del Sindicalismo Argentino.

La Pecera funcionaba bajo la supervisión del teniente Rolón, alias Juan o Niño. Durante mi permanencia en la ESMA, como decía, trabajé un corto período en el sótano, en el laboratorio de audiovisuales, y luego fui asignada a la Oficina de Prensa de la Pecera. Allí se hacían traducciones de artículos sobre Argentina suministrados por la oficina de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde trabajaba gente estrechamente ligada al Grupo de Tareas (ex detenidos y oficiales) y se producían notas para su difusión por Canal 13, (algunas veces estas notas constituían los

editoriales de los noticieros) y Radiodifusión Argentina al Exterior. Hacia fines de 1978, ya retirado Massera del servicio activo, se comenzó a preparar diariamente un resumen de prensa que se enviaba a sus oficinas en la calle Carrito antes de las 8 AM.

Los detenidos-secuestrados que trabajábamos gozábamos de privilegios que los "no elegidos" no disfrutaban: mejor comida, mejor vestimenta, cortado con la familia a través del teléfono y visitas periódicas acompañados por algún oficial o suboficial armado (...) Pero mientras un grupo reducido de secuestrados, en base a su utilidad al proyecto de Massera, gozaba de ciertas prerrogativas, en la ESMA se seguía torturando y matando. En el sótano, donde se encontraban los cuartos de tortura, era común trabajar con un fondo de gritos de torturados ahogados por la radio a lodo volumen. Se trata de una experiencia terrible, una suerte de tortura psicológica. Mientras tanto, Massera nos visitaba para hablar de su proyecto político "social-demócrata". (...) Ante la proximidad del retiro de Massera, se comenzó a entrever la necesidad de eliminar el Staff. A Cero no le interesaba proveer a otro comandante de un 'equipo asesor' como el existente. Por lo tanto, se comenzaron a considerar libertades, previendo también la conservación de un núcleo reducido que continuase trabajando para Massera. Muchos de los secuestrados tenían causas pendientes por "derecha" y no podían permanecer en el país. Algunos eran demasiado conocidos y su liberación provocaría un escándalo en círculos militares. Se decidió dejarlos salir al exterior. Se los proveyó de un pasaporte y un pasaje. El grupo de detenidos que quedamos en la ESMA se reducía poco a poco a fines de 1978. Llegaba en cambio otra "camada" a la pecera, con la que nos estaba limitado el contacto. Se trataba de secuestrados recientes, cuya suerte quedaría en manos del capitán D'Imperio, nuevo jefe del grupo de tareas.

Mi pedido de salida al exterior me fue denegado, (...) Fui puesta en "libertad". (...) Salir del país era la única posibilidad de que la Marina perdiera control sobre nosotros. Todos los detenidos que habían quedado en la Argentina habían sido ubicados en trabajos bajo control directo o indirecto de la Marina (por ejemplo, el diario *Convicción*, la oficina de Massera, el Ministerio de Bienestar Social, el de Relaciones Exteriores, o empresas de propiedad de Massera). Además, existía un control telefónico y se conocían nuestras direcciones y todos nuestros movimientos. Conociendo los métodos bárbaros que se utilizaban, habiendo convivido con el horror de la tortura y de los traslados, la tuga era una alternativa

difícil de concebir.

Comencé a trabajar en la calle Zapiola 3596, TE 75-2916, en lo que era una reedición de la Pecera, pero más reducida. Allí se habían trasladado los materiales y archivos de la primera, que Massera no quería que quedasen en manos de los nuevos mandos de la Marina y el GT. La casa, de dos plantas, pertenecía a los padres del teniente Jorge Radizzi (alias Ruger o Gabriel), quien para ese entonces ya era secretario privado de Massera. Las tareas que se llevaban a cabo eran muy similares a las anteriores. Frecuentaba el lugar un primo de Radizzi, un civil, un tal Barietta, que vivía en la esquina en diagonal a la casa y administraba para Massera ciertas empresas y propiedades robadas a secuestrados.

Alrededor de mayo de 1979 comencé a trabajar en la oficina de Prensa de Massera, sita en Cerrito 1120, departamento 4, al lado de las lujosas oficinas centrales, en Cerrito 1135, piso 10. Eran miembros del personal de Prensa los periodistas Víctor Lapegna, Guillermo Aronín y Luis María Castellanos. En varias oportunidades, durante almuerzos de trabajo, Radizzi hacía galas de su humor negro, atribuyendo con soma al Grupo de Tareas los asesinatos de Elena Holmberg, de las religiosas francesas (las llamaba "las monjitas voladoras") y de los sacerdotes palotinos. Todos los participantes en esas reuniones estaban al tanto de la relación entre Massera, el GT y los asesinatos de miles de personas.

En octubre de 1979 se nos dio el OK para abandonar el país. Un oficial de policía nos llevó al Departamento Central para obtener nuestros pasaportes que, supuestamente, nos entregarían en pocos días. Casi simultáneamente, Nilda Orazi, ex secuestrada en la ESMA, da una conferencia de prensa con su testimonio en el exterior. Los pasaportes nos fueron retenidos hasta fines del 80 con diferentes excusas. Durante ese año, al surgir dificultades en la Oficina de Prensa de Massera, fui "transferida" por obra de sus amistades a la Oficina de Prensa de Bienestar Social, donde trabajaban ex detenidos de la ESMA y algunos amigos políticos del almirante. Allí trabajé hasta que finalmente se me permitió viajar. Dejé el país a principios de abril de 1981. (...)

La señora Lewin de García estuvo presa en un campo de concentración de la Fuerza Aérea desde el 17 de mayo de 1977. Según cálculos, el traslado a la ESMA fue el 26 de marzo de 1978.

Las cosas empezaron así. Todas las mañanas, al llegar a su despacho, la presidenta encontraba a un guardiamarina que le traía de parte de Massera un ramo de flores o una caja de bombones. La presidenta echaba una rápida ojeada a la tarjeta, decía sonriendo qué Masserita éste y mandaba al guardiamarina que le devolviese el regalo al Almirante o que lo repartiera en su familia. De vuelta en el Edificio Libertad, el guardiamarina se permitía sugerirle al Almirante que convendría otra táctica. Massera se limitaba a sonreír. La Señora, pensaba, está cayendo a mis pies.

Era un código que Massera conocía muy bien de los teatros de revistas del viejo Buenos Aires. Un código tan antiguo y en desuso como el lenguaje del mate o de las flores. Las bailarinas siempre decían que no cuando se les dejaba un regalito en el camarín al final de la función, porque tenían un bacán o cafishio que las acamalaba. Pero no rechazaban al lancero, porque todo novio de corista es pan para hoy y hambre para mañana y, siempre es bueno tener un as bajo la manga. Ante la duda, el lancero siempre subía el precio del regalo. El novio de Isabel era López Rega. Por el momento, parecía inamovible. López Rega la había metido en esto de la política, y ahora que era presidenta sólo él y sus conjuros le daban la seguridad necesaria. Pero la oposición del pueblo y del Ejército al Brujo le hacían sentir que éste no duraría mucho a su lado. Y aunque había sido muy festejada en sus tiempos, ahora sólo podía contar con el Almirante.

A veces, cuando salgo de ahí de verla, contaba Lily ante sus amigas del Jockey Club de Punta Lara, tengo una sensación de irrealidad: ella y Lopecito allí arriba haciendo brujerías y el mundo cayéndose alrededor... Lily tenía menos conciencia política que una vaca, decía el Negro. Pero que el país se derrumbaba era estrictamente cierto. La banda del Maestro conocida como Las Tres A asesinaba en plena calle a los militantes de base de los partidos opositores; a los dirigentes, en cambio, los secuestraban y los torturaban antes para sacarles información. El desastre económico, agravado por el plan del ministro Celestino Rodrigo, arruinaba a miles y miles de ciudadanos por día. El Ejército comenzaba a tomarse inmanejable para el gobierno. Según la Constitución Nacional, Isabelita era la Comandante en Jefe del Ejército. Sin embargo, cada vez que se reunía con los militares, lucía tan nerviosa como si fuera ella misma una guerrillera a la que fueran a interrogar. El Negro Massera, en su retiro, sonreía. Sabía que mientras hablaba con el jefe del Ejército, Isabelita lo comparaba con el gentil Almirante Massera. Y la presidenta no tardaría en echarse en sus brazos para pedirle ayuda.

Massera no era exactamente un calculador. Atacaba como un perro rabioso, por pura furia, sin pensar en el futuro, sin saber que va a matar. En realidad, Isabelita había caído en una trampa que ella misma se había tendido. Por orden de López Rega había dado más y más poderes al Ejército para que se exterminara a la guerrilla. En 1975 el Ejército

comenzó el Operativo Independencia para enfrentar a las columnas que el ERP -Ejército Revolucionario del Pueblo- había destacado en la selva tucumana. Ahora que el ERP había sido prácticamente aniquilado, Isabel se sentía cada vez más agradecida y en deuda. Y por eso el Ejército le exigía mayor libertad y mayor poder, casi tanto como tendría un año más tarde: los campos de concentración, las torturas, las armas prohibidas por las convenciones internacionales debían ser autorizados. Y ninguna de las decisiones del Ejército debían ser cuestionadas por Isabel.

Llegó el momento en que el ejército objetó cierto decreto ideado por López Rega, e Isabel debió echarse atrás. Para López Rega, fue demasiado. Decidió confabular con Massera. Lo llamó por teléfono, lo invitó a una cena. Y fue como cavarse su propia tumba. Massera, sin motivo alguno, comenzó a insultarlo ante un centenar de comensales y periodistas. Al otro día, la pelea apareció en tapa de los principales diarios. Secretamente, Massera convocó a una reunión con los representantes de las tres armas. Dijo que ese hombre no podía continuar al frente del gobierno. Y como el flamante jefe del Ejército, un timorato llamado Videla, no se convencía, dio varios ejemplos sobre la vida disipada del Brujo, cuidándose muy hien de salvar a Isabelita.

Días después López Rega partía del país. Isabel estaba aterrada, sola. EL Almirante ya no le mandaba flores, ni la llamaba, ni aparecía. ¿También él la habría abandonado? Cuando sonaba el teléfono, el Almirante sonreía y se hacía negar por Lily. Ella le reprochaba: -Che, pero es la presidenta. -Y a mí qué me importa, decía. Pero pensaba: ahora Isabelita me vendrá al pie.

Estuvo casi una semana lejos de Isabel. Durante esa semana siguió reuniéndose con el Ejército y la Aviación. El timorato de Videla comenzó la primera reunión insistiendo sobre ciertas exigencias que necesitaban plantearle a Isabel para continuar la lucha contra la guerrilla. Massera lo cortó: -Pero no sea ingenuo, mi querido Videla, -dijo- esto no se soluciona con pedidos. Acá lo único que se puede hacer es ponerle fin a este gobierno corrupto, y ponerle fin sin contemplaciones.

Videla tragó saliva. Pensaba que el Negro tenía razón, pero no se animaba a decir nada, preguntándose qué pensaría la masa del Ejército, cuyo recuerdo no lo dejaba dormir.

-Como en Chile- remarcó Massera, aludiendo al Golpe de Estado que Pinochet había dado en el '73.

-¿Qué me cuenta, Videla?- Videla dijo que le contestaría en la próxima reunión, cuando hubiera consultado con el arma. Massera sonreía. Videla le recordaba tanto al estúpido de su padre... ¡Videla era uno de esos militares que se cortarían una mano antes de hacer

algo que no prevé el reglamento...! Pero que son capaces de matar, o de mandar a matar a aquel que atente contra la seguridad del sistema. Videla era uno de esos imbéciles que cree que los militares son superiores al resto de la humanidad y, al mismo tiempo, se sabía incapaz de tomar solo cualquier decisión. Sin embargo, que Videla fuera así, a Massera le convenía. Parecía un tipo tan fácil de manejar y basurear. A la reunión siguiente, Videla apareció pálido. El Ejército había aceptado la idea de un golpe.

-Y usted, qué piensa, Videla-, preguntó el Negro. Después de una vacilación, Videla se limitó a confesar que no podía imaginar cómo lo harían, porque no entendía demasiado de política. Massera lo miró sonriendo, como quien dice-eso déjeme a mí...

Con la ayuda de los secretarios respectivos, acordaron la fecha de las reuniones. En esas reuniones empezarían a planear la dictadura.

y esa misma noche, mientras Massera, en la cama, le contaba a Lily sus proyectos, sonó el teléfono. Atendió la mucama. Era la presidenta que quería hablar con el Almirante, porque tenía una inquietud que no la dejaba dormir. El Negro sonrió, evitó mirar a Lily que tenía un ataque de celos, se levantó y fue a atender. Después de un largo silencio, Massera dijo -sí querida, un beso, voy para allá.

y aunque comenzó la escena más feroz de celos que había tenido lugar desde el comienzo de su matrimonio, Massera siguió vistiéndose imperturbable. Cuando estaba por salir, Lily se interpuso melodramáticamente entre su marido y la puerta. El Negro la sentó de una cachetada y mientras se arreglaba el uniforme le dijo: -¿Pero no te das cuenta, querida, que nos vamos a hacer ricos?

Lily, mientras se tomaba la mandíbula dolorida, no dejó de pensar en un artículo sobre Cristina Onassis que había visto en la revista *Hola*. Pensó: un piso frente al mar, un yate, una fiesta de bodas de plata en Venecia, la amistad de la princesa de Mónaco... ¡qué divertido...! Se levantó y fue al baño. Se limpió la sangre con papel higiénico, para no ensuciar la toalla que le había regalado, en un viaje de instrucción, la Duquesa de Alba. El Negro salió.

Eran ya las cuatro de la mañana cuando el auto entró en la Residencia Presidencial de Olivos. Massera encontró a Isabel desesperada pero muy compuesta, en deshábillee, oliendo agresivamente a perfume. Isabel lo guió a la antecámara de su cuarto, se sentó sobre un puf de pana fucsia y comenzó a llorar. Dijo que desde que estaba sin Lopecito se sentía tan sola... Dijo que había empezado a extrañar verdaderamente, en cuerpo y alma, al General... y que no sabía qué sería de ella y, por supuesto, de los destinos de la Nación. El Negro le enjugó una lágrima con un dedo tembloroso y le tomó las manos con las

suyas. Las manos de Massera sudaban, como cuando iba a apostar Los caballos. La convenció de que lo mejor que podría hacer era tomarse unas vacaciones, pasar unos días en el sur. Por la Presidencia no tenía que preocuparse: podría asumir interinamente el doctor Luder, que era un hombre muy correcto y amigo de las Fuerzas Armadas. Ella dijo que sí, y se durmió con la cabeza en el hombro engalonado del Almirante.

De vuelta en el auto, el chofer le preguntó, socarronamente, cómo había sido la entrevista. El Negro rió pero no dijo nada. Dos días después, Isabelita se iba al sur con Lily y las mujeres de otros marinos. En el aeropuerto los periodistas les sacaron miles de fotos. En esas fotos, Lily tiene cara de satisfacción. Había decidido vengarse de Isabelita demostrándole permanentemente su propia superioridad. El Negro, sin embargo, le dijo al pie del avión: espero que aprendas de ella, y Lily se amargó. Sólo cuando ya estaban alzando vuelo, Lily comprendió: no tenía que aprender a ser una dama, como ella había creído, sino la primera dama.

Desde el aire, Isabelita le señaló la Costanera, la comitiva presidencial que se dispersaba. Sí querida, pensó Lily, mírala bien, porque ya nunca la vas a volver a integrar...

El Negro quería ser el presidente de la Nación.

REPRIMIR PARA COMPETIR

“Luego se sabría que la represión ilegal como método de control de las fuerzas populares había sido aprobada por el generalato del Ejército (...). Los métodos especiales de interrogatorio, eufemismo que aludía a la tortura y a la política de creación de campos de concentración, ya estaba incluida en la Orden de Operaciones en Lucha contra la subversión, emitida en noviembre de 1975. La Escuelita de Famaillá y la Jefatura Central de Policía de Tucumán (dos campos de concentración regentados por el siniestro general Bussi) ya estaban en pleno funcionamiento. En Villa Constitución, con el visto bueno de las grandes patronales y de las fuerzas de represión, se había emplazado otro centro ilegal de detención. Y todo antes del golpe de marzo de 1976. La Armada, y sobre todo Massera, comenzaban a darse cuenta que competir era reprimir...”

Alipio Paoletti Como los nazis, como en Vietnam

Capítulo III

Los conjurados comenzaron a reunirse diariamente en el Edificio Libertad, en el despacho de Massera. El Negro parecía tan exaltado como un ama de casa que recibe visitas, pero el despacho era asqueroso y desordenado como un departamento de soltero. Por seguridad, decía, había ordenado que la gente de limpieza no ingresara nunca y a la segunda reunión ese tugurio olía tanto a tabaco y transpiración que nadie podía concentrarse en los destinos de la Nación.

Massera no era menos mugriento. Y hasta se enorgullecía de su desprolijidad, que volvía casi ridícula la prolijidad de Videla. Videla hablaba en voz siempre baja, cuidando las palabras y la sintaxis. Massera hablaba a los gritos, en una mezcla de lunfardo y palabrotas que eran casi una provocación. Los escuchaba sin quitar los pies del escritorio, como si quisiera hacerles oler el hedor de sus medias bajo los zapatos de marino. Mientras hablaban los otros, Massera bostezaba ruidosamente, hasta canturreaba una canción de Rafaella Carrá y lograba que los demás perdieran el hilo del discurso.

Muchas veces se levantaba y giraba una y otra vez en tomo de los conjurados, como una fiera enjaulada. Parecía completamente ausente de la conversación. Pero cuando se tocaba alguno de los temas que le importaban llegaba a la mesa de un salto y trataba de imponer su opinión a los gritos, sin escucharlas objeciones, golpeando la mesa como si imitara al Chaplin de *El gran dictador*. Ante la menor oposición, parecía siempre a punto de irse a las manos. Los guardias que custodiaban la puerta, al sentirlos gritos, siempre se sentían a punto de intervenir. Temían que cualquier día hubiera un muerto. Pero lo cierto es que la dictadura iba gestándose a las mil maravillas.

La ventana del despacho miraba sobre el río, veinte pisos más abajo. Con las manos a la espalda, el Negro miraba largamente el horizonte mientras el timorato de Videla tartamudeaba, sugería, divagaba. De pronto Massera sonreía, como si se imaginara, allá abajo, una multitud que lo aclamaba o como si pudiera ver todo aquello de lo que podría apoderarse. Videla, en cambio, temblaba ante la responsabilidad de quedar al frente del golpe de Estado, transpiraba, no pensaba en otra cosa. Era tanta su ansiedad, que ya a principios de octubre propuso adelantar la fecha convenida (fines de marzo o principios de abril del '76), para la semana siguiente. ¿Pero estás loco, Videla?, dijo Massera, tenemos que tomarnos todo el tiempo del mundo. Por lo menos hasta que la ausencia de Isabelita se haga sentir y los partidos políticos golpeen la puerta de los cuarteles. -Claro-

dijo el representante de la aviación. -El pueblo tiene que darse cuenta sólo de cuánto nos necesita.... Ahora vendrán al pie...

-Ahora vayamos con calma- dijo Agosti.

-Organizando la torta y repartiéndola- dijo Massera.

Y Videla pidió un cuarto intermedio para tomar aire y refrescar las ideas.

El objetivo primero de los tres era claro: exterminar a la guerrilla. Y a sus simpatizantes. Y a los simpatizantes de los simpatizantes. Hacia octubre consiguieron que el doctor Luder promulgara un decreto en que pedía a las tres armas la aniquilación a la subversión.

-Para que después no digan que lo nuestro es ilegal... -dijo el Negro leyendo *La Nación*.

La Marina y la Fuerza Aérea exigieron participar, en pie de igualdad, en la represión. Si eran tres, querían para cada arma el treinta y tres por ciento del territorio a reprimir. En un discursito improvisado, Massera aludió a la vocación heroica de la Marina que había enfrentado a la tiranía peronista. Nadie se lo creyó. Massera sabía -como López Rega-, que cuanto más se mata más poder se tiene. Quería que por fin la Marina tuviera el mismo poder que las demás. El representante de la Fuerza Aérea echó un discursito parecido, esta vez sobre la solidaridad que la Aeronáutica se merecía. Videla vaciló, lo consultó con el Ejército, y terminó por decir que sí.

De esa misma idea surgió la forma de gobierno de la dictadura: un triunvirato llamado Junta Militar, integrado por los representantes de cada arma, al que obedecería un presidente. Para sorpresa de todos, fue Massera quien propuso que el presidente fuera Videla. Por supuesto, Massera no perdió oportunidad de decir que éste era un acto de generosidad de la Armada. Nadie le creyó: sabían que Videla era manejable y que tan pronto se desgastara por el ejercicio del poder, Massera podría convertirse en el postulante ideal para reemplazarlo. La Junta Militar, por supuesto, aboliría el Senado y pondría militares en todos los cargos importantes del Poder Ejecutivo y del Poder Judicial. Después se repartieron los ministerios. A la Marina le tocaron dos ministerios, solicitados por el Negro: Relaciones Exteriores y Bienestar Social. Para ministro de Economía, en cambio, tardaron en encontrar candidato. Era todo un problema, porque había que nombrar a un civil y a un civil que supiera mucho. Y entonces se presentó espontáneamente un postulante: José Alfredo Martínez de Hoz. Era una especie de Drácula con tacones y enormes orejas, pero era dueño de medio país y representante de los grupos económicos más poderosos. Al volver esa noche a casa, Massera dijo el

nombre del ministro y Lily se entusiasmó: lo había visto en la sección Sociales de *La Nación*. Lily le preguntó al Negro si no lo iba a invitar a cenar un día de éstos. Pero el Negro dijo que todavía no tenía tiempo. Ahora, recién ahora que acababan de diseñar el país visible, empezaba verdaderamente el trabajo de los conjurados.

El mismo Massera había inventado esa expresión: Estado invisible. Quería decir que detrás esas instituciones y autoridades que todos veían, habría otras instituciones y autoridades clandestinas, secretas. El objetivo de estas instituciones sería secuestrar, torturar y asesinar sin que nadie lo supiera. Aconsejados por el gobierno de Estados Unidos, los integrantes de la Junta querían cuidarse de cometer los errores de Pinochet, el dictador de Chile. Pinochet había fusilado en estadios y en calles y en plazas públicas.

Con esa metodología se había echado en contra desde la opinión pública internacional hasta el Papa. Por eso era necesario organizar bandas clandestinas y campos secretos de concentración. Las víctimas serían secuestradas por efectivos sin identificación y el gobierno negaría invariablemente tener noticias sobre su paradero. El plan estaba hecho a la medida de la bestia de Massera. Pero también Videla lo aprobó calurosamente, porque amaba, sobre todo, la organización, la prolijidad y la discreción. Cada arma tendría una jurisdicción sobre la que reprimiría y en cada jurisdicción, un número de campos de concentración bajo su responsabilidad. La Marina, a partir de los cambios del Negro, instalaría estos campos de la muerte por todo el país. Pero el cuartel general de la Armada Invisible sería la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, en las afueras de la capital.

El visto bueno final para toda la organización represiva, lo dio el Nuncio Apostólico Pió Laghi. La orden directa del Papa era aniquilar el comunismo en el mundo. Era imprescindible hacer "cualquier cosa" para limpiar Sudamérica de comunistas. No importaba si se trataba de sacerdotes, monjas, profesores, políticos o militares. Había que reestablecer -había dicho el Papa-, la moral occidental y cristiana. Todo lo demás era obra del demonio y había que borrarlo de la faz de la tierra. Si se hacía discretamente, era mejor.

Cuando Isabelita volvió por fin de sus vacaciones, hacia fines de febrero de 1976 ya todo estaba listo. Lily, que había llegado a hacerse amiga de la presidenta, se encontró con que a Massera ya no le importaba Isabel. Isabel ya es el pasado, le dijo el Negro enigmáticamente. El 23, la inminencia del golpe era vox populi. Cuando escuchó las primeras noticias por la radio, el doctor Matera se alegró. Pero tragó saliva cuando oyó el nombre de Massera. Y qué no será capaz de hacer ahora que tiene el máximo poder en sus manos. Y qué no será de este país -pensó el doctor-, ahora que va a gobernarnos el Petiso Orejudo.

LAS EMBARAZADAS EN LA ESMA

Las mujeres que eran detenidas embarazadas o llegaban desde otros centros para dar a luz en la ESMA representan uno de los cuadros del horror más grandes, de mayor crueldad que puede planificar y llevar a cabo un individuo: el llanto de bebés mezclado con gritos de tortura.

Esos bebés fueron arrancados a sus madres a los dos o tres días de nacidos con la promesa de que serian entregados a sus familiares y sin embargo siguen desaparecidos. *(Del testimonio de Nilda Noemi Actis Goretta)*

Otra persona con la que he tenido contacto personal fue Patricia ROISINBLIT de PEREZ ROJO. Yo, a esta señora, la conocía de antes de estar detenida, de antes de ser secuestrada. Ella estaba embarazada, era la mujer de un militante de zona oeste que se llamaba Matías, yo la había visto una vez en un picnic en Luján; habíamos charlado, ella estaba embarazada, en ese momento, de su primera hija (Mariana, me enteré que le puso después) y posteriormente entonces ella me ve en la Escuela de Mecánica. Ella me ve en la siguiente circunstancia: la habían recluido en un cuarto que quedaba en un costado de lo que se llamaba en la ESMA el "pañol". En ese momento el pañol estaba vacío pero me habían relatado que en un momento estuvo lleno de lo que ellos denominaban botín de guerra, artículos del hogar, electrodomésticos secuestrados en los procedimientos que ellos realizaban. La tienen recluida en ese cuarto y gracias a la benevolencia de algunos de los verdes, yo pude tomar contacto con ella; ella no podía creer que yo estuviese viva; evidentemente, después de tanto tiempo de mi detención, pensó que había muerto. Entonces me relata las circunstancias en que fue detenida, me relata que ella había regresado de Brasil, que había alquilado un departamento, que vivía con su marido y con su hija y que había colocado una casa de artículos de cotillón en la zona céntrica de Martínez, en una galería. Esta señora me dice que habían sido secuestrados por Fuerza Aérea, me dice también que los tenían en una especie de quinta en la zona oeste del Gran Buenos Aires y que la habían traído a la ESMA para tener su hijo. (...). Finalmente, un día, al salir de la pecera, veo que la sacan de esa especie de celda y la llevan hacia el sótano y ella me dice: "ya llegó la hora". Ella tenía un antifaz puesto, un tabique como le llaman ellos; entonces llamamos a la señora de Osatinsky, otra secuestrada, y ella la

acompaña hacia el piso inferior, hacia el sótano, donde ella iba a dar a luz en la enfermería, junto con unos guardias. Horas después yo, inquieta por el resultado del parto, pido a los guardias que me bajen al sótano y me quedo esperando; los otros secuestrados me relatan que había tenido un trabajo de parto largo, y en un momento el doctor Magnacco, sale de la enfermería y me dice 'entrá". Entonces me encuentro con otra secuestrada, de apellido Larralde, no recuerdo si el nombre es Amalia o Amelia, que había auxiliado en el parto por tener estudios de enfermería; Patricia estaba en posición ginecológica, estaban efectuando la sutura y tenía su bebé la señora de

Osatinsky, que lo estaba higienizando. Patricia tenía la cara con una especie de eccema y estaba muy contenta de haber tenido su hijo a pesar de las circunstancias. (*Del testimonio de Miriam Lewin de García en el Juicio a las Juntas*)

A nuestra llegada a la ESMA, vimos a muchas mujeres tiradas en el suelo, en colchonetas, que esperaban el nacimiento de sus hijos. Algunas provenían de otras fuerzas (Aeronáutica, Policía Federal, Ejército de Córdoba, Marina de Mar del Plata). Otras eran propias de la ESMA.

Susana Siver dio a luz en el mes de enero y para la fecha del parto del Dr. Magnacco, que era quien habitualmente atendía a las embarazadas, estaba de vacaciones. Lllaman entonces al médico ginecólogo de turno en el Hospital Naval. Quien viene es el jefe del Servicio de Ginecología, traído por el teniente de navío Schelling. La descripción de este médico es: gordo, 1,70 metros de estatura aproximadamente, cara redonda, vientre abultado, anteojos que demostraban una miopía avanzada. [Le hicieron cesárea y Susana] alcanzó a estar con su hijita y a amamantada alrededor de 11 días. Unas horas antes de ser trasladada, escribió una carta destinada a los abuelos de la niñita recién nacida.

El entonces director de la ESMA, capitán de navío Rubén Jacinto Chamorro, acompañaba personalmente a los visitantes, generalmente altos mandos de la Marina, para mostrar el lugar donde estaban las prisioneras embarazadas, jactándose de la 'Sardá' que tenían instalada en ese campo de prisioneros.

Por comentarios supimos que en el Hospital Naval existía una lista de matrimonios de marinos que no podían tener hijos y que estarían

dispuestos a adoptar hijos de desaparecidos. A cargo de esta lista estaba una ginecóloga de dicho nosocomio. *(Del testimonio de Sara Solarz de Osatinsky y Ana María Martí)*

Liliana Pereyra tuvo un niño de sexo masculino. EL médico ginecólogo del Hospital Naval de Buenos Aires, doctor Magnacco, la asistió en el parto. Pocos días después, personal de la Base de Buzos Tácticos de Mar del Plata [de donde ella había llegado para dar a luz en la ESMA] vino a buscarla y se la llevaron sin su hijo. Un día más tarde el subprefecto naval Héctor Fabre, acompañado por el suboficial conocido como Pedro Bolita, se llevaron al niño.

Ante los gritos desesperados de María del Carmen Moyano [prisionera traída desde Córdoba para dar a luz], los médicos acceden a que esté presente su compañera detenida Sara Solarz de Osatinsky, quien fue conducida engrillada. *(Del testimonio de Sara Solarz)*

EL INFIERNO

Massera inaugura la ESMA.

Cómo era el GT332.

Las ramificaciones de la ESMA



Libro III

Capítulo I

La conexión represiva

El primer proyecto represivo en el exterior abarcó la instalación de los llamados Centro Piloto de París y el de Madrid (de propaganda y contrainformación); los intentos de infiltrar a los organismos de exiliados en París; el fallido secuestro del ex diputado nacional Armando Croatto en Madrid; el establecimiento de

contactos con la extrema derecha de España y de Italia, donde también fracasó un atentado contra el ex legislador chaqueño Jaime Dri. (...)

Hubo Intercambio de experiencias y prisioneros entre el GT332 y la Armada del Uruguay. A principios de 1979 el GT332 estableció una sede en La Paz, Bolivia, a cargo del teniente de fragata Miguel Ángel Benazzi Berisso.

Empinados en su soberbia, los represores de la ESMA pensar que podrían dictar cátedra a sus colegas de América latina. En febrero de 1979 organizaron, en la Escuela Superior de Guerra Naval, un curso de ‘lucha antisubversiva’, como ellos llamaban al método de secuestros, torturas y desapariciones. Participaron represores de Uruguay, Paraguay, Bolivia, Brasil, Guatemala y Nicaragua, entre otros países.

Los miembros del Grupo de Tareas 332 presentaron varios documentos. Uno, sobre la historia de la guerrilla en Argentina. Otro, sobre la organización y funcionamiento del GT332. Y además, una ponencia sobre torturas físicas y psicológicas.

Acosta abrió el curso y expusieron en su desarrollo Pernía, Perrén y González. A los representantes de Nicaragua los conocimientos que pudieron haber adquirido les sirvieron de poco: el 19 de julio de ese año el Frente Sandinista de Liberación Nacional terminaba con la dictadura de los Somoza.

Alipio Paoletti, *Como los nazis, como en Vietnam.*

La "Hermana" de Astiz

Testimonio de Silvia Labayrú

En la fecha 31 de julio de 1984 comparece espontáneamente ante esta Comisión Nacional Silvia Labayrú, quien manifiesta:

El GT332 efectuó distintas tareas de infiltración en distintas instituciones. Esta actividad se intensificó al tiempo que decaen los secuestros y desapariciones de militantes políticos. En la mayoría de los casos la infiltración no fue más allá de simples tareas informativas. Pero en el caso de las Madres de Plaza de Mayo condujo al secuestro y desaparición de las mismas. ' Es el tinco hecho que haya tenido este fin que conozco mientras estuve secuestrada. Este caso lo conozco directamente.

El oficial Astiz, entonces teniente de fragata, poseía una relativa experiencia en trabajos de infiltración en organismos militantes. Tal vez por eso fue asignado a fines de 1977 para realizar estos hechos que son los que me ocupan en esta declaración.

Según tuve conocimiento, entre los meses de octubre y noviembre de 1977 Astiz comienza a acudir a misas, actos y reuniones de carácter público que ya desarrollaban entonces los familiares de desaparecidos. Su trabajo comenzó a dar frutos al poco tiempo, utilizando la identidad de Gustavo Niño. De este modo aparecía como hermano de un desaparecido verdadero del mismo apellido.

Del grupo de inteligencia, que dirigía las actividades del GT, surgió la iniciativa de que el teniente Astiz comenzara a ser acompañado en algunas ocasiones por una secuestrada con el fin de aumentar la credibilidad de su labor. Esta iniciativa se fundaba en el hecho de que el teniente Astiz había hecho ya un relevamiento suficiente de las actividades vinculadas a los derechos humanos y desapariciones como para pasar a otro nivel: concurrir los jueves a la Plaza de Mayo. Al principio, lo acompañó un par de veces otra secuestrada. En una de esas ocasiones, la Policía Federal intervino y perturbó el desarrollo normal de la marcha, a raíz de lo cual Astiz se enfrenta con la policía en defensa de las Madres. El suceso sirvió para hacerse conocido entre los familiares que asistían a la plaza. Desde este episodio en adelante, Niño y Astiz ya podían "considerarse" como la misma persona.

Luego, la secuestrada que hasta ese momento acompañó a Astiz fue reemplazada por la declarante. Esta elección se debía, según me dijo, a que yo tenía un aspecto físico y edad apropiadas para desempeñar el papel de hermana menor de Astiz. Además, la secuestrada a quien sustituí era esposa de un conocido dirigente político y podía ser reconocida. Mi persona en cambio no ofrecía ese riesgo.

Fui con Astiz una vez a la Plaza de Mayo y a dos o tres reuniones en la iglesia de la Santa Cruz, la cuarta vez fui a una casa en la Boca. Paralelamente, él (Astiz) siguió concurriendo solo a otras reuniones que se realizaron durante ese período. La cuarta y última vez que concurrí a una reunión fue en un domicilio particular en el barrio de la Boca, en la Capital. Se había decidido previamente que los integrantes de esa reunión serían secuestrados en el inicio de la misma. Este secuestro y allanamiento formó parte de otros cuatro operativos ejecutados entre el ocho y el diez de diciembre de 1977. Tales operativos fueron: secuestro de algunos de los participantes de una reunión que se celebró en la iglesia de la Santa Cruz, secuestro de los concurrentes a una cita establecida el mismo día y hora de la reunión anterior en un bar de la confluencia de avenida Belgrano y Paseo Colón, en la Capital Federal; posterior secuestro de la señora Azucena Devinenti a la salida de su domicilio y, por último, secuestro de la religiosa Leónie Duquet, también en su domicilio, que compartía con Alice Domon, secuestrada anteriormente.

La decisión sobre estos secuestros en este operativo múltiple surgió del grupo de inteligencia de la ESMA, dirigido por el capitán de corbeta Jorge Acosta. Toda la información que condujo a la toma de esta decisión fue suministrada a través de sus actividades por el teniente Alfredo Astiz. Horas antes de ser levada por Astiz a dicha reunión en la Boca supe que iba a ser sometida a un simulacro de secuestro. También me dijeron que se iban a producir otros secuestros de familiares allegados al grupo de la iglesia de la Santa Cruz. Esta información, a la que algunos secuestrados accedimos, fue proporcionada por los propios oficiales, junto a las conocidas argumentaciones con que solían justificar sus hechos. En este caso dijeron que había que secuestrar a estos familiares porque, según ellos, pertenecían a una "organización subversiva". Más tarde supe, también por boca de los oficiales, que algunos de los familiares secuestrados no eran militantes, pero que iban a secuestrarse por su alto grado de influencia y combatividad. Era el caso de Azucena Devinenti. Los nombres de las personas involucradas en el presente relato, que por el momento recuerdo y sin perjuicio de poder ampliar dicha lista a partir de nuevos elementos, es la siguiente: 1) reunión en la casa de la Boca: Alice Domon, Ángela Aduar y otras dos o tres personas más. 2) En el operativo de allanamiento y secuestro de dicha reunión: oficial de Operaciones del

GT Teniente de Fragata alias Pantera; Mayor (Ejército) Coronel; Teniente de Fragata o Navío de Operaciones Alias Norberto, entreoíros.

Las doce personas finalmente secuestradas fueron alojadas en Capucha durante muy pocos días, creo que menos de cinco, luego de los cuales fueron Traslados*, eufemismo utilizado cuando se decidía matar a los prisioneros de la ESMA. Durante el tiempo que permanecieron en Capucha, los detenidos eran conducidos al sótano del mismo edificio (el Casino de Oficiales) donde eran interrogados y torturados. En esta actividad participaron: el capitán Acosta, el teniente Antonio Pernías, el mayor coronel, el teniente Schelling o Scheller, alias Pingüino, y el subprefecto alias Selva, entre otros.

Supe que las dos religiosas francesas fueron interrogadas personalmente por el capitán Acosta. También pude saber que con motivo de la repercusión pública que adquirió el secuestro de estas doce personas, entre las que se hallaban dos religiosas francesas, el GT332 recibió llamados telefónicos del Ejército, para informarse acerca de si la ESMA había sido la autora de los hechos. Ante eso, los oficiales del GT decidieron ocultar su autoría y acelerar el "traslado*" de los prisioneros, e incluso pretendieron simular que las religiosas habían sido secuestradas por un grupo montonero, llegando a redactar un comunicado y realizar un montaje fotográfico para luego difundirlo a los medios de prensa. El plan fracasó. Desconozco la forma y el lugar elegido para eliminar a estas doce personas, a raíz del trabajo de infiltración que acabo de relatar, de modo sintético pero a mi juicio completo en lo sustancial.

Sin lugar a dudas, el papel que me tocó jugar en estos hechos que relato constituye la huella más traumática de todo cuanto padecí durante el año y medio que permanecí secuestrada.

UNA FAMILIA

Uno de los hechos más tenebrosos en los que tuvo directa Intervención Acosta comenzó en horas de la noche del 14 de julio de 1976. El soldado conscripto Sergio Tarnopolsky se comunicó telefónicamente con su familia para avisar que, contrariamente a lo previsto, no iba a salir ese día de franco. En la madrugada del 15 de julio, un grupo operativo de la ESMA secuestró sucesivamente a Hugo Abraham Tarnopolsky (50 años), Blanca Edith Edelberg (48), Bettina Tarnopolsky (15) y Laura del Duca (21), padre, madre hermana y esposa del joven Sergio, quien se desempeñaba en la ESMA como asistente de Acosta. Ninguno de los nombrados volvió a aparecer nunca más, aunque fueron vistos en la Escuela de Mecánica. Según surge de la causa abierta en marzo de 1985 por denuncia del CELS, todo Indica que días antes de los hechos narrados, Sergio Tarnopolsky había comentado ante sus familiares, con comprensible temor, que había sido obligado a lavar varias habitaciones de la ESMA cuyos pisos y paredes se hallaban manchados con sangre. La excusa con que internamente se encubrió la desaparición de Sergio y la detención temporaria de otros conscriptos fue la supuesta participación del primero en la colocación de una bomba lanzapanfletos en la unidad militar.

Carlos Ernesto Rodríguez *“Jorge Acosta, alias el Tigre: El cerebro de la ESMA.”*

ESMA era la sigla de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada. La Escuela propiamente dicha era un edificio enorme, en las afueras de Buenos Aires, rodeado de un parque y un cordón de rejas. Por delante pasaba el tránsito de la Avenida del Libertador. Por detrás, allá lejos, las aguas lentas del Río de La Plata.

Massera había elegido este lugar por razones estratégicas. Estaba en el límite de la ciudad de Buenos Aires. En su jurisdicción quedaban barrios muy populosos, miles de personas a quienes secuestrar y torturar, cientos de casas para saquear y robar.

Pero además, a Massera le gustaba el barrio rico que rodeaba a la ESMA. La ESMA le hacía pensar a la Escuela Naval, pero como él siempre la había soñado. Sin pobres alrededor, sin el bochinche del Taller Naval de Río Santiago, sin el olor de las fábricas del suburbio de Ensenada.

En la ESMA estudiaba el futuro personal técnico de la Armada. El plantel docente estaba integrado por oficiales y profesores civiles. Los alumnos provenían de las clases populares. Aprendían oficios. Después de algunos años egresaban como suboficiales electricistas, maquinistas, artilleros, etc. Pero aprendían, sobre todo, a obedecer y a dejarse humillar para luego descargar la humillación en los subordinados.

Un viejo almirante retirado decía que un buen oficial no desprecia a los suboficiales: son ellos los encargados de hacer el trabajo sucio. Todos los profesores de la ESMA despreciaban al alumnado. Massera despreciaba a oficiales y suboficiales por igual. Por lo demás, Massera estaba decidido a que todos participaran en el trabajo sucio, para que nadie pudiera dárseles de inocente ni de paladín de la justicia.

A ambos lados de la ESMA había dos pabellones menores: el Casino de Oficiales y el de suboficiales. El Casino de Oficiales era una construcción elegante y ya algo anticuada. Tenía tres pisos, una buhardilla que acariciaban levemente las palmeras. Hacia fines de 1975 los cinco mil alumnos de la ESMA empezaron a ver albañiles que entraban y salían constantemente del Casino de Oficiales. Estos albañiles, que pertenecían a la Armada, tenían el aspecto de guardar un secreto terrible. Muy pocos alumnos se atrevían a preguntar qué se estaba construyendo. Los albañiles no quitaban la vista del trabajo, pedían que no los molestasen. Pero dicen que hubo quien supo en qué estaban convirtiendo ese casino y lo comentó. Terminó fondeado en el río, con un tiro en la nuca.

La Escuela propiamente dicha era un edificio ruidoso, cercano a la calle, con continuo movimiento de alumnos, ruido de máquinas y de vehículos. Las palomas preferían cobijarse en la buhardilla del Casino de Oficiales. La primera noche en que Massera visitó

la ESMA, en febrero de 1976, uno de los autos de su comitiva reventó un neumático. Una bandada se echó a volar tan asustada que regaron al almirante con una catarata de mierda. El almirante Chamorro fue corriendo y con un pañuelito trató de limpiarle la pechera del uniforme. No hizo más que desparramar la suciedad sobre el pecho de Massera. No se inquiete, imbécil, dijo Massera. Tómelo como un bautismo. Y Chamorro no supo si debía inquietarse o reír. Dentro de los grandes dormitorios de la Escuela, los alumnos velaban con atención: sabían que algo importantísimo acababa de empezar. Pero tenían los ojos cerrados y fingían dormir porque sabían que la pena por espiar era terminar en el río, con un tiro en la nuca.

El mismo Massera había diagramado las reformas del Casino de Oficiales. El "Cuerpo de ceremonial" había comandado a los albañiles y ahora todos iban detrás del Almirante rogando a Dios que hubieran hecho las cosas bien. Massera echaba a todo una mirada altiva. Ni un gesto de su cara denotaba aprobación o reprobación. Primero bajaron al sótano. El sótano estaba precedido por una salita muy iluminada con un guardia medio dormido sobre un conmutador. Al verlos entrar, el guardia se puso de pie de un salto. Les abrió una puertita, como le gustaba a Massera: sin una palabra, sin mirarlo a los ojos. La comitiva bajó unos cuantos escalones. El sótano estaba completamente oscuro. Antes de que alguien encendiera la luz, Massera reconoció el aire casi irrespirable de los subsuelos construidos junto al río. El recuerdo de las confabulaciones con los compañeros de la Escuela Naval lo exaltó como se exalta un lobo con el olor de la sangre.

Dos pantallas inmensas iluminaron el sótano, que era casi tan grande como toda la superficie del Casino. Los albañiles habían construido una multitud de celdas pequeñísimas, donde un preso sólo podía caber de pie o en cuclillas. Entre las celdas se abría paso un largo corredor. Massera avanzó, haciendo retumbar el taco de sus botas. Podía imaginar el terror que ese taconear inspiraría, apenas unos días más tarde, en los prisioneros. Sonrió. Cuando llegaron al final del pasillo, Massera ordenó que le abrieran los tres pequeños cuartos en donde se torturaría a la gente. Le parecieron "demasiado cómodos" y, los albañiles temblaron, balbucearon disculpas. El Almirante siguió caminando, sin decir nada. Pasó por las dos piezas vacías donde funcionaría el "grupo de logística" y cuando llegó a la enfermería protestó porque el médico, el doctor Magnacco, no estuviera allí, sino arriba. Massera nunca elogiaba nada. Sólo dijo "acá los ponen antes de llegar". Los albañiles respiraron aliviados.

Volvieron a la escalera y comenzaron a subir. La escalera urna los tres pisos del edificio culminando en el altillo donde aún sonaban constantes martillazos. El Almirante recorrió la planta baja cuarto por cuarto. Pasó rápidamente por las oficinas de inteligencia, atravesó el amplio salón que llamaban El dorado hasta llegar a la sala de conferencias donde el personal en pleno de la ESMA lo esperaba para recibir órdenes. Massera pasó

sin mirar a ninguno, pero se hizo un silencio sepulcral. Abrió él mismo una puerta y siguió rumbo al primer piso, sonriendo levemente, porque amaba despertar terror. En la sala de conferencias ya nadie rompió el silencio.

Los dos pisos siguientes eran dormitorios de los oficiales. Massera no quiso entrar, pero gritó desde la escalera: "Demasiado cómodos", como para que quedara bien claro aquí que se venía a trabajar, que aquí no habría otro placer que el de torturar y reprimir. Siguió subiendo. En el tercer piso todavía no había luz y, los albañiles trabajaban con unas lámparas de mano. El Almirante tomó una linterna y recorrió la sala de torturas, el "pañol" y un vasto espacio en forma de "L" donde acababan de levantar celdas pequeñas como armarios. Pasó por unas oficinas y sonrió: allí se llevaría a cabo el que era, quizás, su mayor sueño. Los oficiales de Ceremonial dieron por terminado el recorrido, pero Massera quiso ver el atillo y hasta el tanque de agua, debajo del cual recordaba haber visto un espacio vacío. Ordenó entonces que también allí hubiera celdas especiales, para el castigo de cabecillas y rebeldes. Los albañiles estaban tan nerviosos que se pusieron a construirla allí mismo. Entonces, de repente, Massera volvió a las escaleras y bajó casi corriendo, tropezando varias veces en la oscuridad. Llegó jadeando a la sala de conferencias y, el público de oficiales se puso de pie como ante el estallido de una bomba. Había un brillo tan terrible en los ojos de Massera que muchos no lo reconocieron. Pero todos entendieron que se disponía a fundar el infierno.

El Almirante empezó por transmitirles el plan de exterminio que había elaborado la Junta, pero como si él fuese el único autor. Dijo que había que masacrar al enemigo. Dijo que todo debía hacerse en secreto, que los nombres propios estaban prohibidos: cada represor debía tener un nombre de guerra y cada preso un número por el que así y, sólo así, lo nombrarían. El Almirante Massera se llamaría, aquí en la ESMA, el Almirante Cero. Cero, el que está en el centro de los números positivos y negativos. Cero: el centro que nadie puede ver. Miró uno por uno a los oficiales, para reconocerlos y los bautizó con sus nombres estrafalarios: Tigre, Pedro, Niño.

Después Massera agregó que la única condición de que todo esto funcionase era que cada marino se sintiese, ante los subversivos, no sólo un servidor de Dios, sino Dios mismo. Se actuaría con la máxima violencia en el campo enemigo:

Capítulo II

LA IGLESIA Y LA ESMA

De algunos hechos conocidos dentro del campo de concentración de la ESMA, puede señalarse que existiría un grado de complicidad de por lo menos un sector de la alta jerarquía de la iglesia católica en lo sucedido en estos últimos años en la Argentina, dado el conocimiento que tuvieron algunos miembros de la iglesia de la existencia, funcionamiento y ubicación de los campos de concentración clandestinos.

Se tuvo conocimiento de las reiteradas visitas que realizó monseñor Victorio Bonamín, pro vicario castrense, a la Escuela de Mecánica de la Armada.

En la Navidad de 1979 el capellán de la ESMA celebró una misa en el sótano del Casino de Oficiales, a la cual asistieron los prisioneros. Estos fueron llevados al sótano engrillados y encapuchados. Cuando comenzó la celebración se les autorizó a quitarse las capuchas.

En los últimos meses de 1978 (octubre o noviembre), Monseñor Aramburu, Cardenal Primado de la Argentina, y Monseñor Leaden estuvieron, junto con otros obispos cuyo nombre se desconoce, reunidos con el Capitán de Corbeta Jorge Acosta en una de las oficinas del sector de los "jorges". En esta ocasión, el capitán de Corbeta Acosta puso al tanto a los obispos del accionar represivo llevado adelante por el GT332.

Graciela Daleo y Andrés Castillo *Testimonio de nuestra detención en la ESMA.*

DÍAS DE DICIEMBRE DE 1977

Las legadas “(...) EL 8 de diciembre de 1977 una Importante operación de secuestro fue realizada por el grupo de tareas y unas diez u once personas ingresaron ese día en el sótano del casino de la ESMA todas ellas esposadas con grilletes y capucha. En el momento en que se produjo el arribo de este contingente de secuestrados, me encontraba con otros presos en el sótano. Como ocurría en esos casos los guardias nos dieron orden de no salir de los compartimentos que ocupábamos y cerraron todas las puertas que daban al pasillo central. Por los ruidos y las voces era notorio que un grupo importante de prisioneros ingresaba al local. El Teniente Astiz comandaba el operativo y el Teniente Pernías, Oficial de Inteligencia, tomó a su cargo la conducción de los interrogatorios que comenzaron inmediatamente en los cuartos de tortura números doce y trece {...} *(Del testimonio de Alberto Girondo.)*

Más tarde fue llevada a la ESMA la hermana Léonie Duquet, de la misma orden religiosa que la hermana Alice, que se desempeñaba como secretaria de Monseñor Novak, obispo de Quilmes. Con ella llegó también una madre, Azucena, a la que golpearon brutalmente. A ambas las alojaron en ‘Capuchita’ *(Del testimonio de Osatinsky-Pirles-Martí)*

La lista. “En la medida en que yo era una detenida de seis meses, tenía con algunos guaridas ciertas prerrogativas como ayudar a servir el desayuno, lavar los platos. (...) Cuando nos levantamos el domingo temprano le pedí al guardia ayudarlo a servir el mate cocido al grupo de gente nueva. Serían entre seis y ocho personas. Estaban amontonados. Capuchita tenía una fila de cuchetas acá y otra así, y acá estaba la escalera que bajaba a Capucha. Ellos estaban en un extremo, cerca de la escalera. Sólo dos tenían cucheta propia porque no alcanzaba para todos. No ocurría con mucha frecuencia este amontonamiento.)...

[La hermana Léonie, con una venda en los ojos] ‘estaba rodeada de otra gente, no el público usual de Capuchita, era gente grande. (...)

-Hoy es domingo -me dijo- Hoy es el día de Dios. Creo que acá trajeron a mi

hermana. Quiero rezar por ella.

Yo no entendía absolutamente nada. (...)

Me parece recordar también que había una chica joven y un pibe. Hablaron algo entre ellos aprovechando que estaba yo. Pidieron que le dijera algo a otro ahí, un mensaje. En ese momento no sabía nada de las monjas, después por el diario me di cuenta de quién era esa gente.

(...) Les alerté que no dijeran nada pero que estaban en la ESMA. Si tenían alguna posibilidad de salir tenían que hacerse los que no sabían dónde estaban".

Después de unas horas, nos pasaron una lista de sus parientes desaparecidos para hacer circular los nombres entre los detenidos en Capuchita. Querían ver si conocíamos alguno. Nos pasaron esa lista pero hubo uno de esos terrores, que venía el guardia, y la destruimos." *(Declaraciones de Lila Pastoriza a Uki Goñi)*

Otra madre. 'Una madre que estaba más al fondo de Capucha de lo que estaba yo, pidió al guardia ir al baño, entonces yo alcancé a ver un poco, aparte oía. El guardia la verdugueaba.

El techo del altillo era a dos aguas y bastante bajo.

-Agáchese- le ordenaba el guardia a la mujer, cuando no tenía que agacharse.

-¡Levante la cabeza!

Entonces la mujer le hacía caso, golpeándose contra las vigas."

(Del testimonio de Graciela Daleo.)

Azucena. "Había una mujer con quien hablé bastante que después deduje que era Azucena Villafor. Era físicamente grande, corpulenta, con vestido floreado de mangas cortas. Me acuerdo mucho de ella. Dijo que la habían detenido a la salida de su casa, cerca de una parada de colectivo. Eso lo tengo muy, muy grabado. Lo dijo con mucha precisión.

Me habló de sus hijos en plural, diciendo que los había perdido y que los

tenía que encontrar, que ella ya no tenía nada que perder. Le pregunté cómo estaba, me dijo que bien. Me preguntó qué pasaba allí y le expliqué más o menos. Todo esto a los piques, rápido. Hasta ese momento no la habían torturado todavía. Lo sé porque le pregunté si le habían pegado. Me dijo que no. Además estaba muy armada, para nada asustada. O no lo mostraba.

A la tarde, no puedo precisar si ese día o el día siguiente, pero en algún momento la bajaron para interrogarla y cuando la subieron estaba hecha... La trajeron mal. Le dije que si quería tomar algo, pero estaba como dormida. Tenía un brazo, me parece que el izquierdo, absolutamente punteado con puntos violetas, eso es picana, pero yo nunca había visto así, todo como con moretones, con puntitos. Ya ahí no hablé más con ella.

Se llegó a rumorear en la ESMA que Silvia Labayrú había sido obligada a presentarse en la sala en la cual la líder de las Madres de Plaza de Mayo pedía Insistentemente por ella y su supuesto hermano. Según esta versión, Labayrú no aguantó el trance y corrió a buscar el apoyo de otro secuestrado.

“Mirá lo que me obligan a hacer”, dijo. (*Pastoriza a Uki Goñi*)

Las hermana Léonie. ‘En el lugar denominado “Capucha’, durante dos días estuvo acostada en el cubículo contiguo al mío la hermana Léonie Duquet. No podía hablar con ella por la proximidad de los guardias. Pero supe que se trataba de ella por los demás prisioneros que podían hablar ocasionalmente con algunos de los integrantes del grupo de familiares. Además uno de los guardias la llamaba “hermana’ cada vez que se refería a ella. Cuando estaba acostada en su cubículo tenía capucha, esposas y grilletas, pero la pude ver 48 horas después de su llegada a la ESMA en el baño de ‘Capucha’. Un guardia la llevaba ayudándola a caminar. Cuando la autorizó a quitarse la capucha pude ver las marcas de golpes que llevaba en la cara. Se movía con mucha dificultad, el guardia le recomendó no tomar agua, señal de que había sido torturada recientemente”. (*Del testimonio de Alberto Gironde.*)

La hermana Alice. “(...) Yo tuve oportunidad de hablar con la hermana Alice, ya que fue llevada, junto con la hermana Léonie, al tercer piso del Casino de Oficiales, lugar en que me encontraba cautivo. Esto ocurre alrededor del 11 o 12 de diciembre. Es cuando me cuenta que habían sido

secuestradas en una iglesia, conjuntamente con familiares de desaparecidos. Luego supe que eran 13 personas, incluyendo las dos religiosas.

Las hermanas estaban con ropa de civil y muy golpeadas y débiles, ya que para llevarla al baño (a la hermana Alice), tenían que sostenerla dos guardias, pues no se podía tener en pie. En esa misma oportunidad le pregunté si las habían torturado y me contestó afirmativamente, me expresó que la habían atado a una cama, totalmente desnuda y le aplicaron la picana por todo el cuerpo. Además me acota en esos momentos que la obligaron a escribir una carta dirigida al superior de la orden de ellas. La misma la escribe en francés y lo hace bajo permanente tortura. (*Horacio Maggio*)

La parodia. Las hermanas Alice y Léonie fueron salvajemente torturadas, especialmente la primera. La conducta de ambas fue admirable. Hasta en los peores momentos de dolor, la hermana Alice, que estaba en capucha, preguntaba por la suerte de sus compañeros. Col- modela ironía; preguntaba en particular por el "muchachito rubio" que no era otro que el oficial de marina infiltrado Alfredo Astiz.

"La resistencia de las monjas no pudo ser quebrada. Decidieron entonces utilizarlas políticamente. Por eso, a punta de pistola, se obligó a la hermana Alice a redactar una carta de su puño y letra en la cual decía estar 'entre las manos de un grupo armado que no respondía a las órdenes de Videla'. Finalizaba su carta haciendo referencia al carácter apostólico de su tarea.

"Para coronar esta parodia se les tomaron fotografías en el propio laboratorio fotográfico de la ESMA, en las que aparecen ambas sentadas delante de una mesa con un cartel del partido Montonero detrás. "La conducción de este hecho estuvo a cargo del Teniente de Navío Schelling. (*Del testimonio de Sara Solarz de Osatinsky, Ana María Martí y María Alicia Milla de Pirles.*)

Tengo conocimiento de que el cartel fue confeccionado por un prisionero cuyo nombre era "Serafín" y que las fotografías fueron tomadas por otro de nombre "Marcelo", de apellido Hernández. Posteriormente las monjas habían sido obligadas a escribir una carta a las autoridades de su congregación. (*Alberto Gironde*)

El final. Aproximadamente a las 21 hs. las hermanas Alice y Léonie fueron "trasladadas" y junto con ellas los familiares secuestrados en las mismas circunstancias. Pudimos escuchar una conversación entre un miembro de Prefectura (Prefecto Favre) y un suboficial de Marina (Oca) sobre los problemas que existían con las lanchas."

A la madrugada, dos oficiales volvieron a la Escuela con los zapatos embarrados, comentando que habían encontrado un buen lugar para dejar los "bultos" -una laguna en el Delta del Paraná- pero que a su regreso habían encallado. (*Osatinsky-Pirles-Martí*)

El nombre técnico de aquella banda de asesinos y torturadores que comandaba Massera era el siguiente: Grupo de Tareas 3.2.2. Su más alta autoridad, después de Cero, era el propio director de la Escuela, el contralmirante Chamorro. Chamorro era un hombre grande, gordo, soberbio y sensible a los halagos. Massera estaba muy ocupado con su participación en la Junta, demasiado atareado para dedicar a la ESMA el tiempo que hubiera querido. Y Chamorro se sentía muy orgulloso de la confianza que Massera le tenía. Para hacerse digno de esa confianza mataba, torturaba, violaba tal como Cero le había enseñado.

Y al mismo tiempo. Chamorro no dejaba de alabar, en cuanto lugar podía, la “lucha contra la subversión” que había emprendido la Junta. En sus discursos, en los reportajes, podía ir incluso mucho más allá que el mismo Massera. Decía que “la subversión apátrida” debía ser perseguida como ratas hasta sus cubiles y aniquilada junto a sus crías. Los subversivos no eran argentinos, ni humanos siquiera: su único destino posible era desaparecer. Cuando Massera leía alguna de estas declaraciones de Chamorro, lo llamaba para felicitarlo, pero le recordaba que tanta sinceridad podía acarrearles problemas.

Otras veces, Massera enviaba “amigos” para que recorriesen la ESMA: eran periodistas, militares de las otras armas, jefes de la Iglesia como Pió Laghi o Monseñor Plaza. Chamorro los recibía con cordialidad y, con un orgullo de director de Escuela, le mostraba las aulas donde aprendían los alumnos, los talleres, el parque y luego, con idéntica sonrisa, las salas de tortura, las celdas miserables, la enfermería con embarazadas encapuchadas y engrilladas a punto de parir. Hacia fines de 1976. Chamorro estaba ya tan convencido de la excelencia del establecimiento que decidió incorporar una versión más suave de estas visitas guiadas a la educación de sus hijos. Un día invitó a su hija y a una amiga de ésta a comer a la ESMA y durante la sobremesa empezó a hablarles de ‘las ideas foráneas que pretenden corromper a la juventud’ y “del manejo artero que los subversivos hacen de temas tan sagrados como la misma religión”. Chamorro había planeado presentarles, después del café, a los más altos oficiales del campo. Pero sucedió que de pronto, por la ventana, la amiga de su hija vio llegar un falcón verde del que bajó una mujer encapuchada, cubierta de sangre. Chamorro no supo qué decir, pero la hija, con toda naturalidad, explicó: es Inteligencia. Y aunque su amiga no entendió mucho, supo que era conveniente no seguir preguntando.

Inteligencia era uno de los tres grupos que conformaban el GT3 y, sin lugar a dudas, el más importante. Su jefe era el capitán Jorge Acosta, alias “el Tigre”. Acosta era la mano derecha de Massera, un psicópata tan adecuado a los planes de Cero que parecía inventado por éste en sus delirios más sádicos. A pesar de su grado, relativamente bajo

en la escala, Acosta entraba y salía constantemente del despacho de Massera sin necesidad de anunciarse ni de tocar la puerta, lo que no se le permitía ni siquiera al mismo Chamorro. Por las noches, era también Acosta el encargado de organizar las fiestas privadas del Almirante, de conseguirle mujeres y de llevarlo a su casa cuando ya la borrachera no le permitía ponerse en pie. Acosta despreciaba a Chamorro: lo consideraba un viejo fanfarrón. Acosta era, además de ser el verdadero segundo del Almirante, el dueño de la vida y de la muerte de quienes entraban en la ESMA.

-Yo hablo todos los días con Jesusito -solía decir a quienes torturaba- Si Jesusito quiere que vivas, vas a vivir. Si no quiere, te doy un pentonaval y te vas para arriba nomás.

De acuerdo con lo previsto por Massera, Inteligencia era el grupo que elaboraba la información arrancada a los detenidos. Inteligencia-vale decir: Acosta- decidía a partir de esa información qué nuevos secuestros y saqueos realizar. Inteligencia no participaba de los secuestros ni de los saqueos, pero se ocupaba de recibir a los prisioneros en el campo de concentración y de darles el tratamiento inicial, vale decir, de torturarlos hasta que pudiesen obtener de ellos la mayor cantidad de información posible. Dada su jerarquía, Acosta hubiera podido delegar en otros los trabajos pesados. Como Massera lo tenía a él, Acosta tenía a Carlitas, un suboficial que había estado varias veces en el Borda. Acosta hubiera podido dejar que Carlitas torturara y él dedicarse sólo a guiar los interrogatorios a los prisioneros. "Pero el Tigre Acosta", decía Massera, "tiene una bomba atómica en la cabeza: basta apretarle el botón rojo y no hay quien lo pare." Le bastaba ver un hombre indefenso a su disposición y se convertía en una bestia. El terror que provocaba Acosta se debía, también, a que por supuesto, no tenía nada de inteligencia. Y esos interrogatorios suyos consistían muy a menudo en preguntas delirantes que, por supuesto, ni los torturados ni nadie hubiera podido contestar. Al igual que Massera, Acosta no tenía límites. Y sólo paraba cuando lo vencía el cansancio físico, o cuando lo interrumpía alguna llamada de Massera. Entonces delegaba su tarea en Carlitos o en Pernías, en Rolón, o en Schelling, que eran tan sádicos como él. Volvía a ver al torturado de tanto en tanto. Y era él quien decidía si debía seguir preso o si debía tirárselo al mar.

El grupo que secuestraba y saqueaba según las órdenes de Acosta se denominaba Operaciones. Su jefe era un tal Perrén. Acosta despreciaba a Perrén como ciertos intelectuales desprecian a los analfabetos. Pero los integrantes de Operaciones se sentían a su vez muy superiores a los de Inteligencia: decían que eran hombres de acción y, que su trabajo, aunque ellos mismos no pudieran decidirlo, era una aventura riesgosa y no una rutina que se cumple entre cuatro paredes. Perrén se jactaba de que nunca ninguno de sus hombres hubiera sido abatido por el enemigo. Perrén proclamaba que en la forma en que caían de noche sobre sus blancos, disfrazados de civiles, los hombres de Operaciones demostraban mucho más ingenio y osadía que el propio Acosta. Acosta no

se preocupaba por las críticas de Perrén. Perrén omitía decir que esos blancos no eran enemigos armados sino personas solas e indefensas, muchas de ellas mujeres y niños y, que la mayor parte de las veces se las secuestraba en simples casas particulares. Perrén era tan cobarde y tan sanguinario como el mismo Acosta y, su único “mérito”, a ojos de sus superiores, era cumplir al pie de la letra los designios de Massera.

Entre los hombres de Operaciones que más apreciaba el Almirante Cero estaban el capitán Binotti y un oficialito, casi recién salido de la escuela naval, cuyo nombre era Alfredo Astiz. Astiz era alto, rubio, pero no daba impresión de un estado saludable: tenía los ojos hundidos en las órbitas y grandes ojeras, como si siempre estuviera atormentado por pensamientos amargos. De un tiempo a esta parte, se decía que sus secretos pesares se debían a los amores que había comenzado a tener con una presa, a la que rogaba y torturaba alternativamente. La presa se llamaba Silvia Labayrú. Como Massera, Astiz decía no tener vocación, ni de marino ni de nada; había sido pésimo en todo estudio y había perdido a tal punto el entrenamiento que al minuto de lectura le dolía la cabeza y al segundo de escribir se acalabraba la mano. Astiz seguía en la Armada sólo porque no imaginaba otro oficio para él que el de secuestrar y matar y porque tenía terror del mundo exterior. Acosta tenía ciertas dudas acerca de Astiz: era demasiado cobarde y en ocasiones llegaba a contundir, en los operativos, los blancos que le indicaba Acosta. Así había sucedido con una chica sueca a la que baleó confundiendo con una montonera y a la que había traído a la ESMA con el orgullo del deber cumplido. El gobierno sueco reclamaba por ella ante Videla y éste le rogaba a Massera que la pusiera en libertad. Pero Massera se negaba siquiera a hablar sobre el “caso Hagelin” porque la bestia de Astiz era su protegido y la joven ya no vivía después de pasar por los interrogatorios. Y porque, además, Astiz era el compañero ideal para el Pingüino Schelling o para el loco Radice, a quien Massera ya había elegido como principal aliado en su proyecto político.

Al teniente de fragata Jorge Radice se lo conocía en la ESMA como Gabriel. Era el jefe del tercer grupo de oficiales que comandaban el campo, al que denominaban Logística. Logística se ocupaba de la administración del establecimiento, del tratamiento a los prisioneros viejos, del destino final de éstos y sus bienes. Logística tenía, según decía Massera, el trabajo más pesado y más duro. Y sin embargo, Radice no podía con su instinto y la mayor parte de las noches salía con los muchachos de Operaciones, con el pretexto de ir conociendo a aquellos que horas más tarde ingresarían en sus celdas. Los hombres de la ESMA eran muy celosos de sus funciones; aceptaban las órdenes de Massera y Acosta, pero una vez que las entendían, no permitían que nadie metiera las narices en su trabajo. Perrén mismo había herido de muerte al vicedirector de la ESMA, un amigo íntimo de Chamorro, que pretendía dar indicaciones en un operativo y, luego había echado la culpa de los balazos a los “subversivos” que iban a apresar. Pero los muchachos de Operaciones festejaban cada vez que Radice venía con ellos porque

—según el mismo decía-, había aprendido a matar en la panza de la madre y porque, al juntarse con Astiz y Schelling, se volvían imbatibles.” Radice era un experto tirador con armas largas y, mientras los otros se metían en las casas, Radice les cubría las espaldas apostado como un francotirador y, a la mínima orden, disparaba. Sólo entonces Radice volvía a sus ocupaciones en la ESMA, con la somnolencia de un oficinista que se aplica a su trabajo después del almuerzo.

En la oficina de Logística, en cambio, Radice trabajaba de un pésimo humor. Sus subordinados le temían casi tanto como los prisioneros. Estos subordinados eran los suboficiales que tenían contacto directo con los presos y, a los que se llamaba, en general, “los Pedros.” Pero también, poco a poco, empezaron a ingresar a Logística alumnos de los últimos años de la ESMA, que se ocupaban de tareas de guardia y que eran llamados, a su vez, “los verdes”. La incorporación de los verdes había sido una idea de Massera, que Chamorro cuestionó. Chamorro pensaba que los verdes eran todavía demasiado verdes y, que se corría el riesgo de que fueran compasivos con los presos o de que divulgaran lo que sucedía en la ESMA. Massera se mantuvo en sus trece. Era necesario que todo hombre de la Marina participara, al menos una vez, de lo que se hacía en la ESMA. Que todos tengan sangre en las manos, decía Massera, para que después nadie pueda dárselas de inocente o de Cristo redentor. Cuando volvían a sus ocupaciones en la Escuela, a los verdes nada de lo que habían visto le parecía más inolvidable que el propio Radice. Radice, planeando cuidadosamente el hambre y la tortura de los prisioneros. Radice, colgando sobre las celdas carteles que decían “el silencio es salud” o “Avenida de la Felicidad”. Radice, mandando recontar a los presos en las celdas y luego, pasando a los Pedros las listas de los presos que debían pasar por enfermería para que se les aplicase el pentonaval. Radice, con su enorme aparato de radio que ponía, toda la noche, a todo volumen, para que no se escuchasen los alaridos de los torturados. Radice, en fin, saliendo de pronto para castigar a los prisioneros sin motivo alguno, sólo -decía- para distraerse un rato.

DAGMAR INGRID HAGELIN

Del testimonio de Norma Burgos

En Estocolmo, Suecia, a los trece días del mes de diciembre de mil novecientos setenta y nueve, comparece ante el señor HANS DANELIUS, Subsecretario de Asuntos Legales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia, la ciudadana de nacionalidad argentina NORMA SUSANA BURGOS, de profesión empleada, nacida en la ciudad de Mar del Plata el día 22 de octubre de 1951, que acredita su identidad con Pasaporte Argentino N° 10.687.670, expedido en Buenos Aires con fecha 11 de enero de 1979, y expone:

. Que voluntariamente se presenta a fin de poner en conocimiento de las autoridades suecas la información que posee sobre el caso de Dagmar Ingrid Hagelin.

- Que con fecha 26 de enero de 1977, la dicente fue detenida en la calle, en la localidad de Ramos Mejía, por personal de la Marina.

. Que fue de inmediato golpeada y vejada mientras era trasladada a la Escuela de Mecánica de la Armada.

. Que la noche del día de su detención, la dicente fue llevada a su domicilio, sito en la calle Sargento Cabral 317 de la ciudad de El Palomar, provincia de Buenos Aires, con el fin de que los acompañara en su registro. Que a tal efecto la Comisión se trasladó en cuatro automóviles. Que tras esa diligencia es vuelta a la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), su lugar de prisión.

. Que parte del personal de la Marina quedó en su domicilio para detener a quienes llegaran al mismo, según se enteró posteriormente por el propio dicho de sus captores.

. Que la declarante conoce el testimonio hecho público por otras tres sobrevivientes, las señoras Ana María Martí, Sara Solarz de Osatinsky y Alicia Milia de Pirlles, el día 12 de octubre en Conferencia de Prensa

realizada en la Asamblea Nacional Francesa, cuyos términos ratifica y a los cuales se remite para una descripción general de lo vivido en dichas dependencias de la Marina y sobre la responsabilidad y participación de los oficiales intervinientes.

. Que la exponente fue dejada con vida, básicamente por ser la viuda de Carlos Caride y en función de los proyectos políticos de las FFAA y en particular de la Marina y de su jefe el Almirante Emilio Massera, tendientes a captar para sus planes a un grupo de detenidos - casi todos con notoriedad pública- para su ulterior utilización política. En razón de lo expuesto, el trato con la dicente fue paulatinamente mejorando, hasta disponerse su libertad y envío a Europa.

Que si bien su privación de libertad entre el 26 de enero de 1977 y el 25 de enero de 1979, nunca fue reconocida oficialmente por la Marina, tiene suficientes pruebas y elementos de juicio sobre la veracidad de sus dichos, entre ellos los pasajes proporcionados por la ESMA para viajar a España donde consta que han sido adquiridos por la Armada y hace referencia a la cuenta con la que se efectuó el pago, cuya fotocopia acompaña. También adjunta fotocopias del pasaporte suyo y de su hija, expedidos por la Policía Federal Argentina con fecha 1 de enero de 1979 y 22 de enero respectivamente.

. Que en relación con el caso particular de la ciudadana sueco-argentina DAGMAR INGRID HAGELIN quiere exponer lo que en concreto sabe: que la exponente conoció a la misma en el verano de 1973 en la localidad de Villa Gesell, provincia de Buenos Aires. Que la conoció a través del abogado Edgardo Waissmann, segundo esposo de la madre de Dagmar Ingrid Hagelin, y a quien conocía por haber sido uno de los abogados defensores de los presos políticos consultados cuando la detención última de Carlos Caride en 1974.

. Que la muerte de su hijita Victoria Eva, ocurrida el 29 de diciembre de 1976, hizo que Dagmar Ingrid Hagelin se interesara notoriamente por su estado de ánimo, visitándola en más de una oportunidad en el mes que transcurrió entre aquel trágico hecho y el día de su detención.

. Que el día 27 de enero de 1977, es decir, el día de su detención, encontrándose en el tercer piso de la Escuela de Mecánica, encapuchada, con las manos esposadas a la espalda y con los grilletes en los pies, fue

trasladada hacia la habitación que oficiaba de enfermería en el sótano.

. Que allí le fue levantada en parte la capucha y fue mostrada. Que en la habitación se encontraban, entre otros, dos oficiales de la Marina cuyos nombres conoció más tarde: capitán Francis William Whamond y el teniente de fragata Alfredo Astiz.

. Acostada en la camilla se encontraba Dagmar Ingrid Hagelin, mostrando una herida un poco más arriba del arco superciliar izquierdo. Su cuero cabelludo y Su pelo tenían aún la sangre pegada que la dicente supone había manado de dicha herida, ya que no le consta que tuviera además de ella alguna otra, tenía un derrame rojizo bajo de sus ojos. Dagmar se encontraba en estado consciente. La declarante supone que el objeto de la entrevista fue comprobar si realmente se conocían y cuál era la reacción de ambas al ser enfrentadas. Que la verdadera sorpresa fue para la dicente que nunca se imaginó que Dagmar Ingrid Hagelin pudiera haber sido detenida.

. Que el teniente de fragata Alfredo Astiz, que utilizaba los alias de "Cuervo", "Ángel" y "Rubio" y era oficial de Operaciones del GT332, le preguntó a la herida cómo estaba, agregándole que él le había disparado el tiro que le había rozado la frente. También le hizo mención a que tanto Dagmar como él eran iguales, por su cabello rubio y el tipo nórdico. A la exponente, se le autorizó a dirigirle la palabra, preguntándole a Dagmar cómo se encontraba. Que si bien no puede reproducir textualmente la respuesta, el sentido de la misma fue: "a pesar de todo me siento bien", que a juicio de la dicente fue más que una verdad, el deseo de darle ánimo a ella por parte de su joven amiga.

. Que ninguna duda le cabe que la persona que vio en la enfermería de la ESMA es Dagmar Ingrid Hagelin por el conocimiento personal existente y por haber hablado en esa oportunidad con ella. Que además, al ser retirada de la enfermería por los oficiales Whamond y Astiz, ambos comentaron que "el error fue porque la suequita se parece a la Berger" (la Marina poseía información de que la casa de la dicente era visitada por María Antonia Berger), comprendiendo entonces la exponente lo ocurrido. Que en efecto, si bien María Antonia Berger tenía más edad que Dagmar Ingrid Hagelin y era un poco más alta que ésta, ambas tenían el mismo tipo físico.

. Que junto a la camilla estaban prendas que pertenecían a Dagmar Ingrid Hagelin: un pantalón, una camisa de varios colores, y unas sandalias de tiras color oscuro. Que supo que esa ropa le pertenecía puesto que la última vez que se habían visto con Dagmar vestía de igual manera. Que la camisa en cuestión la vio bastante tiempo después en poder de una detenida, la que la había tomado del "Pañol", es decir, de la habitación donde se guardaba la ropa de los detenidos trasladados y las Incautadas en las casas allanadas y que de tanto en tanto servían a quienes se encontraban detenidos para reemplazar el deterioro de sus vestimentas. Que la dicente logró que otra prisionera le hiciera entrega de esa camisa y que la tiene actualmente en su poder siendo su propósito entregársela al padre de Dagmar Ingrid Hagelin.

. Que dos o tres días después de la primera entrevista, fue llevada nuevamente por Francis Whamond al sótano, a la habitación mencionada de la enfermería y pudo ver por segunda vez a Dagmar Ingrid Hagelin. Esta tenía un vendaje mayor en la cabeza y tenía una de sus manos esposada a la cama. El derrame debajo de sus ojos tenía ya un color más violáceo. Evidentemente había sido limpiada y objeto de alguna curación. Se encontraba muy demacrada. Whamond la mostró a la dicente diciéndole a Dagmar. "Ves que la señora está viva y que vos también vas a vivir", tratando de tranquilizarla, puesto que era evidente que ella estaba protestando por su situación. Que la exponente apenas si pudo saludarla, ya que esta entrevista fue más breve que la anterior.

. Que aproximadamente una semana después supo por otros detenidos que Dagmar Ingrid Hagelin había sido trasladada al tercer piso, encontrándose sola en la habitación contigua al baño utilizado por los detenidos en ese piso, entre ellos la dicente. Que en uno de sus traslados al baño, encontrándose acompañada por uno de los jóvenes de la escuela, logró convencerlo de que le permitiera verla por un instante desde afuera de la pieza y sin dirigirle la palabra. Levantándose por unos segundos parte de la capucha pudo ver a Dagmar Ingrid Hagelin en la pieza, de pie, con un camisón o bata floreada, y sin capucha. Fue ésta la última vez que la vio.

. Que transcurridos dos o tres días de aquel hecho, en otro de sus viajes al baño, en un descuido de su carcelero y por debajo de la capucha vio las sandalias de Dagmar Ingrid Hagelin y que la pieza estaba desocupada. Tras preguntar a varios carceleros dónde estaba la prisionera de aquella pieza, uno le informó que había sido trasladada unas noches

antes en forma individual.

. Que la declarante nunca se atrevió a preguntar directamente por Dagmar Ingrid Hagelin. Que pese a ello a través de los diálogos con otros prisioneros pudo lograr alguna información más. De los días que la misma pasó en la ESMA, que si bien por las condiciones en que se encontraba la dicente en ese tiempo, sin ver la luz, encapuchada, no puede precisar con exactitud cuántos días fueron, pero que estima alrededor de diez.

. Que una detenida que estaba siendo interrogada en el despacho del capitán de corbeta Francis Whamond, miembro del GT332 alias "Duque", supo que el médico que era conocido con el apodo de *Méngüele* le había hecho un reconocimiento médico, informándole al citado Whamond que Dagmar estaba mejor. Otro detenido, sin embargo, le Informó haber escuchado el comentario entre dos oficiales que a consecuencia del golpe contra el suelo al ser herida Dagmar había sufrido una lesión que le producía una disritmia, con paralización de las piernas y descontrol de la orina.

Capítulo III

LOS NIÑOS NN.

En la ESMA estuvo secuestrado un niño de aproximadamente 11 años, hijo de una militante del ERP. Fue "trasladado* junto con otras personas que iban hacia la muerte. (Del *testimonio de Nilda Orazi.*)

Vladimiro y Carmela Ramos.

A fines de 1978, creyendo que yo había sido "recuperada", se me dice que saldré en libertad. Esto se electriza el 19 de diciembre.

A fines de setiembre del '78, en un bar de la localidad de Escobar, fueron secuestrados Diego Nadal, su esposa Coca, un primo de Nadal y sus hijos, Diego Victoriano (2 meses) y Nana Nadal (2 años), juntamente con mis propios hijos, Vladimiro Ramos (8 años) y Carmela Ramos. Este hecho me fue comunicado mientras me encontraba secuestrada en la ESMA, por el capitán Jorge Acosta. Acto seguido me obligó a ver el cadáver mutilado de Horacio Domingo Maggio. Pido, mejor dicho, Imploro que mis hijos sean entregados a mi padre, a lo que me respondieron que el Ejército quería retenerlos como "anzuelo" para secuestrar a mi marido.

Pasan los días, las semanas, y mis hijos siguen secuestrados por Ejército. Yo sigo implorando que me los entreguen. Me informan entonces que ya no están en Campo de Mayo, sino que han sido trasladados a la Brigada Femenina de San Martín, y que existen problemas para que me sean entregados.

En la primera semana de noviembre, el Capitán Vildoza me dice que lo siente mucho, pero que Ejército se niega a devolverme los niños. Al preguntarte sobre qué harían con ellos, me responde que no sabe, que no depende de él, y me pide paciencia.

En mi mente estaba presente siempre el destino de un niño de 13 años, que

fue trasladado a la muerte por el simple hecho de ser hijo de un militante.

El día 17 de noviembre me sacan de la ESMA y me comunican que seré llevada a una quinta operativa: al día siguiente el prefecto Héctor Favre, junto a un suboficial, me trae a mis hijos. Estuvieron dos meses secuestrados. Mis hijos y yo permanecemos secuestrados en la quinta hasta el 19 de diciembre de 1978, día en que nos sacan del país rumbo a España.

Mis hijos me relataron que primero fueron llevados a un lugar donde había militares, y presenciaron cómo era duramente golpeado Diego Nadal. Luego los trasladaron a una Comisaría de la Policía Femenina, donde había muchas mujeres detenidas. Allí existía una guardería donde estuvieron viviendo, junto a los niños de Nadal, de los cuales no he tenido noticias.

Cuentan que cuando las policías hablaban por teléfono decían "Melchor Romero".

En ese lugar fueron bien tratados físicamente pero se vieron obligados a convivir con prostitutas, asesinas, ladronas, drogadictas.

Les habían trabajado en tareas tales como revisar los bolsos de los familiares que visitaban a las detenidas. Mi hija Carmela, de 7 años de edad, al salir de la Comisaría sabía perfectamente qué cosas se podían entrar y cuáles no.

Mi hijo Vladimiro me cuenta que le habían dicho que sería llevado a un lugar donde viven los niños sin padre, que quedaría en la ciudad de La Plata.

Mis hijos fueron interrogados permanentemente sobre las actividades de su padre, exigiéndoles datos de casas, nombres de compañeros, etc. Una de las policías les dijo que era amiga mía y que trabajaba de espía, por lo tanto, podían contarle todo con confianza.

La denuncia del secuestro de Vladimiro y Carmela fue hecha por mi parte en dependencias del Ministerio de Bienestar Social, Subsecretaría del Menor y la Familia. La respuesta fue que mis hijos no estaban en ninguna parte. Esto demuestra la impunidad de la dictadura sangrienta de Videla. Ni los niños se salvan de la represión. *(Del testimonio de Ana María Martí).*

Los niños de Astiz.

Con mucha frecuencia, Astiz se hacía acompañar por niños en sus tareas de infiltración. Durante la presentación de 159 Hábeas Corpus realizada por las Madres de Plaza de Mayo ante los Tribunales de la Capital Federal, el 28 de junio de 1977, Astiz presentó al grupo un 'sobrino', de unos 12 o trece años, morocho. En la marcha de octubre ante el Congreso, lo acompañaba un "hermanito" rubio, muy parecido a él, y de la misma edad que el otro niño. *(Del testimonio de varias Madres de Plaza de Mayo.)*

Sandra Lennie.

“Está probado que a Sandra Lennie (15 años) se la mantuvo clandestinamente en cautiverio en la Escuela de Mecánica de la Armada y que allí fue sometida a algún mecanismo de tortura delante de sus progenitores, ratificando tal afirmación la testigo Silvia Labayrú de Lennie, que estuvo presente junto a sus suegros, todos encapuchados, oyendo cómo gritaba la causante a raíz de las torturas que fueron infligidas por sus captores, con el objeto de obtener información sobre el paradero de su hermana Mana Cristina Lennie.” *(De la sentencia final del Juicio a las Juntas.)*

Rehenes del Tigre Acosta.

La historia no fue contada hasta ahora. Sólo la murmuraban en voz baja algunos antiguos montoneros. Ocurrió hace veintiún años: en enero de 1977. Pero un dato de estos días, procedente de Suiza, la trae abruptamente a la realidad, como otra demostración de la estrecha vinculación entre represión y corrupción que caracterizó a la última dictadura militar. Y a varios personajes de ese inframundo, como el capitán de fragata retirado Jorge Acosta. O Tigre Acosta, que condujo entre 1976 y 1978 (los peores años) el infierno de la ESMA; donde el “oficial segundo” montonero Toño González de Langarica se quebró ante una amenaza decisiva del tigre. Si no cantaba torturarían y violarían en su presencia a sus hijas menores de diez años. *(Miguel Bonasso en Página/12, febrero de 1998).*

Hasta marzo de 1976, Massera sólo se había preocupado por participar en la planificación del golpe. Su principal objetivo era lograr que la Marina tuviese el mismo poder que el Ejército. Lo había logrado y la dureza de la ESMA demostraba que la gente de Massera podía ser tan sanguinaria e impiadosa como el propio Ejército. Pero Massera, en cuestiones de poder, es imposible de saciar. Ahora también quería que la Marina fuera el arma más poderosa y, por supuesto, quería ser él el hombre más poderoso del país. Con asesoramiento, empezó a planear su crecimiento económico: robos y negociados lo convirtieron en cuestión de meses en una de las personas más ricas del país. Empezó también a planear su trayectoria política: un sueño delirante que lo convertiría, según él, en un líder popular al estilo de Perón. Y al impulso de esta codicia y estos delirios de grandeza, también la ESMA empezó a crecer. Las tres funciones iniciales del GT332 se ramificaron hasta volverse casi incontrolables.

Desde el principio, Radice se había ocupado de clasificar y distribuir lo que ellos llamaban un botín de guerra: todo aquello que Operaciones robaba de las casas de los desaparecidos y, hasta sus mismas casas, de las que se apropiaban obligando a los torturados a firmar escrituras y boletos de venta. Era una tarea difícil, porque ninguna disposición expresa de Massera determinaba qué parte del botín tocaba a quién y, cuando las “mercaderías” eran depositadas en el pañol, solían armarse unas trifulcas tremendas entre los oficiales, trifulcas que sólo Radice, a pura trompada, podía interrumpir. Acosta, por ejemplo, era loco por los electrodomésticos -que apasionaban a Perrén-. Una noche, Chamorro y Rolón casi se banean por los discos de tango. Radice arbitró, en castigo, que ninguno de los dos se quedarían con los discos y, desde aquella noche, fueron los luctuosos tangos de Edmundo Rivera los que ponían fondo musical a las torturas del sótano. Pero ahora, a ejemplo de los negociados de Massera, esa rapiña barata se convirtió en una sofisticada fuente de ingresos: el GT3 puso una inmobiliaria en el barrio de Belgrano, dirigida por el propio Radice.

En el sótano de la ESMA, al lado de la sala de torturas, funcionaba la Enfermería. El jefe de los médicos era el doctor Magnacco, jefe de ginecología del Hospital Naval. A Chamorro, Magnacco no le caía demasiado bien: era, a sus ojos, más parecido a un carnicero que a un doctor, a un cashio que a un caballero. Pero lo dejó en su puesto, porque tampoco era fácil conseguir un médico tan impiadoso como Magnacco; y porque, todavía, nadie pensaba que el puesto de médico fuera demasiado importante en la ESMA. Magnacco trabajaba con la asistencia de otros doctores y de enfermeros que traía del Hospital Naval. Más tarde, pidió a Radice que averiguara cuáles de los presos tenían conocimientos de enfermería y se hizo asistir por los presos engrillados, harapientos, desnutridos que llevaban ya meses encerrados allí.

Las funciones del doctor Magnacco fueron, al principio, dos: indicar hasta cuándo un preso podía seguir resistiendo la tortura y, luego, aplicar a los condenados la inyección de pentonaval que los adormecía de modo que pudieran ser subidos a los aviones y tirados al mar. Pero Magnacco era un hombre ambicioso. Tan pronto llegó la primera embarazada, concibió con Massera la instalación de una "maternidad" a la que llamaban, orgullosamente, "la Sardá por izquierda." A él eran traídas a parir las desaparecidas de todos los campos del país. Encapuchadas, engrilladas, en medio de la mugre del subsuelo, cientos de chicas dieron a luz en las manos del doctor Magnacco. El primer sentimiento de las madres era de una furiosa alegría: habían logrado dar a luz a pesar de todo, en el propio infierno. El sentimiento inmediato era un dolor inconcebible: el doctor Magnacco, al que no podían ver por la capucha, no le mostraba siquiera a su bebé. Lo sacaba de la Sardá y lo ponía en manos del oficial Héctor Daniel Favre, un subordinado de Radice. En Logística, había una lista de matrimonios de militares que no podían tener hijos. Radice seleccionaba a cuál de estos matrimonios le correspondería el niño robado y Favre era el encargado de llevarlo hasta sus casas. Entonces la embarazada volvía a la celda de la ESMA o del campo de donde la habían traído y uno o dos días después, se la asesinaba.

También a mediados de 1976 se concluyeron las oficinas del tercer piso. Tenían paredes de acrílico transparente, para que los guardias pudieran vigilar cada movimiento de quienes trabajaran allí. Había, asimismo, un circuito cerrado de televisión: Acosta, desde las oficinas de inteligencia y Radice, desde el sótano, contemplaban largamente trabajar a los presos, encadenados a los escritorios o a una bala de cañón que arrastraban al caminar. Eran los presos del "staff", a los que, de acuerdo con el plan de Massera, se les había ofrecido colaboración a cambio de un mejor trato y, alguna vez, la libertad. La negativa a colaborar hubiera equivalido a ganarse la muerte. Massera llamaba a los presos de la Pecera "subversivos en proceso de reinserción social". Graciela Daleo, una de las presas que trabajó en La Pecera, los definiría de un modo diferente. "Éramos", decía Daleo, "mano de obra esclava."

La "Pecera" fue, claro, uno de los peores delirios de Massera. Por eso mismo, a los jefes de la ESMA siempre les resultó muy difícil comprender para qué servía, imaginar qué trabajos debían dar a esos esclavos de escritorio. Acosta, que aún no había hablado con Massera, empezó encargando a uno de los presos la redacción de una monografía con que su hermano, un mayor del Ejército tan bruto como él, aprobó un curso en Perú. Pero pronto Cero dio más precisiones. Ante todo, la Pecera debía servir como oficina de prensa. Durante los primeros meses los presos no hacían más que recortar de los diarios todo aquello que pudiera interesar o, si sabían algún idioma, traducir notas de diarios extranjeros para que los marinos se enteraran de cómo andaba la famosa "campaña argentina en el exterior". Había también quienes se dedicaban a

escribir: redactaban, según las indicaciones de Massera o Chamorro o Acosta, muchas de las noticias que se leían en Canal 13 y, muchos de los textos que firmados por Massera aparecían en los diarios. A veces se les pedía análisis sobre algunos libros “sospechosos” y, cuando fue pasando el tiempo, “elaboraciones políticas”. Estas “elaboraciones” eran informes sobre situaciones puntuales que Massera o alguno de los jefes no lograban entender, o bien monografías más extensas, como una Historia del Sindicalismo Argentino que se encargó a un ex estudiante. Acosta llevaba estas “elaboraciones” a su despacho, o las presentaba directamente a Massera. Pero ninguno de los torturadores de la ESMA era demasiado aficionado a leer. Fue así cómo Massera mismo empezó a visitar seguido la Pecera, para hablar directamente con sus “intelectuales”. Y fue así, también cómo los presos de la Pecera supieron de los planes que Cero había concebido para ellos.

Massera quería incorporarlos a su proyecto político. Quería que los presos de la Pecera, que eran en su mayoría militantes montoneros y de alta jerarquía dentro de la organización, se incorporaran al movimiento que lo iba a llevar a él a la presidencia. Era ésta la “readaptación”, la “inserción social” de la que tanto hablaba. Todas las torturas de la ESMA tenían por objetivo, además de la obtención de información, la “quiebra moral” del enemigo. Los marinos pretendían que todo sobreviviente cambiara de bando, que traicionara a los suyos, que se pusiera al servicio de la destrucción. Pero la demencia de Cero había pensado algo más inconcebible: pretendía que esas mismas personas a las que la Marina había torturado y violado salvajemente apoyaran su ascenso político sin cambiar siquiera de ideología... El mismo Massera había cambiado, había entendido que debía volverse peronista y, no veía por qué los montoneros, que eran profundamente peronistas, podían negarse a apoyarlo. En sus conversaciones con los presos de la Pecera, por supuesto, ninguno se atrevió a contradecirlo. Pero secretamente, los presos sentían una mezcla de infinito asombro y de infinito asco por esta bestia de Massera, tan privada de toda ética que suponía que tampoco ellos la teman. Que podían llegar a transar, alegremente, con quien los había secuestrado, torturado, violado, sometido a esclavitud y había asesinado ya a miles de compañeros.

A mediados de 1977 Massera puso sus ojos en el exterior del país, particularmente en Europa. Fue así cómo el GT3, que hasta entonces casi no había salido de los límites de la Capital Federal, empezó a encargarse de sorpresivas “misiones internacionales”. En principio, el trabajo se planteó como una simple extensión del territorio: Perrén, Rolón, Pernías, entre otros, se trasladarían a ubicar militantes exiliados, se ocuparían de asesinarlos o secuestrarlos y de desbaratar sus organizaciones. Así se creó el llamado Centro Piloto de París. La decisión causó ciertos problemas con la embajada argentina en Francia. No se comprende por qué la Marina debe tener una embajada aparte, dijo el embajador Tomás de Anchorena en una conversación privada con Videla. Videla estuvo de acuerdo. Anchorena tenía una secretaria, por ejemplo, que se llamaba Elena

Holmberg y que había confeccionado por propia iniciativa una lista de los principales subversivos refugiados en Francia. Holmberg se había infiltrado incluso en las principales organizaciones de solidaridad, en fin: podía decirse que Helenita tenía todo bajo control. Massera se rió del reclamo, ordenó a Videla que se no se inmiscuyera en las Relaciones Exteriores, que eran privativas de la Marina. Y Videla acató para no destruir el ya precario equilibrio entre las Fuerzas, que parecían al borde de la guerra interna.

Pero la Holmberg, una solterona de familia oligárquica y espíritu militar era, como decía el propio Anchorena, mucho menos maricona que Videla. AL principio, suponiendo que Massera había destinado a sus hombres como “brazo armado” de la embajada, vale decir, de ella misma, quiso inmiscuirse en el Centro Piloto. Nadie la echó: fue ella quien salió corriendo, enfurecida, cuando vio que esa manga de brutos y holgazanes sólo había venido a divertirse y a emborracharse y que se la pasaban haciendo compras con sus esposas y amantes en las Galerías Lafayette. Con la obsesividad de quien ha recibido una afrenta gravísima, la Holmberg cambió de trabajo: ya no investigó a los exiliados, sino a los propios hombres de Massera. Sospechaba que tendrían un objetivo secreto, o que esperaban órdenes y que éstas no tardarían en llegar. Le bastaron unas pocas investigaciones para comprender que el famoso Centro Piloto no era otra cosa, en realidad, que el trampolín desde el cual Massera quería lanzarse, de un momento a otro, a la conquista de Europa. Desde el principio, la Holmberg estuvo decidida a denunciar todo esto ante Videla y si era preciso, ante la opinión pública. Pero decidió esperar hasta el momento de tener pruebas irrefutables.

Para ese entonces, decía Chamorro, de muy mal humor, la ESMA había dejado de ser un establecimiento modelo y se había convertido en un verdadero despelote.

Un movimiento constante e incontrolable de cientos de asesinos traídos y llevados por designios demenciales de los jefes del campo. Se calcula que, hacia mediados de 1978, cuando Massera abandonó la Junta Militar, 5000 prisioneros habían pasado ya por el campo de concentración. Más del ochenta por ciento había sido exterminado. Una cantidad semejante de marinos había colaborado, ocasional o alternativamente, en las tareas de secuestro, tormento o exterminio.

OTROS CRÍMENES DE PERNÍAS

Además de las torturas, Pernías está imputado por la participación en secuestros y asesinatos masivos. "A mediados de 1976 fueron asesinados tres sacerdotes y dos seminaristas de la orden de los Palotinos, que vivían en una parroquia en Buenos Aires. El teniente Pernías participó en esta operación, según sus propios dichos jactanciosos." (*Testimonios de Graciela Daleo y Andrés Castillo.*)

Los sacerdotes de la comunidad Palotina Alfredo Leaden, Pedro Duffau y Alfredo Kelly, los seminaristas Salvador Barbeito y Emilio Barletty, fueron muertos a tiros en la Parroquia de San Patricio del barrio de Belgrano. La causa fue cerrada sin procesos ni condenas. En su reciente declaración ante el Senado, Pernías afirmó que la Armada no tuvo intervención en este hecho, aunque las pruebas en su contra siguen firmes.

Carlos Ernesto Rodríguez "*Pernías y Rolón: Asesinos con bendición presidencial*".

PODER Y RESISTENCIA

Las peleas con Videla

Las Madres

Astiz



Libro IV

Capítulo I

UNA REUNIÓN COMO TANTAS

Massera comenzó, como era su costumbre, en tono bajo y grave de voz, con preguntas aparentemente respetuosas. Videla intentaba responder, pero Massera lo interrumpía a cada paso. Cada tanto, el almirante deslizaba además una línea de agresión personal, como: “¿a vos cualquiera te hace quedar como un boludo?”. Seguidamente, se retraía y seguía demandando explicaciones en tono serio, como si guardar la serenidad y la compostura le exigiera un inmenso esfuerzo. Y poco después volvía al ataque.

El juego del gato y el ratón se prolongó por varias horas. El desgaste de Videla bajo el interrogatorio de Massera, que sometía a su oponente militar a una virtual tortura moral, empezaba a tornarse evidente. Se hubiera dicho que el interrogatorio constituía la elevación al máximo nivel de los procedimientos aplicados en la ESMA, donde en determinado momento el objetivo de las torturas dejaba de ser la extracción de datos y pasaba a ser la destrucción moral del enemigo. Videla transpiraba y respiraba nerviosamente, dominado por emociones conflictivas. Se sabía en falta, y por eso era incapaz de restablecer su autoridad.

Massera iba subiendo gradualmente la intensidad de su voz, hasta hacer que retumbara contra las paredes y el techo de la habitación donde estaban reunidos. Videla había dejado de hablar hacía rato, y escondía la cara entre las manos. El almirante multiplicaba ahora sus preguntas con inusitada violencia, pero no esperaba respuesta alguna porque eran formulaciones retóricas, que llevaban implícita la contestación. Al final, dio un golpe sobre la mesa y le gritó:

-¿Pero te das cuenta de que lo que pasa es que sos un pelotudo?

Videla entreabrió las manos, dejó ver un rostro cubierto de lágrimas y, con voz ahogada, le pidió:

-Basta... Por favor, no me des más...

Massera, entonces, dejó de hablar, respiró fuerte y se puso a mirar altanera e indignadamente hacia arriba. Se hizo un largo silencio entre los tres, que sólo rompió media hora después un gesto conciliador de Agosti.

Claudio Uriarte, *Almirante Cero*

La única sobreviviente

(De una denuncia anónima. Archivo Madres de Plaza de Mayo.)

En julio o agosto de 1976, un grupo de la Escuela de Mecánica de la Armada llega a una casa donde vivía una pareja de más o menos 20 años y una hermana de él de 14 años.

Había también otra hermana de 11 años, dos chiquitos de 6 y 8 años y un bebé, hijo de un compañero.

Llegaron buscando a un hermano de él que decían que era montonero. Como no lo encontraron se lo llevaron a él, la esposa, la hermanada 14 y la de 11. Dejaron en la casa a los tres más chiquitos.

A los 4 o cinco días apareció en el barrio la niña de once años, loca. La recogieron los vecinos. Cuenta de a ratos que al hermano lo torturaron bárbaramente y le cortaron los testículos.

A la mujer de su hermano le abrieron la herida de la cesárea y murió. A la chica de 14 años le sacaron los ojos. Los niños más chicos fueron recogidos por personas del barrio.

Cuando Videla empezó a ser famoso entre los militares, a fines del '75, ninguno de sus

compañeros del Liceo Militar lo recordaba. Videla era un hombre tímido, que se refugiaba en su uniforme como detrás de una máscara. Era un hombre vacilante, que amaba los reglamentos porque le decían lo que tenía que hacer y le impedían equivocarse.

Si el reglamento se lo indicaba, Videla era capaz de pegarse un tiro. En cambio, cuando tenía que decidir algo temblaba como una hoja. Una vez, en la inauguración de un monumento, tuvo que improvisar un discurso. Pasó diez minutos en silencio ante la multitud: no se le ocurría nada que decir y se tuvo que bajar. Otra vez, siendo ya presidente, dijo ante los obreros del astillero Río Santiago. "Argentinos: la Argentina estaba al borde del abismo... estaba al borde del abismo... estaba al borde del abismo... ¡y hoy podemos decir que ha dado un paso al frente...!"

Hasta que asumió la presidencia de la Nación, Videla sólo se preocupó por asuntos estrictamente militares: sabía de tortura y de represión, pero nada o casi nada de política. Ni le importaba. Había combatido contra la "guerrilla", pero sin reflexionar por qué. Sólo sabía que era necesario aniquilarla. Le habían dicho que era el enemigo y eso le bastaba. Después había comenzado a trabajar en la preparación del golpe y lo hizo sinceramente, porque odiaba "el desorden en que se había convertido el país bajo el desgobierno de Isabel." Quería elaborar un Reglamento de Hierro que detallara todo cuanto podían hacer los ciudadanos. Y quería hacer desaparecer a todo aquel que no cumpliera el reglamento.

A su manera, Videla había sido un hombre sin problemas. Sin curiosidad y sin imaginación. Pero ahora, desde que había aceptado ser presidente y, sobre todo, desde que había comenzado a discutir con Massera, el mundo parecía hundirse bajo sus pies. Había decisiones políticas que tomar, decisiones sobre las que no decía nada ningún reglamento. A cada momento, pedía permiso y corría a preguntarle a los generales del Ejército qué debían hacer ellos le ordenaban y Videla cumplía. Era capaz, incluso, de ponerse firme en estas posturas si Massera se oponía. Pero un día los generales se cansaron y le exigieron que dejara de consultar y gobernara. Videla había tenido siempre buen sueño, se jactaba de dormir exactamente las ocho horas que permitía el reglamento sin necesidad de somníferos ni despertador. A mediados de 1976 empezó a tener pesadillas. Eran pesadillas con cárceles desiertas por las que corría y corría, perdiéndose, escuchando incesantes alaridos.

El tercer hombre de la Junta era la máxima autoridad de la Fuerza Aérea, el brigadier Orlando Ramón Agosti. Durante las primeras reuniones, había sido la figura más oscura del triunvirato. Agosti era también bastante tímido y representaba a una fuerza poco numerosa que, en comparación, tenía poco poder. Pero ya hacia abril de 1976 comenzó a

desempeñar una función importantísima: desempatar en las peleas casi constantes entre Videla y Massera. O mejor dicho, en los problemas que la bestia de Massera le planteaba todo el tiempo al imbécil de Videla. Sólo esa condición de árbitro lo salvó de ser arrollado por la ambición del Almirante Cero.

Es probable que, con el tiempo, Agosti incluso se divirtiera con estas peleas. Puede haber llegado a verlas como las diferencias de una pareja de amantes opuestos. Videla parecía desesperado por cumplir con su obligación lo más rápido posible y volverse a su casa. Massera se empeñaba en ponerle un obstáculo a cada una de sus iniciativas o, como él mismo decía, “un palo en cada una de las ruedas”. No importaba lo que fuese: Massera buscaba excusas para atacar y vencer y quedarse con el gobierno. Por supuesto, el brigadier Agosti prefería a Videla: era un hombre prolijo, al que hubiera podido invitar a un cóctel sin peligro de que, como Massera, los hiciese pasar ningún papelón. Pero Massera era como el Proceso mismo: era sanguinario, decidido a todo, a demasiadas cosas. Si Videla era la cara visible de la dictadura, Massera era tacara invisible y más importante.

Los primeros problemas habían surgido en el ámbito de las relaciones internacionales. Tan pronto los militares se hicieron cargo del gobierno, el Ejército elevó una lista de embajadores argentinos que la Junta debía nombrar. Muchos de estos civiles son hombres comprometidos con el Proceso, dijo Videla, y a la vez, hombres cultos que contribuirán a borrar la imagen de crueldad y primitivismo que, no sé porqué, tenemos en el exterior. Massera los rechazó uno por uno, con un rostro de piedra y lenguaje escueto: no, qué esperanza, menos todavía, sentenciaba después de cada nombre. Y Videla tomaba un trago de agua y se enjugaba la transpiración de la frente.

Agosti, para conciliar, preguntaba a Massera por las razones de sus rechazos. Massera improvisaba. La mayoría de esos candidatos a embajadores, decía, pertenecían al partido radical. Era cierto. Otros le parecían demasiado débiles como para estar en Francia o Venezuela, donde había tantos enemigos de la Junta. Y otros le parecían demasiado civiles para desempeñarse en países con los que la Argentina debería, alguna vez, entrar en guerra: Chile, Inglaterra, Brasil. Al afirmar que Videla nombraba hombres débiles, Massera sugería que Videla era un débil también. Y Videla, que se sabía un pusilánime, se enfurecía y se mantenía empacado en sus nombres repitiendo: la Marina no puede pasar por encima de la voluntad del Ejército, no señor, de ninguna manera. Las reuniones duraban horas. Al caer la tarde, Agosti se encargaba de dirimir salomónicamente: mitad de embajadores para la Marina, mitad para el Ejército, y algunos para la Fuerza Aérea, allí donde ésta pudiera hacer negocio. Pero secretamente compadecía a los embajadores que había logrado nombrar Videla: éstos tendrían que enfrentarse con Massera directamente y, Massera no tenía piedad con los civiles.

Agotado el tema de los embajadores, Massera empezó a oponerse a que Videla viajara al exterior. Decía que había que cuidar al Presidente de posibles atentados y hasta sugería que Videla era impresentable. Agosti volvió a resolver salomónicamente: Videla viajó a algunos países. Cero a otros y él se reservó el viaje a Estados Unidos, donde compró aviones. Pero cuando Videla viajó a Bolivia y fue recibido con honores presidenciales, en 1977, Massera armó tal escándalo que ni Agosti mismo pudo remediar sus consecuencias.

Massera llegó tarde a la reunión habitual. Entró como una tromba y tirando *La Nación* sobre la mesa dijo que la Armada estaba harta de las ambiciones personales de Videla y de que anduviera pavoneándose por ahí como si fuese el único jefe de Estado, como si el resto de la Junta no existiera. Videla parecía descolocado. Sólo atinaba a decir no es a título personal que acepto aquellas honras, sino como símbolo que soy del Ejército argentino. Le daba pasto a Massera: en su próximo viaje, a través de cancillería, Massera exigió que el otro país le tributara honras presidenciales como símbolo que era de la gran Armada Argentina. Se las dieron y Massera empezó a considerar seriamente que las merecía.

Videla no hacía públicas aquellas peleas. Le parecía que lo pintaban como un imbécil y, sobre todo, que no era bueno ventilar cuestiones de Estado. Pero Massera las comentaba en todos lados: en su casa, en la ESMA y, sobre todo, en las reuniones con otros marinos y militares. Así comprobó que la inseguridad de Videla era algo que muchos percibían y desaprobaban. Massera se dio cuenta de que si se proponía como “duro”, podría ganarse las simpatías de la línea dura del Ejército y la Aviación.

En los discursos y declaraciones públicas, empezó a tomar posiciones cada vez más extremas: ahora que estaban terminando con la subversión, quería seguir masacrando al resto de los civiles y a civiles y militares de países limítrofes. En la intimidad del poder, se volvió todavía más agresivo: los gritos que pegaba en las reuniones de la Junta hacían temblar el edificio entero. Videla nunca elevaba la voz, y en general seguía ganando. Pero llevaba a Massera dentro de sus pesadillas, a esas cárceles vacías por las que corría y corría. Y, contra toda lógica, estaba convencido de que Massera sería el próximo presidente.

Durante todo 1976 el Almirante Massera había concedido muchísimos reportajes a los medios argentinos, fuertemente controlados por la censura. Había mandado algunos artículos, firmados por él pero escritos por Lezama o por los presos de la Pecera, a las publicaciones tradicionales de la Marina: el diario *La Nueva Provincia*, una revista llamada *Gaceta Marinera*. Pero a principios de 1977 rescató su vieja idea de tener un diario propio. No tenía todavía los medios suficientes, pero podían empezar publicando un boletín.

Lezama estuvo de acuerdo. Le pusieron por nombre *Convicción*. Massera no tenía más convicción que el deseo de ser presidente. Pero *Convicción* les parecía un nombre opuesto a la ignorancia, a la debilidad, del presidente Videla.

Cada mañana, Lezama llamaba a la casa de Massera y le preguntaba qué tendría que escribir al día siguiente. Haga mierda a Videla, era la respuesta invariable. Un día Lezama fue demasiado lejos: la Junta había empezado a tratar el tema de una posible guerra con Chile y *Convicción* reveló que era Videla el único partidario de la paz. Lo trató de cobarde. Un grupo de tareas del Ejército se presentó en casa de Lezama. Massera intercedió por él y Lezama se salvó. Pero la guerra con Videla no había hecho sino empezar. Siguiendo este ejemplo, Massera mandó secuestrar primero a uno de aquellos embajadores que había nombrado Videla: Héctor Hidalgo Sola. Después mandó matar al general Actis, que estaba encargado de organizar el Mundial de Fútbol 1978, y en su lugar consiguió que nombraran al marino Lacoste. Para entonces, el poder de Massera era ya tan grande que el propio Agosti, alarmado, había comenzado a laudarlo en su contra. *Convicción*, que al principio sólo se repartía gratuitamente entre los marinos, ahora era leído por los generales más sanguinarios como Saint Jean o Benjamín Menéndez.

Una tarde, al cabo de una reunión de la Junta con los gobernadores de las provincias, Massera se permitió sugerir incluso que el verdadero padre de la "lucha contra la subversión" era él y no Videla; y que si fuera por la Marina, la represión sería mil veces más sanguinaria.

Era un jueves y quizás muchos de esos gobernadores habían visto al entrar al grupo de Madres de desaparecidos que marchaban, silenciosamente, en la Plaza de Mayo. El general Harguindeguy, ministro del Interior, las miraba, sonriendo, por una ventana. Recordó que a mediados de julio les había concedido una entrevista, las había humillado, les había mentado.

Pero más de un gobernador exigía que se tomaran con ellas medidas más fuertes. Massera no dijo nada, pero sonrió como diciendo: quédense tranquilos, la Marina, muy pronto, terminará con ellas. En efecto, entre aquellas mujeres mayores, desesperadas pero decididas, se veía la figura de un joven que decía llamarse Gustavo Niño, y ser hermano de un desaparecido. Era en realidad el oficial de la Marina Alfredo Astiz, el "pollo" de Massera.

UN TIMORATO, UNA BESTIA, NINGÚN GENIO

Hay quien piensa que la dictadura obedeció a un plan perfectamente tramado.

Que la Junta Militar pensó cuidadosamente cada uno de sus pasos, y que mientras duró, el país fue un sistema perfectamente organizado y eficiente. Otros piensan que la dictadura fue un caos, y que este caos se debía no sólo a la ideología fascista y genocida de las Fuerzas Armadas sino también, a la torpeza de los integrantes de la Junta. Un maníaco timorato como Videla, una bestia sanguinaria como Massera, parecen incapaces en efecto, de organizar nada. Agosti, por lo que sabemos, no era demasiado diferente.

DE NIÑO A ESCUDERO

En 1978 Astiz fue enviado a París para infiltrar un organismo de solidaridad integrado por argentinos y colaborar con un denominado "centro piloto" creado por la Marina para tratar de mejorar la imagen argentina y promover la figura del almirante Massera con vistas a su futura actividad política. Adoptó entonces el nombre de Alberto Escudero, para lo cual contaba con una documentación falsa. Descubierto, al ser reconocido por una exiliada argentina que había estado secuestrada en la Escuela de Mecánica de la Armada, fue denunciado y debió retirarse de ese país.

Fue designado entonces por sus superiores a la agregaduría naval argentina en Sudáfrica, junto con su antiguo jefe de la ESMA, el almirante Chamorro, que ejercía el cargo de agregado naval y con el capitán de fragata Jorge Acosta, ex jefe de inteligencia del mismo establecimiento.

En octubre de 1981 el periodista sudafricano William Saunderson- Mayer denunció su presencia en el diario *Sunday Tribune*, exponiendo en dos artículos la participación de los tres oficiales en el secuestro, tortura y desaparición de más de 4.000 argentinos en la Escuela de Mecánica de la Armada. Ello provocó una interpelación en el parlamento sudafricano y el gobierno argentino decidió retirarlos para evitar que se siguiera dando publicidad al asunto.

Desde entonces se perdió el rastro de Astiz, hasta que apareció firmando la capitulación de la guarnición que comandaba en las islas Georgias del Sur, ante la Marina inglesa, sin haber tirado un solo tiro.

Madres de Plaza de Mayo El caso Astiz. (folleto). Buenos Aires, 1983

Capítulo II

EL CURA SANGRIENTO

En lo de Grasselli era un verdadero calvario... Yo estoy segura de que atrás del cortinado del cuarto en que nos atendía, tenía algún guardia para su seguridad. Cuando me atendió a mi me dijo "quédese tranquila señora, su hijo está vivo. Está bien ¿ve?"-y me señaló una lista interminable de nombres. En la lista, me señaló el nombre de mi hijo... ¿Ve? Tiene una rayita al lado, eso quiere decir que está vivo... ¡Me fui confiada...! ¡Fíjese qué estúpida...! Le creí y me fui confiada.

En ese tiempo (...) además, Grasselli se atrevió con muchas señoras jovencitas que estaban pasando por la misma situación... Sí, se atrevió a muchas cosas con ellas, les daba citas afuera, en su coche... Por eso muchas madres no querían dejar ir a sus hijos.

Tiempo después mi consuegra tuvo otra entrevista con Grasselli y allí él le dijo "mire señora: con su hijo pueden pasar tres cosas: que se haya ido con alguna mujer, que sus compañeros de militancia hayan tomado alguna medida fuerte contra él o que está colaborando con las Fuerzas Armadas. Porque yo no lo tengo en mi lista..." Desde allí ya no le creímos más nada. Era cierto lo que decía Azucena. Había que empezar a hacer otra cosa.

Juana Meller de Pargament

Madre de Plaza de Mayo

ESTHER BALLESTRINO DE CAREAGA

Madre de Plaza de Mayo

Según Uki Goñi, "Esther Ballestrino tuvo desde pequeña una vida agitada por la política. Nació en Encarnación, Paraguay, el 20 de enero de 1918. Pasó su infancia en Uruguay y volvió a su tierra natal cuando su padre se alistó como voluntario en la guerra paraguayo-boliviana de 1932, contribuyendo con joyas al "oro para la victoria" y mudando su familia a Asunción.

Ballestrino se recibió primero de maestra normal y luego de doctora en Bioquímica y Farmacia, aunque sus estudios universitarios estuvieron signados por las grandes agitaciones en contra de la dictadura del general Higinio Morinigo. Una adelantada en su siglo, organizó también el Movimiento Femenino del Paraguay, y fue su primera secretaria general.

Durante el breve interregno democrático del año 1946, cuando retornó al país el coronel Rafael Franco, líder del Partido Revolucionario Febrerista, las palabras de bienvenida de Ballestrino conmovieron a las multitudes que salieron a recibirlo.(...) El febrerismo disfrutó poco su triunfo y fue expulsado tras una guerra civil de seis meses. Ballestrino se incorporó a la resistencia pero en 1947 se radicó definitivamente en Buenos Aires, donde abandonó sus luchas políticas. Continuó solamente en labores de solidaridad con sus compatriotas exiliados, opuestos a la dictadura del General Alfredo Stroessner, regresando de incógnito al Paraguay de tanto en tanto.

[La paz de su hogar, que conformaban su marido Jesús y sus tres hijas], fue violentada cuando dos de sus yernos (Manuel Carlos Cuevas e Yves Domergue, ciudadano francés, desaparecieron durante 1976 y cuando su hija Ana María fue secuestrada y salvajemente torturada durante cuatro meses en 1977."

Las Madres de Plaza de Mayo la recuerdan como una mujer muy dulce, pero muy templada y decidida. Recuerdan especialmente su participación en las discusiones, la claridad con que opinaba acerca de las acciones que se

iban a tomar, y sobre todo, acerca de los organismos de derechos humanos y las personas con que las Madres empezaban a tomar contacto.

MARÍA EUGENIA PONCE DE BIANCO

Madre de Plaza de Mayo

La hija de Mary Bianco desapareció el 30 de abril de 1976, exactamente un año antes de la creación del grupo Madres de Plaza de Mayo. Se la llevaron de su domicilio en Lomas del Mirador, después de tenerla encerrada en el dormitorio durante media hora. En ese Ínterin habían maltratado a su hermana, robado, interrogado a su madre. Las Madres de Plaza de Mayo recuerdan a Mary como a una mujer del pueblo, de gran dulzura y de gran fortaleza, pero también de una alta conciencia política. Marxista, Mary había militado en los sectores más progresistas de la iglesia.

El Servicio de Informaciones Navales en Campo de Mayo

En Madrid, a los doce días del mes de junio de 1979, comparece ante esta Comisión Argentina de Derechos humanos, el ciudadano de nacionalidad argentina JUAN CARLOS SCARPATI, nacido el 26 de setiembre de 1939 en la ciudad de Balcarce, Provincia de Buenos Aires, de estado civil casado (...) Y declara:

Que el día 28 de abril de 1977 al concurrir a una cita, ignorando que la misma era conocida por las fuerzas militares a raíz de la detención de un compañero, fue detenido por una comisión de civil que se desplazaba en dos automóviles. Que habiendo ofrecido resistencia a sus captores intentando escapar, recibió nueve heridas de bala, de las cuales conserva no sólo las señas en su físico sino también secuelas y trastornos. Que dos de los balazos fueron en su cabeza -uno de ellos en la boca- otro en la mano derecha, otro en el tórax y el resto en distintas partes del cuerpo. (...)

Que tras su captura fue introducido en el automóvil de su propiedad marca Fiat modelo 125 de color verde, cuya matrícula ahora no recuerda por el tiempo transcurrido. Que con él viajaban dos de sus captores, tomando los tres automóviles por la avenida Rivadavia hacia el oeste. Que en esas circunstancias fueron interceptados por uno o dos patrulleros de la Policía Federal a quienes llamó la atención las señas de impactos de balas que presentaba su auto. Que los dos captores que iban con él hablaron con los policías sin descender del automóvil, dándose a conocer como miembros del Ejército. Que en esa circunstancia, alcanzó a oír que utilizaban la expresión 'área libre', que después, durante su cautiverio, se enteró que significa el pedido que las fuerzas militares formulan a la policía cada vez que van a perpetrar un secuestro, para evitar intromisiones o enfrentamientos por error entre ellos, razón por la cual nunca se encuentran policías cerca cada vez que una persona es secuestrada.

Que tras el episodio narrado, continuaron viaje. Que él iba acostado en el asiento del acompañante del conductor al que le habían reclinado el respaldo. Que después del incidente con los policías escuchó que decían que él debía estar muerto por los balazos en la cabeza. Que en esas circunstancias perdió el conocimiento. Que recuperó el sentido luego, por el

intenso dolor que le produjo el ser tirado de su brazo derecho herido para ser sacado del automóvil y arrojado al césped en un lugar que después supo que era individualizado como la casita", y que era usado por alguna de estas "comisiones" o "grupos" del Primer Cuerpo de Ejército, posiblemente por algún sector ligado a tareas de "contrainteligencia". Que allí tirado -con seguridad porque lo creyeron a punto de morir- permaneció varias horas siendo trasladado a un lugar que después supo que era Campo de Mayo. Aclara que fue secuestrado por una 'patota del Primer Cuerpo de Ejército' que pertenece a la estructura represiva que dirige el Coronel Rualdés.

Que como él se encontraba en grave estado de salud, pero no había muerto, estima que sus captores optaron por tratar de salvarle la vida a fin de interrogarlo. Que como "La Casita" es una simple casa operativa sin medios a tal fin, le trasladaron a Campo de Mayo para su atención. Que ello implicó trasladarlo a otra área represiva, ya que el campo de concentración de Campo de Mayo depende de Institutos Militares que tenían la misma jerarquía que los Cuerpos de Ejércitos. Estas casas y campo de concentración son conocidos cada uno con un nombre como "la Casita", "El Sheraton", etc. y todos reciben el nombre de "chupaderos", porque allí están los prisioneros que han sido "chupados", es decir, detenidos ilegalmente y que son los "desaparecidos".

Que durante alrededor de veinte días permaneció en Campo de Mayo en estado de coma, en una pieza que hacía de enfermería, ya que los prisioneros no son llevados al Hospital Militar de Campo de Mayo salvo muy excepcionalmente cuando el tipo de herida que presenta puede tener algún interés de estudio y experimentación para los médicos, en cuyo caso son introducidos ilegalmente en dicho hospital, es decir, sin registrarlos. Que recuerda el caso de un compañero que presentaba un estallido de fémur muy singular y lo llevaron al Hospital Militar para experimentar su reconstrucción de la cabeza del fémur sin preocuparse por el resto de las heridas que presentaba.

Que el dicente permaneció en dicha 'enfermería' al cuidado de otra prisionera médica especializada en ginecología que respondía al nombre de "Yoli" y que hizo lo que estuvo a su alcance para salvarle la vida con los escasos medios de que disponía: sueros y antibióticos solamente, no pudiendo extraerle por carecer de instrumental los plomos de los balazos. Que de este período sólo guarda vaga memoria de los momentos

posteriores a su estado de coma. Sólo recuerda que de vez en cuando lo levantaban y arrastraban con violencia y lo interrogaban. Que en una oportunidad le pidió a Yoli que le diera una inyección que le quitara la vida y ella se negó por convicciones religiosas. Que en otra oportunidad intentó tomar de la mesa que estaba al lado de su camastro una especie de cuchillo para tratar de suicidarse pero que no le alcanzaron las fuerzas para tomarlo.

Señala que habiendo estado cerca de veinte días en coma y luego muy débil presentando además una herida en la boca que le impedía casi totalmente hablar y una en la mano derecha que le impedía escribir, hizo que sus captores no tuvieran posibilidad de extraerle datos concretos sobre la localización de personas y casas, ya que sus interrogadores no ignoraban que luego del tiempo transcurrido y de advertida de sobra su caída, los datos que él pudiera aportar carecían de vigencia.

Agrega que luego fue sometido a sesiones de tortura con picana eléctrica, en base a interrogatorios de tipo general, ya que ignoraban datos concretos de la última actividad del dicente, ya que éste acababa de ser destinado por su organización política a Buenos Aires y su anterior destino en la ciudad de La Plata había sido destruido por las fuerzas militares, asesinando y secuestrando a sus compañeros.

Que por una confidencia de un detenido que colaboraba con las autoridades del campo, supo que por la rivalidad existente entre los distintos comandos o "patotas", sus captores originarios se negaron a entregar a los interrogadores de Campo de Mayo su agenda y los papeles que llevaba en el auto en el momento de su detención, lo cual le permitió sostener falsas afirmaciones sin que sus interrogadores pudieran verificarlo. Agrega además que a Campo de Mayo corresponde la represión de Zona Norte y que la Capital Federal corresponde al Primer Cuerpo de Ejército y a la Marina, mientras que la zona de La Plata al regimiento 7, razón por la cual sus datos eran derivados a éstos.

Que tras esas sesiones de tortura que ha narrado, fue trasladado al Pabellón número 1 de dicho campo, en período de convalecencia. Que además de los que lo interrogaban mediante torturas, fue entrevistado e interrogado por una persona que dijo ser del Servicio de Informaciones Navales y otra que se presentó como contrainteligencia del Ejército, ambos lo interrogaban sobre criterios políticos generales y sobre métodos organizativos.

Las Madres habían llegado a la Plaza un sábado de fines de abril. Aparecieron tímidamente, en grupos de dos y de a tres. Los policías que circulaban entre fuentes y canteros, las decenas de centinelas que cuidaban la Casa de Gobierno, no sospecharon de ellas. Parecían viejas amigas, y tenían un aire un poco inseguro, como de quien pasea sólo porque no puede volver a su casa.

No había casi nadie en la Plaza de Mayo. Ni niños ni viejos, porque ya hacía frío. Ni palomas, espantadas por el veneno que el propio Videla mandaba poner en ramas y monumentos. A través de la Plaza vacía, las Madres no tardaron en distinguirse y en acercarse tímidamente, disimulando. Se sentaron en unos bancos cerca del monumento a Belgrano, sin decirse una palabra, mirándose de tanto en tanto.

Hasta que de pronto llegó una mujer alta y corpulenta, recién peinada de peluquería, y las Madres la rodearon. La mujer empezó a hablarles con decisión y en voz muy alta. Llevaba una carpeta bajo el brazo y el suéter arremangado hasta los codos, con el aire de decir “manos a la obra”.

A ella se le había ocurrido la idea de venir a la Plaza. La mujer se presentó a las pocas que no la conocían: su nombre, dijo, era Azucena Villaflor. La Madre de Néstor Devinenti, desaparecido. Contó brevemente su historia. Y pidió que también las demás se presentaran. A eso habían venido, antes que nada. A conocerse, a unirse. A estar aquí hasta que seamos tantas que Videla ya no pueda hacer oídos sordos.

Todos los hijos de las Madres habían sido secuestrados en sus casas, sus trabajos o en la calle, por bandas del gobierno sin identificación. Por expresa orden de la Junta, en todas las dependencias oficiales se negaba todo conocimiento de los hechos y del paradero de los hijos. Si las Madres insistían en averiguar, se las humillaba, se las amenazaba, se las agredía, se trataba de derrotarlas por cansancio.

Uno de los lugares adonde se acudía era el Vicariato Castrense, que estaba a cargo de un tal monseñor Graselli, íntimo amigo de Massera. Grasselli se había hecho famoso porque admitía tener información de los desaparecidos. En muchos casos, bastaba que alguna de las Madres dijera el nombre de su hijo para que Graselli lo recordara y se pusiera a hablar de él. Pero en realidad, Graselli nunca daba la simple información que las Madres pretendían: ¿Dónde están? Graselli atendía a las Madres sólo para investigar más sobre los desaparecidos y sobre los familiares y para pasar esta información a la gente de Massera.

Permanecer en la antesala del Vicariato era casi intolerable: gritos, llantos, desmayos,

ruegos, rezos. Familiares que salían tambaleando del despacho, casi más heridos por la humillación que por la propia incertidumbre. Hasta que un día Azucena se plantó en medio del salón y dijo a las Madres que allí esperaban, con voz firme y delante de los guardias, que seguir así no servía de nada.

-Hay que decirles basta -dijo-. Hay que dejar de pedir y comenzar a luchar.

Las Madres, explicó Azucena, tenían que organizar una acción colectiva y pública, capaz de presionar a Videla. Toda la familia de Azucena era peronista, incluido su hijo Néstor, que estaba desaparecido desde principios de año. Siendo ella misma delegada de una fábrica, Azucena había participado de la jomada del 17 de Octubre de 1945. Que ahora eligiera la Plaza de Mayo para ese reclamo de las Madres parece natural. Era el sitio donde el pueblo, desde el principio de la historia, había exigido saber de qué se trata.

Aquel primer día en la Plaza las Madres decidieron dos cosas: volver la próxima semana para preparar entre todas una solicitud de audiencia con Videla, y convocar a más y más Madres para el momento de la presentación. Las Madres volvieron el viernes y ya eran el doble. Cruzaron a la Casa de Gobierno y entregaron la solicitud de audiencia. No les contestaron nada. Muchas habían llegado muertas de miedo y la cara de aquellos guardias les metió más miedo aún. Pero Azucena estaba exaltada, casi feliz dentro de su tragedia. Dijo que debían volver tantas veces como fuera necesario. Que mientras tanto, allí mismo, en la Plaza, podrían conocerse y unirse. Y como el viernes era día de brujas, decidieron encontrarse cada jueves a las tres y media de la tarde. Serían como la gota que cava la piedra, dijo. Hasta hacerla estallar.

Pasaron los primeros jueves, y las Madres ya fueron más de cincuenta. Cincuenta mujeres desesperadas, ansiosas de encontrar en sus compañeras comprensión y solidaridad. Durante meses, no habían hecho más que imaginar los mil rostros posibles del horror. Ahora, entre todas, imaginaban nuevos modos de lucha.

La reunión semanal en la Plaza empezó a quedarles chica. Secretamente, en confiterías, en iglesias, en sus propias casas, las Madres empezaron a reunirse para transformar esa reunión espontánea en una organización. Cada Madre quedó encargada de reclutar compañeras en su barrio. "Ya van a ver", decía Azucena corriendo de acá para allá con las mangas del suéter levantadas hasta el codo, "éstos hijos de puta van a terminar aflojando". Las Madres la adoraban. Con su dulzura, Azucena les hacía más soportable el peso de la soledad. Con su fuerza, Azucena les daba fuerza. Y sobre todo, les había abierto la Plaza de Mayo como quien enciende un sol en medio de la noche.

Las Madres, hasta el momento del secuestro de sus hijos, eran casi todas simples amas de

casa. En su peregrinación por los organismos de derechos humanos, habían sido tratadas con frialdad y hasta desprecio. Las atendían a través de un mostrador, les tomaban una y otra vez los mismos datos y les decían que volvieran a su casa a esperar.

En cambio, en la Plaza luchaban hombro con hombro con sus iguales. Es horroroso saber que a tantas les pasa lo mismo que a una, decía Azucena, pero es bueno saber que estamos juntas. Entre ellas se sentían comprendidas, amadas. Y en ningún lugar como en la Plaza se sentían tan cerca de sus hijos. Los recordaban, y se sorprendían al comprenderlos a todos tan parecidos. Pero cómo, ¿tu hijo también era así? Poco a poco, los desaparecidos volvían a aparecer en los relatos de las Madres.

Hacia mediados de julio el insólito coraje de las Madres era ya tan conocido, que Harguindeguy decidió recibirlas tan sólo para que desistieran de venir. Encabezada por Azucena, una pequeña delegación volvió a cruzar la calle Balcarce y se perdió en los corredores de la Casa de Gobierno. En su despacho, Harguindeguy, sonriendo, dijo que las comprendía: pero que sus hijos deberían andar por ahí con alguna noviecita.

-Yo mismo tengo una sobrina que se hizo prostituta en Panamá... Se van del país para hacerse prostitutas...

Azucena lo insultó, y le dijo que mentía. Ustedes los secuestraron, ustedes los torturaron, ustedes los tienen presos y a muchos los mataron ya. Pero no tienen ni siquiera la valentía de decirlo. Harguindeguy dio por terminada la reunión. Azucena le gritó que podían echarlas de ahí, pero no podrían echarlas nunca de la Plaza. Afuera, esperaban las Madres, con la sensación de que el tiempo no pasaba nunca. El relato de la entrevista causó tal indignación que se les acercó un pelotón de policías. Circulen, les dijeron, y ellas comenzaron a dar vueltas en torno de la pirámide. Circulando, pero sin irse de allí. Marchando. Fue su modo de seguir resistiendo. Y así, caminando, llegaron hasta el día de hoy.

Harguindeguy fue el último de los miembros de la dictadura con el que las Madres se entrevistaron. No volvieron a intentarlo. Habían entendido que de nada servía preguntarles ni esperar. Que con el enemigo no se dialoga, se lucha. El día entero se les iba imaginando, ahora, nuevos modos de combatir. Hacia mediados de setiembre hicieron una asamblea clandestina en el Parque Pereyra Iraola. Fueron, nuevamente, de a dos o tres y cuando se reunieron entre los árboles, sentadas en el césped, fingieron ser un simple grupo de jubiladas que homenajeara a las más viejas del grupo.

Azucena tomó la palabra: era necesario tramar una red de comunicación que les permitiera localizarse en cuestión de minutos.

Para poder todas ir a todos lados. Las Madres se organizaron. Y como querían, ya no estuvieron sólo en la Plaza. Empezaron a aparecer, de repente y todas juntas, en los lugares más inesperados.

La primera de estas acciones relámpago consistió en ir a Tribunales todas el mismo día, cada una con un pedido de hábeas corpus ya prolijamente redactado en la cartera. Los empleados no daban abasto con el aluvión de 159 denuncias, los policías no se decidían a desbaratar esa multitud ante la que empezaron a amontonarse los periodistas.

En octubre la Iglesia convocó a una enorme procesión a la basílica de Luján. Las Madres decidieron ir también allí. La procesión partía de Buenos Aires pero, por su edad, no todas las Madres podían caminar durante todo el trayecto. Algunas decidieron incorporarse a mitad de camino, otras reunirse con el grupo al grupo frente mismo a la Basílica. Para reconocerse en la multitud, para hacerse ver por los peregrinos, se cubrieron la cabeza con un pañal. Ese fue su primer distintivo. Pero al jueves siguiente, como muchas no tenían pañal, decidieron reemplazarlo por un pañuelo blanco.

Tres meses atrás había llegado a la Argentina Terence Todman, el delegado de Asuntos Latinoamericanos en la Casa Blanca. Las Madres habían intentado hablar con él, pero no fueron recibidas. Sólo- una periodista bajó a la Plaza y las reportó. Un policía llegó rápidamente a apresarla, y fueron las Madres las que le hicieron frente, mientras la chica tomaba un taxi y corría a refugiarse a la embajada americana. Atraídos por el tumulto, cientos de periodistas extranjeros abandonaron a Todman y reflejaron, por primera vez, un reclamo multitudinario por los desaparecidos.

Al poco tiempo se anunció la llegada de Cyrus Vance, otro alto funcionario norteamericano. Las Madres decidieron actuar de otra manera. Decidieron interrumpir una ceremonia oficial en la Plaza San Martín, muy importante, a la que además de Vance asistirían los miembros de la Junta. Las Madres llegaron muy temprano a la plaza, en grupos pequeños, disimulando. Había alguna que fingía tejer en un banquito, aunque los nervios le impidieran ensartar los puntos con la aguja. Había otras que leían, o paseaban un perro o caminaban del brazo. Pero cuando fue el momento indicado, las Madres se juntaron en una escalinata, se cubrieron las cabezas con los pañuelos blancos y empezaron a gritar Los desaparecidos ¡que digan dónde están...! ¡Que aparezcan con vida...! ¡Con vida los llevaron, con vida los queremos...! Cyrus Vance no respondió directamente a sus reclamos, pero la foto de las Madres recorrió el mundo entero. A partir de entonces, los pañuelos blancos serían el símbolo de la resistencia y de la esperanza.

En la ESMA, los presos de la Pecera recortaron prolijamente aquellas fotos aparecidas en

la prensa internacional. Se dice que fue la imagen de los pañuelos blancos, a los que siempre había tenido terror, lo que decidió a Massera a día lo que él llamaba “el golpe final”. Y fue entonces cuando planeó uno de los crímenes más aberrantes que registra la historia de la dictadura.

EL OTRO INFILTRADO

A principios de 1977, la confrontación entre Marina y Ejército era ya casi una guerra interna. El ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, ponía en guardia contra Massera a quien se le cruzase: “ése”, decía, “ése es un negro peligroso...” Y al mismo tiempo, encargó al Inspector de la Policía Federal Roberto Francisco González, destacado por entonces en la ESMA, un prolijo informe diario sobre las actividades de Massera y sus seguidores.

Capítulo III

¡FUEGO...!

Cuando vino Terence Todman nosotras fuimos a la Plaza. Videla mandó un emisario (nosotras no usábamos pañuelo todavía, agitábamos un pañuelo y les decíamos que teníamos los hijos desaparecidos, no había otra cosa que pudiéramos hacer, pero igual le molestábamos al gobierno, a la dictadura), un emisario que mandaba la dictadura para que nos fuéramos y, que si no íbamos, Videla nos iba a atender. Claro, eso ocasionaba que algunas madres dijeran "mejor que nos vayamos y nos atienda Videla", y otras decíamos "no, igual no nos van a atender." Y nos quedamos agarradas entre nosotras, agarradas a una columna. Entonces mandaron milicos como para la guerra, armados, con casco, para que nos fuéramos. Y les dijimos que no íbamos a ir. Entonces ellos pidieron que apunten, y cuando dijeron "¡apunten!" nosotras les gritamos "fuego". Y ese gritarles fuego hizo que todos los periodistas que estaban para verlo a él, a Terence Todman, vinieran a ver quiénes eran esas mujeres -que no éramos más de 30- que habían hecho esa acción tan fuerte que sirvió para que saliéramos en muchos periódicos.

Hebe de Bonafini

Conferencia sobre la historia de las Madres de Plaza de Mayo, 1988

Según testimonios, Alfredo Astiz había comenzado a infiltrarse entre los familiares de los desaparecidos ya a principios de 1977. Aparecía en las colas frente al Ministerio del Interior, ante el despacho de Graselli, y corría a meterse en cuanto grupo espontáneo se congregara. Se hacía llamar Gustavo Niño y llevaba de la mano a una chica pálida, que nunca hablaba ni miraba a los ojos a nadie. Astiz decía que era el hermano de un desaparecido marplatense, y que esta chica era su hermana menor. Astiz vestía siempre ropas ligeras, y tenía aspecto de deportista; su supuesta hermana, en cambio, vestía ropa cara y casi infantil, y se peinaba con una larga trenza que estrujaba constante,

nerviosamente, con su mano libre.

La misión que Astiz cumplía por orden del Tigre Acosta era, todavía, muy sencilla. Preguntaba nombres y trataba de memorizarlos, y cuando podía, trataba de generar conflictos. “¡Cállese, usted seguro que es comunista...!”, le gritó a una madre que había comenzado a planear una ida, en grupo, a las puertas de un regimiento. “Yo acá vengo a buscar a mi hermano, no a hacer política”, gritó otra vez a un muchacho de su edad, que sí había perdido a su hermano. Terminadas estas misiones, Astiz subía a su coche y al cabo de un largo paseo junto a la chica por las anchas avenidas de Palermo, volvía al edificio de la ESMA. Dos prisioneras “quebradas”, integrantes del “mini staff” de Acosta, recibían sus informes y los analizaban prolijamente. Una de ellas era la famosa Coca Bazán, amante de Chamorro; la otra, una tal Graciela García Bonpland, era amante del propio Tigre Acosta. Entonces Astiz devolvía a su “hermana” a la celda que ésta ocupaba en el tercer piso y volvía a salir con el grupo de Operaciones, lo que consideraba su verdadera misión en la Marina.

Pero en julio, para la época en que las Madres se entrevistaron con Harguindeguy, Massera decidió que Astiz concurriera regularmente a la Plaza de Mayo y que su única tarea hiera la de destruir la nascente organización. Astiz llegó a la Plaza un jueves de agosto. Las Madres lo rodearon de inmediato. Azucena le rogó que dejara su testimonio y que se fuera, porque corría peligro de que lo chuparan también a él. Entonces Astiz contó a borbotones el cuento que le habían enseñado las presas del mini-staff, sobre su hermano desaparecido marplatense. Su “hermana” se echó a llorar, la vista fija entre los pies. Las Madres los abrazaron.

Azucena les dijo algunas palabras de aliento y les repitió que debían irse. Entonces Astiz le respondió que su madre, la señora de Niño, estaba paralítica, y sólo contaba con ellos para luchar por la suerte de su hijo desaparecido. Astiz le pidió por favor que lo dejara permanecer con ellas, ya que las Madres eran su última esperanza. Azucena no dijo ni sí ni no, pero justo entonces llegó a la Plaza otra madre nueva, y las Madres corrieron a recibirla. Por un momento, se olvidaron de Gustavo y de su hermana. Y Gustavo y su hermana se quedaron, sentados en los bancos, marchando luego, vigilando, controlando, informando puntualmente sobre lo que veían.

Y de todo aquello que vean, les decía el Tigre Acosta, reporten prolijamente dos cosas: quiénes son las líderes del movimiento y quiénes de ellas tienen contactos con movimientos políticos. Fue así cómo Astiz empezó a acercarse cada vez más a Azucena y a ganarse a tal punto su confianza, que muchos, al verlos parecidos, los creían madre e hijo. Pedro Devinenti, el marido de Azucena, detestó a Astiz desde el primer día y hasta le prohibió a Azucena que, una noche, lo invitara a su casa. “Pero viejo”, protestó

Azucena, “el chico es de Mar del Plata y está desesperado por su hermano, y quiere marchar mañana con las Madres... No tiene dinero. ¿Dónde va a pasar la noche, si no?” Don Pedro fue inflexible y Azucena lloró. No era la primera vez que dejaba de hacer cosas por los terribles celos de su marido.

Pero tampoco las otras Madres desconfiaron nunca de Gustavo. Ciertamente, Gustavo no era ni como sus hijos desaparecidos ni como los otros pocos jóvenes que la acompañaban. Por muy militante que hubiera sido su hermano, él no parecía tener idea de política; le gustaban demasiado las pilchas, y tenía muchas veces un tono un poco soberbio y hasta tilingo. Pero, decían, todo era a causa de su gran ingenuidad. Y, a lo sumo, lo juzgaban como “un niño bien” de pocas luces pero de excelentes intenciones. ¿Cómo sospechar, además, de alguien que, cuando venía la policía a reprimir, era el primero en enfrentarla? Muchas madres corrían a protegerlo y él parecía aceptar la protección contra su voluntad. Además, a poco más de un mes de acompañar a las Madres, Gustavo Niño comenzó a concurrir a la iglesia de la Santa Cruz, junto con algunas de las Madres y con otro grupo de hermanos de desaparecidos como él. La iglesia pertenecía a una congregación irlandesa, los Pasionistas, que se habían preocupado por los desaparecidos siguiendo su antigua consigna: “amemos a Cristo en los crucificados de hoy.” Y el aprecio que esos mismos sacerdotes le tuvieron a Gustavo Niño borró de las Madres cualquier atisbo de desconfianza.

Las razones por las que Astiz empezó a concurrir a la Santa Cruz eran, claro, muy distintas. Desde el principio, las Madres impedían que cualquier persona ajena a la organización presenciara sus reuniones y Acosta consideró que el grupo que acudía a buscar el consuelo de los Pasionistas era un camino para conocer a las Madres más allá de la Plaza. Por lo demás, en aquel grupo figuraban dos de las Madres que, sobre la huella de Azucena, empezaban a ser otros motores del movimiento.

Una se llamaba Esther Ballestrino de Careaga, pero se hacía llamar Teresa. El nombre de la otra era Mary Ponce de Bianco. Mary y Teresa siempre estaban juntas. Mary era una mujer dulce y suave, apasionada por la política. Teresa era una mujer de decisiones fuertes y de convicciones claras, que desde el primer día había servido de ejemplo a las demás. Pero las Madres la amaban, sobre todo, porque cuando Ana Careaga, su hija desaparecida, fue liberada por fin, Teresa siguió yendo los jueves a la Plaza de Mayo. Su familia entera se exilió y le pedía que ella también se pusiera a salvo. Teresa no cedía. “Todos son mis hijos”, dijo Teresa, “y no me voy a ir de aquí hasta que no aparezca el último de los desaparecidos”.

“Teresa”, decía su marido, “era una fanática de la unidad de las Madres.” Y lo cierto es que, para aquel entonces, las Madres empezaban a ser inseparables. Muchas veces, en el

camino a la Plaza, las detenían patrulleros o autos sin identificación. Las Madres, que se sabían incapaces de luchar cuerpo a cuerpo con los policías, luchaban por entrar todas en los autos, por ir todas presas. Cuando, para amedrentarlas, un policía pedía a alguna su documento, todas se precipitaban sobre el vigilante, que no sabía qué hacer con quinientas libretas cívicas y terminaba yéndose de allí.

En octubre, para el Día de la Madre, se hizo una multitudinaria marcha en Congreso pidiendo por los desaparecidos. Apareció la policía y miles de manifestantes fueron presos. En las celdas, las Madres, por idea de una monja que las acompañaba, llamada Alice Domon, empezaron a rezar el Rosario. Y entre Avemaria y Avemaria, gritaban intenciones que hacían temblar el departamento de policía: Por que aparezcan con vida los desaparecido, te rogamos Señor. Porque el país se libere de tantos asesinos y torturadores. Te rogamos Señor. Los policías empezaron a liberarlas lentamente, de modo que no volviera a juntarse una multitud frente a la puerta y ante la vista de los periodistas extranjeros. Las Madres, sin embargo, no se movieron de ahí hasta que no salió la última de sus compañeras. Y por fin, como fruto de esta unidad, surgió la idea de una gran solicitada que aparecería en *La Nación* el 10 de diciembre de ese 1977, el Día Internacional de los Derechos Humanos.

Las Madres tenían mucha fe en los efectos que podría tener esa solicitada, no tanto sobre Videla, a quien estaba dirigida, sino sobre el pueblo en general y sobre la opinión pública mundial. Redactaron un texto fuertísimo, denunciando y exigiendo, y empezaron a organizarse para recaudar los fondos para su publicación. No era tarea fácil. Tanto *La Nación* como el *Clarín* fijaban, según cálculos de Juanita, la tesorera, un precio equivalente a un departamento de tres ambientes en pleno centro de Buenos Aires. Durante dos meses, las Madres trabajaron casi exclusivamente en la difusión del proyecto, yendo casa por casa, solas, perseguidas, rechazadas por terror en muchas de las mismas casas de los desaparecidos. Las Madres indicaban que, por seguridad, la recaudación del dinero se haría sólo dos días antes, el 8 de diciembre, en tres iglesias de Buenos Aires: Bethania y la misma Santa Cruz. Al día siguiente, todas las madres irían a *La Nación* a llevar el dinero, el texto de la solicitada y la hoja con las firmas.

Se sabe que el grupo de Inteligencia de la ESMA consideró, por fin, que las Madres de Plaza de Mayo habían ido demasiado lejos. Pero se dice que Astiz de golpe comprendió que sus compañeros de la Santa Cruz habían empezado a sospechar: no de él, todavía, sino de su "hermana". Dicen que la chica, sin que Astiz se diera cuenta, había escrito algo sobre un diario que dejó como al pasar para que lo leyera Remo Berardo, un pintor en cuya casa del Barrio de la Boca solían reunirse con la Hermana Alicia y otros colaboradores. Entonces Acosta solicitó autorización de Massera y Massera dio la orden de acabar con aquellos que Astiz les señalara.

Los primeros secuestros se produjeron en un café de Paseo Colón donde Astiz había quedado en encontrarse con tres compañeros de la Santa Cruz para ir juntos a la iglesia de Bethania a entregar el dinero. Astiz no llegó. Llegó un Grupo de Tareas que los arrastró de los pelos y los metió en dos autos y los llevó directamente a la ESMA. A esa misma hora, la iglesia de la Santa Cruz estaba colmada de fieles: era el Día de la Virgen y mientras se celebraba la misa, cientos de personas pasaban al jardín, donde Teresa Careaga, la delegada de Madres, juntaba el dinero. Allí estaba Astiz, que, cuando le llegó el turno, puso apenas unos centavos; se disculpó con Teresa y le preguntó, evidentemente preocupado, si Azucena no venía.

-Puede ser...dijo Teresa distraída por la tarea de juntar billetes y billetitos, monedas y moneditas... no recuerdo si le tocaba venir aquí o a otra iglesia...

-Pero ¿viene o no viene? -insistió impaciente Astiz y, sin esperar respuesta, salió de la iglesia. Ya nadie volvió a verlo.

Se hacía tarde. Mientras el padre Patricio daba la comunión, las Madres decidieron salir rumbo a Palermo, donde el resto de las Madres esperaba para reunir el dinero. En la vereda las atajó un Grupo de Tareas con dos autos: arrastraron a Teresa y a Mary Ponce, mientras ponían al resto contra la pared. Después corrieron adentro a buscar a la hermana Alicia y a los jóvenes que la acompañaban... Cuando se fueron, reinó un increíble silencio. Sin enfrentar resistencia alguna, los marinos habían cumplido ya el ochenta por ciento de su misión más aberrante.

Al otro día, un Ford Falcon verde con cuatro marinos de civil se presentó frente a la casita de la parroquia donde Sor Alicia vivía junto a una monja mucho mayor, Sor Léonie Duquet. Los marinos llamaron a Sor Léonie. Le dijeron que Alicia había tenido un accidente, que estaba en un hospital, que pedía por ella. Sor Léonie no opuso la menor resistencia, dicen los vecinos, ni siquiera sospechó nada. Sabía de la militancia de Sor Alicia junto a las Madres de Plaza de Mayo, pero es dudoso que conociera realmente la mecánica y los alcances de la represión. Cuando volvió a encontrarse con su compañera, en las celdas de la ESMA, Sor Alicia estaba ya destrozada por la tortura. Era el 9 de diciembre.

A esa misma hora, después de muchas idas y venidas, las Madres entregaban la solicitada en el diario *La Nación*. El golpe había sido durísimo para todas. Una de las Madres de La Plata, Hebe de Bonafini, había planteado que la solicitada debía postergarse, que había que salir a buscar a las Madres desaparecidas. Pero Azucena se opuso. -Las cosas hay que seguir las, Hebe, a ellas se las llevaron por esta solicitada y esta solicitada tiene que salir.

Con Teresa, los marinos se habían robado una tercera parte del monto acordado y la solicitada sólo pudo ocupar media página. Pero al día siguiente el mundo conocía su verdad.

Azucena se levantó muy temprano aquel 10 de diciembre. Estaba muy nerviosa. El teléfono sonaba cada quince minutos, pero nadie hablaba cuando ella levantaba el tubo. Azucena llamó a una de las Madres: Si a mí me pasa algo, ustedes sigan. Cuando fue la hora, se preparó para salir a comprar el diario. Se cruzó con su marido y su hija. No sabía cómo decirle a Don Pedro que se habían llevado a dos madres de la iglesia de la Santa Cruz. Don Pedro le prohibiría, con toda seguridad, seguir militando con las Madres. Y Azucena sentía que, si no buscaba a su hijo, se moriría. Preguntó qué querían para comer. Le dijeron pescado. Tomó la bolsa de las compras y decidió dejar la discusión para después. Caminó una cuadra, y mientras cruzaba la calle, dos autos pararon junto a ella: uno le cortó el paso, el otro se apostó detrás. Desde un ómnibus casi vacío, el chofer vio cómo la agarraban de los brazos y la arrojaban en el asiento trasero del auto de adelante. Los autos salieron a gran velocidad, con las piernas de Azucena medio salidas de una de las ventanillas. Pero sus gritos se siguieron oyendo largo rato en esa calle. Allí como en la Plaza, Azucena no se quejaba: puteaba, peleaba, maldecía.

“Y volver a la Plaza después de ese 10 de diciembre fue seguramente el mayor esfuerzo de mi vida” - escribiría, muchos años después, Hebe de Bonafini-. “Era necesario juntar los pedazos desparramados de una misma antes de encontrarle sentido valedero a ese — uniformes que sólo conseguían resaltar el vacío dejado por Azucena: ¿no sería ella el presagio de lo que sucedería con cada una de nosotras?

Porque por el momento nuestras victorias agregaban pérdidas: nuestra eficacia se medía por nuevas desapariciones. Recuerdo que me preguntaba estas cosas mientras el ómnibus cortaba camino por los bosques hasta llegar al cinturón de la ciudad. Recordé la voz de Azucena, en alguna tarde en las iglesias, con ese tono bajo, masticado, cortado por los padrenuestros con que disimulábamos nuestras reuniones:

-Bajar los brazos, Hebe, es permitir la impunidad.

Desde Constitución, el subte me dejó allí no más de la Plaza. Subir la cuesta de Balcarce fue más difícil que nunca, cuando antes, desde allí abajo, podía distinguir la figura enérgica de Azucena Villaflor y subía la cuesta casi corriendo. Ahora había apenas un grupo de mujeres agobiadas que sólo deseaban una tregua de la policía. De algún modo, pensé, el arresto de las Madres era una abierta confesión de culpabilidad: aunque no la necesitáramos, esa nueva exhibición debía mostrarnos la medida de nuestra propia respuesta. La agresión debía asegurarnos exasperar nuestra fuerza y nuestra bronca.

Crucé a la Plaza: la marcha obligada, a punta de cachiporra, empezaba a girar. Abracé a mi compañera. Se habían llevado a quien creó nuestro movimiento pero su fuerza podía multiplicarse en cada una de nosotras.”

-Y es que aquel 16 de diciembre -dice Juanita-, en la Plaza de Mayo, la Marina había sido derrotada.

EL LADRÓN, EL POLÍTICO



Primeros pasos en la política.

El crecimiento económico. El partido para la democracia

Libro V

Capítulo I

LA ESMA DESPUÉS DE CERO

A mediados de 1979 llegó a Buenos Aires la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Tanto en el país como en el exterior había ya numerosas pruebas irrefutables sobre la existencia del campo de concentración de la ESMA. Horacio Maggio, un prisionero que había logrado evadirse en marzo de 1978, si bien fue vuelto a capturar y asesinado seis meses después, tuvo tiempo de difundir una contundente denuncia, a la que se agregó luego la formulada por el ex diputado chaqueño Jaime Dri, también fugado. Ante el conjunto de evidencias acumuladas, se prefirió neutralizar la presunta visita de la CIDH a la Escuela. Algunos prisioneros fueron trasladados a una quinta en la zona norte del Gran Buenos Aires (posiblemente Tortuguitas.) Otros, a una isla del Tigre, donde permanecieron aproximadamente un mes. Todo el operativo fue dirigido personalmente por el entonces jefe del GT, capitán de corbeta Luis D'Imperio.

Cerca de 60 prisioneros políticos estuvieron en una isla ubicada a unos 800 metros del río Paraná Miní, propiedad de unas 40 hectáreas, con zonas pantanosas. Tiene, o tenía, un cartel con el nombre de "El descanso". (...)

[Sin embargo] para esas fechas, las presentaciones y denuncias realizadas ante la División de Derechos humanos de las Naciones Unidas y en todo tipo de foro internacional, se multiplicaban. Tres secuestradas liberadas -Sara Solarz de Osatinsky, Ana María Martí y María Alicia M. de Pirles- habían difundido en París, en conferencia de prensa organizada por la CADHU en el Senado francés, con la presencia de Bernard Stasi, vicepresidente de la Asamblea Legislativa de ese país, un testimonio conjunto sobre los aberrantes crímenes del GT 3.3.

Alipio Paoletti, *Como los Nazis, como en Vietnam.*

“DECLARACIONES CONCERNIENTES A NUMEROSOS CADÁVERES APARECIDOS EN LAS MÁRGENES DEL RIO DE LA PLATA ENTRE 1976 Y 1979”

El ex - marino Daniel Rey Pítima, de 22 años de edad, ingresó a la Prefectura Nacional naval Uruguay el 16 de setiembre de 1977. Se desempeñaba como funcionario de la Dirección de Inteligencia da Prefectura (Dipre), en el Departamento II, Técnica (...) Formaba parte de los equipos de Técnica Móvil, electivos dedicados a la investigación y peritaje de los casos concernientes a la Prefectura Nacional Naval. En octubre de 1980 abandonó su trabajo, saliendo para Brasil donde se encuentra bajo protección del ACNUR...

Pregunta: ¿Qué informaciones Ud. puede aportar sobre este tema?

Respuesta: Los cadáveres empezaron a aparecer en 1976. Los últimos, cuando yo estaba trabajando en eso fueron dos, en 1979.

Hay dos grupos diferentes: primero está un grupo de cadáveres ‘reconocidos’, que son los que han salido a la prensa en Uruguay. Y otro grupo de ‘no reconocidos’, que son un grupo de 14 cadáveres que aparecieron en Colonia, en el año 78. Para este segundo grupo de cadáveres no se llamó a la Técnica Móvil de Prefectura para que trabajara con ellos. Se recibieron órdenes superiores para que no se trabajara con ellos. El grupo de cadáveres que están documentados en los Archivos de Inteligencia son un total de 24 que fueron apareciendo en el curso de estos cuatro años. Yo ingresé a Prefectura en 1977, por eso las informaciones de los cadáveres aparecidos antes de esa fecha las obtuve porque yo tenía acceso a archivos confidenciales. (...)

De los cadáveres esos que se hallaron el grupo mayor fue en el año 76 y 77. Después aparecieron 4 en el 78 y 2 en el 79. Todos tenían características generales menos los del 79 que habían sido quemados con soplete en la cabeza. Había una muchacha de unos 20 años que la habían quemado en el seno Izquierdo con soplete. Los demás evidenciaban todos lo mismo: manos y pies atados, señales de violencia, fracturas expuestas, en algunos habla perforaciones de bala, en otros cortes de músculos o cráneos hundidos y algunos denotaban violaciones.

A fines de 1979 y en 1980 aparecieron también restos óseos, a raíz del trabajo de las dragas que recogían barro del mar. O sea que la cantidad de cadáveres que está sepultado en las aguas del Río de la Plata probablemente sea mayor.

Las fechas de aparición son conocidas, eran entre abril, mayo, junio. Hay un fenómeno de marea que hace que las aguas que vienen de Colonia, del Río de La Plata y del río Uruguay pasen por toda la costa uruguaya. Entonces todos los residuos, camalotes, plantas, etc. van a quedar en esas costas que son a kilómetros y kilómetros de distancia. Fue coincidiendo con esa marea la aparición de los cadáveres que, como decía, sólo aparecen en abril, mayo y junio. En otros meses no aparecen.

-¿Cómo supo usted de la existencia de cadáveres 'no reconocidos'?

-Bueno. Son 14, envueltos en estuches de plástico perforado. Eso fue famoso porque nosotros estábamos esperando que se confirmara el hallazgo para ir con los coches de la Técnica Móvil. La Técnica Móvil trabaja con los cuerpos, los revisa, analiza las huellas de violencia, las ropas que hay. Se trata de tomar huellas dactilares para identificarlos. Y nosotros estábamos esperando la orden para ir. Pero nunca se nos llamó.

Una vez un marinero de la Prefectura de Colonia comentó que estaban esos 14 cuerpos, que los habían dejado envueltos como en estuches de plásticos perforados y que ya hacía mucho tiempo que estaban muertos.

Eso fue muy famoso en Prefectura. Se comentaba en todos lados.

-¿Usted sabe de dónde vino la orden de suspender la Investigación de esos casos?

-No. Pero la Prefectura no tenía medios para hacer desaparecer esos cadáveres porque sólo dispone de una chalupa que no podía llegar a alta mar para hacer desaparecer esos cadáveres. Yo no sé qué pasó con ellos. Nunca más se supo.

-¿Qué detalles podría proporcionar sobre el hallazgo de los cadáveres reconocidos?

-Son todos los que aparecieron en los diarios, que se decía que eran chinos, pero no tienen nada de chinos. Porque en las fotos se ve que son de raza

blanca. Fueron saliendo a la prensa a medida que aparecían, a través de comunicados de Prefectura.

El primer cadáver, aparecido en abril de 1976, estaba bastante deformado por el tiempo que había estado en el agua. Luego, cuando apareció otro grupo de cinco, parecían tener rasgos orientales. Pero eran también debido a la deformación del agua, porque el cuerpo se hincha todo.

En los periódicos salió y se decía que podían ser cadáveres chinos que los habían matado y tirado al agua. Pero siempre quedó la duda de si no eran personas torturadas en Argentina, porque eso coincidió con la época de más violencia política en la Argentina.

Al poco tiempo apareció otro cadáver más en la entrada del puerto de Montevideo y después enfrente a la Floresta. Y ahí sí era evidente que se trataba de cadáveres de raza blanca, no había duda.

Se hizo un estudio de mareas y se comprueba que en esa época las corrientes bajan y hacen todo ese recorrido por las costas uruguayas, proviniendo de Argentina.

Incluso, una vez se encontró una cédula argentina en uno de los cuerpos, que estaba a nombre de María Cristina Cámpora [Desaparecida en Argentina). Algunos de los cuerpos tenían restos de pantalón o de buzo que decía 'Polyester Industria Argentina' u otras etiquetas argentinas. En uno de los cuerpos se encontró una vez una monedita de un peso argentino.

Cuando estaban desnudos, aparecía la soga con que estaban atados y se comprobó que las sogas no pertenecían a fábricas uruguayas. Porque se cortaba un pedazo de soga y se enviaba a la Policía Técnica para analizarlo, lo mismo que alambres, etc. Y no había fábricas uruguayas que fabricaran ese material. (...)

Por comentarios del SIPNA (Servicio de Inteligencia de la Prefectura Naval Argentina) se supo que los cadáveres esos son de Prefectura Argentina. Porque hay un cabo argentino, el cabo Víctor Pena, que dijo una vez que estaba ebrio, que los cadáveres los mataban en la Prefectura Naval Argentina y que los subían a los helicópteros de la Prefectura y los tiraban en el río Paraná, atados y con pesas en el cuerpo.

-¿Qué se hizo con los cadáveres posteriormente?

-Se los quema. A los 5 primeros los expusieron para que los viera el público, incluso fue la televisión, en Rocha, pero se hizo cuando no se sabía muy bien lo que eran. Además, no se les veían bien los rasgos.

Pero cuando empezó la sospecha de que se trataba de presos políticos argentinos torturados nunca más los mostraron. Venía la Técnica Móvil, los revisaba un poco, les sacaba fotos, luego venía el forense, los abría, los revisaba otro poco y en seguida eran incinerados.

Las ropas tenían que quedar en custodia de la unidad que los encontró, pero no sé si ese requisito se cumplió.

USOS DEL TERROR

[Además]...el terror era usado para hacer del cuerpo de sus víctimas el texto de implícitos mensajes entre las facciones rivales [de las Fuerzas Armadas], Este recurso iba a ser empleado no sólo por las fracciones extremas del Ejército, sino en más de un caso por la Marina de Guerra, transformada en instrumento de las ambiciones políticas de su comandante en jefe, y frustrada por las dificultades que hallaba para influir de modo decisivo en la gestión gubernativa.

La administración descentralizada del terror por parte de un régimen irremediablemente incoherente hacía imposible fijarle normas y límites desde lo alto. Quienes ejercían un poder nominalmente supremo pronto iban a descubrir cómo aquellas de sus iniciativas que no gozaban de la aprobación de todos sus camaradas tenían más de una vez consecuencias gravísimas para los encargados de implementarlas o para sus beneficiarios; si un escrúpulo humanitario -o quizás el deseo de evitar un escándalo excesivo.- salvó la vida de un asesor presidencial, obligado con todo a acogerse al exilio luego de que una bomba arrasó su casa, es sabido que el embajador en Venezuela fue menos afortunado: no iba a volver con vida de una visita de rutina a Buenos Aires. (...)

Como pronto iba a descubrirse, la transición a un estilo de gobierno menos sanguinario iba a ser una prueba difícil para un régimen cuyo cemento originario había sido el terror, y ello pudo advertirse ya en las reacciones frente a los últimos ramalazos de éste. La opinión, que había permanecido hasta entonces sorda a las denuncias sobre el terror pasado (no parecían impresionarla ni el testimonio de las Madres de Plaza de Mayo ni el de esa muchedumbre silenciosa, formada por los parientes desconocidos, que en 1979 esperaban pacientemente su turno ante la sede de la OEA, durante la visita de su Comisión de Derechos Humanos), comenzaba cautelosamente un ejercicio de recuperación selectiva de la memoria: en particular el episodio del que había sido víctima Elena Holmberg, pareció por un momento destinado a suscitar un eco más tardío pero no menos intenso que el que en el ocaso del rosismo había rodeado a la ejecución de Camila O'Gorman.

Pronto las mismas fracciones militares que habían impuesto el silencio por el terror comenzarían a instrumentar con vistas a sus disputas internas las reacciones de una opinión que empezaba a despertar de su atonía. Con ello, desde luego esas fracciones rivales contribuían a apresurar la erosión del ascendiente que el régimen que las cobijaba a todas había ganado por el terror y sobrevivía mal a la atenuación de éste. Pronto iba a hacerse incomprensible, por ejemplo, que hasta la víspera tantas figuras de la vida política y literaria hubiesen tomado en serio al émulo algo ramplón de César Borgia que acaudillaba la Marina, y que no contento con ello se preparaba a entrar en una segunda carrera pública como líder socialdemócrata, con el asesoramiento de un thinktank integrado por ex guerrilleros a los que mantenía cautivos en la Escuela de Mecánica de la Armada, donde habían sido víctimas de torturas atroces.

Tulio Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*.

A principios de 1978, Videla, Massera y Agosti llegaron a un acuerdo. Seis meses más tarde pasarían a retiro. Y quienes los reemplazaran en sus cargos formarían una segunda Junta a la que, esta vez, no pertenecería el nuevo presidente de la Nación.

La Junta debió decidir entonces quién sería el nuevo presidente. Massera, por supuesto, empezó a luchar a brazo partido para que lo designaran a él.

Pero cuando se hizo claro que el Ejército era todavía mucho más poderoso que la Marina y que Videla sería reelegido, Massera decidió emprender otro camino. Llamó a sus asesores y les pidió que lo ayudaran a proyectarse políticamente.

Massera sólo tenía una única ambición política: quería ser como Perón. Massera no compartía las ideas de Perón: ni siquiera las conocía demasiado. Lo que envidiaba de Perón era su capacidad de pasar de funcionario de una dictadura a líder de la gran masa del pueblo. Además, a mediados de 1976 Licio Gelli le había anunciado que la logia lo consideraba el sucesor natural del viejo líder.

Massera explicó todo esto a sus asesores. Los enfrentó con un montón de papeles que, según él, exponían su ideario: eran recortes de sus declaraciones a los diarios, originales de discursos que le había escrito Lezama, etc. Los asesores se llevaron el fardo a sus casas y lo analizaron prolijamente. Coincidieron en que el primer paso para ayudar al Almirante debía ser entenderlo. Y coincidieron, unas horas después, que el Almirante Massera era un hombre sin la menor idea de lo que es la política.

Era ésta una opinión compartida por todos los que conocían a Massera. Había quien explicaba todo en términos clínicos: Massera era un loco sin moral ni límite alguno. Massera sólo obedecía a su propio e insaciable deseo de poder. Como un perro de presa, cuando mantenía una víctima cerca (es decir siempre) era incapaz de atender a ninguna otra cosa. Era incapaz de pensar en el futuro. Todos los medios se justificaban para alcanzar ese único fin.

Es verdad que el resto de Los militares tampoco tenía idea de política. Pero sentían que debían fidelidad, antes que nada, a las Fuerzas Armadas y, aun sin saberlo obedecían a su ideología fascista. Massera había entrado en la Marina porque las circunstancias lo habían llevado a eso y porque la institución permite que ciertos sádicos como él den rienda suelta a sus instintos criminales. Así como Videla había llegado a general con sólo cumplir el reglamento, Massera había ascendido por puro instinto de bestia asesina, aniquilando a quien se interpusiera en su camino y apoderándose de lo que sus víctimas tenían. Y ahora no se sentía ligado a la Marina por ninguna convicción ideológica ni

porque le debiera nada. De todas las palabras del idioma castellano, lealtad es aquella que Massera nunca ha podido comprender ni valorar.

Por eso, aquel ideario de Massera era una masa caótica de frases contradictorias y hasta opuestas. Massera las había dicho de acuerdo con lo que convenía en cada momento, cambiando de posición con una naturalidad asombrosa. Al principio de la dictadura, Massera había decidido explotar las diferencias de carácter que tenía con Videla. Videla era naturalmente inseguro y él se lanzaba siempre, con todas sus fuerzas, en una sola dirección. Massera empezó a mostrarse como el “duro” de la Junta y no le costaba nada convencer de esta dureza, porque era excepcionalmente sanguinario. Muchos militares que lo veían por primera vez lo oían relatar los crímenes que cometía en la ESMA con un desparpajo al que ninguno de ellos se atrevía. En los reportajes públicos, Massera no rompía el pacto de silencio sobre los desaparecidos, pero jugaba al doble sentido, como si no le bastara cometer el crimen y tuviera que revivir el placer contándolo.

-¿Es verdad, Almirante Massera, que en la Argentina se violan los derechos humanos? -le preguntó una periodista en una conferencia de prensa.

Y Massera la miró fijamente y le respondió:

-Pero qué duda cabe, señorita, de que en la Argentina no se respetan los derechos humanos? ¿Quién puede dudar de que se priva injustamente de la libertad y se cometen asesinatos?

El Almirante hizo un largo silencio. Y luego, sonriendo, agregó:

-¿Qué significa, si no, la larga lista de miembros de las Fuerzas Armadas que mata la guerrilla...?

Cuando vio que esta actitud le ganaba admiradores en las Fuerzas Armadas, Massera trasladó su dureza a los discursos. No sólo glorificaba a las Fuerzas Armadas, como hacían todos, sino que expresaba un odio visceral por los civiles. A mediados de 1977 el conflicto limítrofe con Chile pareció volverse irresoluble: Massera aparecía públicamente como uno de los defensores más encarnizados de una guerra, que proveería a los militares de nueva diversión, ahora que todo el mundo admitía que “el enemigo interno ha sido aniquilado”. Al modo de Hitler, Massera planeó incluso que después de Chile había que extender la soberanía a otras áreas, como las Malvinas y ciertas zonas del sur de Brasil.

Para esta época, monstruos como los generales del Ejército Benjamín Menéndez e Ibérico Saint Jean se hallaban ya entre sus más fervientes admiradores. Y sin embargo, claro, las

diferencias entre Videla y Massera no eran más que una cuestión de estilos. En la práctica, eran las dos caras complementarias de una maquinaria que ya había hecho desaparecer a treinta mil personas, asesinado a quince mil, encarcelado a unas 8500 y empujado al exilio a más de un millón y medio.

A ojos del país, Massera había llegado a ser la esencia del Proceso. Y de pronto, Massera empezó a oponerse sistemáticamente a una de sus bases: la política económica del ministro José Alfredo Martínez de Hoz. Éste había sido elegido unánimemente por los tres comandantes. Pero las relaciones con Massera habían sido tensas desde el principio. Videla veneraba a Martínez de Hoz, porque éste pertenecía a una familia patricia y porque había estudiado en Inglaterra... y Massera le desconfiaba precisamente porque Videla lo admiraba. Massera no tenía idea alguna de economía. Pero cuando oyó decir a Martínez de Hoz, en una reunión de Junta, que había que achicar el Estado, Massera se puso en guardia. Si se achicaba el Estado ¿cómo iba a robar él, que había empezado siendo uno de los tres gobernantes más poderosos del país y ahora era, sin duda, el más rico?

Desde entonces, Massera hizo dos o tres discursos criticando, sin nombrar al ministro, la política económica. Pero a fines del '77, el pueblo comenzó a sufrir más duramente los embates de Martínez de Hoz: el cierre de una fábrica tras otra, la devaluación de la moneda, etc. Y Massera decidió liderar el descontento popular. Massera se hizo asesorar *y*, en donde pudo, criticó el liberalismo del ministro. Llegó hasta criticar al capitalismo salvaje que trata al hombre como un número, olvidándose de que lo más importante es el alma y no lo material. Un día Martínez de Hoz sugirió que el Almirante sostenía una especie de proteccionismo peronista, absolutamente dañino *y* demodé. Massera vio confirmada su intuición: tenía que volverse peronista. Para ese entonces, *Convicción* se había convertido ya en un diario importante en el país. Cada noche, Massera llegaba a la redacción, pedía whisky con salmín picado fino y vigilaba cómo el periodismo trabajaba para él. Daba una sola orden: Hagan mierda a Martínez de Hoz, hagan mierda al liberalismo, sin saber muy bien de qué hablaba.

Y sin embargo, lo más sorprendente del ideario de Massera eran sus últimas declaraciones sobre los derechos humanos. Para quien no lo conociera, el Almirante podía pasar como un hombre, si no de izquierda, por lo menos sumamente progresista. Ya en 1977, ante las preguntas de Cyrus Vance, Massera se había presentado como una pobre víctima de Videla, que era el único culpable de la existencia de desaparecidos. El Ejército es el genocida, dijo. Si por la Marina fuera, agregó, hace tiempo se conocerían las listas de muertos. Nadie le creyó. Se suponía que todo era una nueva mentira del Almirante para salir del paso enlodando, todavía más, a Videla.

Pero con el tiempo esa postura se afianzó, como si, a fuerza de mentir, el Almirante empezara a convencerse de sus mentiras. Desde que se instaló el Centro Piloto de París, Massera empezó a recorrer el mundo postulando ya sin necesidad de que nadie se lo preguntara, que quería dar a conocer la lista de muertos “para cerrar las heridas de la guerra sucia”. Hizo circular, incluso, algunas listas falsas. Al mismo tiempo, comenzó a plantear acercamientos con los militantes peronistas en el exilio. Con algunos se reunió en calidad de miembro de la Junta y sólo para mostrarse como “aperturista” y para informar sobre la suerte de los compañeros presos. Pero con otros, como Firmenich, planteó alianzas secretas y, empezó a reunirse frecuentemente gracias a la mediación de Licio Gelli. Sus nuevos asesores políticos quizá ignoraran la existencia del grupo de presos de la ESMA a los que el Almirante quería integrar a su partido y que eran, en su totalidad, ex dirigentes montoneros. Pero pronto se les hizo claro que Massera, aunque no iba a dar nunca información sobre sus crímenes, sí pretendía acercarse, cada vez más, a sus enemigos.

Por ese entonces, Elena Holmberg decidió contraatacar. En una de las recepciones ofrecidas a Massera en la embajada argentina en París, la Holmberg se acercó a Lily y le elogió un diamante enorme que ella llevaba en la solapa. Lily se ruborizó: ¡una señora tan fina, tan de la aristocracia, la elogiaba...!

-¿Ah, vio? -le dijo en voz alta para que todos los marinos la escucharan- Me lo regaló mi marido ayer, para el aniversario de casada.

-¿Ah sí? -preguntó Elena-. Y dígame señora, ¿a su marido quién se lo regaló? ¿Firmenich?

Se hizo un silencio ensordecedor como una bomba.

-¿Cómo dice, señorita? - dijo Lily todavía sonriendo, sin comprender.

-Pregunto -aclaró Elena con voz amenazante- si también a este diamante se lo regaló Firmenich...

Y se retiró de la recepción dando un portazo. Un mes después ya en Buenos Aires, Elena Holmberg se presentaba a Videla y denunciaba que Massera había mantenido varios encuentros con el dirigente montonero en el exilio y, que Massera había dado un millón de dólares a los Montoneros. Con la satisfacción del deber cumplido, la Holmberg salió caminando de la Casa de Gobierno y se tomó un taxi a su casa. La esperaba un auto de la Marina en la puerta. La secuestraron y, apareció muerta días después, en un zanjón, con signos brutales de tortura.

EL PRIMER TESTIMONIO

De mi mayor consideración:

El que suscribe, Horacio Domingo Maggio, argentino, con Documento Nacional de identidad n° 6.308.559, ex Delegado General, miembro de la Comisión Gremial interna del Banco provincial de Santa Fe, Casa Central, se dirige a Ud.(s) en la condición de militante del Movimiento Peronista Montonero, a los efectos de presentarles el relato de la amarga experiencia que tuve en calidad de secuestrado por la Marina y de la cual conseguí fugarme el 17 de marzo del corriente año a partir de una oportunidad que se presenta en el momento en que presumiblemente me llevan a otra dependencia para interrogarme.

Esta denuncia está fundamentada por la obligación moral de cristiano y por el compromiso y el amor que tengo y siento por mi pueblo, y no hace más que confirmar algunos de los hechos que venimos sufriendo desde el 24 de marzo de 1976.

Fui secuestrado el 15 de febrero de 1977 en la Capital Federal, en oportunidad que transitaba por la calle Rivadavia, a una cuadra de Plaza Flores. El grupo que procede al mismo, todos de civil, se identifica como Fuerzas Conjuntas. Además está decir que me llevan por la fuerza y a golpes.

De ahí me trasladan a lo que luego supe que era la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Fui sometido a salvajes torturas por espacio de 15 días. En una de esas ocasiones se me produce un paro cardíaco y un "médico" intenta mi recuperación para seguir aplicándome inmediatamente, entre otros métodos, la "picana" o "máquina" y el "submarino" (colocan una bolsa de polietileno en la cabeza que no permite respirar).

Durante el año transcurrido sufrí y presencié los actos más despiadados y salvajes con que esta dictadura sin límites quiere inútilmente someter a nuestro país.

Las condiciones en que desarrollábamos nuestras vidas son dignas de la época anterior a la Asamblea del Año XIII. Las torturas son hechas delante

de otros secuestrados, que si bien no veíamos, escuchábamos los gritos. La mayoría de los secuestrados estábamos acostados las 24 hs. De día sobre un colchón en el piso, separados éstos por tabiques de madera aglomerada que tienen una altura de 50 a 70 cms; otros en celdas de hasta cuatro personas. Cuando teníamos que orinar nos llevaban un balde y nos daban entre dos y tres segundos para hacerlo; obviamente era imposible y en consecuencia mojábamos los colchones; por lo cual nos golpeaban.

A todos nos colocaban desde el primer día grilletes en las piernas, capucha o anteojitos (que no permiten ver) y a otros además se los ataba a una bala de cañón. La comida consistía en un vaso de mate cocido por la mañana y un pedazo de pan y un trozo de carne (casi cruda) al mediodía y a la noche. El lugar está poblado de ratas, a tal punto que muchas veces las sentíamos caminar por nuestro cuerpo. En estas condiciones la sarna estaba a la orden del día.

La metodología que aplicaban y aplican para deshacerse de los cadáveres de los secuestrados -según lo comenta un oficial que se hace llamar "Chispa" a uno de los secuestrados- fue cambiando con el tiempo.

En bs comienzos colocaban en un auto a una cantidad de personas (6 o 7), los acribillaban a balazos y luego incendiaban el auto. Luego adoptaron el ahorcamiento en la misma Escuela, para luego tirarlos al mar. En la actualidad se les coloca una inyección (somnífero), se los envuelve en una lona y se los tira al mar. Estos dos últimos procedimientos se llevan a cabo en helicópteros. Esta tarea es efectuada por un médico, oriundo de Córdoba, que se hace llamar "Tony" y por otro al que llaman 'Méngüele'.

Esta información coincidía con dos hechos que varios de nosotros habíamos percatado. El primero de ellos es que un día de traslado vimos (nos levantamos la capucha a riesgo de que nos golpearan, pero la curiosidad era mayor), cómo a un joven lo sacaban de su colchón en estado semiconsciente y era colocado sobre una lona. 0 segundo hecho es que en los días que se realizaban los "traslados" (que generalmente eran los miércoles por la tarde), se escuchaba en reiteradas oportunidades el ruido del helicóptero.

Cabe destacar que este grupo, en forma permanente, coacciona física y psíquicamente a todos los secuestrados y a sus familiares. Estas amenazas sobre familiares en mi caso son verificables, donde el día posterior a mi

fuga se apersonan miembros de este grupo y les dicen a mis padres que si yo hacía algún tipo de declaración, ellos (mis padres) como los otros compañeros secuestrados corrían peligro. (...)

Cuento con pruebas concretas de mi estadía en el Casino de Oficiales de la ESMA, convertido en uno de los peores campos de tortura y concentración de la dictadura militar.

Sé que con esta denuncia pongo en peligro la vida de mi mujer e hijos, la de mis padres y hermana, suegros y otros, como así también las de las personas que aún se encuentran en el mencionado edificio y que son alrededor de 150 a 200. Es por ello que si algo le sucediere a los míos (secuestro o muerte) y/o a las personas que allí se encuentran, responsabilizo a la Junta Militar y directamente a los cuadros de la Armada que actúan en la ESMA.

En la seguridad de que estos "señores", autores materiales de asesinatos y torturas tendrán que rendir cuentas de sus actos ante el pueblo y ante Dios, y esperando que mi testimonio sirva a tal fin, Además de esclarecer uno de los episodios más oscuros y siniestros de la Historia Argentina, póngome a su disposición para todo aquello que Uds. consideren necesario. Atentamente

Horacio Domingo Maggio.

PD1: Una carta del mismo tenor fue enviada a S.E. Embajador de Francia; al Consejero de Prensa de la Embajada de Francia; S. E. Sr. Embajador de los Estados Unidos, Raúl Castro; S.E. Monseñor Raúl Primatesta; S.E. Monseñor Vicente Zaspé; S.E. Monseñor Juan Carlos Aramburu; a la Conferencia Episcopal Argentina; Amnesty International; al Secretario General de las Naciones Unidas; al Director de la Agencia France Presse; al Periodista Richard Boudreaux de Associated Press; a las Agencias Nacionales y extranjeras; Sindicatos y Comisiones Internas; periodistas, empresarios, políticos, a la Junta Militar, etc.

PD2: Adjunto planos del Edificio del Casino de Oficiales. Consigno además el número de teléfono del campo de concentración: 701-44 18.

[NOTA: Seis meses después de publicada esta denuncia, que se completa con una lista de veintitrés represores y otros tantos desaparecidos, Horacio Maggio fue recapturado por el Grupo de Operaciones de la ESMA. Su

cadáver, mutilado y con huellas de horribles torturas, fue exhibido ante varios prisioneros.]

LA MARINA Y MALVINAS

...sería simplificar demasiado ver en ese entusiasmo guerrero un reflejo de la ambición de la Marina, que buscaba reconquistar en la acción la perdida paridad con el Ejército, pero no hay duda de que fue esta arma la promotora de la proyectada guerra con Chile. (...) Ahora era de nuevo la Marina la que, anticipando quizás una expansión de su influjo político como consecuencia del exitoso desafío que se preparaba a lanzar contra la Royal Navy, impulsaba el proyecto que iba a encontrar en el general Galtieri un partidario entusiasta.

Es sabido que la empresa terminó en una catástrofe militar, agravada en sus consecuencias por su éxito inicial como instrumento de un régimen ya en serias dificultades, que la utilizó para una reconciliación pública con todos los dirigentes políticos dispuestos a ella, en medio de un entusiasmo popular que sobrepasó las más exaltadas esperanzas de los promotores de la iniciativa. Pero eso mismo hizo de la derrota la prueba final del fracaso de la gestión militar, que acababa de revelarse clamorosamente inepta aun en su campo específico de acción.

Tulio Halperín Donghi, La larga agonía de la Argentina peronista.

Capítulo II

DEL “CLUB ATLÉTICO” A LA ESMA

Mi nombre es Hilda Haydée Orazi, nacida el día 21 de julio de 1939, en la ciudad de Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires, República Argentina, hija de Nazareno Orazi e Isidora González, Documento Nacional de Identidad N° 2.765.935.

Soy licenciada en Sociología, profesión que ejercí como jefa del departamento de Estudios Sociales de la Municipalidad de Mar del Plata y como delegada interventora de la Facultad de Ciencias Turísticas de la misma ciudad, durante el gobierno de Héctor J. Cámpora.

El día 29 de abril de 1977 fui secuestrada en el barrio de Devoto de Capital Federal, a las 22 hs. aproximadamente, por una comisión de la Policía Federal.

Introducida por la fuerza en el coche patrullero, fui conducida a la comisaría que corresponde a dicha jurisdicción, creo que la N° 45. En dicha comisaría fui golpeada hasta que perdí la conciencia y posteriormente trasladada a dependencias pertenecientes a Superintendencia de Seguridad Federal, llamadas "CHUPADERO DEL CLUB ATLÉTICO", cosa de la cual me enteré posteriormente.

Fui bajada del coche en el cual me traían e introducida a puntapiés en el sótano. Allí me despojaron de mis ropas y fui acostada sobre una cama a la que le faltaba el colchón y atada de pies y manos, luego comenzaron a colocarme electricidad por medio de lo que ellos denominaban “picana” o “máquina”, al cabo de un tiempo que no puedo determinar con precisión y ante mi negativa a suministrarles los datos que me pedían, comenzaron a utilizar dos "picanas", tortura a la que llamaban "la doble".

Al cabo de dos días durante los cuales ni siquiera me desataron por un momento, como consecuencia de la tortura comencé a tener pérdidas de

sangre por la vagina, no sentía ni los pies ni las manos y las tenía hinchadas, moradas, como producto de la falta de circulación producida por las ataduras. (...)

...fui conducida nuevamente a la sala de torturas y todo comenzó nuevamente, esta nueva sesión duró dos días más, cosa que comentaban ellos, ya que yo perdí totalmente mis controles fisiológicos, caí en una especie de aletargamiento con períodos de completa inconsciencia.

No puedo precisar cuánto tiempo duró la tortura pero desperté, a la semana de haber sido secuestrada, en una sala que era usada como enfermería y estaban suministrándome suero. Me encontraba atada con cadenas en los pies y en las manos, me dicen que me están aplicando el suero para que me recupere y que luego proseguirían las torturas, y efectivamente, después de una cierta recuperación psicofísica me comienzan a torturar nuevamente pero ahora combinando la tortura física con la psíquica, tratando, evidentemente, de producirme un desequilibrio en ambos planos. Me torturan de día y no me dejan dormir por la noche para lo cual me leen libros y revistas de contenido fascista durante horas.

Me golpean de un modo rítmico y siempre en el mismo lugar con un palo de goma hasta que no siento más esa zona del cuerpo. Después de esto me dan nuevamente "picana" pero esta vez poniéndome querosene en las fosas nasales lo que produce una sensación de ahogo desesperante.

Ante mi negativa a colaborar soy colgada de las vigas del techo y picaneada y golpeada en esta posición. Este tratamiento prosigue aparentemente durante una semana más, no lo puedo precisar porque yo ya había perdido totalmente la noción del tiempo.

A los quince días apropiadamente desde mi secuestro me viene a ver alguien del Ejército, el trato cambia y me interroga mucho sobre mi condición de intelectual, de profesora universitaria, etc.

Luego soy alojada en una celda donde me encuentro sola, durante ese tiempo mi mayor tortura es el escuchar los gritos de los que están siendo torturados y eso no me deja dormir. Una noche soy sacada de mi celda y llevada a una salita donde un grupo de torturadores me dice que el objetivo de ellos es 'quebrarme como sea' (...) Me aplican una inyección, y ante mi negativa a 'cantar', recomienzan los golpes, me quiebran varias costillas y

el tabique nasal así como el labio superior, huellas éstas que aún son visibles. Esto va unido a la amenaza de torturar a mi hija de 5 años en mi presencia, ya que me dicen que se encuentra en su poder y si es necesario me introducirán ratas en la vagina y agujas debajo de las uñas porque, según ellos, conocen métodos variados y sofisticados ya que “fueron entrenados en Argelia para quebrar militantes populares”.

A partir de esta fecha no me torturan más, y sólo salí de mi celda para conversar con una persona que a juzgar por su lenguaje y conocimiento debía ser psicólogo, no me interroga y se limita a indagar sobre las motivaciones de mi posición política, mi orientación filosófica, si soy católica, etc.

Aproximadamente para fines del mes de mayo o principios de junio me comunican que voy a ser trasladada.

Pensé que me matarían puesto que yo no había colaborado con ellos y no les había dado ningún dato de los que me pedían, además en ningún momento fingí estar ‘quebrada”, muy por el contrario siempre defendí permanentemente mi compromiso con la causa de la liberación de mi patria y mi condición de militante popular. Así las cosas, lo lógico era que esto me llevara a la muerte.

Pero contra todas mis presunciones al llegar a mi nuevo destino me trataron muy amablemente y me hicieron pasar a una salita donde me sacaron la “capucha” (ya que todo el tiempo permanecí encapuchada) y estaban el mismo coronel de Ejército al que denominaban RR (Siglas que después me enteré corresponden al nombre legal Roberto Rualdés), dos integrantes de ese grupo que decía haberse preparado en Argelia, uno más a quien llamaban “Alemán”, y varias personas a las que yo consideraba muertas, entre ellas la Dra. Liliana Carazzo de Kuriat y la abogada Marisa Murgier (esta última amiga personal mía). El objetivo de esta presentación era lograr un impacto psicológico que me descolocara y de esta forma debilitar mis defensas.

Me di cuenta que comenzaba ese nuevo método del cual me habían hablado. (...) El coronel Rualdés se retiró, recomendando que se me tratara bien y que volvería para controlar como me encontraba con periodicidad. Me llevaron luego a un lugar llamado “Capucha”, una de las dependencias de lo que, después me entero, es la Escuela de Mecánica de la Armada. En

este lugar me dejaron descansar unos días y luego comenzaron a charlar (ya que no era específicamente un interrogatorio) sobre diversos temas sociopolíticos y a tratar de convencerme de lo incorrecto de mis convicciones. Decían que yo debía “recuperarme” para aportara la sociedad y que ellos me suministrarían todos los elementos para hacer un estudio de la realidad social del país. A todo esto yo me negaba sistemáticamente. (...)

Mientras tanto el coronel de Ejército venía periódicamente e insistía en que tenía que recuperarme para ser útil a la sociedad. (...)

Tfryssen – Massera

A mediados de la década del setenta la industria alemana, en especial la industria metalúrgica de la cuenca del río Ruhr, atravesaba un momento de crisis aguda. Entre las empresas más destacadas de este grupo se contaba la famosa firma Thyssen Norewerkee GmB, especializada en la producción de armamentos. Se trata de uno de esos emporios que lucran con las guerras y las dictaduras y, por supuesto, las fomentan. Aunque muy antigua, la Thyssen nunca creció tanto como durante el nazismo, gracias a la política expansionista de Hitler y al armamento necesario para consumir el holocausto. Hacia 1976, para paliar la nueva crisis, la Thyssen decide encarar una política muy agresiva de conquista de nuevos mercados.

Aquel mismo año, en Argentina, la Junta Militar argentina analiza la compra de armamentos, con esos mismos objetivos que había tenido Hitler. Luego de arduas disputas internas, la Junta decide que cada arma realizará negocios por su lado. Massera es el último responsable de los negocios de la Armada, y el almirante Arduino su asesor legal.

En la Argentina, la Thyssen estaba representada por la firma Pittsburgh, cuyas una de cuyas cabezas eran Carlos Junger, Mauricio Schoklender y Carlos Kaufmann. Pittsburgh había nacido como una empresa vinculada a industria metalúrgica; pero ya para aquella época era un pool de más de quince empresas vinculadas con distintas ramas de la industria y el comercio. La Thyssen era dueña, por lo demás, del cincuenta por ciento del capital de la Pittsburgh.

Cuando la Armada sale a comprar armamentos, en 1976, la Thyssen tiene, como único y poderosísimo competidor, a las empresas inglesas. Comienzan las negociaciones de Massera con uno y otro oferente. Al cabo de un largo y complicado regateo, Massera se decide por la Thyssen, porque ésta le ofrece una "comisión", por supuesto secreta, equivalente al diez por ciento del monto total de cada compra.

Alberto Amato describe con toda claridad los primeros negocios: "En tiempos del almirante Massera, la Marina comprometió cerca de 3 mil millones de dólares con grandes proveedores de Alemania para construir submarinos y fragatas. Con los astilleros Blohm und yoss [pertenecientes al

grupo Thyssen] hubo un primer contrato para cuatro fragatas de uso múltiple del tipo "Meko 360", por seis corbetas y por un submarino terminado y componentes para varios submarinos más. Con el grupo Thyssen Norewerkee GmbH también se suscribió un contrato para la construcción de submarinos en el astillero Ministro Manuel Domecq García". La coima que habría pactado Massera con la Thyssen por este negocio sería, por lo tanto, de unos trescientos millones de dólares.

Pero hubo muchos otros negocios. Durante 1977, las relaciones de Massera con la Pittsburgh van volviéndose cada vez más estrechas. A través de la Pittsburgh Massera ofrece, a cambio de "comisiones" de similar magnitud, hacer de intermediario ante otros gobiernos a los que la Thyssen puede seguir vendiendo armas. Para establecer tales contactos, Massera pone en juego, no sólo su poder como integrante de la Junta Militar, sino también los vínculos con otros miembros de la Logia P2.

El caso más conocido es el de la venta de armas a Chile. En sus discursos y en sus declaraciones, Massera no dejaba de apoyar una guerra entre Chile y Argentina. Y al mismo tiempo, acompañado por los miembros del directorio de la Pittsburgh, volaba constantemente a Santiago para entrevistarse con los altos mandos de la marina Chilena. Con ésta, la Thyssen cierra un negocio de idénticas características -el mismo tipo de submarino, las mismas fragatas, el mismo precio, la misma coima para Massera-, al que la Thyssen había realizado dos años antes con la Marina Argentina.

Los problemas comienzan hacia 1980, cuando la Pittsburgh comienza a atrasarse en los pagos de las coimas a Massera. Según Claudio Uriarte, a principios de 1981, Massera habría dado un ultimátum a la Pittsburgh para que se le pague una suma convenida. Schoklender habría accedido, pero no en los términos que exigía el Almirante." Massera", relata Uriarte, "habría exigido cobrar su dinero en dólares, pero Schoklender sólo se habría mostrado dispuesto a pagar la suma en pesos argentinos, que en 1981 sufrieron una fuerte devaluación". Massera, para ese entonces, habría comenzado a sospechar que la Pittsburgh, o alguno de sus integrantes, quería quedarse con gran parte del dinero que la Thyssen ha prometido darle como coima.

¿Por qué la Pittsburgh y/o la Thyssen comenzaron a atrasarse en los pagos? Además de la voluntad de la Pittsburgh de "quedarse con un vuelto", como

dicen Scilingo y su informante el fiscal Hermelo, podemos conjeturar algunas otras razones. En primer lugar, recordemos que 1981 es el año en que Massera comienza a caer en desgracia. Aunque sigue conservando intacto su poder dentro de la Armada, por primera vez empieza a flaquear ante el embate de las otras desarmas. La Fuerza Aérea, por ejemplo, fue el aval decisivo del juicio que se entabla a Massera por el asesinato de Fernando Branca que acabó con su carrera política. El apoyo intelectual y material de la Fuerza Aérea fue la base más sólida del desempeño de los dos jueces del caso: Pedro Narváiz y Oscar Salvi.

Por otro lado, la Fuerza Aérea había pasado a ser, ya con la segunda junta militar (que Massera no integró), la encargada de la compra de armamentos al extranjero y estaba nuevamente en negociaciones con la Thyssen. En este marco, es muy probable que la Thyssen o la Pittsburgh hayan decidido postergar sus compromisos con Massera para no lesionar las nascentes relaciones comerciales con Alemania, subestimando, seguramente, la peligrosidad que todavía tenía el Almirante Cero. Finalmente, la Fuerza Aérea cerró tratos, no con Alemania, sino con Israel.

Después de un larguísimo juicio, los hijos de Mauricio Schoklender fueron condenados a prisión perpetua. El expediente, como todos saben, se quemó. Fue en un incendio, seguramente intencional, ocurrido el mismo día del asalto a La Tablada. Curiosamente, Guglielminetti estuvo alojado en esa época en esa alcaldía y cuentan algunos que fue el encargado de llamar a los bomberos cuando el fuego había arrasado con todo. Durante el proceso a los hermanos Schoklender, ni la Pittsburgh ni la Thyssen aportaron pruebas contra Massera. Las hipótesis que manejamos explican fácilmente este silencio. La Thyssen no habría querido ayudar a nadie vinculado a la empresa Pittsburgh, con la que rompió relaciones a causa, precisamente, de una suma destinada a Massera que éste nunca recibió. Pero sobre todo, ni la Thyssen ni la Pittsburgh habrían querido involucrarse en el "caso Schoklender" ni revelar su complicidad con el tráfico ilegal de armas y el genocidio argentino.

En 1984, una de las primeras medidas de Alfonsín fue ratificar los contratos que la Armada había contraído con la Thyssen, comprometiéndose así a pagar todo lo que la marina sanguinaria de Massera había quedado debiéndole. Se dice que tal actitud de Alfonsín obedeció a la necesidad de conquistar el apoyo de la socialdemocracia alemana para su gestión. En 1985, durante el juicio que el mismo presidente radical inició a las Juntas

Militares, el tema de la complicidad de las grandes multinacionales con el genocidio ni siquiera se mencionó.

Massera se despidió de la Armada con un acto en la Base Naval de Puerto Belgrano, en agosto de 1978. Fue un discurso duro, en el que Lezama se había esmerado particularmente. Era una despedida del gobierno, pero era también el primer acto de su campaña política. Massera imaginaba que aquellos que allí lo escuchaban por obligación serían los primeros afiliados de su futuro partido. Desde el mar venía un viento helado. Cuando terminó el discurso y los marinos rompieron filas, ninguno se acercó a comentarle nada. Ni un aplauso, ni una sonrisa siquiera. Corrieron apuradísimos a tomarse su chocolate.

Massera estaba tan ansioso que se encerró en su suite de un hotel de Punta Alta y prendió la televisión. Se enfureció cuando vio que el Canal 13 daba más importancia al retiro de Videla. Llamó a la conserjería y pidió whisky y salamín en daditos. Mientras se emborrachaba, Massera protestaba contra lo que veía. Mónica Mihanovich le hacía un largo reportaje a la mujer de Videla, que era aún más estúpida que el marido. La mujer dijo que envidiaba al Almirante Massera, que podía dedicarse a descansar mientras que Jorge, pobre Jorge... ¡otra vez a desangrarse en la presidencia de la Nación...! Massera hizo un corte de manga. Llamó por teléfono a su hijo Eduardo, a Buenos Aires. Mañana mismo, a primera hora, pondrían en marcha su retomo al poder.

Massera instaló su nuevo despacho en un edificio de la calle Cerrito, en pleno centro de Buenos Aires. Cada día, Massera llegaba allí muy temprano, leía los titulares de *La Nación*, revisaba los partes diarios de la ESMA y daba órdenes sobre el rumbo que debía tomar la Armada. Estas órdenes se las daba al Almirante Lambruschini, su sucesor en el cargo de Comandante en Jefe de la fuerza. Lambruschini era un hombre demasiado quebrado como para manejar a esa tropa de bestias enfurecidas. Sin embargo, alguna vez, Lambruschini se quejó: pero ves, Negro, me estás pasando por arriba. Y Massera simplemente dijo: no seas pelotudo, che, ¿no ves que te estoy ayudando?

A media mañana, el ex almirante empezaba a recibir políticos, intelectuales, gente de la civilidad. Las entrevistas terminaban tarde y, en general Massera no prometía ni decidía nada. Esperaba la noche para consultar a Lezama o algún otro asesor. Lezama esbozaba algunos consejos pero Massera, como de costumbre, no lo escuchaba. Estaba fascinado por "el poder de convocatoria" que él mismo ejercía sobre la gente. Lezama lo escuchaba y, a diferencia de Massera, no sonreía nunca. Era un hombre lo suficientemente inteligente como para ver que "ese poder de convocatoria" de Massera se debía a que era la única persona en todo el país que estaba autorizada a trabajar en política y a ejercer alguna oposición. Lezama comprendería en fin, que esa convocatoria de Massera no tenía ningún futuro.

Cuando se iba Lezama ya avanzada la noche, Massera llamaba a Videla por teléfono. Lo atormentaba como antes, lo criticaba salvajemente, lo amenazaba, se reía de él. Tomaba su agenda y le leía la lista de personalidades que habían estado hoy con él en su despacho. "Todos estos me apoyan", decía. Videla, al otro lado del teléfono hacía silencio, pero era obvio que ya no le tenía tanto miedo.

Al fin y al cabo, Videla tenía el apoyo de Estados Unidos, de los grandes trusts económicos. Mientras que el ex almirante era, a juicio del Ejército, un petiso resentido con manías de grandeza que había atraído a un montón de rejuntados, seducidos por el poder. El poder y la impunidad de Massera habían también convocado a ciudadanos desesperados: familiares de desaparecidos lo suficiente-mente ingenuos como para creer que las promesas del Almirante les devolverían a sus hijos.

Desde antes de su retiro, Massera había empezado a hacer frecuentes viajes de negocios. Eran negocios sumamente turbios, como dijimos, facilitados por la Logia P2. Pero ya a fines de 1978 Massera pretendió usar tales viajes para conseguir apoyo político de los más altos niveles del poder mundial. Un análisis de sus asesores le indicó que debía acercarse a Europa, en especial a la socialdemocracia. Por vía confidencial, comunicó a la Embajada de Francia que estaba dispuesto a revelar la suerte corrida por las monjas francesas y otros desaparecidos de esa nacionalidad, pero sólo si lo recibía el Presidente de la República Francesa. Giscard D'Estaing lo recibió en secreto, con impaciencia y sin un solo gesto de amabilidad, como quien se enfrenta a un extorsionador.

Massera estaba tan exaltado que no percibió el asco que Giscard sentía por la imperturbable sonrisa del ex dictador sudamericano. Massera empezó la entrevista mintiendo: dijo, sin perder la sonrisa, que las monjas habían sido fusiladas por el Ejército. Después sacó una lista de desaparecidos de su portafolio y dibujó un asterisco junto a los nombres de aquellos que, según él, había fusilado Videla. Después dibujó un cero junto a los nombres de los que estaban probablemente muertos, pero se negó a dar más datos. Giscard le arrancó la lista de las manos y decidió dar por terminada la reunión. Massera intentó quedarse para hablar de su flamante movimiento político.... Giscard no lo podía creer: "pero usted es un cerdo..." Al salir de la casa de Giscard, Massera sonrió ante sus allegados diciendo que la reunión había sido muy satisfactoria: quería tratar con un presidente y lo había logrado.

Mientras tanto, sus emisarios recorrían el país tratando de conseguir adeptos para aquel Movimiento para el Desarrollo Democrático. El movimiento, que se presentaba como "apartidario" y tenía como fin sentar las bases para un Partido para la democracia social. El partido llevaría a Massera a la presidencia, con elecciones o sin ellas. Los emisarios no consiguieron gran cosa: algunos "militantes" en La Plata, otros pocos en ciudades del

interior. Algunos habían pertenecido al peronismo del ultraderecha, o a las ramas “antividelistas” de las Fuerzas Armadas. Otros eran, como él, gente sin ideología, arribistas seducidos por las promesas de lucro que el Almirante podía hacer sin gastar un centavo de su bolsillo. Cumpliendo con sus promesas, Licio Gelli había puesto miles de dólares para secundar al Nuevo Perón.

Al estilo de los viejos políticos, la militancia de los masseristas se limitó a organizar cientos de asados por todo el interior del país. Al final de cada asado, Massera tomaba la palabra y se la pasaba hablando de la necesidad de volver a la democracia. Pero si alguien le preguntaba qué iba a hacer él para obligar al gobierno a permitir la actividad política y a convocar a elecciones, Massera preguntaba: ¿por qué tanto apuro? Por supuesto, no le interesaba en lo más mínimo que surgieran otros partidos y otros políticos. Y no estaba dispuesto a hacer ningún planteo al gobierno hasta que su Partido no contara con el apoyo de todo el pueblo argentino.

El resto de sus afirmaciones, aun en los pocos momentos en que estaba sobrio, eran igualmente disparatadas. Cada vez atacaba más y más duro al gobierno de Videla y, cuando éste concluyó con su segundo mandato, al de los generales Viola y Galtieri. Tan duramente, que algunos viejos almirantes lo acusaron de marxista. Pero no había la menor coherencia en sus críticas ni en sus propuestas. Un día proclamaba la necesidad de justicia social, pero cuando se le acercaba un pobre le decía: hay que resignarse, unos nacemos para ser ricos, otros nacen para sufrir.

A veces los periodistas le preguntaban a Videla o Viola o a Martínez de Hoz sobre alguno de los ataques de ese “único político argentino”. En vez de enojarse o preocuparse como antes, se sonreían. Massera había pasado, en poco tiempo, a ser una caricatura de sí mismo. Y además, secretamente, se la tenían jurada. Una mañana, mientras Massera se afeitaba en el baño de sus oficinas, una ráfaga de ametralladora disparada desde un edificio vecino pulverizó los vidrios de todas sus ventanas. El ex almirante se salvó por milagro.

Poco tiempo después, el gobierno prohibió la circulación de la revistita que propagandizaba las actividades del ex almirante. El escándalo obligó a levantar la prohibición y Massera se recuperó del nuevo golpe con mayores bríos y más fama. Pero, como si la suerte estuviera de parte de sus enemigos, no pudo esquivar un golpe sorpresivo: la Logia P2 había sido descubierta y él había quedado sin apoyo internacional. Durante los meses siguientes, sus fotos en los diarios no muestran una sola sonrisa. Por primera vez algo lo preocupaba realmente. Y entonces recurrió a una salda patética

Isabel Perón había sido liberada, por presión de Massera, algunos años atrás. Ahora vivía nuevamente en Madrid, rodeada de perritos y de hombres de la ultraderecha española. Cuando recibió el llamado del Almirante Massera, quien le dijo que estaba solo en el aeropuerto de Barajas y que quería hacerle una proposición, Isabel accedió de inmediato, exaltada por la idea de romper la rutina. Isabelita recordaba que al Almirante le encantaba hacerse esperar. Sin embargo, hoy llegó media hora antes.

También Massera encontró muy cambiada a Isabelita: se le había pegado el acento español y, como conservaba la extrema coquetería, parecía una versión raquíica de Sara Montiel. El Almirante se arrellanó en su sillón y tardó mucho en ir al grano. Pidió un whisky con salami e Isabelita, para dar idea de opulencia, mandó traer dos ristas de fiambre del Museo del Jamón, un negocio que visitaba casi diariamente en La Gran Vía. Entonces, de golpe, mientras hacía girar el whisky en su vaso, el ex almirante le propuso fuese su acompañante en una fórmula presidencial. Isabelita no tuvo valor para rechazar al Almirante, pero pretextó una indisposición y le pidió que la dejara sola. Isabel dijo que al otro día partía para Portugal a hacer una promesa a la Virgencita de Fátima que es tan buena y entiende tanto de política. Y ya que estaba, aprovecharía para preguntarle a la Virgencita qué le parecía el ofrecimiento de Massera. En cuanto la Virgen le contestara como le había contestado a los tres pastores, dijo, ella misma lo llamaría por teléfono.

El ex almirante subió a su avión contentísimo con el rechazo de Isabel: pensaba que era una forma de hacerse rogar. El futuro parecía tenderse, sin perturbaciones, a sus pies. Ni se imaginaba lo que estaba por suceder. En el aeropuerto de Río de Janeiro le anunciaron que tan pronto pisara suelo argentino quedaría detenido. Y que así terminarían sus aspiraciones políticas.

ATRACCIÓN FATAL

Calavereadas geriátricas.

Caso Branca.

El juicio por el caso Branca.



Libro VI

Capítulo I

PASIÓN HOMICIDA

Informe bajo llave es el título de la última novela de Marta Lynch. Apareció en 1984, y narra la historia de la turbulenta relación entre “Vargas”, un alto jefe militar, y una mujer que acude un día a su despacho a reclamar por la suerte de un amigo desaparecido. El propio hijo de Lynch admitió, recientemente, que las novelas de su madre eran “autobiográficas y catárticas”. Eso confirmaría la sospecha-sustentada en muchos otros indicios- de que “Vargas” no es otro que el almirante Massera, y que el motor de toda la novela es la intención de Lynch de retratar al genocida en la grotesca brutalidad de su vida íntima. Por cuestiones de espacio, ofrecemos al lector sólo tres fragmentos de la novela.

Soy incapaz de transcribir exactamente algo que me ahoga hasta el extremo de imaginarme en el fondo de un ancho río caudaloso. Ahogándome, voy a morir, (pág. 84)

-Nunca he sido más leal con nadie -dice Vargas con su inequívoca Irritación-. Yo soy de ese modo y sé que mis relaciones son malas. Se lo advertí. No soy querible, no sirvo para un sentimiento fiel ni para sostenerme en él. Es anormal, lo sé, pero se lo he advertido, (pág 188)

Ahora me detengo: lector, doctor, todo se me confunde porque éstas no son memorias fáciles de escribir. (...) Y ahora es cierto que no hago otra cosa que dibujar con una plumilla visible en el microscopio las alternativas de una pasión homicida. Estoy convencida de que Vargas es un homicida. Sólo que la sociedad y las estructuras del orden se moldearon siempre a sus impulsos. En cierta medida él desollaba a sus

víctimas, pero habla tenido cuidado en elegir las: la prueba es que ruidosamente me denunciaba como vulnerable, (pág 265)

ARCHIVO SECRETO

Conste por el presente que RICARDO ALBERTO GUADAGNOLI, argentino, mayor de edad, soltero, de profesión empleado metalúrgico y con domicilio en este país en Rosario (...) declara que siempre le ha gustado el fútbol y aproximadamente cuando empezó el mundial en España, y ante el Club Gimnasia y Esgrima de Rosario, comenzó junto con compañeros a formar el equipo denominado de papi fútbol. Eran aproximadamente ocho compañeros que se conocían de antes. Cuando les faltaron personas para completar el equipo, una persona joven que practicaba natación se ofreció para integrar el equipo. Esta persona resultó ser Hugo Carraca, cuya familia vivía en Bahía Blanca y que manifestó ser militar pero solicitó que eso no constara en la ficha y además que prestaba servicios en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).

A esa repartición fue el deponente a buscarlo dos veces y allí lo encontraron.

Una de las veces que fue a la ESMA fue con el Gordo Ramírez y otra vez con un joven que ya no vive en la Argentina sino en Estados Unidos. Que además como manifestó que siempre viajaba les dejó un domicilio situado en Bv. Oroño antes de llegar a San Juan y, una vez, lo fue a buscar y resultó ser allí una dependencia del servicio de inteligencia del batallón 121 sito en Ayacucho al 4700 aproximadamente, todos de la ciudad de Rosario, donde lo atendió un sargento López y resultó ser la repartición automotores del batallón 121 y ese sargento López le explicó que Ciarroca era muy difícil de encontrar y que le extrañaba que hubiera dado ese lugar y al explicarle que eran jugadores de fútbol les receptó el mensaje pero les dijo que no fueran ahí porque ahí no lo iban a encontrar. De allí que cuando después de ausencias más o menos prolongadas reaparecía le habían puesto el mote de 'Zorro de los pantanos' porque siempre desaparecía.

Que el último partido que jugaron lo hicieron contra Rosario Central después de las elecciones de octubre de 1983 y Ciarroca delante del Gordo Ramírez y del joven González le entregó un paquete que era un sobre de papel madera tamaño oficio aproximadamente, y lacrado en las dos puntas con el argumento de que se lo guardara porque eran lotos de mujeres y no quería tener problemas con la esposa. Que el paquete lo puso dentro del

cofre del club que se abría únicamente con la llave que tenía en su poder ya que era Guadagnoli, el deponente, capitán del equipo de fútbol

Que pocos días antes del carnaval de 1984 un amigo que vive en Curitiba, Brasil, le manda un telegrama diciendo que en la Constructora Ferro con sede en Curitiba tenía trabajo asegurado motivo por el cual se trasladó a ese lugar y antes de viajar sacó todo lo que tenía en el cofre del club, Incluido el paquete y lo puso en un galpón que hay en los fondos de la casa de su padreen Rosario. (...)

Que desde allí se comunicó con su Sra. Madre Josefina Molina de Guadagnoli al teléfono de Rosario (...) y en tal conversación su madre le dijo: que había recibido dos "visitas; la primera del capitán Ciarroca que le había manifestado que lo necesitaba a su hijo porque si él me quiere perjudicar yo lo voy a perjudicar primero; y la segunda visita la hizo el Ejército en una camioneta del Ejército de la que descendieron uniformados un capitán que dijo llamarse López y otro Capitán Dauli que le manifestaron a la Sra. de Guadagnoli que Ciarocca andaba con muchos problemas familiares y que por error le habla dado al hijo un paquete con papeles de trabajo en lugar de otros y que era necesario recuperar los mismos casualmente porque eran esenciales para el trabajo. En ese momento entró a la casa Ciarroca y la Sra... De Guadagnoli abrió la puerta de la habitación de su hijo y allí buscaron el paquete conjuntamente con Ciarocca y nada encontraron motivo por el cual Ciarroca le expresó a su Sra. Madre que si el paquete no aparecía el deponente iba a tener problemas. (...) Al hablar nuevamente por teléfono solicitando algunos documentos para la cartera de trabajo, su señora madre le volvió a decir que Ciarocca había ido de nuevo y ya con amenazas de muerte y mostrando un arma le dijo a la Sra. que entre la cabeza de su hijo y la mía va a quedar lamia.

Que alrededor de fines de marzo aproximadamente se trasladó por fin de Brasil a Rosario. Llegó a las tres de la madrugada en tren, tomó un taxi, llegó a su casa, se bañó y cambió de ropa, fue al galpón del fondo, sacó todo lo que tenía en una bolsa, entre ello el paquete y a la hora u hora y media se fue a la casa de otro familiar y abrió el paquete y se encontró con que el mismo contenía más de cuatrocientas fichas donde se consignaban los nombres de criaturas con lugares de nacimiento, guarderías, orfanatos, hospitales y todas con distintos sellos de ejército, marina, aeronáutica de todo el país: Córdoba, Buenos Aires, Rosario, Mendoza, etc. Además las

fichas estaban apretadas o unidas con un papel que decía Servicio Nacional de Informaciones de Brasil.

Contenía además datos concretos del caso DUPONT, personal interviniente, automóviles usados en el operativo que comenzaba con el nombre de SELVA no recordando el resto del operativo. Contenía además dos fotografías (dos ejemplares de cada una) en colores que piensa podría ser de MASSERA CON FIRMENICH y otra donde hay un grupo de mujeres dos de ellas marcadas dentro de un círculo rojo. De la casa de esos familiares se fue a Zárate, portando esa documentación, luego a Paso de Los libres y luego a Brasil.

Las fotos no mienten. El primer día de su retiro, Massera se tiñó el pelo. Ahora lo tenía más negro que en su juventud y pasaba al menos diez minutos de cada mañana para convertirlo en un casco de charol. Después se arregló los dientes y comenzó a lucirlos en una sonrisa de oreja a oreja. Cada mañana, llegaba hasta sus oficinas un empleado de la casa Muñoz. Traía un traje nuevo, que el Almirante había elegido del catálogo y había pedido por teléfono.

Massera se lo probaba y se miraba al espejo. El traje le quedaba horrible: estaba hecho a medida, el corte era excelente, pero no podía ocultar las flaccideces de un cuerpo de sesenta años, derrumbado por los excesos. Además, Massera no tenía criterio, elegía del catálogo por el precio y siempre parecía vestido con ropa para gente más alta, o más joven, o más elegante.

Uno se lo imagina ensayando gestos y ademanes para remediar la depresión: entrando la panza, o sonriendo a lo Juan Carlos Thorry, o levantando los brazos como Perón para agradecer a una multitud inexistente. Massera se enfurecía. No había gesto que remediara su decadencia física. Ni que borrara su aspecto de viejo verde.

A media mañana, un timbrazo lo desconcentraba: era Lily, que se había hecho el hábito de pasar antes de ir de compras por el centro. El Almirante se vaciaba encima alguno de los cientos de perfumes que compraba en los free shops del mundo y abría la puerta como quien dice: Aquí está tu galán. A Lily se le cortaba la respiración. No ponía cara de admiración, como él hubiera querido, sino de espanto. Era obvio, pensaba, que el Almirante no se estaba arreglando para ella.

Mientras había formado parte de la Junta, Massera había tenido todas las noches ocupadas en la ESMA. O al menos eso decía y ella había preferido creerle. Pero ahora que Massera pasaba el día recibiendo gente, pensaba Lily, ¡cuántas mujeres se echarían a sus pies...! Lily entraba restregándose lástranos, conteniéndose por no gritar, empezabas dar-vueltas alrededor del escritorio del Almirante. Miraba cada cosa tratando de encontrarlos rastros de la última amante y muchas veces los encontraba. Entonces se apoyaba en la ventana y comenzaba a gritar: me vas a matar de un disgusto, Negro, me vas a matar... Era la misma ventana que, meses atrás, había hecho añicos una ráfaga de ametralladora. Massera rogaba a Dios que el atentado se repitiera en ese preciso instante. Entonces entraba el hijo Eduardo y veía cómo la madre salía huyendo, los ojos bañados en lágrimas.

“¿Sabés por qué lloraba tu madre?” preguntaba altivamente el ex-comandante.

“Porque así vestido le hacés acordar al muñequito de la torta de casamiento”, contestaba el hijo, que no quería meterse en la vida escandalosa de ese Don Juan a quien se le había pasado, hacía rato, el cuarto de hora.

En el vestíbulo, Lily se cruzaba a menudo con otras mujeres: no las miraba para no amargarse, aunque fueran, como creyó ver cierto día, damas del caletre de Brigidita Frías de López Buchardo, de 90 años mal conservados, que venía a pedir una donación para su conservatorio. En realidad, Lily nunca vio cara a cara a ninguno de los “asuntos” de su esposo, que éste conquistaba sólo a la tardecita, cuando había atendido al último político y sin salir del edificio. Los empleados se iban y la soledad lo despertaba como la luna despierta al vampiro. Entonces prendía el televisor y después de un rato levantaba el auricular del teléfono.

Estos asuntos eran, en general, vedettes o modelos famosas, a quienes acababa de ver por el Canal 13, intervenido por la Marina. El estudio de televisión temblaba cuando el Almirante rugía que quería hablar con ésa del escote rojo que acaba de entrevistar Roberto Maidana. La chica atendía temblando. Massera la convocaba a su oficina con tono levemente amenazante, copiado al actor Nathán Pinzón. Massera la invitaba a engrosar las filas del Partido para la Democracia Social y le decía que no podía negarse, porque ya un chofer iba en camino al Canal. La chica en cuestión apenas si tenía tiempo de arreglarse. Y temblaba todavía cuando el Almirante la hacía sentar ante su escritorio y se sentaba él del otro lado y le ofrecía whisky con salamín, mirándola fijo. Les hablaba acentuando cada palabra con una doble intención que él creía el colmo de la sutileza, porque la copiaba de un galán de su juventud: Floren Delbene. Massera hablaba y hablaba de los destinos de la Nación, hasta que de pronto, así como así, pasaba del otro lado y le preguntaba si no quería ir con él a un lugar más tranquilo, con amigos y copas. Y la chica decía sí sí sí más por zafar de sus abrazos que por congraciarse con él. Al otro día, las revistas de rumores del espectáculo describían las borracheras de Massera, que reía acompañado de correligionarios de su partido y gorilas de la ESMA y de esas mismas chicas un tanto despavoridas ante la ‘Valiente muchachada de la Armada’. El Almirante se dormía antes del amanecer y la chica aprovechaba para salir corriendo. La publicidad de estas infidelidades escandalizaba a Lily, que redoblaba sus ataques de celos. Pero Massera nunca volvía más de dos o tres veces con la misma mujer sólo le importaba aparecer en los diarios fotografiado con Graciela Alfano, para que los hombres lo envidiaran. No fuera cosa que la chica, además, le exigiera una prueba de amor.

No se sabe si la fama de estas calavereadas geriátricas le ganó algún afiliado, como él quería. Pero sí le trajeron problemas con la plana mayor de la Armada. Como buenos ciudadanos norteamericanos, los viejos almirantes podían “hacer la vista gorda” ante el

más horrendo de los crímenes, pero ponían el grito en el cielo ante la mínima falta al pudor y las buenas costumbres. Se dice que elevaron una queja al nuevo Almirante cuando el affaire de Massera con la escritora Marta Lynch empezó a ser la comidilla de todo Buenos Aires. Lynch había acudido a las oficinas de Massera a intermediar por un desaparecido y quedó presa en las garras de una atracción fatal que ni ella misma era capaz de comprender. Ese amor extraño y cenagoso acabó empujándola al suicidio.

La Marina no tomó ninguna medida inmediata. Pero, secretamente, decidió no apoyar a Massera en el caso de que alguno de esos affaires le ocasionara un problema. A Massera nada le importaba: se hundía cada vez más en el alcohol, que además lo ayudaba a olvidar los primeros fracasos políticos. No le importaban, ni siquiera, las mujeres. Era incapaz de amar y quizás de desear. Ser el líder de un partido político lo hacía sentir tan invulnerable como cuando era Almirante, sin imaginar que por una cuestión de ésas, de polleras, empezaría su ruina. Pero para entenderla, tenemos que ir un poco atrás en nuestro relato. A noviembre de 1975.

Capítulo II

RABIA

El apartó de un rabioso tirón el cobertor azul, hizo a un lado las almohadas e intentó lo que su sexo no consentía en hacer. (...) Fueron muchas posiciones, varios intentos fallidos, en la oscuridad cerrada, en el calor absoluto del recinto. Le tomé la mano con firme solidaridad mientras mis labios eran fieles al apremiante rito requerido. Giraban las ventanas, las quejas me raspaban la garganta y su voz me llamaba divina o repetía qué divino o qué bien lo hacés, como un violador profesional o como un colegial al que sacara de apuro el buen oficio de una profesional. Pero, indignándose, ruge en la oscuridad:

-¿Será posible que esté tan emputecido?

FUERZA AÉREA, ESMA

Del testimonio de Miriam Lewin

Fui secuestrada el 17 de mayo de 1977 aproximadamente a las 5.30 p.m. en la intersección de las avenidas Del Trabajo y General Paz, frente a la planta de Jabón Federal, en la parada del colectivo 28, hacia Uniere. Cuando me disponía a subir al colectivo, sentí un grito a mis espaldas: ¡Policía...!, y unos brazos que me sujetaban desde atrás, inmovilizándome. Inmediatamente, empecé a gritar y a tratar desesperadamente de *zafarme*, pero se sumaron a mi captor unos 8 a 10 hombres, vestidos de civil, armados con armas cortas y largas, que descendían de autos trepados a la barranca o desnivel de terreno lindero a la parada.

Al ver la imposibilidad de escapar, me llevé a la boca una cápsula de cianuro que llevaba en el bolsillo de mi abrigo, con la Intención de suicidarme y así evitar entregar información si flaqueaba en la tortura. MI intento de suicidio fue impedido por varios hombres, que comenzaron a estrangularme y a introducirme los dedos en la boca para impedirme tragar la cápsula, que finalmente me arrebataron. A esta altura, habían comenzado a detenerse automóviles y a aglomerarse gente (era la hora de salida de trabajo en una zona Industrial.) Un hombre detuvo su auto e intentó ayudarme, pero fue amenazado con un arma larga y obligado a retirarse.

Finalmente, y pese a mi resistencia, me colocaron una capucha, me esposaron las manos a la espalda y me arrojaron en el piso de uno de los automóviles boca abajo. Varios de mis captores colocaron los pies sobre mi espalda y el auto arrancó a toda velocidad. Los hombres estaban en un estado de euforia, se reían y me decían: Te agarramos, hija de puta... El auto estaba equipado con radio. "Vamos hacia Alfa con la Coneja", decía uno de los sentados en el asiento delantero. Por los comentarios, parecía que mi captura no les había sido fácil. En el trayecto, el auto chocó. Se detuvieron, escuché que algunos descendían y luego de unos minutos continuamos viaje.

Al cabo de unos diez a quince minutos, entramos en una especie de garaje cubierto. Me bajaron en medio de insultos, gritos y patadas, me subieron

arrastrándome de los cabellos por una escalera de cemento a un cuarto, me desnudaron arrancándome la ropa, y me ataron con cables por las muñecas y los pies a una mesa, de forma tan apretada que me dificultaba la circulación y me entumecía las extremidades. Escuchaba muchas voces, todas masculinas. Mientras la mayoría me insultaba, gritaba, se reía y hacía observaciones obscenas, uno se colocó a mi lado y me acariciaba la cabeza, diciéndome que me tranquilizase, que nada me pasada.

Los ojos me los habían cubierto con un trozo de goma neumático. De repente, uno de los hombres se acercó y me dijo que él era el responsable de mi caso, que le había dado mucho trabajo, que había tenido cuarenta hombres buscándome. Me dijo que sabía más de mí que yo misma, y me dio una serie de datos para probarlo. Habían mantenido a mi familia en arresto domiciliario durante varios días, amenazándola y sometiéndola a interrogatorios. A continuación, me aclaró que no les interesaba yo, sino mi amiga Patricia Palazuelos, hija del brigadier Néstor Palazuelos, jefe del Comando de Material de la Fuerza Aérea. Patricia era militante de la Juventud Universitaria Peronista, y mi relación con ella databa de los primeros años de la escuela secundaria.

El hombre me apartó la venda de los ojos poniendo su cara muy cerca de la mía y, me dio a entender que si colaboraba viviría. Tenía unos treinta y cinco años, era delgado, calvo, de ojos verdes y pelo oscuro. Tenía acento provinciano, probablemente mendocino. Todos me gritaban: ¡Si colaborás no te pasa nada, piba! Colaborar significaba revelar el paradero de Patricia, cosa que en realidad desconocía. A partir de mi negativa, comenzó la sesión de tortura.

Primero me amenazaron con violarme. Me desataron las piernas y mientras dos hombres me las sostenían abiertas, pude ver como un tercero exponía sus genitales muy cerca de mí. Te vamos a pasar uno por uno, hija de puta..., me gritaban. Mientras tanto los otros se reían, me pegaban en la cabeza y en la cara. Luego de un rato de persistir con este tipo de amenazas, me aplicaron lo que llamaban el submarino seco, que consistía en presionar una bolsa de nylon contra la nariz y la boca hasta el borde de la asfixia.

Después de insistir un tiempo con este método comenzaron con la picana eléctrica, aplicándome descargas sobre todo el cuerpo, especialmente en las zonas húmedas (genitales, encías.) Me rociaban con agua para aumentar el efecto, y se reían de las contorsiones provocadas por las descargas y de mis

gritos. ¡Qué bien que bailás, flaca...!" '¿Para qué gritás si nadie te puede venir a ayudar?' Para sofocar mis gritos me tapaban la boca con sus manos mientras me picaneaban. Cada tanto, uno de ellos me acariciaba la frente, me tomaba de la mano o me alentaba. Era un espectáculo diabólico.

(...) Continuaron picaneándome. Me dijeron que algo debía darles, que tenía que conocer alguna casa que pudieran 'marcar'. Con la intención de ganar tiempo, declaré que iba a marcar la casa de un compañero donde -ellos insistían- podía estar "guardada" Patricia. Mientras preparaban los autos para llevarme, me hicieron sentar, me vistieron, me dieron un cigarrillo, y me quitaron la venda de los ojos para que pudiera verlos. Había allí, sentados frente a la cama, un grupo de hombres, de 6 a 8. Si bien dos o tres de ellos estaban vestidos con trajes, eran de mediana edad y respondían a la típica imagen de un militar, los otros no tenían más de 21 a 22 años, vestían con jeans, tenían cabello largo, barbas, bigotes y podían ser fácilmente confundidos con estudiantes. Notando mi sorpresa, me dijeron que debían parecerse a su enemigo si querían infiltrarse en sus filas.

(...) Desde este momento empecé a tener la sospecha -confirmada meses más tarde- de que había sido secuestrada por un grupo perteneciente a la Fuerza Aérea. Estaban muy familiarizados con la carrera del brigadier en todos sus pormenores. Comentaron que estaba "bien evaluado" y que la hija le había arruinado su futuro en el arma. En los últimos meses de 1980 vi a uno <te mis captores salir de una dependencia del arma en la zona céntrica de Capital (cerca de Avenida de Mayo.)

Finalmente, avisaron que los autos estaban listos. Me colocaron un antifaz grueso, hecho de gomaespuma forrada con tela de jean. Me hicieron subir a un auto, en la parte de atrás, flanqueada por dos hombres. Había dos autos más, cada uno con cuatro o cinco hombres que salían con nosotros. Me hicieron agacharme y, extrañamente, me sacaron el antifaz al pasar por la comisaría 44 de Villa Luro. Saludamos a la guardia y pasaron varias veces por el lugar, como si les interesase que creyese que había estado allí hasta ese momento. Después de recorrer la zona de la casa que supuestamente iba a "marcar", declaré que me era imposible tabicarla, ya que había ido tabicada'.

Entonces me colocaron nuevamente el antifaz, y me llevaron, ya bien entrada la noche, a una nueva casa, donde permanecería secuestrada los próximos 10 meses. Al llegar, me llevan esposada y tabeada a una celda

donde paso la noche con dolores intensos, vigilada por un guardia al que trato de hacerle preguntas sobre mi destino. A través de esa conversación, pude enterarme de que su "filosofía era matar a todo el mundo", porque 'si uno los manda a la cárcel cuando salen vuelven a lo mismo'.

Al día siguiente comienzo a darme cuenta de que me encuentro en una especie de casa con varios pisos y que mi celda da al hueco de luz. Hay mucha actividad durante el día, se escuchan entradas y salidas de autos, teclear de máquinas de escribir, ruidos de platos y cacerolas, y muchas voces provenientes de niveles inferiores y superiores. También noto que frente a mi celda hay otro prisionero, porque escucho su voz cuando aparentemente le traen el desayuno. Por la mañana, vienen a interrogarme y me quitan el antifaz. Puedo entonces ver la celda. Es extremadamente pequeña. Hay una cama que ocupa casi todo el espacio. Tiene unos dos metros de alto y está totalmente revestida de teja por recubierto con harbor (para aislar). La puerta es grande, de dos hojas de madera, pintada de gris, sujeta por una gruesa cadena. La única ventilación proviene de unos 5 o 6 agujeritos de medio centímetro de diámetro en la parte superior de la puerta. Sobre la pared, al lado de la cama, hay dibujada una svástica.

(...) La actitud general era de un profundo antisemitismo. En una oportunidad, tiempo después, me preguntaron si entendía yiddish. Contesté que no, que sólo sabía pocas palabras. Sin embargo, me hicieron escuchar un cassette obtenido de la intervención de un teléfono. Los interlocutores eran aparentemente empresarios judíos argentinos, y hablaban en yiddish. Mis captores estaban sumamente interesados en conocer el significado de la conversación. (...) Pasados los primeros días, dejaron de interrogarme, y pasaron los días y los meses sin que nadie me informase de mi situación. Mi único contacto con el exterior eran los guardias que me traían un plato de comida por la mañana y otro por la noche. La comida era mala, generalmente fideos con pesto o guisos. Comencé a tener problemas digestivos. Perdí 12 kilos. Debido posiblemente a la tensión nerviosa, tenía dificultad para mover el intestino. Llegué a pasar 20 días sin defecar, y tenía terribles dolores de estómago y vómitos.

(...) Los días comenzaron a sucederse en medio de la más terrible soledad. Entre depresiones y angustias. Había días en que dormía más de 18 horas. Otras veces, lloraba inconsolablemente.

(...) Finalmente, una tarde me comunicaron que sería trasladada a un lugar

donde estaría con otra gente que estaba en mi misma situación. De allí—después de un cierto período de detención- tendría la posibilidad de salir en libertad. Se trataba de la Escuela de Mecánica de la Armada.

Massera, Branca y las pruebas extraviadas

En el sonado "caso Branca" -ex empresario desaparecido en 1978 de cuya presunta muerte se acusa a Massera- Radice tuvo una actuación destacada en el aspecto judicial.

Massera es acusado de haber ocultado u omitido elementos probatorios de la desaparición de Branca, y por ese motivo permanece detenido desde junio de 1983. Pero recientemente Radice se presentó espontáneamente ante el juez Siró de Martini para revelar que él había recibido del entonces comandante en jefe de la Armada la documentación que se estima oculta o destruida, lo que originó el procesamiento y posterior prisión preventiva de Massera.

La declaración de Radice podría servir de vía momentánea de salida a Massera en la compleja maraña judicial en la que se encuentra envuelto desde hace meses. Pero a la vez podría implicar un serio riesgo para la libertad del teniente de navío. Al hacer su presentación -antes de las elecciones de octubre de 1983- Radice se acogió a la Ley de Amnistía dictada por el régimen militar. Pero esa ley ya no existe, fue derogada por el gobierno de Raúl Alfonsín.

¿Por qué Radice ha decidido volver a aparecer como un colaborador inmediato de Massera? ¿Qué lo lleva a presentarse ante un escribano y decir que él llevó del almirante los papeles que tantos dolores de cabeza le causaron?

S/F. "La historia de Jorge Radice" Revista La Semana, Buenos Aires. 1983

La señora de McCormack tenía un solo pensamiento: ver casadas a sus dos hijas antes de morir. Era un deseo satisfecho a medias. La hija mayor, Cristina, acababa de casarse con un diplomático un tanto papanatas, siempre metido en sus libros, que la entristecía porque, según la propia Cristina, “nunca me saca a pasear”. El aburrimiento había hecho peligrar la salud de Cristina. Por fin había encontrado un amante y la forma de mantenerlo en secreto.

Pero la hija menor, Martha, acababa de quedar viuda. Su difunto esposo, César Blaquier, había sido uno de los hombres más ricos del país. Lo que de él había heredado, Martha se lo gastaba casi todo en vestidos, en perfumes, en salones de belleza. Seguir de cerca la conducta de Marthita no le daba, a su anciana madre, más que temores. ¿Dónde iba a encontrar un marido, con esa reputación...? La señora de McCormack tenía muchísimos años. Todo era un asunto de extrema urgencia.

Hasta que un día, en un cumpleaños de Cristina, la señora de McCormack vio al otro lado del salón al Almirante Massera. Era la única persona ajena a la familia. Cristina estaba terriblemente nerviosa, como si lo hubiera invitado por obligación. Pero el Almirante estaba sonriente y se permitía tomarla de los hombros y hasta de la cintura, de modo que hasta la anciana señora de McCormack se dio cuenta de que él era el famoso amante. El diplomático estaba en la luna: ni miraba a Massera, decía, porque detestaba sus modales, su grosera franqueza. No pedía entender quién había tenido la mala idea de invitarlo allí.

La señora de McCormack casi no salía de su casa y nunca veía caballeros que presentarle a su hija Martha. Ahora sabía que no había tiempo que perder. Avanzó decidida entre hijos, nietos y bisnietos, haciendo girar vertiginosamente las ruedas de su silla y, cuando estuvo a solas con Massera, le dijo:

-Linda mi hija mayor, ¿eh? -y el Almirante asintió distraídamente- . Pero no se compara con la otra, con Marthita, la que está allá, ¿ve?

Massera miró a Martha con desconfianza. Pensaba que la anciana estaba presentándosela sólo para salvar el matrimonio de Cristina. Pero tema razón: Martha era mucho más atractiva que Cristina. Marthita tenía una pollera ajustada y abierta en un largo tajo y una blusa estilo repisa. Y un collar de brillantes que recordó a Massera la herencia de Blaquier. Massera fue hacia ella. Marthita lo recibió con total simpatía y ni siquiera reparó en los celos que suscitaba en su hermana. Acabada la fiesta, Martha dejó que Massera la acompañara hasta la puerta y se despidió dejándole su tarjeta. Ahora tenía que irse con su novio, dijo, que la esperaba en la esquina. Esa misma noche Massera y

Martha se hicieron amantes. Cuando, días después, Martha anunció que se casaba, su anciana madre se dijo “misión cumplida”. Ignoraba que el Almirante era ya casado. Y que el novio de su hija se llamaba Fernando Branca.

Fernando Branca era, en apariencia, lo opuesto de su esposa. Era parco y tenía en los ojos un gesto de permanente incomodidad, como si algo le apretara en el cerebro. Las manos enormes y ese gesto le daban un aire de hombre de las cavernas. Branca había sido guardia cárcel. Lo había sido tanto tiempo que, según él mismo confesaba, extrañaba la cárcel. Su madre, que era baja y retaca, era ahora su única devoción verdadera. No poder mantenerla como ella se merecía había sido la única desdicha de su larga carrera penitenciaria. Hasta que un día conoció a un preso que era un capo de la mafia de Nueva York. El preso salió y le pidió a Branca que fuera su socio. Ahora Branca era millonario, tenía todas las comodidades. No entendía nada de números. Pero un tal Ibarra, su escribano, hacía negocios por él. Branca veía crecer empresas a su alrededor como antes veía crecer el musgo de la cárcel.

Branca había estado soltero hasta los cuarenta años. Se había casado, había enviudado. Volver a casarse con la viuda de Blaquier era, según las revistas del corazón, la coronación de una larga serie de triunfos. Ni siquiera le había costado mucho: apenas un bocinazo en Libertador. Pero Brancalone no era feliz. El mundo de la gente libre le parecía demasiado lleno de imprevistos. Un chico que le pedía limosna en un semáforo, un gato negro que se cruzaba a su paso, una mujer con quien compartía el ascensor lo inquietaban como una amenaza. Hacer sociales era la pasión de Marthita; a él, en cambio, hacer sociales le daba terror. Sentía que hacía un papelón tras otro. Seguía hablando como en la cárcel. Cuando Marthita protestaba por algo él decía, secamente: no te me amotines. Cuando tenían invitados a comer, Branca no podía resistir la costumbre de contarlos a cada rato. Frecuentemente su esposa faltaba. Y algún señor de la concurrencia. Branca se restregaba las manos y sufría. No sabía cómo vivir en libertad. Sólo lo consolaba, de tanto en tanto, viajar a Nueva York, a recordar quizá, con algún mafioso, los viejos tiempos de la cárcel.

A principios de 1976 Branca supo que su mujer tenía un amante. Había visto demasiados presos por crímenes pasionales para dudar sobre lo que tenía que hacer. Estuvo un mes entero planeando el crimen. No lo planeaba con cuidado: qué más quería el que lo descubrieran y lo mandaran de vuelta a su querido Pabellón Siete. Simplemente, le costaba pensar. Como en los chistes, un día fingió que se iba a Nueva York, se alojó en el hotel de la vuelta. A la noche, volvió a su departamento, dispuesto interrumpir el placer a balazos.

Cuando vio frente a su casa a un gigantesco operativo, supo que ese tal Massera, que

había visto en un velorio, era el amante de su mujer. Branca se puso a llorar como un chico. Había comprendido que no mataría a su mujer. ¿Cómo no preferir a Massera? Branca era un simple guardia cárcel y, Massera el capo de la peor cárcel del país. Branca volvió al hotel y supo que tampoco mataría a Massera. Sería como traicionar a un superior. La cárcel, la ansiada vuelta a la cárcel, le parecía cada vez más lejana. Fue a llorar a casa de su madre. Se sentía la última basura de la tierra.

Martha también lo creía la última basura de la tierra. Pero Massera no. Más aún: Branca era el motivo secreto de su relación con Marthita. Meterle los cuernos a un hombre tan rico le había dado, desde el principio, un grotesco orgullo. De noche, en la ESMA, el Almirante Cero contaba los vaivenes del noviazgo y asesinos y torturadores lo vivaban como un grupo de chicas viva a un galán de telenovela. Pero poco a poco, Massera fue comprendiendo que Branca podía ser, según sus propias palabras, un bocatto de cardinale. ¿Dónde encontrar un hombre más rico y más obediente? Branca sería, calculó Massera, su aliado en el largo y azaroso camino del enriquecimiento ilícito.

Una noche, mientras fumaban juntos, Martha le contó a Massera que Branca estaba en un verdadero problema. El Banco de la Nación le había bloqueado dos millones de dólares porque dudaba de su origen. Al Negro le brillaron los ojos. Decile que venga a verme, ordenó. Martha no lo podía creer. Decile, carajo...! repitió Massera. Y ella creyó que Massera había decidido matar a Branca. No le importó mucho. Después de perder a Blaquier, se dijo, ¿qué podía importarle perder a esta bestia, si por lo demás podía heredarlo?

Branca fue al día siguiente al despacho de Massera. Pasó los diferentes controles con la expresión de una vaca que se encamina al mazazo final. Cuando entró en el despacho, Massera no lo podía creer. ¡Branca estaba ante el amante de su mujer y no se atrevía siquiera a sostenerle la mirada...! Massera estaba custodiado por dos oficiales: Radice y el capitán Invierno, pero se esforzaba en ser cordial. Branca tartamudeaba, hacía la venia, se cuadraba, decía sí señor, sí señor...

Massera le dio una tarjeta suya, firmada, para que con ella se presentara ante un marino que estaba en el directorio del Banco Central. Massera dijo que ya había hablado con él por teléfono y que no tenía inconveniente en desbloquearle la cuenta. Branca se emocionó tanto que le besó el anillo. Massera rió y dijo que esperaba que éste fuera el primero de una larga serie de negocios en conjunto. Branca le pidió que por favor le repitiera la frase: era demasiado larga para su entendimiento. Massera lo hizo. Le brillaron los ojos. Un mes después planeaban poner un banco a dúo. Massera estaba exultante. Ibarra, el asesor de Branca, también. Pero Branca seguía cada vez más triste. Porque en su casa, en su matrimonio, había estallado la guerra.

Martha, de golpe, había perdido el control. Gritaba, rompía cosas, amenazaba al marido con un revólver. Se moría de celos. Y lo peor es que no sabía de quién ni por qué. Sentía que Massera la había usado para hacer negocios con Branca. Y que ahora que tenía a Branca como socio, Massera empezaba a dejarla de lado. ¡Preferir Branca a mí...!, se decía, pintándose ante el espejo. ¡A esta bestia inhumana...! La Bestia estaba ya al borde del suicidio. Cuando terminaba el día se clavaba en el bar de la esquina: Martha lo llamaba allí cada cinco minutos. Al fin Martha se hartaba y amenazaba con mandarle la patota de la Marina si Branca no volvía a casa de inmediato. Branca sólo volvía cuando sabía que ella había salido o estaba con Massera. Le dejaba cartas patéticas, escritas con letra de chico. Le juraba amor. Pero lo cierto es que también él había buscado la compañía de otras mujeres.

Las amantes de Branca nunca fueron muchas. Pero en la mente celosa de Marthita, se transformaban, al menos, en dos docenas de vedettes. No se animaba a decirle nada a Massera, pero tampoco su pasión por él era tan intensa como antes. Se distraía pensando en Branca y el Almirante se enfurecía. Como era su costumbre, Massera creía descubrir ante cada rechazo una confabulación. ¿En qué andarás vos para estar así?, decía Massera. Martha temblaba, sabiendo que Massera era capaz de cualquier cosa. Entonces decidió terminar con todo, como fuera, cuando fuera. Cuanto antes.

Todo empezó en las Pascuas de 1977. Ibarra organizó un viaje a Punta del Este. Además de Branca y él, viajarían dos futuros directivos del banco con sus esposas. Martha se preparó para quedarse en Buenos Aires con Massera... Branca quiso vengarse pidiéndole permiso para llevar, a Punta del Este, una amiga. Martha le dijo que sí.

Pero sucedió que esa misma noche oyó a través de la puerta para qué serviría la reunión: para “cagado al Negro en algo así como seis millones de dólares”. Llamó de inmediato a Massera: le dijo que tenía que irse a Punta del Este y el Almirante se enfureció. Vos vas a ser boleta... le dijo. Martha cortó. Se estaban yendo y no tema tiempo de aclarar nada. Sabía que se estaba jugando la vida, pero era hora de terminar con este tipo. O con los dos. Esa misma noche, en un restorán de la avenida Gorlero, escuchó los detalles de la operación. Cuando volvieron al hotel, empezó a gritar en la cara de Branca. Branca debía dejar de hacerse el loco con sus amantes o Martha le contaría todo a Massera.

-Pero qué rae importa ese Massera... -gritó Branca, descolocado- . Qué me importa a mí esa basura...

-¿Él basura...? -gritó Martha-. ¿Vos sabés lo que hace él?

-Ahora te voy a enseñar lo que hace él-gritó Branca- Ahora te voy a enseñar...

Los gritos de Martha se escucharon hasta la madrugada. Cuando volvió a Buenos Aires, Martha llamó a Massera. Le contó todo. Massera no le agradeció. La fuerza ya sabe todo lo que me contás, mintió. Sólo esperábamos averiguar si vos también estás metida en el curro. Si es así, agarrate. Martha no dijo ni que sí ni que no. Quedaron en verse al otro día, en el Delta. Era una reunión amistosa, asado por medio, convocada por Ibarra para dar los últimos toques al proyecto del banco.

Martha comprendió que en ese almuerzo debía demostrar que era inocente. Por primera vez, imaginó lo que sentirían los presos de la ESMA. Porque, al revés de las películas, el Almirante la sospechaba culpable a menos que ella probara lo contrario. En la reunión, fingió tan bien que Branca no sospechó nada de la trampa que estaban tendiéndole.

Branca aceptó la invitación que Massera le hizo para navegaren yate, al otro día, los dos solos. A la hora convenida, Branca salió en auto de sus oficinas. Lo interceptaron el capitán Radice y el capitán Invierno, lo metieron en el baúl del auto mientras otro hombre se quedaba con su propio automóvil. Nunca más se tuvo noticias de Branca. Massera volvió a ser amante de Marthita, hasta que se arreglaron ciertos temas de la sucesión. Después, dicen que prefirió a Graciela Alfano.

Capítulo III

LAS FUGAS

De la declaración de Graciela Daleo

Dr. Moreno Ocampo: Si sabe de alguna persona que se haya fugado de la ESMA.

Daleo: Sí, yo conocí los dos casos que se dieron en la etapa en que yo estaba secuestrada. El primer caso es el de Horacio Maggio. Horacio estaba en condiciones similares a las mías, es decir estaba en la pecera, dormía en la capucha, y se fugó, no recuerdo con precisión, el 16 o 17 de marzo de 1978; tomamos conocimiento de la fuga porque a mí me lo comunicó una prisionera, Jorgelina Ramus, con estas palabras; se perdió "Nariz". Le decíamos Nariz a Maggio porque tenía una nariz muy grande. Entonces después subió a la pecera el Tigre Acosta y nos dijo que Maggio se había fugado y la sensación nuestra, bueno, fue que todos pensamos que nos mataban a todos, pero yo, personalmente, realmente me dije: "bueno, aunque nos maten a todos, si Horacio se fugó y va a contar lo que pasa, no me importa." Bueno entonces Horacio hace esa declaración. (...) Desde entonces Maggio fue muy buscado por la Marina, ellos decían que lo buscaban por todas partes, y en el mes de octubre de 1978, el capitán Acosta nos dijo que Horacio Maggio había sido capturado por el Ejército y que iba a ser entregado vivo a la ESMA para que ellos se ocuparan de averiguar cómo se había fugado... Eso no era cierto. Horacio estaba muerto, cosa que me consta porque uno por uno fuimos llevados los prisioneros al playón de la ESMA, donde había una ambulancia, y ahí estaba el cuerpo de Horacio con la mitad de la cabeza prácticamente destrozada. Y fuimos llevados uno por uno con personal de la Marina a nuestros costados donde no hay posibilidad de hacer otra cosa que mirar; después nos llevaron a una habitación del sector de Inteligencia, donde el Tigre Acosta nos hizo una arenga, una arenga larga, pero la síntesis sería; "ya ven ustedes lo que les va a pasar si se les ocurre hacer algo como lo de Maggio'.

Y el conocimiento que tuve de otra fuga es la de Jaime Dri. Yo, al igual que Jaime, después que terminó el Mundial de Fútbol fui llevada a la frontera pretendiendo los marinos que yo marcara si veía pasar alguna persona conocida por la frontera, cosa que yo no hice; si bien fui llevada a la frontera no estaba dispuesta a señalar absolutamente a nadie, pero en estas circunstancias fui custodiada por personal del Grupo de Tareas que viajó conmigo, y parte por la gente de Prefectura de Paso de los Libres, que es donde estuve. Mientras estaba allí fue a buscarnos el teniente Astiz, me llevó de vuelta a la ESMA, y ahí me dijeron que se había fugado Dri, que por eso habían decidido traerme en previsión de posible fuga y porque además ya entendía que al fugarse Dri todo el intento de cercar cualquier salida fracasaba; por eso me llevaron de vuelta a la ESMA.

La principal característica de los psicópatas como Massera, aseguran los médicos, es la total ausencia de culpa. Como el capitalismo, sólo se guían por el principio del beneficio propio. Me apodero de lo que me sirve, lo que no me sirve lo destruyo: tal podría ser el lema del ex almirante. La desaparición de Branca había ocurrido hacía ya tanto tiempo y le había servido tan bien, que él ya casi la había olvidado.

Cuando, aquella tarde en el aeropuerto de Río, llamó por teléfono a Lily y ella le dijo que un juez había pedido su captura para que declarara por la desaparición de alguien, Massera pensó que se trataría de la denuncia de alguna Madre de Plaza de Mayo. Sonrió. La Justicia era cómplice de los militares y, éstos habían sellado un pacto de silencio. No había forma de probar ninguno de los crímenes de la ESMA, ni había forma de encarcelarlo a él. Por pura curiosidad, Massera pidió más datos. Lily fue a buscar el diario -ya que la citación del juzgado se la había llevado su abogado- y empezó a leerle fragmentos al azar.

Uno de los que denunciaban públicamente a Massera era Gregorio Dupont. ¿Otra vez hinchando con lo de la Holmberg?, preguntó el Negro. Dupont había sido muy amigo de Helena Holmberg. Pocos días antes de su entrevista con Videla, Helena le había contado lo que venía a denunciar los encuentros entre Massera y Firmenich. Al desaparecer la Holmberg, Dupont se había animado a seguir adelante con la denuncia y acusar a Massera incluso ante las cámaras de televisión. Dupont no consiguió mucho, porque nada en aquellas denuncias podrán ser probado; pero logró en cambio una enorme popularidad. Entonces Massera se vengó matándole al hermano, Marcelo Dupont, después de someterlo a prolongadas torturas.

-No, no-, dijo Lily, -no te acusan de la muerte de la Holmberg, sino de la desaparición de un tipo... Pero espera un cachito que no puedo encontrar el nombre...

Lily siguió leyendo, aunque la comunicación estaba costándoles una fortuna y Massera corría peligro de perder el avión. Otro de los que aparecían declarando en *La Prensa* era el viejo militante nacionalista Guillermo Patricio Kelly. Massera sonrió: sabía que ese fantoche trabajaba para los servicios de inteligencia del Ejército y supuso que estaría reavivando el viejo crimen de Hidalgo Solá. Si era así, estaba salvado: se trataba de una intentona del estúpido de Videla y él sabía bien cómo vencerlo.

Pero al fin Lily pudo dar vuelta la página y leer el nombre de quien llevaba oficialmente adelante el Proceso: una tal señora de Branca, madre de la víctima, con el apoyo de Kelly y de un tal Ibarra, escribano y administrador. Cuando oyó el nombre de su antigua amante de labios de Lily, Massera se puso pálido. No le importaba, claro, que Lily por fin

se enterara de la existencia de Marthita. Massera había comprendido que Dupont, el Ejército, la Fuerza Aérea y hasta un juez se habían confabulado nuevamente para destruirlo. Y que era muy probable que esta vez sí lo lograrán.

Porque el de Branca no era un asesinato político, ni había forma de sugerir que Branca era un subversivo. Massera cortó, furioso. Y hasta que llegó a Buenos Aires, maltrató sin piedad a todos sus acompañantes. Una y otra vez, trataba de recordar la coartada del asesinato, que seguramente había sido defectuosa, descuidada, como todas las de esa época en que Massera se creía intocable. No la recordaba y se sentía, como nunca, terriblemente vulnerable. No sabía cómo defenderse, se decía, ante ninguna acusación.

El juez que había hecho lugar a la causa Branca se llamaba Pedro Narváiz. Narváiz tuvo demasiado miedo de Massera y pronto renunció. Su sucesor, el que ahora acababa de ordenar la captura del ex almirante, se llamaba Oscar Salvi. Era un muchacho alto, prematuramente calvo, de labios finos y bigotitos impecables. Era tan correcto como Videla, pero un brillo vidrioso en los ojos revelaba sus enormes ansias de poder. Salvi había sido instruido por el Ejército y la Aviación para juzgar a Massera. O por lo menos, había obtenido de las dos armas el permiso para avanzar sobre él.

El aparato de Massera todavía era fuerte, pero Salvi se animó a enfrentarlo con tal de ganarse el apoyo del Ejército y la notoriedad que, desde un principio, tuvo el caso. El odio popular hacia los militares llegaba por entonces a su punto más alto. Con su decisión de ventilar los crímenes de Massera-siempre que no enlodasen al resto de las Fuerzas Armadas-, Salvi concentró la atención de todos los opositores a la dictadura. Cuando Massera aterrizó en Ezeiza, ahí estaba Salvi, anunciando que este juicio cambiaría los destinos de la Nación. Cuando el juicio verdaderamente comenzó, la gente empezó a seguirlo como sólo se seguía el desempeño de Argentina en los campeonatos mundiales de fútbol.

Durante las primeras audiencias, Massera todavía parecía seguro y, mezclaba sus sonrisas con gestos de exagerada amabilidad. Negaba incluso haber conocido al empresario Branca. Pero todo ese aplomo se transformó muy pronto en furia: Ibarra, que había confiado en que alguna vez pudiera juzgarse al Negro, había acumulado una cantidad apabullante de pruebas.

Al otro día de desaparecer Branca, reveló Ibarra, él había recibido un telegrama que decía: mensaje en el auto abandonado en aeroparque. Firmado: FB. El empresario nunca firmaba FB y, aunque Ibarra no creyó en la autenticidad del mensaje, fue al aeroparque y encontró, en el asiento del auto de Branca, un anónimo. Estaba hecho con letras recortadas y decía: Me ausento por unos días. Ya tendrán noticias mías. Me parece que

ese escribano es un boludo. Qué va a decir el A. Firmado: FB.

Los abogados de Massera empezaron a estudiar la táctica de descalificar a Branca: ¿no les convendría revelar que éste había querido traicionar a Massera? ¿No sería procedente sugerir que Branca, en efecto, había abandonado el país? Pero Ibarra no les dio tiempo y presentó otra prueba concluyente.

Con el telegrama en la mano, dijo, había ido aquel mismo día al Correo Central. Los empleados del Correo le habían dicho que ese telegrama era falso, que había sido fabricado sobre el papel de otro telegrama, del cual todavía conservaba el número. Consultaron por el número en sus archivos y, descubrieron que originalmente, ese telegrama había sido una felicitación llegada desde Europa para una pareja de recién casados. ¿Qué pareja?- preguntó Ibarra. La de Eduardo Emilio Massera y María Luisa Méndez Ezcurra.

Había comenzado el escándalo.

A Massera ya no le quedaba nada de su babosa simpatía. Ahora Massera aparecía en televisión como lo que era: un torturador, un asesino que quería amedrentar a la Nación entera por haberse puesto en su contra. Pero lo cierto es que no había podido refutar una sola de las acusaciones y su ruina crecía minuto a minuto... Se dice que Lily tuvo un intento de suicidio cuando empezó a ventilarse el affaire con la McCormack y que sólo se salvó porque calculó mal y cayó sobre el toldo de una peluquería. Del Partido para la Democracia Social no quedaron ni los rastros. Se hablaba a menudo de sus integrantes en la televisión, pero ellos no volvían a los comités sino para desvalijarlos y cerrarlos para siempre.

Por primera vez en su vida, Massera veía hundirse el barco bajo sus pies. Como un capitán en la tormenta, gritaba ordenando a los marineros que lucharan contra las olas, el viento. Ellos lo hacían. Pero cada marinero sabía que nada se puede contra la tempestad si Dios no está de nuestro lado. La Marina, harta de los escándalos de Massera, le había quitado todo apoyo: sólo admitió que fuera encarcelado en una cárcel naval cuando finalmente se le dictó la preventiva.

Los marineros no hacían más que demorar el naufragio. Retomando el relato de Ibarra, los abogados de Massera presentaron pruebas de que Branca estaba fuera del país. Habían investigado, dijeron, en los controles de fronteras de Argentina, Brasil y Uruguay. Y uno de ellos registraba el paso de Branca su paso horas después de la desaparición, acompañado de una mujer, Amelia Cánova. Ibarra fue terminante: él mismo había hecho esa investigación mucho tiempo atrás.

Le habían dicho lo mismo, pero además, que aquel hombre que se hacía pasar por Femando Branca era un hombre alto, rubio, con un fuerte acento cordobés. Se sabía, además, que los secuestradores le habían robado el pasaporte. De modo que ese supuesto Femando Branca no sería otro que un capitán de la ESMA. Y en cuanto a Amelia Cáneva, esa mujer no existía. Massera, enfurecido, contraatacó: él sabía bien que Amelia Cáneva era una subversiva. Para qué lo habrá dicho se decía Lily frente al televisor. Porque a partir de entonces, de esa palabra, Salvi comenzó a introducir en el juicio toda otra serie de temas, aunque de hecho no tuvieran nada que ver con Branca. Y, alælados, los telespectadores de la Argentina vieron aparecer a un Massera desconocido, el de las logias, el de los negociados, el de las rivalidades con el Ejército, el de la P2.

En verdad, el juicio podría haber terminado mucho antes, pero Salvi estaba decidido a aprovechar todo lo aportado por Kelly y agotar al Almirante con acusaciones. Éste negaba siempre todo y Salvi llamaba a más y más testigos, sobre temas más y más escandalosos.

Así, el juicio duró hasta mucho tiempo después que le dictaran la prisión preventiva: hasta 1985, cuando el crimen finalmente prescribió. Para entonces, el público hacía rato que había perdido interés en el caso. Massera creyó que se salvaba, cuando cesaba la presentación de pruebas... cuando, en 1984, lo convocaron para otro juicio. Y éste, sí, lo condenó.

EL PRISIONERO

Asume Alfonsín.

El juicio a las juntas.

Magdalena.



Libro VII

Capítulo I

TRES RADICALES

El proceso se inició el 24 de marzo. Tres días después, Massera va a una casa de la avenida Las Heras. ¿Sabe por qué? Lo llamaron Ricardo Balbín, Arturo Illia y Carlos Perette. Querían hablar sobre el futuro del país y sobre el futuro de ellos mismos, Illia estaba fascinado con la figura de Videla. El único que aquel sábado a la noche lo veía a Massera presidenciable era Perette.

“El ghost writer de Massera”.

Declaraciones de Carlos Burone, revista SOMOS, 29-8-92

LOS QUEBRADOS

Del testimonio de Graciela Daleo y Andrés Castillo

En el accionar del GT pueden distinguirse varias etapas en cuanto al tiempo que los prisioneros fueron mantenidos en el 'chupadero' antes de ser trasladados. Al principio éste era muy breve. Según la información recogida, alcanzaba apenas al necesario para obtener o intentar obtener datos e informaciones que les permitieran nuevos secuestros y asesinatos.

Pero los marinos comprobaron que al menos un pequeño número de secuestrados estaba dispuesto a proporcionar información no sólo a emplear en forma inmediata, sino también, a utilizar durante un periodo más prolongado. Así nacen los '*marcadores*', prisioneros-colaboradores que recorrieron Buenos Aires y sus alrededores, e incluso salieron fuera del país con grupos especializados, dispuestos a señalar a sus antiguos compañeros. Por esta razón fue alargándose el tiempo de su permanencia en la ESMA. Éste es el primer grupo que 'dura' más de la media acostumbrada dentro del campo. Más adelante, y en consonancia con el proyecto político que iba perfilando el Almirante Massera y parte de sus oficiales de confianza miembros del GT332, como el capitán de Corbeta Jorge Acosta, se fue conservando a secuestrados que por su historia personal o la de algún miembro de sus familias, su significación dentro de organizaciones revolucionarias, y/o del Movimiento Peronista, podrían eventualmente resultarles de utilidad.

Estos secuestrados eran exhibidos a los asiduos o eventuales visitantes del campo de concentración, de los cuales algunos eran de la Marina, como el Almirante Lambruschini; otros de Ejército, como el Mayor Minicucci y el Coronel Rualdés; otros civiles, como el periodista Héctor Sayago, acreditado en Madrid.

Los testimoniantes pueden citar como prisioneros de los cuales les consta su colaboración efectiva y continuada con el GT332 a los siguientes:

- Alfredo Bursalino, *marcador* y asesor sindical de Massera;

- . Marta Álvarez, *marcadora*, trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores;
- . Anita Dvantman, *marcadora*, se casó con el teniente de Navío Radica;
- . Graciela García Bonpland, *marcadora*, trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en las oficinas de Prensa:
- . Marta de Levenson, *marcadora*, junto con Alfredo Bursalino viajó acompañando al Almirante Massera en el viaje que hizo a Europa en 1977, a fin de señalar a posibles militantes argentinos exiliados;
- . María Isabel Murgier, *marcadora*, trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en el Centro Piloto de París;
- . Carlos Caprioli, *marcador*, abogado asesor del GT332.
- . Daniel Lastra, *marcador*, trabajaba en los talleres gráficos en los que se imprime el diario Convicción, que responde al Almirante Massera;
- . Miguel Ángel Lauletta, *marcador*, se encargó de la falsificación de los documentos requeridos por los marinos para apropiarse de los bienes de los secuestrados y viajar al exterior para proceder a nuevos secuestros y asesinatos;
- . Mercedes Inés Carazzo, asesora política de Massera, se casó con el Teniente de Navío Antonio Pernía, trabajó en el Centro Piloto de París;
- . Silvina Labayrú, participó con el teniente de fragata Alfredo Astiz en la infiltración en el grupo de familiares de desaparecidos y Madres de Plaza de Mayo;
- . Alfredo Nicoletti y Mili, su mujer, *marcadores*, se asociaron con el Capitán de Corbeta D'Imperio e instalaron un negocio que provee a la Armada de material submarinista;
- . Federico R. Ibáñez y Oscar Paz, *marcadores*, estaban al frente de la inmobiliaria instalada por los marinos para administrar las propiedades robadas a los secuestrados;
- . Jorgelina Ramus, *marcadora*, trabajó como secretaria en la agencia de

detectives que instalaron algunos miembros del GT332.

El juicio por el crimen de Fernando Branca se extendió hasta 1984. En su transcurso, habían ocurrido cosas de extrema importancia en la historia del país. Después de la derrota en la guerra contra Inglaterra, el descontento popular con la dictadura llegó a su pico más alto. A pesar de su propia omnipotencia, los jefes militares se convencieron de que tendrían que abandonar el poder cuanto antes. Anunciaron que próximamente se convocaría a elecciones. Y en el transcurso de esos doce meses, mientras los partidos se embarcaban en la feroz campaña electoral, los militares se aplicaron a borrar todo rastro de sus crímenes y a realizar pactos que, desde las sombras, les permitiesen seguir en el poder.

En abril de 1983, el gobierno del general Bignone dictó una ley secreta que mandaba destruir los archivos de los campos de concentración. Las listas de los desaparecidos, los testimonios que probaban su destino final y, sobre todo, los nombres de sus asesinos, debían ser borrados de la faz de la tierra. Poco más tarde, el gobierno dictó una disparatada ley de auto amnistía: por ella, los militares se perdonaban a sí mismos todo crimen cometido desde marzo de 1976 a la fecha. Al mismo tiempo, negaban que el "Proceso" hubiera instalado campos de concentración en los que se torturaba y ejecutaba prisioneros; y se volvía a mentir que "los desaparecidos viven clandestinamente en otros países o fueron asesinados por sus propias organizaciones".

También en secreto, los militares trataban de pactar con el partido peronista (ganador hasta esa fecha de todas las elecciones verdaderamente libres en los últimos treinticinco años), las características que tendría su nuevo gobierno. Los militares se comprometerían a no tomar el poder... siempre que el candidato justicialista se comprometiera a respetar la ley de auto amnistía: vale decir, a no juzgar a ningún militar. Después de feroces internas, el doctor Luder fue elegido candidato a presidente de la Nación.

Luder, que había autorizado a los militares a "aniquilar" a la subversión, no tuvo inconvenientes en aceptar las condiciones. El propio Massera, desde su prisión en San Fernando, mandó una carta apoyando al candidato, "al que tanto debemos". Aunque los militares se iban abucheados, por la puerta de atrás de la Casa de Gobierno, estaban tranquilos con la sucesión. Además de Luder, el peronismo estaba plagado de militantes de extrema derecha, como el matón Herminio Iglesias, que tenía como principal asesor a la bestia de Radice; y Lorenzo Miguel, un burócrata sindical amigo de Massera que había colaborado activamente con los represores.

La actividad política parecía despertar a un país dormido. El propio Massera, desde el

aburrimiento de la prisión, seguía los debates entre los políticos con más interés que los vaivenes del fútbol. La Unión Cívica Radical, principal opositor del peronismo, era el partido que más le divertía. Su propio padre, antes del golpe de Estado de 1930, había admirado a los radicales. Desde entonces, le parecían un montón de pusilánimes. Videla había tenido muchísimos colaboradores radicales y, ahora Massera veía a todos los candidatos de la UCR como “pichones de Videla”. Todos confusos, cobardes y sin futuro.

Los radicales se la pasaban hablando de la democracia y de la necesidad de hacer cumplir la Constitución de 1853. Sin embargo, cuando gobernaban sus opositores, los radicales eran los primeros en golpear la puerta de los cuarteles para que los militares tomaran el poder. El doctor Arturo Illia, que para ellos era el más alto de los demócratas, había llegado a presidente gracias a que los militares habían proscrito al peronismo. Una comisión de viejos capitostes radicales se había presentado en el despacho de Massera al día siguiente del golpe del '76 para ponerse a su disposición. ¡Como si sirvieran para algo...!, pensaba ahora Massera. Cuando veía al suave Perette con su discurso inentendible, al viejo Contín con su retórica, le parecía estar paseando por un museo de dinosaurios gagá, mezcla de Pepe Curdeles con la Madre Teresa de Calcuta. Por lo demás, la UCR era el partido de la burguesía pobre y de la clase media y, como a Lily, a Massera le parecía un quemo ser radical.

Sin embargo, pronto se supo que el candidato de la UCR no sería ninguno de sus dirigentes “históricos”, sino Raúl Alfonsín. Alfonsín tenía poco más de cincuenta años, había nacido en Chascomús, había egresado del Liceo Militar (donde había sido compañero de Galtieri y Harguindeguy) y se había recibido de abogado. La familia de Massera y la de Alfonsín estaban lejanamente emparentadas: Lily Vieyra era prima de Carlos Aleonada Aramburú, una de cuyas hijas estaba casada con el hijo de Alfonsín. Alfonsín había entrado al radicalismo siendo aún un adolescente y desde comienzos de los sesenta, había liderado a los menos conservadores de su partido. Los seguidores de Alfonsín, como decía su impagable seguidora Florentina Gómez Miranda, somos progresistas, pero no fanáticos.

La ideología progresista de Alfonsín no alcanzaba para hacer ninguna revolución. El ambicioso doctor chascomusense había colaborado incluso en la redacción de algunas de las leyes más siniestras de la dictadura, como la Ley de Presunción de Fallecimiento que, ya en 1979, declaraba que todo desaparecido que no apareciera en un tiempo perentorio, sería considerado muerto a los efectos legales. Ahora que era candidato a presidente, Alfonsín quería tímidamente hacer cumplir la Constitución de 1853. Pero había decidido enarbolar especialmente algunos preceptos de esa constitución, “los derechos del hombre”, para atraer a todos los que pretendían que los militares fueran juzgados y condenados por el genocidio. El discurso de Alfonsín empezó a atraer a ex militantes de

partidos de izquierda y, sobre todo, a muchos ciudadanos espantados por el nuevo peronismo, que se abstenía de criticar a los militares y seguía hablando de los desaparecidos como de subversivos que tenían merecido su final.

Fue en una tarde de octubre ya muy cerca del comicio, cuando Massera vio por televisión cómo un abogado radical llamado Hipólito Solari Irigoyen contaba que había desaparecido y fue torturado por defender presos políticos. Massera cambió de canal. Herminio Iglesias, estaba quemando en plaza pública un ataúd que contenía la imagen de Alfonsín.

Entonces lo cruzó una ráfaga de lucidez: Dios mío, quién puede votamos a nosotros. Pero ya era tarde. Massera comprendió que también él había contribuido al desprestigio del peronismo, con aquel famoso telegrama que pretendía apoyar a Luder. Al día siguiente Alfonsín ganaba de manera arrasadora. El Negro escribió esa misma noche una carta a sus ex camaradas de la ESMA. Había que prepararse, dijo, porque el enemigo estaba a punto de tomar el poder.

La primera medida que tomó Alfonsín fue someter a juicio a los jefes militares de la dictadura. Apareció hablando en la televisión y dijo que, en su carácter de Comandante en Jefe del Ejército, acababa de iniciarles juicio ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. Una Comisión de Notables llamada CONADEP comenzó a investigar los casos de desaparición de personas durante la dictadura, material que se pondría a disposición de los jueces. La Comisión estaba presidida por el escritor Ernesto Sábato.

Ambas medidas, aunque no eran contrarias a las promesas que Alfonsín había hecho durante la campaña, provocaron sospechas entre muchos de quienes lo habían votado. Todos los organismos de derechos humanos habían exigido, en lugar de esa "comisión de notables", una comisión integrada por miembros de ambas cámaras. Pero sobre todo, sorprendía la decisión de que fueran nuevamente los militares los que juzgaran a los militares...

Para le lamente, los medios de difusión se llenaban de testimonios de las víctimas de la dictadura: presos, exiliados, narraban los horrores de los campos de concentración. Artistas largamente censurados que ahora volvían a llenar teatros y programas televisivos. El "destape" degeneró pronto en un amarillismo que horrorizaba a las víctimas. La revista *Libre*, por ejemplo, mostraba fotos pornográficas alternando con tumbas colectivas que acababan de descubrirse en Avellaneda. Como todo sádico, Massera gozaba al saber que sus crímenes concitaban la atención de la gente. Pero ese placer no bastaba para borrarle el malhumor. No tenía miedo de Alfonsín. Nunca había tenido miedo: era una de las características de su enfermedad no prever el futuro y, por

lo tanto, no percibir el peligro. Pero sentía que todo el mundo lo había abandonado y, ahora, Massera odiaba a todo el mundo.

En setiembre de 1984, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas aún no había comenzado siquiera con los juicios. La sociedad toda se indignó. Alfonsín, presionado por el pueblo, pasó el juicio a la Justicia ordinaria.

Capítulo II

LA COMPLICIDAD DE LOS RADICALES

En 1982 empiezan las multipartidarias y ahí también nuestra participación fue muy activa. Hicimos un documento. La primera reunión fue en el comité de los radicales; nos convocamos las madres y nos dijeron: "¿pidieron entrevista?", "no". Fuimos 80 Madres, abrimos la puerta y dijimos "hola, acá estamos." ¡No podían creer los radicales que estábamos ahí metidas! Estaban espantados. Entonces, llevábamos el documento, ya las cámaras de televisión estaban preguntándose cómo estaban esas mujeres ahí y entonces yo le dije a Vanoli: "Mire doctor, estuvieron cinco años en la heladera los políticos, los que están presentes les quiero dar un documento a cada uno". Y les dimos un documento a cada uno de los políticos que estaban ahí diciendo lo que habíamos hecho las Madres. Y así, cada vez que se reunió la Multipartidaria, las Madres estuvimos presentes. Entrando, luchando, por la puerta de atrás, por la de adelante, con invitación, sin invitación. Y a todos los políticos, les quiero decir, les dijimos lo mismo: no hereden los 30.000 desaparecidos, no hereden este horror porque este horror los va a sepultar a ustedes mismos. Esa tarea incansable que tuvimos que hacer con los políticos que no querían escuchar, pero que no querían escuchar porque en parte, también, eran responsables de la desaparición de nuestros hijos. En parte también fueron responsables porque se callaron, porque silenciaron, porque apoyaron. No nos tenemos que olvidar que los radicales fueron los que más hombres le pusieron a la dictadura. No nos tenemos que olvidar que los peronistas también tuvieron su parte porque Luder, con ese decreto de exterminio, también tenía su culpa. Y por eso es que ellos no nos querían apoyar, que no les importaba heredar los desaparecidos porque era también parte de su propio trabajo anterior. Porque ellos no estaban de acuerdo para nada con que nuestros hijos se opusieran a ese plan económico que casi es el mismo de hoy; ese plan terrible de Martínez de Hoz que llevó a que desaparecieran 30.000 personas en este país.

Hebe de Bonafini Historia de las Madres de Plaza de Mayo

LAS MADRES Y ALFONSÍN

En 1983, la efervescencia de los partidos políticos hizo que las Madres tuviéramos que trabajar el triple. Entrevistas, pedidos, reclamos. Vino la elección. Ganó Alfonsín. Lo fuimos a ver. Nos recibió muy bien, muy simpático, muy norteamericano él con su sonrisa. (Yo me doy cuenta ahora de esto, no crean que ese día me di cuenta. Se los digo ahora para hacerme la agrandada. Pero ese día me creía que era simpático en serio.) Y nos recibe y nos da esperanzas. Cuando asume como presidente nos vuelve a recibir, y nos dice que él creía que había desaparecidos con vida, que qué pensábamos nosotras. Nosotras le dijimos que también creíamos que había desaparecidos con vida. Y él, que los iba a buscar. ¿Y saben qué hizo para buscarlos? Mandó un radiograma a cada jefe del Ejército para preguntarles si sabían algo de los desaparecidos. Y ellos le contestaron que no, con el descaro que los caracteriza. Ésa es la manera en que Alfonsín los buscó.

(...) El gobierno constitucional creó esperanzas y el primer mes creó la CONADEP. También nos vinieron a ver para esa CONADEP, que nosotras rechazamos porque no era una comisión -ustedes lo saben- que habíamos elegido nosotras, no la eligió el pueblo, no la pidió el pueblo, sino que era un aparato que creó Alfonsín, que lo necesitó para ganar tiempo. Porque los organismos estábamos cohesionados, habíamos hecho muchas marchas (por la Vida, por la Libertad) que eran enormes y era una manera -después de que habíamos crecido de buscar un solo hijo a buscar a todos los hijos, después de que habíamos crecido en esto de no reclamar ya por uno sino por todos- de volver a la lucha individualista, característica muy importante de los radicales: que cada uno se ocupara de lo suyo.

Y muchas de las Madres, que habíamos entendido perfectamente que teníamos que ser todos o ninguno, y que nosotras los buscábamos a todos, se empezaron a cuestionar si no había que ir a la CONADEP, y algunas de ellas fueron a la CONADEP, y en nuestro documento dijimos: no vamos a firmar un cheque en blanco a Alfonsín porque no sabemos qué va a hacer con las 50.000 páginas que tiene, porque tampoco sabemos qué hizo con todo lo que había en los tribunales, de todos los años pasados, y porque sí sabemos que confirmó a los jueces cómplices del proceso anterior para que sigan haciendo lo mismo ahora. También sabíamos que estaba ascendiendo

a los militares y también sabíamos de muchas de las complicidades que se estaban tejiendo. Por eso no aceptamos a la CONADEP ni fuimos a la marcha. Fuimos las únicas que no fuimos a la marcha de la CONADEP.

Hebe de Bonafini Historia de las Madres de Plaza de Mayo.

PRUEBAS

De la denuncia de Víctor Basterra ante el CELS

Buenos Aires, 29 de agosto de 1984

(...) Se atribuye particular significación a la presente presentación, por los importantes elementos de prueba que se acompañan, demostrativos del funcionamiento ininterrumpido de la ESMA como centro clandestino de detención y tortura durante el periodo 1976-1983.

Son abundantes los testimonios que desceben esa característica de la ESMA hasta el año 1978, fecha en que concluye la comandancia de Emilio Massera. Sin embargo, no se ha hecho público aún, en forma minuciosa y detallada, las actividades de ese centro clandestino de detención hasta pocos días antes de la asunción del gobierno democrático y aún después, mediante una política de advertencia e intimidación personal hacia el [denunciante, señor] Víctor Melchor Basterra.

Basterra relata en su escrito que fue secuestrado el 10 de agosto de 1979 junto a su esposa y su hijita de dos meses y medio de edad, por un grupo de individuos armados que irrumpió violentamente en su domicilio de Valentín Alsina. (...) Tras los maltratos típicos de este tipo de procedimientos, Basterra fue llevado encapuchado a un lugar que luego reconocería como la ESMA. AHÍ fue torturado durante las primeras 20 horas de su secuestro, periodo en el cual tuvo dos paros cardíacos. (...) Su señora, que también había sido torturada, fue liberada poco después junto con su hijita, mientras que Basterra era ubicado en el sector Capucha, donde permaneció hasta los primeros días de setiembre de 1979 engrillado, esposado y encapuchado.

Con motivo de la visita de la Comisión Internacional de Derechos Humanos (CiDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA), producida en ese mes, Basterra -junto a todas las personas allí recluidas-, fueron trasladadas a una isla del Tigre, [donde permanecieron] hasta los primeros días de octubre.

El 21 de diciembre de 1979 se le permite hacer una nueva llamada telefónica a su familia y simultáneamente es trasladado al llamado Sector 4, ubicado en el subsuelo de la ESMA con el objetivo impuesto de que escribiera su historia. Comenzaba así lo que el GT llamaba 'proceso de recuperación' que, según pudo comprobar el denunciante, consistía en lograr del cautivo, a partir del horror que vivía, la práctica de un individualismo a ultranza y la aceptación de una rigurosa jerarquía que determinaba la vida y la muerte en función de cada una de las coyunturas políticas que se presentaban.

(...) En los primeros días de 1980 y dado que su oficio es el de gráfico, le asignaron tareas en el llamado Sector Documentación, ubicado también en el-subsuelo. (...) En las últimas semanas de febrero, le sacan la capucha y los grilletes y lo trasladan a otra sala ubicada en el altillo, frente a Capucha; es la época en que asume como jefe de inteligencia del GT un capitán de fragata al que llamaban Horacio: Basterra ignora su verdadero nombre, pero logró enterarse que en 1979 este tal Horacio había sido el segundo oficial en graduación en la Fragata Libertad. Por ese entonces asume también el nuevo director de la ESMA, capitán de Navío Otero, [que reemplaza a Suppicich, reemplazante a su vez de Chamorro. Con la llegada de este último oficial, se endurece el trato en relación con los secuestrados, Por lo menos en tres oportunidades, Basterra vio a Otero en la sala de documentación donde desempeñaba esforzadamente sus tareas.

(...) En cuanto a las tareas que el denunciante estaba obligado a realizar, figuraba la confección de documentación falsa de todo tipo, que se acompaña en la presentación y que pudo extraer más adelante, cuando se le permitió egresar e ingresar a la ESMA sin mayores controles. Entre la documentación que se acompaña, figuran;

- tarjetas de identificación de automotor falsas;

- tarjetas verdes auténticas de vehículos robados por miembros del GT;

- un manuscrito conteniendo un pedido de documentación falsa efectuado por el capitán Benazzi Berisso al subprefecto Díaz Smith {en el manuscrito, Benazzi Berisso alude a un carnet de timonel de yate falsificado en la ESMA, para un tal Lataliste);

- una solicitud de registro internacional y de certificado de buena

conducta falsos, para dos hijos del contraalmirante Rubén Jacinto Chamorro y un allegado de su familia, Gustavo Andrés Cajaraville;

- . un mensaje manuscrito de Díaz Smith para el prefecto Camot, donde alude a que se debe 'controlar... la situación en Capucha';

- . un formulario usado por el COPECE -organismo creado en la Armada a fines de 1982 y cuya tarea era la de acumular y clasificar datos concernientes a la represión; surge de una lectura de la planilla que está preparada para llenarla con datos pertenecientes a los detenidos-desaparecidos y complementada con la fecha de detención, la mención de si se pidió 'área libre', si la víctima murió en enfrentamiento o al ingerir cianuro o, por último, si fue capturado sin novedad. Se contempla también incluir en la planilla si por el detenido reclaman alguno de los ocho organismos de derechos humanos que funcionan en el país -los que se mencionan por su nombre- Amnesty International, alguna embajada o la OEA. Este COPECE estaba integrado por el capitán Acosta, el capitán Scheller, el teniente o capitán González Menotti, etc;

- . hojas manuscritas por el capitán Enrique Yon, jefe del GT en 1982, donde solicita 'hacer un pasaporte con sosias real y que sea un apellido común' y colocarle en él "varios sellos de movimientos", 'que tenga renovación en 1982", además, de un pasaporte que le adjunta, le recomienda copiarla visa a Sudáfrica'.

- . Volantes impresos por el GT que habían sido solicitados por quien fue candidato a diputado nacional por el Partido Justicialista, Carlos Alberto Durich; en los volantes, impresos por la ESMA, se invita a afiliarse al PJ en determinadas unidades básicas y a compartir un asado inaugural en la unidad básica de México 1345.

- . Una planilla interna donde se consigna la identidad y el lugar (Capucha, Pecera, Sector 4) donde se encontraban reclusos distintos secuestrados. La planilla tiene partes manuscritas con bolígrafo, presumiblemente hechas por el subprefecto Díaz Smith, lo cual puede ser fácilmente comprobable con la correspondiente pericia. La presencia en la ESMA de todas las personas mencionadas en esa planilla, fue acreditada por Basterra cuyo nombre y apellido también está consignado en la misma. (...)

A lo largo del tiempo que permaneció secuestrado, Basterra constató la presencia de numerosas personas privadas ilegalmente de su libertad en el lugar; de todas ellas, algunas fueron liberadas; respecto de la mayor parte de ellas, nunca más tuvo noticias. (...) En los archivos de documentación de la ESMA, el denunciante encontró fotografías de algunos de ellos, como así también de personas de las que se ignora su identidad y suerte, pero que evidentemente estuvieron detenidas en la ESMA, ya que muchas de ellas aparecen esposadas y con visibles signos físicos de maltratos. Todas esas fotografías han sido acompañadas a la presentación, para su difusión pública.

Relata Basterra que durante 1981 el GT traslada su sede de la Casa de Oficiales donde se encontraba al Pabellón Coy, también dentro del ámbito de la ESMA, frente a la enfermería de la Escuela y detrás de la Casa de Suboficiales. Basterra tiene conocimiento que para entonces, las personas que eran secuestradas, eran llevadas -según cree- a una quinta en Tortuguitas o Del Viso, que alquilaba con un socios el capitán Rodríguez (a) Ángel.

(...) La querrela, luego de relatar la destrucción de numerosa documentación por parte del GT en noviembre de 1983, concluye indicando que es recién en los primeros días de diciembre del año pasado que lo facultan a irse a su casa, aunque con la obligación de quedarse en ella pues seguía estando a disposición del GOEA.

LAS MADRES Y EL JUICIO

...los juicios se hicieron bajo el Código de Justicia Militar en tribunales civiles, se hicieron sin el asesino en el banquillo, se hicieron eligiendo determinada cantidad de testimonios en los que no se tocaba ninguna multinacional (no por casualidad Strassera eligió los testimonios que eligió), en ningún momento se nombró la complicidad de las multinacionales Coca-Cola, Pepsi, Papel Ledesma, y bueno, no alcanzaría esta noche para nombrarlas a todas.

Y las Madres fuimos al juicio, el día que se inauguró. Cada día, después, teníamos una tarjeta para ir nosotras. Y el día que supuestamente se iban a dar las condenas, que se pidieron grandes antes de las elecciones de diputados que hubo en el 85, en noviembre y que 15 días después de las elecciones ya no eran las condenas que nos habían dicho que iban a pedir. Y en el juicio, cuando se dictó la primera absolución, yo estaba presente, había discutido mucho con Strassera para ponerme el pañuelo porque no me dejaron usar el pañuelo, porque decían que no era un acto político; entonces yo me lo sacaba y me lo ponía acá y venía Strassera y me lo hacía bajar más y cuando se iba él... hasta que me sacaron uno, pero como me había llevado varios en la pollera, me sacaban uno y sacaba otro de la pollera.

Ésa era la pelea, ¡sí!, porque ¡qué tenía un pañuelo en la cabeza...! Yo decía: toda esta gente que está con sombrero acá, por qué no se lo hacen sacar. Los policías estaban con las gorras. No, era el pañuelo blanco. Y yo le dije: doctor Strassera, lo que pasa es que el pañuelo blanco va a ser la única condena verdadera en este juicio. Y cuando dictó la primera absolución, me levanté y me fui del juicio. Lo que me lamento es que me fui sola, porque tampoco se levantaron los compañeros de los otros organismos que yo esperaba que se levantasen. Me fui sola del juicio, acompañada de muchos periodistas que me preguntaron por qué me iba, y entonces les dije que me iba porque eso era una vergüenza, porque estaban absolviendo asesinos en la cara del pueblo y en la cara del mundo.

Hebe de Bonafini, Historia de las Madres de Plaza de Mayo.

YO ACUSO

Creación.

Simultáneamente la formación de la estructura represiva secreta en todo el país, el GT de la ESMA es creado por decisión directa del Almirante Massera, en ejercicio de la Comandancia en Jefe de la Armada y como integrante de la Junta Militar de Gobierno. El objetivo fue la conformación de un grupo que operara en Capital Federal y Gran Buenos Aires, jurisdicción del I Cuerpo de Ejército y que estuviera constituido por gente de confianza y bajo el mando recto del Comandante en Jefe. (*Lisandro Raúl Cubas, Rosario Evangelina Quiroga.*)

Competidores.

El GT332 serviría también para cumplimentar objetivos vinculados al desarrollo de la carrera política de Massera: eliminación de posibles competidores (secuestro y asesinato del embajador Hidalgo Solá, atentado contra el domicilio del Secretario de la Presidencia, Ricardo Yofre, acumulación de fondos mediante robos para financiar su actividad, etc.)

Inauguración.

En mayo de 1976 se constituye oficialmente el Grupo de Tareas 332. (...) El apoyo de los altos mandos de la Marina al GT es expreso. Massera asiste a su conformación y dicta una conferencia inaugural a los oficiales designados, concluyendo con una exhortación a “responder al enemigo con la máxima violencia, sin trepidar en los medios.” (*Martín Gras*)

Secuestros.

[El GT332] contó desde sus inicios con el aval del propio Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Emilio Eduardo Massera. Se cuenta que en algunos procedimientos de envergadura éste tuvo participación personal actuando bajo el nombre de guerra “Negro”. (*Sara Solarz de Osatinsky, Ana María Martí, Alicia Milia de Pitias.*)

Torturas.

En las primeras operaciones de secuestros que realiza el GT participa Massera, asumiendo en el terreno el mando operativo. Incluso, y de acuerdo a lo declarado por los oficiales, tortura personalmente a los detenidos capturados, en el sótano del Casino de Oficiales. (*Lisandro Raúl Cubas, Rosario Evangelina Quiroga.*)

Visitas.

Debo agregar además que en varias oportunidades se [hizo presente en la ESMA] a los efectos de visitar las instalaciones el Negro o Cero, como se lo llama a Massera. (*Horacio Domingo Maggio.*)

Navidad del 77.

En fecha próxima al 24 de diciembre de 1977 me llevaron a la "Pecera" junto con otros compañeros de prisión, unos 30. Allí se hizo presente el Almirante Masera, que era entonces Comandante en Jefe de la Armada, junto con el Contralmirante Chamorro, el Capitán de Corbeta Acosta, y algunos miembros más del GT332. En esa oportunidad, exhibiendo un cinismo e hipocresía sin límite, ante una treintena de prisioneros con sus piernas sujetas con grilletes, nos deseó "Feliz Navidad". Fue luego a la celda donde estaba encerrada Norma Esther Arrostito desde diciembre de 1976 y que sería asesinada 15 días después. (*Graciela Daleo.*)

Mano de obra esclava.

En ese momento (1977) comienzan a manifestarse graves enfrentamientos internos entre los Comandantes en Jefe, miembros de la Junta Militar, y entre las tres armas, principalmente entre Marina y Ejército. Sin entrar a considerar el origen de estas contradicciones, en el aspecto específico de la represión y ante la importancia creciente de denuncia internacional sobre la violación de los Derechos Humanos en Argentina, Massera se ve señalado como el principal responsable. Esta situación es naturalmente aprovechada por el Ejército.

Por otra parte Massera tiene enormes ambiciones políticas que comienzan a traslucir en sus declaraciones públicas. Comienza entonces a considerar la necesidad de preparar su futuro inmediato, buscando la forma de quedar a cubierto aunque sea en parte de las acusaciones que se le formulan.

El Capitán de Fragata Acosta ve en la perspectiva de lucha por el poder que le señala Massera una posibilidad de acrecentar su propia influencia en el arma, utilizando los recursos del aparato represivo de que dispone. Surge así el proyecto, que cuenta con el aval de Massera, de seleccionar un cierto número de prisioneros con ese objetivo. Estos son elegidos en función de dos criterios: una cierta notoriedad pública o una larga trayectoria en organizaciones populares unos y su capacidad técnica otros. Estos secuestrados son mostrados a los visitantes de la ESMA, en general, altos jefes militares, como trofeos producto de la eficacia represiva del GT. El objetivo de Acosta es disponer de un número de detenidos-desaparecidos cuya capacidad técnica podría poner, en un plazo, al servicio de sus ambiciones. Este 'equipo' serviría también en el asesoramiento al Almirante Massera, con Acosta como vía de comunicación necesaria. *(Lisandro Raúl Cubas, Rosario Evangelina Quiroga.)*

Beagle.

Héctor Agulleiro [periodista del canal 11 de televisión]. Alias Bebe. Durante todo el año 1978 visitó asiduamente la ESMA, teniendo conocimiento personal de todo lo que allí sucedía por ser amigo del capitán Acosta. Produjo notas televisivas durante el conflicto del Beagle, enmarcando la figura del Almirante Massera como "gran defensor de la soberanía. *(Lisandro Raúl Cubas.)*

Un balance.

En setiembre de 1978 nos llevaron al salón 'Dorado', en la planta baja del edificio. Allí se hizo presente nuevamente el almirante Massera, que pasaba a retiro, y que nos dirigió un discurso en el que intentó una vez más justificar las atrocidades cometidas en "bien del proceso." En esa misma fecha entregó a los miembros del GT332 condecoraciones por su accionar como agentes de la represión. Le acompañaron los más altos mandos navales. *(Graciela Daleo)*

El socialdemócrata.

En el sótano, donde se encontraban los cuartos de tortura, era común [que nos pusieran a] trabajar con un fondo de gritos de torturados. Se trata de una experiencia terrible, una suerte de tortura psicológica. Mientras tanto, Massera nos visitaba para hablamos de su proyecto político

"socialdemócrata."

No todos los oficiales del Grupo de Tareas adherían al proyecto político de Massera, alias 'El Cero'. (...) Paradójicamente, varios civiles 'adherentes' colaboraban con Massera en el encubrimiento de las tareas de represión ilegal del GT. Algunos de ellos: Bebe Agulleiro (periodista, compañero de estudios y amigo personal de Acosta), Bebe Sayago (periodista, denunciado por Andrés Castillo en España), Fanny Rubinstein (jefa de relaciones públicas de la empresa Alto Paraná y sucesivamente del Ministerio de Relaciones Exteriores y de Bienestar Social y su marido el doctor Guillermo Rubinstein. Todas estas personas estaban perfectamente al tanto de lo que ocurría en la ESMA, y visitaban a menudo el campo de concentración. *(Miriam Lewin.)*

Régimen de libertades:

[Sobre las causas de mi libertad, diré que] es posible que esta maniobra formara parte de un plan político estructurado por el almirante Massera para aparecer como el más potable de los miembros originales de la Junta y un posible recambio 'socialdemócrata' del actual régimen. *(Nilda Orazi.)*

ACUSACIÓN Y CONDENA

19 de setiembre: Massera es acusado formalmente por 83 homicidios calificados, 623 privaciones ilegales de la libertad, 267 aplicaciones de tormentas, 102 robos agravados, 201 falsedades ideológicas de documento público, 4 usurpaciones, 23 reducciones a servidumbre, una extorsión, 2 secuestros extorsivos, una supresión de documentos, 11 sustracciones de menores y 7 tormentos seguidos de muerte. La pena reclamada para él al igual que para Videla, Agosti, Viola y Lambruschini fue la prisión perpetua.

9 de noviembre: Arslanián lee la sentencia, “es por ello y de acuerdo a lo dispuesto en los artículos 400 y 401 del Código de Justicia Militar que el Tribunal, por unanimidad, FALLA:

Condenando al Almirante Emilio Eduardo Massera, como autor responsable de los delitos de homicidio agravado por alevosía, reiterado en tres oportunidades: en concurso real con privación de la libertad y amenazas, reiterado en 69 oportunidades; en concurso real con tormentos, reiterados en doce oportunidades, a la pena de PRISIÓN PERPETUA: inhabilitación absoluta perpetua, accesoria de destitución y pago de las costas.

El Juicio a las Juntas Militares comenzó el 22 de abril de 1985. Era uno de los primeros juicios orales que se hacía en el país. Esto permitía que las declaraciones de víctimas y testigos se conocieran rápidamente.

Como todos los juicios orales, éste tuvo desde el principio mucho de ceremonia religiosa y, como toda ceremonia religiosa, también mucho de teatro. En la imponente sala de Tribunales, presidida por la imagen de la Justicia y su balanza, ingresaban cada día los miembros del Alto Tribunal, solemnes como obispos. Después, los fiscales, que se colocaban a la derecha del juez y, justo al otro lado, los defensores de los militares. Los acusados estaban autorizados a no venir y, de hecho, sólo lo hicieron una o dos veces cada uno.

En el medio, de espaldas al público que atestaba la sala, se colocaban los testigos. Entre el público, las víctimas sobrevivientes y sus familiares esperaban que el tenso silencio se cortara con las incesantes descripciones del horror.

Durante todo aquel verano, mientras se preparaba el juicio, Massera había estado de un humor de perros. Odiaba al país que parecía conjurarse contra él y hasta odiaba los propios militares que no eran capaces de levantarse para dar otro golpe de Estado y terminar con esa insolencia de los juicios. Massera se sentía traicionado por los civiles. Se iba a juzgar a los miembros de las Juntas, pero no porque hubieran tomado el poder ni porque hubieran reprimido para allanarle el camino al plan económico de Martínez de Hoz y a los poderes que éste representaba. Se los iba a juzgar por el modo en que habían reprimido.

¡Como si muchos de los radicales no hubieran aprobado, en aquel momento, los campos de concentración, la tortura, las desapariciones...! ¡Como si esos mismos jueces no hubieran sido jueces de la dictadura que Alfonsín había confirmado en sus cargos...! Durante todo el juicio, esos jueces fingieron desconocer a todo militar que pasaba en la sala. Pero Massera no olvidaba y se juraba fondearlos tan pronto volviera a unirse a las Fuerzas Armadas.

El malhumor de Massera llegó casi a la histeria cuando se levantó, aquel primer día, para ir a Tribunales y debió calzarse el uniforme que le apretaba en el pecho y en la imponente barriga. Y sin embargo, desde antes mismo de ingresar a la sala, Massera se entusiasmó. Percibió que su aparición era tan esperada como la de un actor cuando se ha levantado el telón y el escenario sigue desierto. Entró en la sala y caminó erguido hacia su banquillo sin borrar nunca la sonrisa de su rostro duro. Miró fijamente a los fiscales, al tribunal. No miró nunca hacia el público, donde había creído distinguir una cabeza cubierta por un

pañuelo blanco.

Y al comprobar de reojo cómo lo seguían las cámaras fotográficas, las cámaras de televisión, comprendió qué útil podía serle esta nueva publicidad. Massera evaluó que, si pensaba bien qué cara poner ante este Juicio, podría conquistar a los militares que seguían el juicio desde sus casas y convertirse en su nuevo líder. Quena promover un nuevo golpe de Estado y volver a tomar el poder. Entonces compuso nuevamente su pose de “duro”. Dejó de sonreír y frunció las enormes cejas como un capitán que está decidido a hundirse antes que abandonar el barco. Y para no arruinar esta imagen, ya no volvió al recinto hasta que debió hablar ante todos.

El abogado defensor de Massera se llamaba Jaime Prats Cardona. Massera apenas si lo conocía. Era un viejo obsecuente y decrepito y, para peor, extremadamente antiguo en sus pensamientos y sus palabras. Admiraba a la Marina, decía, pero no sabía nada de ella. En realidad, más que amar a la Marina, odiaba a peronistas y comunistas -a los que llamaba, unánimemente, “subversivos”- y consideraba que todo subversivo merecía la muerte. Prats no poseía, como se ve, ni el aplomo ni la astucia que necesitaba un cliente tan comprometido como Massera. Pero qué se le iba a hacer. En secreto, Massera confesaba que lo había conseguido en liquidación: Prats había sido el único que había accedido a exponerse junto a él en aquel trance. A cambio, claro, de unos 200.000 dólares.

Aquella primera sesión fue abierta solemnemente por el doctor León Arslanian, un hombre alto, entrado en años y en carnes, de bigote grueso, mirada penetrante y modales severos. Era y, lo sabía, la imagen del buen burgués. Arslanian convocó a Ítalo Luder para que explicase aquella famosa ley que, en 1975, había autorizado a los militares a “aniquilar a la subversión”. Massera despreciaba a los que pierden y no había perdonado a Luder el fracaso de 1983. Massera imaginaba que podía predecir, palabra por palabra, lo que declararía ese viejo imbécil que lucía como una versión afeminada y canosa del propio Videla. Luder, calculó Massera, diría que no había querido decir lo que los militares le habían dicho que dijera. Luder, claro, aclararía que “aniquilar” no era matar ni torturar ni hacer desaparecer y que los militares se lo habían tomado muy a pecho. ¡Como si los militares hubiéramos pensado alguna vez en esa ley...!, pensó con desprecio y, aburrido, miró para otro lado.

Massera no quería mirar a la platea, donde (estaba seguro) la mujer del pañuelo blanco no le quitaba los ojos de encima. Entonces se distrajo mirando a los fiscales que eran, en apariencia, asombrosamente distintos. Uno, Julio César Strassera, era un hombre mayor y de bigotes, flaco como una cigüeña, que fumaba un cigarrillo tras otro y que, al mirar cada cosa entre nubes de humo, parecía verla a kilómetros de distancia. El otro, Luis Moreno Ocampo, de barba y bigotes y pelo enrulado, era poco más que un muchacho:

tendría - calculó Massera- la edad promedio de los desaparecidos. Moreno Ocampo estaba concentrado en la declaración de Luder y Massera, por costumbre, lo imaginó golpeado, torturado, dormido en los aviones, arrojado al mar como había hecho con tantos otros. Ya habría tiempo. Por ahora le quedaba tenerle lástima. Y se dijo que tener treinta años y creer en esa fantochada de juicio era el peor destino para un joven.

Mientras duró el juicio, los ex comandantes estuvieron alojados en la Unidad 22, una dependencia oficial muy cercana a Tribunales. Aquella primera noche, Videla volvió abatido a su cómoda prisión. Desde hacía unos años, se había vuelto fanáticamente religioso. Y ahora le parecía que el juicio era una confabulación del Maligno. A través de la pared, Massera escuchaba el monótono murmullo de los Videla que repetían Padrenuestros y Avemarias y rogaban “que nuestro señor destierre al comunismo de la faz de la tierra...”. Era un sonsonete constante, capaz de deprimir al más entusiasta, que recordaba los velorios de principios de siglo. Pero Massera estaba muy contento y cuando prendió la televisión y se vio protagonizando de nuevo un noticiero, retomó una incesante actividad.

Desde el día siguiente, cada mañana, Massera mandaba comprar todos los diarios de Buenos Aires y del interior y leía minuciosamente cuanto artículo se refiriera a los juicios; y sobre todo, analizaba aquellos que reproducían la opinión de los militares. Los militares estaban, claro, extremadamente molestos con el Juicio. Defendían la “lucha contra la subversión”, volvían a hablar de la “campana en su contra orquestada por el marxismo internacional”. Secretamente, tenían otra preocupación. Que si el juicio iba bien, se los condenara a ellos mismos. O que, si alguno de esos antiguos jefes se quebraba y rompía el pacto de silencio, sus propios crímenes quedaran al descubierto. Massera sonreía. Veía la cara de Videla, atormentado y llorón, o de Viola, borracho y cascarrabias y se le antojaba que sólo él mismo podría liderar una sublevación. Mandó llamar a Lezama y le dijo que preparara, para el día del alegato, un discurso que le hiciera ganar nuevamente el aprecio de la joven oficialidad. Y una vez más, acarició el sueño de ser presidente.

En la segunda sesión del juicio declararon sindicalistas. Eran todos viejos conocidos de Massera. Negaron tener noticias de los asesinatos, las desapariciones, las torturas que los militares habían perpetrado... con su propia colaboración. Pero ya desde el día siguiente comenzaron a sentarse en el banquillo víctimas de la dictadura que contaban sus casos. Habían sido tantos los años de silencio, tanto el terror de volver a caer, que se sobresaltaban cuando el micrófono expandía su voz hasta hacerla resonar en el mundo entero. Los sobrevivientes temblaban, pero ya no de miedo. Temblaban de emoción, de rabia, de sed de justicia. A poco de hablar, cada voz era ya una condena.

De tanto en tanto, los fiscales los interrumpían y pedían que aclarasen uno u otro punto de sus declaraciones. Y después empezaban a preguntar los defensores de los militares. Como no podían desmentir lo que denunciaban las víctimas, les preguntaban sobre su ideología, o si tenían o habían tenido alguna militancia política.

-Claro que soy marxista, -le contestó fuera de sí un ex detenido al abogado Orgeira, defensor del general Viola-. ¿Y con eso qué...?

Orgeira se quedó sin respuesta y recibió una silbatina de la concurrencia a la que puso fin un grito de Arslanian. Orgeira balbuceó:

-No yo no quise decir lo que dije... Yo no digo que ser comunista merezca la tortura, pero...

-Queda levantada la sesión hasta mañana -cortó impaciente el doctor Arslanián.

Y frente a su televisor en la Unidad 22, Massera empezaba a entrever, nuevamente, el veredicto.

El país entero hablaba del juicio. Salvo los acusados. Ante los reclamos del mundo entero, no contestaban, o decían no saber nada sobre la existencia de campos de concentración y personas desaparecidas. Era el famoso pacto de silencio que los había unido más allá de todas las internas, desde el principio de la dictadura. Sólo que ahora los volvía, más que impunes, ridículos. La imposibilidad de hablar les impedía siquiera defenderse. A partir de agosto, cuando empezaron a declarar los sobrevivientes de la ESMA, a Massera empezó a molestarle el pacto como una mordaza. Envidiaba a las víctimas porque ahora podían hablar y se enfurecía porque ya no podía volver a castigarlas. Soñaba con llegarse hasta la sala del juicio y gritar: -Sí yo maté, yo torturé y..., - soñaba despierto con poder cerrarles la boca con una amenaza. Pero no era éste el momento de traicionar a sus compañeros.

Por fin llegó el día de la acusación. Strassera y Moreno Ocampo hablan ingresado muy temprano al recinto y repasaban ansiosamente sus discursos mientras el público y los periodistas ocupaban sus asientos. Por fin sonó un timbre y después de los jueces y el público, por la puerta de la izquierda entró la fila de genocidas. Massera, con su uniforme de Almirante, encabezaba la marcha. Tema el gesto altivo, ligeramente grotesco, de los desfiles, cuando pasaba revista a sus hombres: suponía que ese gesto iba a conmover a todos los marinos que lo vieran desde sus casas. El resto de la procesión, en cambio, estaba vestido de civil y tenía un gesto de preocupación. Videla sacó un breviario del bolsillo y comenzó a leer la vida de un mártir. No era una provocación. Lo

hacía a escondidas, como un chico que se copia en un examen. Simplemente, se creía incapaz de aguantar los nervios sin ayuda divina. Massera desvió la vista, como si nada le importara, pero se dispuso a escuchar lo que decían sus enemigos.

El discurso de Strassera fue largo y excesivamente jurídico para la comprensión de Massera. Massera se aburría y dejó a Prats Cardona la tarea de analizarlo. Mientras tanto, repasaba puntillosamente el discurso que le había preparado Lezama. Pero no había llegado a la mitad cuando Moreno Ocampo empezó su alegato y lo hizo con una frase que el propio Massera había dicho en 1976: No permitiremos que la muerte vuelva a andar por nuestras calles. Y Massera saltó en su asiento como si intentaran robarle la cartera. Este pendejo, decía para sí, lo voy a hacer boleta. Después lo acusaron formalmente. Massera sonrió. Aunque esos delitos por los que era acusado eran, ellos solos, más numerosos y aberrantes que los de todos los presos de todas las cárceles del país, no configuraban en realidad ni la décima parte de los que verdaderamente había cometido. Sólo que para los fiscales y la propia Conadep, las directivas del alfonsinismo eran claras: se los debía juzgar como crímenes comunes, delitos individuales, no se podía juzgar todo el accionar de la dictadura. Era necesario cumplir el pacto entre Alfonsín y los militares.

Llegó el turno de hablar de Prats Cardona: nadie lo entendió y el que lo entendió, se quedó dormido. El pobre carcamán había pasado semanas preparando ese discurso, consultando códigos y manuales de redacción y diccionarios de sinónimos, cargando cada frase de metáforas y arcaísmos y de ¡oh! y de ¡ah! Después, había ensayado durante meses ante el espejo con la ayuda de un profesor de oratoria y declamación. El resultado fue tan lamentable que Massera, por primera vez en su vida, tenía cara de pedir perdón al público por el mal rato pasado.

Pero cuando le tocó el turno de defenderse, Massera se puso de pie y acompañando cada sílaba con un golpe en la mesa, empezó a decir de memoria el largo discurso de arenga a los militares que había escrito Lezama. Entonces se hizo el silencio y Arslanián convocó para el día siguiente, a escuchar la sentencia.

Las condenas fueron mucho menos duras de lo que se esperaba. Sólo Videla y Massera habían sido condenados a prisión perpetua y únicamente apenas por un diez por ciento de sus verdaderos crímenes. Agosti había sido condenado apenas a cuatro años y medio y, el resto de los ex comandantes había sido absuelto. Videla, en secreto, lloró. Pero Massera estaba exaltado. El aparato represivo seguía intacto, a disposición todavía del ex almirante. Y él estaba decidido a preparar, desde la cárcel, el nuevo golpe de estado.

Capítulo III

Los ex comandantes empezaron a cumplir su condena en la base militar de Magdalena. Era un predio enorme, en medio del campo, adonde sólo se podía llegar pasando rigurosos controles militares. Había varios pabellones para residencia de oficiales y suboficiales, galpones, hangares. Había canchas de fútbol, tenis, pileta de natación. Había también un presidio que se había hecho famoso durante la dictadura. Miles de desaparecidos habían pasado por allí. Por supuesto, ni Videla ni Massera ni Agosti entraron nunca en aquel presidio. Les tocó compartir una misma casa refaccionada exclusivamente para su comodidad. Cada uno disponía de una suite de tres habitaciones, con televisor y aire acondicionado.

Los tres conocían muy bien qué era una cárcel y, sobre todo, cuánto peores habían sido las cárceles durante la dictadura. Por eso no tuvieron nunca la sensación de estar presos: simplemente, guardados o protegidos de ese monstruo amenazante que llamaban subversión. De hecho, todo el personal militar de la base los trataba con tanto respeto como si todavía conservaran sus grados y siguieran en actividad. Y poco tiempo después de estar allí, ellos mismos impartían órdenes, premios y castigos con una autoridad que nadie discutía.

Los primeros tiempos fueron muy agitados: el acomodamiento en las nuevas instalaciones, la visita de familiares y de antiguos camaradas que se creían obligados a dar el pésame los mantenían ajetreados como viudas en un velorio. Pero luego, poco a poco, el mundo empezó a olvidarse de ellos. Agosti se deprimió. Videla, que nunca se había repuesto del disgusto del juicio, se lo pasaba rezando. Y Massera empezó a rabiar contra el continuo, mortal, aburrimiento. Porque, como dijo alguien, una base militar en tiempos de paz es un lugar aburridísimo. Pasan ciertas cosas, pero éstas pasan una y otra vez.

A los sesenta y pico de años, Massera volvía a encontrarse con el tipo de rutina que tanto había detestado en su juventud y del que había huido inventándose otras ocupaciones, como la estafa o el genocidio. Y como uno de esos invitados de lujo a los que no los dejan hacer nada, Massera pasaba el día entero nadando una y otra vez en la pileta, o jugando con un gatito al que terminaba por desnucar de un puntapié. Durante los primeros días de diciembre, los militares de la base solían verlo pasar como una aparición, en zapatillas y short de baño, empuñando su paleta como un garrote y exigiendo que alguien saliera ya a jugar con él. Nadie se animaba. Entonces Massera solía romper la paleta golpeándola violentamente contra una columna de alumbrado y volvía a hartarse de la televisión. Massera prefería los programas con juegos, sobre todo *Hola Susana*, pero hacía

zapping interminablemente, sin dejar de pensar en los viejos tiempos de la ESMA. Pero qué hacen estos pelotudos que no vienen, pensaban, qué mierda pasa que no me vienen a buscar. Se refería, claro, a los otros militares. ¿O acaso iban a dejar que los juzgaran también a ellos? ¿O acaso iban a permitir que Massera fuera el chivo expiatorio de los miles de asesinos y torturadores que había en las Fuerzas Armadas? No encontraba respuesta. Entonces se tiraba a dormir. Dormía horas, días enteros, meses.

La familia completa vino a visitarlo en la Nochebuena. Su mujer y sus hijos no lo encontraron triste, como pensaban, sino hosco, resentido, desconfiado. Massera temía que aprovecharan su ausencia para quitarle el puesto de jefe de familia. Nunca había querido a Lily, pero la sospecha de que ella pudiera tener un amante lo hacía tratarla con desprecio y frialdad. Sus hijos se habían hecho cargo, en general, de todos los negocios y empresas de Massera. Había sido una necesidad, una medida impostergable que él mismo había aceptado. Pero no podía bancárselo. Miraba a su hijo Eduardo y sentía que éste lo había traicionado, que le había movido el piso, que estaba deseando que se muriera para heredarlo.

A las diez de la noche de aquel 24 de diciembre los Massera pasaron al comedor. Las familias de los otros ex comandantes ocupaban, desde hacía rato, mesas separadas. Massera entró con cara de furia y se sentó a la cabecera de su mesa sin saludar ni decir palabra. Los hijos de Massera saludaron a todos con prudencia, mientras Massera los fulminaba con la mirada, como si lo estuvieran traicionando. Los familiares de Videla, Agosti y Viola les respondieron con saludos igualmente concisos y discretos, como si temieran ser infieles a sus padres. El aire se podía cortar y durante largo rato sólo se oyó el ruido que hacía Massera trozando con furia un pavo gigantesco. Los familiares bajaron la vista: comprendieron que había un secreto entre los tres comandantes, quizás una pelea que la Navidad había interrumpido. Comprendieron que ya no se hablaban y que sería mejor disimular.

Es realidad, los ex comandantes vivían peleándose. Verse a cada rato en un mismo lugar les hacía revivir, casi ocho años después, las peleas de la Junta, los pequeños y grandes conflictos. Y se esquivaban, seguros de que hablarse a mirarse terminaría en discusiones mucho peores que las de entonces. Sin embargo, a fines del verano, la soledad pudo más y empezaron poco a poco a reunirse. Agosti aceptó jugar a la paleta con Massera sólo por cortesía. No le gustaban los deportes y se cansaba enseguida. Pero acabó por entusiasmarse, porque Massera estaba aún más gordo y más viejo y no le pegaba a una sola pelota. Massera detestaba perder, lo detestaba más que nada en el mundo, pero no lo castigaba, evaluando que era mejor perder un partido que perder a un compañero.

Cuando llovía y no tenían nada que hacer, iban a la suite de Videla y para no hablar con

él, para que el viejo santurrón no empezara con sus sermones, Massera y Agosti metían películas de guerra en su videocasetera, que era la única que sabían manejar. Así pasaron dos o tres semanas de convivencia más o menos civilizada. Pero sucedió que un día Massera recibió una caíta de Lezama. Lezama le reprochaba su “inconducta”. Recientemente, un diario había publicado una foto de Massera corriendo picadas con un suboficial por el camino que lleva a Punta Indio. Massera iba al volante de un auto último modelo que acababa de mandarse comprar por su hijo Eduardo. A Lezama le parecía que ese comportamiento “no se compadecía con la dignidad de un marino que soporta injustamente la prisión”. Massera no entendió nada. Pero tuvo miedo de romper relaciones con Lezama, que era su el último lazo que le quedaba con el exterior y con su pasado. Su tristeza coincidió con una alegría de Agosti, a quien acababa de visitarlo una mujer y que ahora, al otro lado de la pared, se empeñaba en canturrear una y otra vez la misma canción mientras se duchaba:

-Sacá la mano Antonio que mamá está en la cocina... -gritaba Agosti entre gárgaras y escalofríos.

-Che Caruso, ¿te querés callar...?- bramó Massera golpeando la puerta, pero Agosti no lo escuchó.

Ignorante del volcán que trepidaba allí cerca, Agosti siguió cantando mientras se secaba, mientras se vestía y, de pronto, cuando salió al pasillo, ensayó una nota tan alta que casi hace caer la araña de cristal que iluminaba el palier. Massera salió hecho un león y le dio tal patada en el culo al ex brigadier que se rompió él mismo el pie.

La enfermería se declaró incapaz de curar al Almirante, que bramaba y tiraba tarascones a quien se le acercase. Los médicos decidieron trasladarlo al Hospital Naval de Buenos Aires. Mientras veía pasar las calles por la ventanilla de la ambulancia. Massera perdía poco a poco su malhumor. Había comprendido la excusa que tendría para salir de la cárcel y visitar a sus ex camaradas y planear, desde aquí fuera, una nueva confabulación.

Por fin, varios oficiales empezaron a acudir a Magdalena para analizar con Videla, como éste decía, el curso de los acontecimientos. Durante todo el tiempo que llevaban presos los ex comandantes, el gobierno de Alfonsín se había debilitado mucho, sobre todo por el fracaso de sus planes económicos que sólo generaban hambre y desocupación. Al verse rechazado por gran parte de quienes lo votaran, Alfonsín había comenzado a girar más abiertamente a la derecha y a buscar cada vez más el apoyo de los militares. Para congraciarse con ellos, dictó una Ley de Punto Final, que puso un plazo para iniciar juicio a los genocidas. Toda aquella víctima que no iniciara juicio antes de enero de 1987, aun cuando denunciara crímenes imprescriptibles ya no podría hacerlo después.

Las Fuerzas Armadas apreciaron este gesto como un signo de posible bonanza. Pero entre los militares, Alfonsín seguía siendo unánimemente detestado. Aun con las limitaciones de la ley, miles de acciones judiciales contra los militares seguían su curso natural y ahora miles de asesinos podían ir a la cárcel. Oyéndolos desde el otro lado de la pared, Massera conoció por primera vez los nombres de quienes, durante los meses siguientes, tendrían en vilo al país: Barreiro, Rico, Seineldín. Supo que dudaban entre dar un golpe o comenzar una serie de asesinatos para amedrentar al pueblo. Massera se moría de celos. Empezó también él a recibir vistas, sí, pero sólo se trataba de pesados como el periodista Carlos Burone, que acababa de enamorarse del ex almirante, o el Cardenal Quarracino, que olía como un tapir y le tomaba todo el whisky. Sin embargo, un día, a través del doctor Aberg Cobo, el encargado de manejar las cuentas que los ex comandantes tenían en Suiza, Massera tomó contacto con sus ex camaradas de la Marina y empezó a reunirse con ellos. Se reunían allí mismo; o en el Hospital Naval, adonde Massera acudía con la excusa de hacerse un chequeo; o en la misma casa de Massera, en donde se quedaba de incógnito durante varios días, enorgulleciéndose de ser el preso más bacán de todo el mundo.

Finalmente, durante la Semana Santa, cuando ya cientos de criminales habían sido llamados a declarar, Videla autorizó el levantamiento del Ejército. Lo lideró un coronel Rico, que se atrincheró en Campo de Mayo dispuesto a todo. Una multitud salió a la calle y colmó la Plaza de Mayo. Quería saber de qué se trataba, claro. Pero también estaba dispuesta a enfrentarse con los militares si era necesario.

Alfonsín se reunió con su séquito. Dijo que estaba decidido a ir a Campo de Mayo a negociar con Rico y preguntó la opinión de todos. Federico Storani dijo que, en su opinión, sería más conveniente convocar al pueblo a Campo de Mayo, pero Alfonsín lo miró con desprecio. No se podía seguir hostigando a los militares. Alfonsín fue a Campo de Mayo. Se reunió con Rico y sus secuaces, prometiéndoles que se terminarían los juicios y las persecuciones por los crímenes cometidos durante la dictadura.

Alfonsín salió al balcón de la Casa de Gobierno y, ante el pueblo reunido y dispuesto a todo, hartos de la prepotencia de los militares, les explicó que la casa está en orden y Felices Pascuas. La decepción embargó a miles de hombres y mujeres.

Porque Alfonsín agregó que los seguidores de Rico eran héroes y que merecían consideración. No dijo que, a cambio de que bajaran las armas, les había prometido el perdón para sus crímenes. El perdón consistía en otra nueva ley, llamada de Obediencia debida, que determinó que ningún militar merecía ir preso por sus crímenes, porque sólo habían cumplido órdenes de los ex comandantes.

En la base de Magdalena se vivía un clima de fiesta. Los ex comandantes, lejos de ofenderse porque los consideraran los únicos culpables, celebraban por adelantado su liberación. Ya salían de la Base cuando querían, paseaban por el pueblo, iban incluso a Buenos Aires y La Plata, desafiando la condena de los Juicios como para demostrar que Alfonsín ya no tenía poder sobre ellos. Un día, un fotógrafo sorprendió a Massera saliendo de un edificio de la calle Las Heras en donde acababa de reunirse con los más altos jefes de la Armada para discutir quién sería el próximo Almirante. Al día siguiente la noticia escandalizaba al mundo. Massera había querido romper la cámara del fotógrafo, pero sólo por el gusto de destruir nomás. No estaba preocupado. En las próximas elecciones, seguramente ganaría el candidato peronista. Y él sería el encargado de darle el indulto.

ACTA FIJANDO EL PROPÓSITO Y LOS OBJETIVOS BÁSICOS PARA EL PROCESO DE REORGANIZACIÓN NACIONAL.

La Junta Militar fija como propósito y objetivos básicos del proceso de reorganización nacional en desarrollo, los que se enuncian a continuación:

1. - Propósito. Restituir los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado, enfatizando el sentido de moralidad, idoneidad y eficiencia, imprescindible para reconstruir el contenido y la imagen de la Nación, erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y participación responsable de los distintos sectores a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia, republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del Pueblo Argentino.

2. - Objetivos básicos.

2.1- Concreción de una soberanía política basada en el accionar de instituciones constitucionales revitalizadas, que ubiquen permanentemente el interés nacional por encima de cualquier sectarismo, tendencia o personalismo.

2.2- Vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino.

2.3- Vigencia de la seguridad nacional, erradicando la subversión y las causas que favorecen su existencia.

2.4- Vigencia plena del orden jurídico y social.

2.5- Concreción de una situación socio-económica que asegure la capacidad de decisión nacional y la plena realización del hombre argentino; en donde el Estado mantenga el control sobre las áreas vitales que hacen a la seguridad y al desarrollo y brinde a la iniciativa y capitales privados, nacionales y extranjeros, las condiciones necesarias para una participación fluida en el proceso de explotación racional de los recursos, neutralizando toda posibilidad de interferencia de aquéllos en el ejercicio de los poderes públicos.

2.6- Obtención del bienestar general a través del trabajo fecundo, con igualdad

de oportunidades y un adecuado sentido de la justicia social.

2.7- Relación armónica entre el Estado, el capital y el trabajo, con fortalecido desenvolvimiento de las estructuras empresariales y sindicales, ajustadas a sus fines específicos.

2.8- Conformación de un sistema educativo acorde con las necesidades del país, que sirva efectivamente a los objetivos de la Nación y consolide los valores y aspiraciones culturales del ser argentino.

2.9- Ubicación internacional en el mundo occidental y cristiano, manteniendo la capacidad de autodeterminación, y asegurando el fortalecimiento de la presencia argentina en el concierto de las naciones.

Ley de Obediencia Debida

ARTICULO 1°:

Se presume sin admitir prueba en contrario que quienes a la fecha de comisión del hecho revistaban como oficiales jefes, oficiales subalternos, suboficiales y personal de tropa de las FF.AA., de seguridad, policiales y penitenciarias, no son punibles por los delitos a que se refiere el art. 10, punto 1 de la ley N° 23.049 por haber obrado en virtud de obediencia debida.

La misma presunción será aplicada a los oficiales superiores que no hubieran revistado como comandante en jefe, jefe de zona, jefe de subzona o jefe de fuerza de seguridad, policial o penitenciaria si no se resuelve judicialmente dentro de los 30 días de la promulgación de esta ley que tuvieron capacidad decisoria o participación en la elaboración de las órdenes.

En tales casos se considerará de pleno derecho que las personas mencionadas obraron en estado de coerción bajo subordinación a la autoridad superior y en cumplimiento de órdenes sin facultad o posibilidad de inspección, oposición o resistencia a ellas en cuanto a su oportunidad y legitimidad.

ARTICULO 2°:

La presunción establecida en el art. anterior no será aplicable respecto de los delitos de violación, sustracción y ocultación de menores o sustitución de su estado civil y apropiación extorsiva de inmuebles.

ARTICULO 3°:

La presente ley se aplicará de oficio. Dentro de los cinco (5) días de su entrada en vigencia, en todas las causas pendientes, cualquiera sea su estado procesal, el Tribunal ante el que se encontraren radicadas sin más trámite dictará respecto del personal comprendido en el art. 1°, párrafo 1ª, la providencia a que se refiere el art. 252 bis del Código de Justicia Militar o dejará sin efecto la citación a prestar declaración indagatoria, según correspondiere.

El silencio del Tribunal en el plazo indicado por el previsto en el segundo párrafo del art.

1ª, producirá los efectos contemplados en el párrafo precedente con el alcance de cosa juzgada.

Si en la causa no se hubiera acreditado el grado o función que poseía a la fecha de los hechos, la persona llamada a prestar declaración indagatoria, el plazo transcurrirá desde la presentación de certificado o informe expedido por autoridad competente que lo acredite.

ARTICULO 4ª:

Sin perjuicio de lo dispuesto por la ley N° 23.492, en las causas respecto de las cuales no hubiera transcurrido el plazo previsto en el art. 1º del primer párrafo de la misma, no podrá disponerse la citación a prestar declaración indagatoria de las personas mencionadas en el art. 1º de la presente ley.

ARTICULO 5:

Respecto de las decisiones sobre la aplicación de esta ley, procederá recurso ordinario ante la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el que podrá interponerse dentro de los cinco (5) días de su notificación. Si la decisión fuere tácita, el plazo transcurrirá desde que ésta se tuviere por pronunciada conforme con lo dispuesto en esta ley.

ARTICULO 6:

No será aplicable el artículo 11 de la ley N° 23.049 al personal comprendido en el Art. 1º de la presente ley.

Ley de Punto Final

ARTICULO 1._ Se extinguirá la acción penal respecto de toda persona, por su presunta participación en cualquier grado, en los delitos del art. 10 de la ley 23.049 («...de reprimir al terrorismo...»), que no estuviere prófugo, o declarado en rebeldía, o que no haya sido ordenada su citación a prestar declaración indagatoria, por tribunal competente, antes de los sesenta días corridos a partir de la fecha de promulgación de la presente ley.

En las mismas condiciones, se extinguirá la acción penal contra toda persona que hubiere cometido delitos vinculados a la instauración de formas violentas de acción política hasta el 10 de diciembre de 1983.

ARTICULO 2º.- Dentro del término establecido por el artículo precedente, las Cámaras Federales competentes podrán examinar el estado de las causas que tramitan ante el Consejo Supremo de las FF.AA. a los efectos del art. 10, última parte de la ley 23.049.

Las denuncias que formulen en este término ante el Consejo deberán ser informadas dentro de las 48 horas por éste a la Cámara Federal que corresponda, quienes deberán examinarlas y en su caso, avocarse.

ARTICULO 3º.- Cuando en las causas en trámite se ordenare, respecto del personal en actividad de las FF.AA., de seguridad, policiales o penitenciarias, cualquiera sea su rango, la atención o prisión preventiva previstas en los arts. 363 a 375 del Código de Procedimientos en Materia Penal o en los arts. 309 a 318 del

Código de Justicia Militar, tales medidas se harán efectivas bajo el régimen del inciso 2º. del art. 315 de este último Código («permanecieran arrestados en sus establecimientos o cuarteles»), a petición del jefe de la unidad en que prestare servicio ante personal, o de cualquier otro oficial superior de quien dependiese. En este caso, el superior será responsable de la comparecencia inmediata del imputado todas las veces que el tribunal lo requiera.

ARTICULO 4º.- Las cuestiones de competencia que se susciten entre el Consejo Supremo de las FF.AA. y las Cámaras Federales o entre estas últimas, así como la pendencia de recursos que impidan resolver sobre el mérito para disponer la indagatoria al tribunal competente, suspenderán el plazo establecido en el art. 1º.

Tampoco se computará el lapso comprendido entre la fecha de notificación al Consejo Supremo de las FF.AA. del requerimiento de la Cámara Federal competente en el caso del art. 2ª y la fecha de recepción de la causa por ésta.

A los fines del art. 1ª no será de aplicación el artículo 252 bis última parte del Código de Justicia Militar.

ARTICULO 5ª.- La presente ley no extingue las acciones penales en los casos de delitos de sustitución de estado civil y de sustracción y ocultación de menores.

ARTICULO 6ª.- La extinción dispuesta en el art. 1ª no comprende a las acciones civiles.

ARTICULO 7ª - Comuníquese al Poder Ejecutivo.

La Santa Iglesia de la Dictadura

Mensaje del Episcopado Argentino a la Junta Militar en 1977.

“Reconocemos en verdad la situación excepcional por la que pasa el país. Sabemos de la amenaza a la vida nacional que la subversión ha significado y significa. Comprendemos que quienes son los responsables del bienestar del país se hayan vistos precisados a tomar medidas extraordinarias, comprendemos también que por el cúmulo de circunstancias en que entran a jugar intereses de todo orden, pareciera haberse desatado contra la Argentina una campaña internacional, que nos duele como ciudadanos amantes de la Patria que somos y por nada quisiéramos vernos involucrados en posturas de reclamos de las que «no conocemos el origen»... Bien sabemos que se tradujo en todo tipo de atentados contra la vida y fama de las personas... Así como contra la propiedad”.

“... Conocemos y valoramos el esfuerzo de gobernantes y funcionarios, de su entrega y desinterés al servicio de la Patria, que no en pocos casos ha significado la ofrenda de la propia vida... así como la renuncia de logros personales... Hemos escuchado manifestar muchas veces el carácter cristiano que el gobierno de las FFAA quiere imprimir en su gestión...”

En junio de 1976, Monseñor Pió Laghi habló con Jefes y Oficiales de la Guarnición de Tucumán y les impartió la bendición Papal: “Uds. saben encontrar bien una definición de la Patria...la acción de ustedes es una acción y una cuota de gran sacrificio, sigan ustedes con subordinación y valor y mantengan la serenidad de los espíritus...”

En una entrevista periodística, el Embajador del Vaticano decía: “En ciertas situaciones la autodefensa exige tomar determinadas actitudes, con lo que en este caso habría que respetar el derecho hasta donde se pueda...” (Diario la Nación, 27.06.76).

Declaración del General Videla el 18-12-77:

Yo quiero significar que la ciudadanía argentina no es víctima de la represión. La represión es contra una minoría a quien no consideramos argentina” (Diario La Prensa).

El 24 de octubre de 1975:

“... Si es preciso en la Argentina, deberán morir todas las personas necesarias para lograr

la seguridad del país..." (Diario Clarín)

El 24 de marzo de 1976:

"... A partir de este momento, la responsabilidad asumida impone el ejercicio severo de la autoridad para erradicar definitivamente los vicios que afectan al país. Por ello, al par que se continuará combatiendo sin tregua la delincuencia subversiva, abierta o encubierta, se desterrará toda demagogia no se tolerará la corrupción o la venalidad bajo ninguna forma o circunstancia ni tampoco, cualquier transgresión a la ley u oposición al proceso de reparación que se inicia..."

ESTATUTO PARA EL PROCESO DE REORGANIZACIÓN NACIONAL

Considerando que es necesario establecer las normas fundamentales a que se ajustará el Gobierno de la Nación en cuanto a la estructura de los poderes del Estado y para el accionar del mismo a fin de alcanzar los objetivos básicos fijados y reconstruir la grandeza de la República, la Junta Militar, en ejercicio del poder constituyente, estatuye:

Artículo 1: La Junta Militar integrada por los Comandantes Generales del Ejército, la Armada, y la Fuerza Aérea, órgano supremo de la Nación, velará por el normal funcionamiento de los demás poderes del Estado y por los objetivos básicos a alcanzar, ejercerá el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y designará al ciudadano que con el título de Presidente de la Nación Argentina desempeñará el Poder Ejecutivo de la Nación. En caso de ausencia temporaria, enfermedad o licencia de alguno de los miembros de la Junta Militar, el cargo será desempeñado interinamente por el Oficial Superior que lo reemplace en el Comando de la Fuerza

Artículo 2: La Junta Militar podrá, cuando por razones de Estado lo considere conveniente, remover al ciudadano que se desempeña como Presidente de la Nación, designando a su reemplazante, mediante un procedimiento a determinar.

También inicialmente removerá y designará a los miembros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, al Procurador de la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas

Ejercerá, asimismo, las facultades que los incisos 15, 17, 18 y 19 del artículo 86 de la Constitución Nacional otorgan al PEN, como así también las que los incisos 21, 22, 23, 24, 25 y 26 del artículo 67 atribuyen al Congreso.

La Junta Militar solo sesionará con la presencia de la totalidad de sus miembros y sus decisiones las adoptará por simple mayoría. La designación y remoción del Presidente de la Nación se realizará conforme a lo establecido en el artículo 2º.

Artículo 4: El Presidente de la Nación tendrá las atribuciones establecidas en el artículo 86 de la Constitución Nacional con excepción de lo especificado en sus incisos 1º (primera parte), 5º (en lo que respecta a los miembros de la Corte Suprema, cuya

designación se realizará de acuerdo con lo establecido en el artículo 9º del presente Estatuto), 15, 17, 18 y 19. En lo que respecta al inciso 16 del citado artículo, los empleos de Oficiales Superiores de las Fuerzas Armadas serán provistos por el Presidente de la Nación, a cuyo efecto convalidará las respectivas resoluciones de los Comandos Generales de las Fuerzas Armadas.

Artículo 5: Las facultades legislativas que la Constitución Nacional otorga al Congreso, incluidas las que son privativas de cada una de las Cámaras, serán ejercidas por el Presidente de la Nación, con excepción de aquellas previstas en los artículos 45, 51 y 52 y en los incisos 21, 22, 23, 24,25 y 26 del artículo 67. Una Comisión de Asesoramiento Legislativo intervendrá en la formación y sanción de las leyes, conforme al procedimiento que se establezca.

Artículo 6: En caso de ausencia del país, licencia autorizada por la Junta Militar, o enfermedad del Presidente de la Nación, el Poder Ejecutivo será asumido por el Ministro del Interior con las mismas formalidades establecidas para el Presidente. En caso de acefalia, será remplazado por el precitado Ministro hasta la designación de un nuevo Presidente por la Junta Militar.

Artículo 7: Una ley establecerá el número de Ministros y Secretarios de Estado que tendrán a su cargo el despacho de los negocios de la Nación, como asimismo sus funciones y vinculación de dependencia.

Artículo 8: La Comisión de Asesoramiento Legislativo estará integrada por nueve Oficiales Superiores designados tres por cada una de las Fuerzas Armadas.

Artículo 9: Para cubrir vacantes de Jueces de la Corte Suprema de Justicia, Procurador General de la Nación y Fiscal General de la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, el Presidente de la Nación convalidará las designaciones efectuadas por la Junta Militar.

Artículo 10: Los miembros de la Corte Suprema, Procurador General de la Nación y Fiscal General de la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, y Jueces de los Tribunales Inferiores de la Nación, gozarán de las garantías que establece el artículo 96 de la Constitución Nacional, desde su designación o confirmación por la Junta Militar o Presidente de la Nación, según corresponda.

Artículo 11: A los efectos previstos en los arts. 45, 51 y 52 de la Constitución Nacional, en lo referente a los miembros de la Corte Suprema y Tribunales Inferiores, el Gobierno dictará una ley para proveer la integración y funcionamiento de un jurado de

enjuiciamiento para los magistrados nacionales

Artículo 12: El PEN proveerá lo concerniente a los gobiernos provinciales, y designará a los Gobernadores, quiénes ejercerán sus facultades conforme a las instrucciones que imparta la Junta Militar.

Artículo 13: En lo que hace al Poder Judicial Provincial, los Gobernadores Provinciales designarán a los miembros de los Superiores Tribunales de Justicia y Jueces de los Tribunales Inferiores, los que gozarán de las garantías que fijen las respectivas Constituciones Provinciales, desde el momento de su nombramiento o confirmación.

Asimismo, cada Provincia dictará una ley de enjuiciamiento de magistrados judiciales o adecuará la existencia a la situación institucional vigente.

Artículo 14: Los Gobiernos Nacional y Provinciales ajustarán su acción a los objetivos básicos que fijo la Junta Militar, al presente Estatuto y a las Constituciones Nacional y Provinciales en tanto no se opongan a aquéllos.

Empresas propiedad parcial o total de Massera

Razón Social: VAN EXVA S.A.

C.U.I.T.N° 30-60.015.912-3

Domicilio: Av. Corrientes 545 Piso 8 Dpto. 805 Cap. Fed.

Actividad Principal: Servicios relacionados con operaciones de intermediación prestados por Agentes Bursátiles y Extra-bursátiles. Cantidad de Acciones; 2.400.

Valor Nominal: \$ 18.201

Razón Social: VANEXVA BURSÁTIL S.A.

C.U.I.T.: 30- 63.405.800-8

Domicilio: Reconquista 458 Piso 9 Cap.Fed.

Actividad Principal: Ídem anterior.

Cantidad de acciones 1.500.000 Valor Nominal \$ 1.229.850.-

Razón Social: ASUKA S.A.

C.U.I.T -30-61.958.707-2

Domicilio: Reconquista 458 Piso 9° Cap. Fed.

Actividad Principal: Ídem Cantidad de acciones: 65.400 Valor Nominal: \$ 26.095.-

Razón Social: LUZ DEL SUR S.A.

C.U.I.T: 30- 62.011.369-3

Domicilio: Cerrito 1.214 Piso 7° Dpto. "A" Cap. Fed.

Actividad Principal: Operaciones con Inmuebles, excepto alquiler o arrendamiento

de inmuebles propios.

Cantidad de acciones: 320 Valor Nominal: \$ 550

"Nota aclaratoria: Ver en carpeta que la cantidad de acciones de estas Empresas aumenta distribuida entre sus hijos.

Razón Social: GRUPO MULTISER

Actividad principal: Empresa de servicios a otras Empresas en: Seguridad y Telemática.

Constituida por

DESILTTA S.A: Empresa de Servidos de personal temporario. TECNOBRA S.A.: Construcciones y mantenimiento por locación de obra.

ULISER S.A.: Empresa de Limpieza y Control Ambiental y Equipamiento Sanitario.

SERVICIOS EMPRESARIOS S.R.L.: Personal Temporario.

SAVE S.R.L.: Marketing y división vending DEVELOP S.A.: Seguridad y Vigilancia Domicilio: Rivadavia 1367 Cap. Fed.

*** Nota: Es una Empresa que dispone de 2.000 empleados los cuales cobran sus haberes en el Banco Patricios, Sucursal 011 de Flores, cuenta n° 99373/5 y en Banco Sáenz Central, cuenta n° 00- 00674-9-01.-

Entidad BANSUD S.A. Cuenta n° 5 000031737206 Titulares: Dos Acreditaciones: \$ 170.266.-

DATOS FILIATORIOS

Causante: EMILIO EDUARDO MASSERA

(ver fotografía en carpeta)

Prontuario: Caja de Hierro n° 729 M C.- 75 -

Cédula de Identidad: n° 2.565.263

Libreta de Enrolamiento: n° 5.108.652

Pasaporte P.F.A.: n° 2.565.263

Fecha de nacimiento: 19 de Octubre de 1.925

Lugar de nacimiento: Paraná. Provincia de Entre Ríos. República Argentina.

Domicilio: Avenida Del Libertador 2.423, Piso n° 12.

Teléfono: 801-0141 Profesión: Marino (R).

Familiares:

Padre: Emilio Massera.- (Fallecido)

Madre: Emilia Paula.- (Fallecida)

Casado en Primeras Nupcias con Delia Esther Vieyra.- Acta de Matrimonio n° 211.- Tomo I Registro Civil n° 1.- Domicilio: Av. Del Libertador 2423 Piso n° 12.-

Hijos:

Eduardo Enrique Massera, fecha de nacimiento: 18/10/50 Emilio Esteban Massera, fecha de nacimiento: 07/07/61 Alicia Massera, fecha de nacimiento:

Susana Massera, fecha de nacimiento:

Carlos Massera, fecha de nacimiento:

Hermanos:

Sara Lydia Massera.- Domicilio: Calle n° 65.- La Plata .Pcia de Bs. As.

Laura Nélide Massera, Domicilio: Calle n° 46, n° 1312.- La Plata. - Pcia de Bs. As.

Alicia Massera, Domicilio: Gualeguaychú.- Pcia. de Entre Ríos.- Argentina.

Otras Propiedades

Inmuebles

Ubicación:

Avenida Del Libertador 2457 Piso 2do. Depto. 14 Compra 10/83 Catastro: 007-001724329-5 Porcentaje: 100%

Valuación Fiscal: \$ 350.598.-

Avenida Del Libertador 2423 Piso 12º Compra: 10/83 Catastro: 007-001724301-2 Porcentaje: 100%

Valuación Fiscal: \$ 343.588

Playa Chica - Mar Del Plata- Compra: 12/75 Porcentaje: 100%

Meliquina -Pcia de Bs.As. (8370)

Compra: 9/75 Porcentaje: 100%

Valuación Fiscal: \$ 13.412

Avenida Figueroa Alcorta 3590 Capital Federal Compra: 5/82 Porcentaje: 100%

Valuación: \$142.402

Avenida Corrientes 545 Piso 8ª Dpto. 805 Compra: 1/95

Reconquista 458 Piso 9ª Capital Federal Avenida Corrientes 872 -Cochera nº 90 Av. Del Libertador 2221 Cochera 27º

Av. Del Libertador 2221 Piso 14ª Av. Del Libertador 2221 Piso 6ª "A"

Carlos Pellegrini 1055 Piso 9ª

Lote Cementerio de la Recoleta Compra: 12/85 Porcentaje: 100%

Valuación: \$ 30.646.- *

Cerrito 1214 Piso 7° dpto. "A"

Corrientes 872/90 y Suipacha 381/97 Unidad funcional: 0075

Sobre Ruta Nac. n° 16 km. 318 dpto. de Almirante Brown, Provincia de Chaco.

Superficie: Totalmente cerradas, y loteos con varias divisiones interiores, según plano, que se componen así:

3.500 Has. de potreros limpios para explotación agrícola.

8.400 Has. con bosque liviano, apto para la ganadería actual, en un futuro próximo agricultura.

4.638 Has. de potreros de bosque pesado con gran riqueza forestal. Superficie total: 16.268 Has.

Infraestructura:

Casa Principal muy confortable, 7 casas rurales, 4 Galpones, Aserraderos con 3 Sierras y máquinas accesorias, energía eléctrica, teléfonos, radios, Reservorio para combustibles, buena agua para ganado en todos los lotes y pista de aterrizaje. (Para datos catastrales, es necesario dinero)

Embarcaciones

Nombre: "Ondine"

Tara: 28 toneladas H.P.: 970 H.P. c/u (2)

Eslora: 151 Tipo: Diesel Matrícula: 24336 Motor: Detroit Diesel

Automotores

Volkswagen -Quantum GLS Chasis: 9BWZZZ337PP061421 Modelo: 1996

Matrícula: C 1.744.838 Matrícula: C 1.540.672 Modelo: 1994 Matrícula: C 1.774 838 Modelo: 1996

Nota aclaratoria: El Peugeot 405 SRDT, Matrícula RHS, modelo 1995, con el que se

desplaza habitualmente no figura en ningún Registro de Capital ni del Gran Bs. As.

Sólo hay 58 unidades en todo el país, es totalmente francés, no es blindado.

Máquinas Rurales

Tractores John Deer 5 unidades.

Topadoras 2 unidades.

Cosechadoras 1 unidad Fumigadoras 1 unidad Motosierras Varias Equipos para Bombeo de agua

Acopiadoras para movimiento de Cereales y Productos Forestales: 5 unidades.

Herramientas para siembra: motoniveladora 1 unidad.

Camionetas 1 unidad, marca Ford, Matrícula AGL 728, motor Diesel MWM.

Modelo 1996

Un camión Mercedes Benz, modelo antiguo sin identificación.

Ganado

Según los distintos Establecimientos, se llega a la conclusión, que hay un total de vacas de cría, con su porcentaje de toros y terneros, de 7500 cabezas.- Novillos de engorde entre 250 y 600 kgr., 2500 cabezas.-

Las Madres de Plaza de Mayo rechazamos la venganza personal

No tenemos que matar a los verdugos de nuestros hijos.

Los genocidas como Massera deben ir a la cárcel.

Nos debemos diferenciar de los asesinos en todo, debemos perseguirlos siempre hasta el día de su muerte, si es que antes no logramos ponerlos en prisión.

No les debemos dar la oportunidad de que se reivindicuen. Nuestros argumentos deben ser sólidos. Nuestras vidas, como las de nuestros hijos, deben ser ejemplo para otros. Aunque quieran, ellos no nos matan, por más que televisen el momento exacto del horror, por más miedo que impongan los genocidas, no logran matarnos. Los hicieron desaparecer y vuelven a aparecer con vida en otros jóvenes valientes. Sus sofisticadas armas jamás tendrán la razón. En cambio, nuestra razón, la de nuestra; hijos, tiene la fuerza y la verdad de los justos.

A ellos nadie los quiere, nadie los defiende, sólo los perversos.

Si los matáramos, algunos intentarían convertirlos en héroes y levantarles monumentos. No debemos ensuciar nuestras manos con su inmunda sangre.

Nuestras manos deben servir para seguir construyendo el camino de la revolución a la que tenemos derecho como pueblo libre-

Debemos aprender a defendernos y así defender a nuestro pueblo y a nuestra tierra.

Tenemos el ejemplo revolucionario de San Martín, Bolívar, Moreno y todos los que se levantaron en armas para defender la patria. Ninguno de ellos tomaron venganza personal, sino que al frente de otras voluntades las liberaron.

Tenemos las pautas para seguir en el camino de la denuncia de los genocidas y su persecución, para mostrarlos como horribles cadáveres vivientes que se arrastran frente a un pueblo que los condena para siempre.

Marchemos hacia el porvenir con la victoria bajo el brazo y la utopía prendida en el corazón.

ASOCIACIÓN MADRES DE PLAZA DE MAYO